A través DE TI

TRILOGÍA HERMANOS HIDALGO, LIBRO II

ARIANA GODOY

Hilos Rojos Editorial

SINOPSIS

¿Qué se siente vivir con tres chicos hermosos?
Eres tan afortunada.
Que envidia.
Vivir con esas bellezas, que privilegio.
¿Cómo puedes vivir con ellos?
¿Te has tirado alguno?
¿Podrías conseguirme su número de celular?

Eso es solo un poco de lo que he tenido que lidiar desde que los chicos Hidalgo crecieron y se convirtieron en el sueño húmedo de todas las chicas de este lugar. Artemis, Ares y Apolo Hidalgo son los responsables de muchos suspiros de chicas en las calles y con los que crecí, aunque no seamos familia. Muchas personas me creen afortunada, pero están tan equivocados sobre mi vida, no saben mi historia, no todo es color de rosa en la vida de una chica como yo.

Nada es tan fácil y simple en la vida de alguien como yo.

ESTE ES EL SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGÍA de Ariana Godoy: "HERMANOS HIDALGO"

Podes encontrar el libro en el perfil de Wattpad de la autora.

La trilogía completa es:

- A Través De Mi Ventana
- A Través De Ti
- A Través De La Lluvia

Prólogo

4 de Julio, 2011.

Artemis

Los fuegos artificiales retumban por toda la plaza, iluminando el cielo nocturno, dotándolo de coloridos círculos que se expanden hasta desaparecer. La gente celebra, grita, aplaude mientras yo paso mis manos sudadas por mis pantalones en un intento de limpiarlas.

¿Por qué estoy tan nervioso?

Por ella...

Echo un vistazo a mi lado, y la observo, pensándolo todo de nuevo, calculando, repasando en mi mente lo que debo decir, como debo decirlo si es que puedo decirlo.

Estamos sentados en el pasto, ella está sonriendo, su mirada perdida en el espectáculo, los fuegos artificiales reflejándose en su cara, dándole tonos rojos, azules, y luego un montón de colores.

Ella siempre ha estado a mi lado desde que tengo uso de razón y a medida que crecíamos una parte de mí siempre ha sabido que lo que siento por ella no es solo cariño o que solo quiero su amistad, quiero mucho más que eso y después de semanas de armarme de valor he decidido dejarle saber eso hoy.

Vamos, tú puedes.

Vuelvo a mirar el cielo colorido y lentamente desplazo mi mano sobre el pasto y la pongo sobre la de ella. Puedo sentir como se acelera mi corazón y me siento como un idiota por no poder controlarlo. No me gusta sentirme vulnerable, jamás pensé que llegaría a tener sentimientos por alguien, no era algo que buscaba. Ella no dice nada, pero tampoco quita su mano.

Puedo sentir sus ojos sobre mí, pero no me atrevo a mirarla, no soy bueno con las palabras, nunca lo he sido. Así que cuando finalmente decido enfrentarla, actúo tan rápido que me sorprendo a mí mismo. Con mi mano libre, la tomo del cuello y estampo mis labios contra los suyos.

Sin embargo, el roce de nuestros labios fue tan fugaz como los fuegos artificiales desapareciendo en el cielo. Ella me empuja con fuerza, alejándome de ella en cuestión de segundos.

Su reacción me deja sin aliento, sin palabras.

La amarga sensación del rechazo se asienta en mi estómago, mi pecho apretándose. Ella abre la boca para decir algo, pero la vuelve a cerrar, no sabe que decir para no herirme, lo puedo ver claro en sus ojos, pero ya es muy tarde.

Apretando mi mandíbula, me levanto y le doy la espalda, no quiero su lastima.

—Artemis... —la escucho susurrar a mi espalda, pero ya estoy alejándome, dejándola atrás.

Esa noche, decidí dejarla atrás, y cerrarme de nuevo por completo a las emociones. Nadie volvería a herirme de esta forma, no volvería a ser vulnerable de nuevo, no valía la pena.

Capítulo 1:

"¿Qué se siente vivir con tres chicos hermosos?"

4 de Julio, 2016.

Claudia

¿Qué se siente vivir con tres chicos hermosos?
Eres tan afortunada.
Que envidia.
Vivir con esas bellezas, que privilegio.
¿Cómo puedes vivir con ellos?
¿Te has tirado alguno?
¿Podrías conseguirme su número de celular?

Eso es solo un poco de lo que he tenido que lidiar desde que los chicos Hidalgo crecieron y se convirtieron en el sueño húmedo de todas las chicas de este lugar. Artemis, Ares y Apolo Hidalgo son los responsables de muchos suspiros de chicas en las calles y con los que crecí, aunque no seamos familia.

¿Cómo pasó eso? Bueno, mi madre ha trabajado como mujer de servicio para los Hidalgo desde que yo era una niña, el señor Juan Hidalgo nos abrió las puertas de su casa, dejándonos vivir aquí, por lo que siempre le estaré eternamente agradecida. Él se ha portado muy bien con nosotras, cuando mi madre se enfermó hace un año sin poder seguir trabajando, él me dejó tomar su lugar de trabajo en la casa.

Muchas chicas me envidian, creyendo que mi vida es perfecta solo porque vivo con chicos atractivos, pero están tan lejos de la realidad, la vida no solo se trata de relaciones, sexo, chicos, etc., es mucho más que eso para mí. Las relaciones solo traen complicaciones, problemas, discusiones y si tal vez, traigan felicidad temporal, ¿Pero vale la pena arriesgarse por destellos de felicidad? No lo creo, prefiero estabilidad y tranquilidad mil

veces sobre lo que sea que una relación pueda ofrecer, por eso me mantengo alejada de eso, ya tengo suficiente con lo que tengo que lidiar ahora.

No solamente me refiero al amor, se me ha hecho muy difícil establecer amistades, no tengo tiempo para eso, trabajo en la casa Hidalgo durante el día, cuidando y alimentando a mi mamá cuando tengo mis descansos y voy a la universidad a clases nocturnas, mi día comienza a las 4 de la mañana y termina casi a la medianoche, apenas tengo tiempo para dormir.

Teniendo 20 años ya debería tener varias amistades, solo me las he arreglado para hacer una sola amiga y eso es porque tenemos las mismas clases en la universidad. Claro que considero a los chicos mis amigos, sobre todo Ares y Apolo. Artemis es otra historia.

En realidad, Artemis y yo solíamos ser muy cercanos mientras crecíamos, hasta hace 5 años cuando todo cambió aquella noche del 4 de Julio cuando lo rechacé después de que me besó. Después de eso, el ambiente entre nosotros dejó de ser cómodo y relajado y paso a ser distante. Él solo me hablaba cuando era necesario, Ares y Apolo lo notaron, pero nunca hicieron preguntas al respecto y aprecié eso, hubiera sido muy incómodo tener que explicarles eso.

Tampoco fue difícil para él evitarme, ya que al final de ese verano se fue a la universidad, dejando la casa y viviendo en el campus universitario durante los 5 años de su carrera. Sin embargo, se graduó hace un mes, y va a volver a casa.

Hoy.

La vida puede ser una bastarda irónica cuando se lo propone. Tenía que ser hoy cuando se cumplen 5 años de aquella noche. Su familia ha organizado una fiesta sorpresa para él.

No puedo negar que estoy nerviosa, la última vez que lo vi fue hace seis meses y solo fue un ligero segundo cuando vino a buscar unas cosas a la casa ni siquiera me había saludado. Honestamente, espero que esta vez podamos tener una relación más civil, ya han pasado cinco años desde aquella noche, no creo que aún lo recuerde. No digo que volvamos a ser tan cercanos como antes, pero que por lo menos podamos hablar casualmente sin incomodidad.

—¿La comida está en orden? —Marta, mi madre pregunta por tercera vez mientras subo el cierre de la parte de atrás de mi vestido negro. Sofia, la señora de la casa, me ha hecho llegar este vestido, quería que todo el personal que había contratado para atender luciera elegante, y yo no podía ser la excepción—. Claudia, ¿Me estas escuchando?

Me giro hacia ella con una sonrisa.

—Todo está en orden, mamá, no te preocupes, duerme, ¿Sí? —la obligo a acostarse, arropándola. Le doy un beso en la frente—. Volveré pronto.

—No te metas en problemas, ya sabes, quedarte callada es.

—Mejor que ser honesta —termino por ella—. Lo sé.

Ella acaricia mi rostro,

—No lo sabes, la gente que viene hoy puede ser muy grosera.

—No causaré problemas, mamá, ya estoy grande.

Le doy otro beso en la frente y me alejo de ella. Revisando en el espejo que el moño que me hice en el cabello este perfectamente recogido, ni un solo mechón rojo escapando del mismo, ya que estaré alrededor de comida, no puedo tenerlo suelto. Apago la luz y salgo de la habitación, caminando rápidamente, los tacones negros que llevo puestos sonando con cada paso. A pesar de que no uso tacones con frecuencia, soy muy buena caminando en ellos.

Al llegar a la cocina, me encuentro con 4 personas, 2 chicos vestidos de mesoneros y dos chicas vestidas con el mismo vestido que llevo puesto, los conozco porque ellos forman parte de la compañía de organización de fiestas que la señora de la casa siempre contrata, ella siempre les pide que sean los mismos mesoneros y mesoneras porque según ella, trabajan bien y tienen experiencia con eventos pasados aquí, sin mencionar que una de las chicas es mi amiga de la universidad, lo sé, yo le ayudé a conseguir el trabajo.

—¿Cómo va todo?

Gin, mi amiga, suspira.

—Todo bien, ya Anellie —señala a la pelinegra— ha preparado algunos cocteles, y ha puesto el champagne y el vino en el mini bar.

—Bien, ¿Quién estará en el mini bar preparando los tragos? —pregunto, acomodando una bandeja de *appetizers*—, ¿Jon?

Jon asiente.

—Si, lo usual, el mejor bartender del mundo —me guiña el ojo.

Gin voltea los ojos.

—¿Disculpa? Yo preparo las mejores margaritas del mundo.

Miguel que se ha mantenido callado hasta ahora habla.

—Lo certifico.

Jon les saca el dedo a ambos y yo reviso la hora.

—Hora de salir, los invitados deben estar por llegar.

Los observo salir y Gin se queda atrás a propósito para caminar a mi lado.

—¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros.

—Normal, ¿Cómo debería sentirme?

Ella gruñe.

—No tienes que fingir conmigo, no lo has visto en meses, debes estar muy nerviosa.

—Estoy bien —repito.

—Te dije que lo vi en una revista de negocios hace días —comienza—. ¿Sabes que es uno de los gerentes más jóvenes del estado?

Lo sé.

Gin sigue hablando.

—Ni siquiera había terminado la carrera de la universidad cuando empezó como Gerente de la nueva sucursal Hidalgo, le hicieron una pequeña reseña en el artículo, es un jodido genio, se graduó con honores.

—Gin —me giro hacia ella, tomándola por los hombros—… te adoro, pero ¿podrías callarte?

Gin bufa.

—¿Por qué nunca quieres hablar de él?

—Porque no hay razón para hacerlo.

—A mí nadie me saca de la cabeza de que algo pasó entre ustedes, es el único de los Hidalgo del que nunca quieres hablar.

—No paso nada —le digo mientras nos adelantamos a la sala donde todo está decorado, los muebles han sido reemplazados por adornos y pequeñas mesas muy altas con bebidas y aperitivos.

Sofia y Juan están parados en la puerta, listos para recibir a sus invitados y veo a Apolo, su hijo menor de 16 años, a un lado de ellos en un traje muy bonito. Arrugo mis cejas, ¿Dónde está Ares?

Me apresuro escaleras arriba porque conozco muy bien estos chicos. Ares estuvo de fiesta anoche, llegó casi en la mañana, lo más probable es que este durmiendo a pesar de que ya son casi las 6 de la tarde.

Sin tocar la puerta, entro en su habitación que no me sorprende encontrar a oscuras, el olor a alcohol y a cigarro me hace arrugar la nariz. Abro las cortinas de las ventanas, la luz del atardecer iluminando al chico de 18 años que conozco tan bien, acostado, sin camisa, con su cara enterrada en la almohada, las sabanas cubriendo más arriba de su cintura.

Tampoco me sorprende la chica rubia que está durmiendo a su lado, aunque no la conozco, sé que debe ser una de sus chicas de una noche.

—¡Ares! —golpeo su hombro ligeramente y él solo gime en molestia—. ¡Ares! —esta vez aprieto su hombro y logro que abra esos ojos azules que tiene que son tan parecidos a los de su madre.

—¡Ah, luz! —se queja, poniendo su mano sobre sus ojos.

—La luz es el menor de tus problemas —enderezo mi cuerpo con las manos en mi cintura.

—¿Qué pasa? —se sienta, masajeando su cara.

Digo la única palabra que sé que le dirá todo lo que tiene que saber.

—Artemis.

Observo como todo hace clic en su cerebro, y se levanta, está en solo boxers y si no lo hubiera visto tantas veces así, me habría deslumbrando.

—¡Mierda! ¡Es hoy!

—Corre, dúchate —le ordeno—. Tu traje está guindando en la puerta del closet.

Ares está a punto de correr al baño cuando nota a la chica durmiendo en su cama

—Oh, mierda.

Levanto una ceja.

—Pensé que estabas tomando un descanso de las folladas de una noche.

—Lo estaba, ah, maldito alcohol —se rasca la parte de atrás de la cabeza—. No tengo tiempo para lidiar con todo el drama de sacarla —se acerca a mí—. Tú me quieres, ¿verdad, Clau?

Volteo los ojos.

—No voy a sacarla, tienes que ser responsable de tus actos.

—Pero no tengo tiempo, por favor —suplica—. No podré bajar a tiempo para recibir a mi hermano si lidio con eso.

—Está bien, esta de verdad es la última vez —lo empujo al baño—. Corre.

Suspirando, procedo a despertar a la chica, ella se viste en silencio y le doy tanta privacidad como puedo. Es incomodo, y es horrible decir que estoy acostumbrada a lidiar con estas situaciones, pero lo estoy. Vivir con un chico de 18 en pleno apogeo sexual me ha obligado a acostumbrarme. Apolo aún es inocente y agradezco por eso.

Debo admitir que la rubia es muy bonita, y siento mucha pena por ella.

—Vamos, te pediré un taxi y te guiaré a la puerta de atrás.

Ella luce ofendida.

—¿La puerta de atrás? ¿Quién crees que soy? Y aun no me has dicho, ¿Quién eres tú? —entiendo su pregunta, en este elegante vestido no hay nada que indique que solo soy el servicio de la casa.

—Eso no es importante, hay una fiesta allá abajo y a menos que quieras que una docena de gente te vea en estas fachas, saliendo de la casa de un chico, te sugiero la puerta de atrás.

—Lo que sea —ella me da una mirada asesina.

Malagradecida.

Se que estoy haciendo el trabajo sucio y de ninguna forma apoyo las cosas que hace Ares, pero conozco al chico, sé que él es dolorosamente honesto, él siempre les deja claro a las chicas lo que quiere, y si ellas aun así se lo dan, pues ya es responsabilidad de ellas si esperan más de él.

Después de despedir a la chica, y verla irse en un taxi, vuelvo a la fiesta. Ya han llegado varias personas con sus elegantes vestidos y trajes de marca. Preparo mi mejor sonrisa y comienzo a servir amablemente, riéndome de bromas que no me parecen graciosas y dándole cumplidos a todo el mundo, aunque no sean honestos.

A medida que pasa el tiempo y que se llena la sala, me pongo más nerviosa, esta es una fiesta sorpresa, Artemis no tiene idea de que cuando vuelva a casa esta noche después de tanto tiempo, lo recibirá toda esta gente y cada vez se acerca más la hora de que llegue. Ni siquiera sé porque estoy nerviosa.

La señora Sofia pide la atención de todo el mundo, y nos hace una señal de silencio, Jon apaga las luces, y todo el mundo espera en silencio absoluto mientras escuchamos la puerta abrirse.

Artemis está aquí.

Capítulo 2:

"Las chicas siempre quieren más que solo sexo"

Artemis

—Vamos, sonríe un poco —Cristina ruega, dándome una de sus miradas de reproche.

No le respondo, mis ojos en el camino frente a mí, manejando a través de esta carretera que conozco tan bien. Volver a casa no me emociona en lo absoluto, ese lugar está lleno de muchos recuerdos amargos que preferiría olvidar. Cristina, por otro lado, esta radiante de la alegría, ella ha querido conocer a mi familia desde hace mucho tiempo, nunca entenderé su necesidad de aprobación familiar. Tal vez esa sea su manera de asegurarse de que estoy tomando nuestra relación en serio luego de salir por un año.

—¿Por qué estas tan serio? —su pregunta se queda en el aire, no tengo ánimos para explicarle nada y ella al parecer lo nota—. Odio cuando te pones en modo silencio extremo, es irritante.

Luego de eso, me deja en paz, repasando su maquillaje. Debo admitir que se ve hermosa con su vestido de rojo que se ajusta a sus curvas perfectamente, su cabello rojo está suelto, con ondas en las puntas. Estoy seguro que mi madre la adorará, tiene clase y viene de una familia de prestigio, eso es todo lo que mi madre siempre ha querido para mí.

Mi celular vibra en mi bolsillo y me pongo el bluetooth en el oído, encendiéndolo para contestar.

—Dime.

—Señor —la voz de David, mi mano derecha resuena al otro lado de la línea—, lamento molestarlo hoy, sé que…

—Al grano, David.

—Si, señor —hay una pausa—. Tenemos un problema, el departamento de maquinarias reportó un accidente con uno de los bulldozers.

—Esto tiene que ser bueno —murmuro, apretando el volante del auto—. ¿Qué pasó?

—En el trabajo del nuevo canal, al parecer, hubo un declive durante el trabajo y el bulldozer cayó en el canal, las grúas ya lo sacaron, pero no está funcionando.

—Mierda —Cristina me da una mirada preocupada—. ¿El operador de la maquina está bien?

—Si, señor —eso me alivia—. ¿A dónde quiere que mandemos la maquina? ¿A sus fabricantes o a nuestro taller?

—A nuestro taller, confío en nuestros mecánicos, mantenme informado —le cuelgo después de escuchar su afirmación.

Puedo sentir los ojos de Cristina sobre mí.

—¿Todo está bien?

—Si, problema de maquinarias —estaciono el auto, y me quito el cinturón de seguridad.

—No puedo negar que estoy nerviosa —ella admite, soltando una risa nerviosa.

Me bajo del auto y le paso por el frente para abrirle la puerta a Cristina. Ella sale, tomando mi mano y nos dirigimos a la puerta principal.

Mi casa...

Aunque no he vivido aquí, solo visitado en los pasados cinco años, la sensación de familiaridad me invade y a mi mente llegan un par de ojos negros que me molestan cada vez que los recuerdo.

—No se escucha nada, dijiste que habría una fiesta —Cristina murmura, acercando su oído a la puerta.

—La hay, pero mi madre espera que sea sorpresa —tomo el pomo de la puerta—. Actúa sorprendida.

***

Claudia

La vida puede tener momentos que se sienten como si pasaran en cámara lenta, aunque estén pasando en tiempo normal, especialmente, si están cargados de emociones. La puerta se abre, se encienden las luces y los aplausos hacen eco por la gran sala de la casa.

Me molesta notar como mi corazón se acelera cuando lo veo: Artemis. No puedo evitar notar lo mucho que ha cambiado, ya no es el chico de ojos brillosos de 17 años que tomó mi mano aquel cuatro de Julio. Es un hombre, hecho y derecho, lleva puesto un traje que lo hace lucir mayor de lo que en realidad es. Sus padres lo saludan, y le siguen un montón de personas, ha cambiado demasiado, ya no sonríe tan seguido y su mirada esta apagada y fría.

No puedo negar que se ha vuelto aún más apuesto, sus facciones han madurado, y una ligera barba decora su rostro. Mis ojos por fin se dignan a dejar de mirarlo y es cuando noto a la pelirroja a su lado. Es una mujer muy hermosa de curvas y un sorprendente escote, ella toma un mechón de su cabello rojo y lo pone detrás de su oído, sonriéndole a la mamá de

Artemis. Por la forma en la que se mantiene pegada a Artemis, debe ser alguien muy cercana a él.

¿Y a ti que más te da, Claudia?

Meneo la cabeza y estoy a punto de girarme cuando pasa: Nuestras miradas se cruzan. Esos ojos cafés que siempre me han parecido bonitos se encuentran con los míos y dejo de respirar, el aire cambia a mi alrededor y una tensión es palpable entre nosotros, como si un hilo de sensaciones nos conectara entre este montón de gente.

No soy lo suficientemente valiente para sostener su mirada así que la aparto, dándome la vuelta.

Me encuentro a Gin de frente.

—Es aún más apuesto en persona.

No le digo nada, pasándole, por un lado. Jon me recibe en el minibar con una gran sonrisa.

—¿Por qué siempre tan seria? Sonreír no es un delito.

Le paso la bandeja vacía de copas de champagne para que las llene.

—No tengo motivos para sonreír.

Jon me pasa otras copas llenas.

—No siempre tienes que tener un motivo. Además —se inclina sobre la barra—, te ves muy bonita cuando sonríes.

Levanto una ceja.

—Ya te he dicho que tus intentos de coqueteo no funcionan conmigo.

Gin aparece a mi lado.

—Por supuesto que no funcionan, a Clau le gustan más los chicos con barba.

Jon hace puchero.

—Puedo dejarme crecer la barba por ti.

Estoy a punto de hablar cuando un par de brazos fuertes se envuelven a mi alrededor desde atrás, el olor a una colonia que conozco llega a mi nariz, Ares me aprieta con fuerza.

—Me salvaste, gracias.

Me libero, girándome hacia él.

—Es la última vez.

—Lo prometo —él sonríe ampliamente

—Eso dijiste la última vez.

—¿Te lo super-prometo? —usa esos ojos de corderillo que seguramente le han conseguido muchas chicas.

Ni siquiera le respondo y le golpeo la frente con mi dedo. Ares se ríe y por encima de su hombro puedo ver a Artemis y a su pegajosa pelirroja acercarse a nosotros, seguramente buscando saludar a Ares.

Esa es mi señal para huir.

—Iré por más bocadillos —murmuro, dejando a Gin con la protesta en la boca porque ambas sabemos que aún hay suficientes.

La cocina es mi lugar seguro.

Es donde crecí, dibujando garabatos sobre el mesón mientras mamá cocinaba y arreglaba. Es el lugar menos visitado por los Hidalgo de esta casa: Mi territorio. Y aunque suena un poco machista, pero crecí en este pequeño espacio, no planeé que se volviera mi lugar seguro, solo pasó.

Acomodo lo que ya está listo, actuando como si estuviera haciendo algo en caso de que alguien entrara, solo estoy perdiendo tiempo y si la señora Hidalgo se da cuenta tal vez me dé un regaño, ni siquiera sé porque estoy huyendo de Artemis ahora.

En mi mente esta noche se había desarrollado de manera diferente, jamás habría pensado que estaría aquí en la cocina escondiéndome de Artemis como una cobarde, ¿Qué me pasa?

Solo estas impresionada por lo maduro que se ve, es todo.

Nunca has dejado que nadie te intimide, no dejes que él sea el primero.

—¿Todo bien? —la voz de Apolo, el menor de los Hidalgo me hace saltar en sorpresa.

Me volteo hacía a él.

—Si, todo bien.

Apolo es la versión inocente de sus hermanos, con esos grandes ojos cafés y sonrisa infantil, sin embargo, es muy lindo y me atrevo a decir que con el tiempo llegará a ser incluso aún más atractivo que sus hermanos y con mejor personalidad por supuesto.

—Entonces, ¿por qué te estás escondiendo? —se recuesta contra el mesón de la cocina con brazos cruzados.

—No me estoy escondiendo.

Apolo levanta una ceja.

—¿Y qué estás haciendo entonces?

Abro la boca, y la vuelvo a cerrar, pensando que inventar, hasta que se me ocurre algo:

—Estoy…

—Perdiendo el tiempo —me interrumpe Sofia Hidalgo al entrar a la cocina—. ¿Se puede saber dónde has estado los pasados 20 minutos?

Suspiro.

—Solo me aseguraba que…

—¡Shi! —me calla—. No quiero tus excusas, solo vuelva ahí afuera y atiende a mis invitados.

Me muerdo la lengua, le prometí a mi madre que me comportaría y que sería buena, solo por eso.

De mala gana, le paso por un lado a Apolo y vuelvo a esa farsa que llaman fiesta. Atiendo a la gente, sirvo bebidas y sonrío como una idiota. Mantengo mis ojos y mi mente alejadas del centro de atención de esta noche.

Para mí desgracia, mi preocupación por no encontrarme a Artemis me lleva a estrellarme contra el pecho de la persona que menos esperaba ver aquí: Daniel.

Sus ojos brillan cuando encuentran los míos.

—Mi bello genio…

Mierda.

—Hola —lo saludo con la mano y estoy a punto de pasarle por un lado cuando me detiene del brazo.

—Ey, ey, espera —me gira hacia él—. Si crees que voy a dejarte escapar esta vez, estas muy equivocada.

Me suelto de su agarre.

—Estoy un poco ocupada ahora.

—¿Por qué has estado ignorado mis llamadas? —esta era la conversación que no quería tener—. Entiendo que estés jugando a hacerte la dura, pero, ¿dos meses ignorándome no es mucho?

Ay, Daniel.

Para resumirles la historia, Daniel fue el resultado de una noche de alcohol y ganas de tener sexo acumuladas. Él juega en el equipo de fútbol de Ares, y esta jodidamente bueno a pesar de que es un año menor que yo, es muy bueno en la cama. Si el sexo fue muy bueno, pero solo fue eso: Sexo.

Si, soy muy honesta respecto a mi sexualidad y a lo que quiero. Que se joda la sociedad, las mujeres también tenemos derecho a follar cuando nos dé la gana, como nos dé la gana, con quien nos dé la gana, mientras me proteja y me cuide a mí misma no tiene por qué ser el problema de los demás. Tal vez, mucha gente me juzgue, pero no importa ni un poco.

No me interesan las relaciones, pero disfruto de la compañía sexual de un hombre atractivo y que sepa lo que hace, ¿Hay algo malo con eso? Mi vida es solo mía para decidir lo que hago con ella. Esto no quiere decir que no apoyo a las personas que, si están en una relación o aquellas personas que, si consideran el sexo algo sagrado, respeto sus creencias, así como pido que respeten las mías. Cada quien cava su propio túnel para llegar a la oscuridad y eventualmente surgir a la luz.

Así que, con la frente en alto, le digo a Daniel:

—Daniel, eres un hombre muy atractivo.

Él sonríe.

—Gracias.

—Pero solo fue una noche loca, honestamente no me acordaba así que, por favor, déjalo ir, olvídate de mí.

Su sonrisa no solo se desvanece, sino que la confusión de esparce por todo su rostro.

—¿Qué?

Me paso una mano por la cara en frustración, la gente a mi alrededor, la presión de que no me consiga otra vez la señora de la casa sin hacer nada, despierta mi lado directo y frío.

—Daniel, fue solo una noche de sexo y ya. No estoy jugando a hacerme la dura, solo quería follarte, lo hice, y ya.

—No te creo.

Suspiro.

—¿Por qué?

—Las chicas siempre quieren más que solo sexo.

—Supongo que no soy una chica entonces porque estoy 100% segura de que no quiero más.

—No sé a qué carajos juegas, Claudia, pero para, ya me tienes lo suficientemente interesado, no tienes que esforzarte así.

Hombres...

¿Por qué es tan difícil creer que una chica solo quiere disfrutar su sexualidad sin querer más?

—No estoy jugando a nada y…

—¿Pasa algo?

Ares se nos une, dándonos una mirada cuestionable, yo le sonrío.

—No, de hecho, ya me iba.

Desaparezco tan rápido como puedo, dejando a Daniel con la palabra en la boca. La fiesta transcurre con normalidad y cuando se acaba, Gin y los demás me ayudan a limpiar antes de irse a descansar. Me aseguro de que mi mamá este durmiendo bien, y vuelvo a la cocina para revisar que todo este orden.

Me paso las manos por la cara, suspirando.

—¿Cansada? —dejo de respirar al escucharlo. Su voz también ha cambiado, es mucho más varonil, gruesa, demandante de lo que recuerdo.

Me volteo para enfrentarlo por primera vez en tanto tiempo.

Artemis.

Capítulo 3:

"Tú eres la excepción"

Artemis

—Eres una mujer muy interesante, Cristina, estoy complacida... —la voz de mi madre sigue lanzando cumplidos a Cristina mientras yo tomo un sorbo de mi whiskey.

Ya todos se han ido, solo quedamos mis padres, mi novia y yo en la sala de la casa, conversando. Los ojos de mi madre brillan al hablar con Cristina, es tan obvio que ha pasado las exceptivas que ella tiene para mí, mi padre comenta que está cansado y se retira.

—Es hora de dormir —se gira hacia Cristina—. Le diré a Claudia que te preparé una habitación de huéspedes —mi madre se levanta, pero yo le tomo la muñeca ligeramente deteniéndola.

—No es necesario, Cristina dormirá conmigo —veo como Cristina se sonroja, bajando la mirada. Una sonrisa sarcástica llena mis labios, considerando todas las cosas que ella me ha dejado hacerle, no es nada inocente.

Una expresión de desaprobación cruza el rostro de mi madre.

—Artemis...

—Ya somos adultos, madre, no estas cuidando la castidad de nadie —suelto su mano y me levanto—. Yo iré a decirle a Claudia que suba toallas extras y algunos bocadillos a mi habitación.

Mi madre quiere protestar, pero con Cristina ahí, sé que no se atreverá. Pongo el vaso de whiskey en la mesa al lado del mueble y meto las manos en los bolsillos de mis pantalones para caminar a la cocina.

Cuando llego al marco de la puerta de la cocina, la veo y me detengo. Claudia está terminando de limpiar y organizar todo, está de espaldas a mí, los años han hecho maravillas en ella. Su cuerpo se ve mucho más femenino, más maduro, sus curvas aún más pronunciadas. Ese vestido se pega a su cuerpo como una segunda piel y su flamante cabello

rojo esta alto en una cola, mi mente llena de alcohol me lleva a imaginarme agarrándome de su cabello mientras la tomo desde atrás sobre la mesa de la cocina.

Ella ya no es aquella chica de 15 años a la que me le declaré inocentemente, es una mujer que se vería muy bien desnuda en mi cama, una mujer a la que follaría duro.

Sería tan fácil subirle ese vestido...

Basta.

Meneo la cabeza, sacudiendo esos estúpidos pensamientos lujuriosos, decido hablar.

—¿Cansada?

Ella se tensa visiblemente antes de girarse hacia mí. Por un momento solo me mira con esos ojos llenos de fuego y algo más... ¿Miedo? ¿Deseo? No lo sé, el aire entre nosotros cambia, y una tensión que jamás he sentido antes es palpable entre nosotros.

—No —su voz es suave pero cortante.

Una parte de mi quiere preguntarle como esta su madre, como le va en la universidad, pero no me importa, ella ya no es mi amiga, es solo la mujer de servicio, y quiero que eso le quede claro.

—¿No? Creo que deberías decir 'No, señor.' ¿O es que has olvidado como dirigirte a los señores de esta casa?

Su mirada se endurece y puedo notar las ganas que tiene de decirme algo, pero no lo hace.

—No, señor —a pesar de que alarga la última palabra con rabia, una sensación agradable me cruza al oírla decir eso. Claudia siempre ha sido tan feroz y abrasiva como el color rojo de su cabello, no es fácil para ella doblegarse y eso solo me hace querer doblegarla.

—Trae toallas y bocadillos a mi habitación —le ordeno fríamente.

Ella solo asiente, y salgo de ahí.

***

Claudia

¿No, señor?

Definitivamente, no soy del agrado de Artemis, no puedo creer que aún me guarde rencor por algo que pasó hace tanto tiempo. Necesita superarlo, pasar la página, o tal vez ya ni siquiera lo recuerda y simplemente quiere tratarme como lo que soy: La mujer de servicio.

De mala gana, toco la puerta de su habitación con mi mano libre porque en la otra, en mi antebrazo llevo las toallas y en mi mano la bandeja bocadillos. Trago grueso, porque me inquieta el hecho de estar con él en su habitación.

Artemis abre la puerta y cuando lo veo, aprieto la bandeja en mi mano, su camisa esta desabotonada hasta casi su ombligo, revelando un pecho definido. Aparto la mirada y le ofrezco lo que tengo que, en mi mano.

—Sus toallas y bocadillos, señor.

Odio tener que llamarlo así. Cuando no pasa nada, lo miro de nuevo y él ha caminado dentro de la habitación.

—Pon las toallas sobre la cama y los bocadillos en la mesa de noche.

No quiero entrar ahí, pero obedezco, lo primero que escucho cuando entro es la ducha, mis ojos se entrecierran y entonces escucho la voz de una mujer gritar desde el baño.

—Artemis, espero por ti.

Oh, la mujer está aquí, con él, en su habitación.

Un inevitable recuerdo viene a mi mente, de él y yo hace años sentados en el suelo frente a su cama, jugando monopolio.

Yo había mirado a mi alrededor.

—Deberías arreglar tu cuarto, he oído que puede espantar a las chicas.

—Ninguna chica estará en mi habitación —Artemis había dicho con determinación.

Arqueé una ceja.

—¿Y yo que soy?

—Tú eres la excepción.

Supongo que ya no lo soy, ¿Eh?

Una sensación desagradable se asienta en mi estómago, pero me niego a reconocerla porque esto no me importa o por lo menos no debería importarme. Artemis está parado al otro lado de la cama sus brazos cruzados sobre su pecho. Él me observa, sus ojos buscando los míos, pero los aparto, poniendo las cosas rápidamente donde van para poder salir de ahí.

Estoy tan enfocada en doblar bien las toallas sobre la cama que cuando me giro para irme, me congelo al ver que Artemis se ha movido para quedar bloqueando la puerta de la habitación, ¿Qué está haciendo?

Determinada, me dirijo a la puerta, pero él no se mueve.

—Permiso, señor.

Él no dice nada.

Solo se escucha el sonido de la ducha entre nosotros, y me paralizo al verlo desabotonar el resto de la camisa, los músculos de sus hombros se contraen cuando desliza la camisa por los mismos quitándosela por completo. Enfoco mis ojos en la pared, odiando el sonrojo que cubre mis mejillas, ¿Qué carajos está haciendo?

Escucho sus pasos acercándose a mí, y me atrevo a mirarlo de nuevo.

—Señor...

Él se inclina sobre mí y las alertas se activan, estoy a punto de empujarlo cuando él susurra en mi oído:

—Lávala, es una de mis favoritas —pone la camisa en mis manos y se dirige al baño—. Cierra la puerta con seguro al salir.

Me toma un segundo salir de ahí en un apuro.

Camino tan rápido en el pasillo que no notó a Apolo hasta que me estrello contra él.

—Ey, ¿Por qué tan apurada?

Él está en sus pijamas, su cabello desordenado, se ve muy tierno, le sonrío.

—Nada, solo estoy cansada.

Sus ojos viajan a la puerta de Artemis antes de volver a caer sobre mí.

—¿Esta todo bien?

—Si, todo bien.

Él toma mi mano.

—¿Quieres... venir a mi habitación?

Su sonrojo lo delata, Apolo y yo nos hemos acercado mucho en los últimos meses, aunque al principio lo tomé como algo fraternal, como un hermano menor, he comenzado a notar sus gestos, sus miradas, sus palabras. Creo que él está confundiendo las cosas y quiere algo más, o tal vez yo solo me esté imaginando todo.

—Otra noche te acompaño —le digo, a veces vemos películas a medianoche cuando me desocupo, en las que generalmente me quedo dormida a la mitad porque no aguanto el cansancio.

—¿Segura? —él aprieta mi mano

Yo asiento y libero mi mano de la suya.

—Buenas noches, Apolo.

—Buenas noches, Claudia.

Me voy a dormir con la imagen del torso desnudo de Artemis atormentándome.

Pasaron algunos días y no vi a Artemis, tal vez ha estado full con su trabajo o que se yo, pero estoy agradecida por la paz. Aunque Artemis no me intimida, no puedo decir que no me incomoda estar en su presencia. Tenemos años sin compartir o vernos por tiempo prolongado en lo absoluto, me tomará tiempo acostumbrarme a él.

Sin embargo, mi pequeño descanso de paz llegó a su fin, un sábado por la mañana. Me levante como de costumbre, ayudando a mi madre a usar el baño y vestirse para el día. Después de hacerme unas trenzas a los lados de mi cara, ya que es más fácil trabajar sin tener que preocuparme por mi cabello, la dejo en el cuarto para ir a preparar el desayuno.

Bostezo, estirando mis brazos a mis lados mientras entro a la cocina, doy un brinco cuando noto a la figura sentada en la mesa.

—¡Dios!

Artemis está sentando, en un traje negro perfecto con sus brazos cruzados sobre su pecho y corbata azul oscuro. Los rayos de sol colándose por la ventana se reflejan en su cabello, resaltando esos pequeños mechones rubios casi imperceptibles en su pelo. Su cara inexpresiva y ojos fríos me hacen sentir incomoda, es la primera vez que está en la cocina desde aquella noche de la fiesta.

—Buenos días, señor.

—Llevo 20 minutos esperando el desayuno —él no me responde el saludo.

—Son las 7:00 de la mañana, no suelo servir el desayuno hasta las 7:30 cuando Ares y Apolo se van a la preparatoria o en los fines de semana cuando se levantan.

—Bueno, te sugiero que adaptes tu horario a mis necesidades.

Eso me molestó.

—No tienes por qué hablarme así.

—Yo te hablo como a mí me da la gana —el brillo en sus ojos me reta a desafiarlo, a no quedarme callada.

'Pórtate bien.' La voz de mi madre hace eco en mi mente, y trato de controlarme porque quiero decirle mil cosas. Literalmente, me muerdo un poco la lengua.

—Y ya que estamos dejando las cosas claras —señala un uniforme que no he notado sobre la mesa—… de ahora en adelante, usarás uniforme.

Eso era lo que necesitaba para estallar.

—¿Disculpa?

—Me escuchaste perfectamente —su mano extiende el uniforme hacia mí—. Creo que necesitas recordar tu lugar en esta casa, mis hermanos te han dado muchas libertades.

Dejo salir una risa sarcástica.

—Eres un jodido idiota.

Él alza una ceja, pero no luce sorprendido por mi insulto.

—¿Cómo me llamaste?

—Eres.un.jodido.idiota, Artemis —enuncie cada palabra con una pausa.

Lo observo apretar su mandíbula y levantarse, apoyándose con ambas manos sobre la mesa.

—Discúlpate ahora. —pero yo meneo la cabeza.

—No —sueno más valiente de lo que en realidad me siento.

Cobardemente, retrocedo y me apresuro a salir de la cocina, pero él se mueve rápido, y me agarra del brazo deteniéndome, su fuerte mano me aprieta, jalándome para estamparme contra la pared detrás de mí.

—Tú no vas a ninguna parte.

Nunca hemos estado tan cerca, puedo sentir el fuerte olor de su colonia y champú, es suave pero varonil.

—Suéltame —mantengo mis ojos en su corbata.

Él agarra mi mentón, obligándome a mirarlo, sus dedos clavándose en mi piel.

—Creo que has olvidado tu lugar en esta casa —me mira directo a los ojos mientras habla—. No eres más que la mujer de servicio, irrespetarme de esta forma podría costarte tu trabajo. Yo no soy como mis hermanos ni mucho menos como mi padre, compórtate así y no dudaré un segundo en echarte de esta casa.

—Tú no eres mi jefe —trato de liberar mi cara de su agarre—. Mi jefe es el señor Juan.

—Créeme cuando te digo que, si quiero echarte de esta casa, lo haré, Claudia—es la primera vez que me llama por mi nombre, pero no se siente bien en estas circunstancias—.

Yo soy tu jefe ahora —sus ojos bajaron a mis labios por un breve segundo—. El techo sobre tu cabeza, tu futuro, tu estabilidad, todo está en mis manos así que te conviene morderte esa lengua grosera que tienes y obedecerme.

Me libera y vuelve a sentarse en la mesa, tomando el periódico para leerlo. Aprieto mis puños a mis costados, y de mala gana agarro el uniforme.

Lo odio.

Nunca pensé que él llegaría a ser tan frío, el Artemis con el que crecí siempre había sido muy callado y poco expresivo, pero nunca había sido de esta forma.

El primer vistazo en el espejo del baño del uniforme me molesta de sobremanera. Parece un puto disfraz de Halloween, ya estos uniformes no son comunes. Me pregunto cómo supo mi talla, imbécil.

Cuando vuelvo a la cocina, Artemis ya no está solo, Apolo esta con él y la vergüenza no me cabe en el cuerpo.

—Señor —hago una pausa—… ya tengo el uniforme, ¿puedo volver a trabajar?

Artemis sigue leyendo el periódico sin mirarme.

—Siempre y cuando sepas cuales es tu lugar, puedes volver a trabajar.

Aprieto mis labios, obligándome a hablar.

—Tengo claro cuál es mi lugar como sirvienta, señor.

—Bien —él pone el periódico a un lado, toma la taza de té y la vacía sobre el suelo—. Limpia, entonces.

—Artemis —la dulce voz de Apolo me tranquiliza, pero Artemis le da una mirada fría.

Se que él me está probando, él quiere que falle la prueba y así poder echarme de esta casa, jamás pensé que él me odiara de esta forma, subestimé su desagrado por mí.

Lágrimas llenan mis ojos, pero me contengo, no voy a darle la satisfacción de afectarme así, busco el trapero en silencio cuando vuelvo lo escucho de nuevo.

—No, usa un trapo.

—Artemis —la rabia en la voz de Apolo me sorprende.

Una lagrima se escapa y rueda por mi mejilla, no puedo con la humillación, nunca nadie me ha tratado de esta forma, ni siquiera la señora de la casa a la que no le agrado.

—Como diga, señor.

Apolo parece intentar hacer algo porque Artemis suena irritado.

—Haz algo y le cuento todo a mi padre, es solo una sirvienta, no vale la pena, Apolo.

Sus palabras arden y queman, pero sigo mi trabajo, me arrodillo limpiando el desastre a su lado, puedo ver sus zapatos mientras lo hago, pero no quiero mirarlo a él.

Una mano me toma del brazo, levantándome, los ojos cafés de Apolo me reciben:

—Suficiente.

Me libero de su agarre porque no quiero meterlo en problemas con su hermano.

—El señor me ordeno limpiar y debo hacerlo.

Apolo menea la cabeza, tomando mi brazo de nuevo.

—El señor ya tuvo suficiente.

De la nada, Artemis aparece a nuestro lado abruptamente, y agarra la muñeca de Apolo.

—No la toques.

Apolo y yo arrugamos las cejas, confundidos así que él habla rápido.

—Quien sabe que gérmenes puede tener, solo vete a tu cuarto, Apolo.

—Solo si la dejas en paz.

Artemis suspira cansado.

—Lo que sea, salgan de mi vista, ambos.

No lo pienso dos veces y salgo disparada de ahí, ya habrá tiempo para hacer el desayuno, solo sé que Artemis Hidalgo ha vuelto y no queda nada del chico con el que crecí, ahora solo queda un cascaron helado y lleno de desprecio por mí.

Capítulo 4:

"Te he dicho que olvides ese nombre"

Artemis

Después de una sesión rápida de sexo en la oficina, me separo de Cristina, ella baja su falda, respirando agitadamente. Arreglo mis boxers y subo mis pantalones, ella se pasa la mano por la cara.

—Guau, hoy estas especialmente apasionado.

No digo nada y voy al pequeño baño privado a un lado de mi escritorio, me aseo y acomodo mi corbata para volver a sentarme en mi escritorio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto porque ella sabe que no me gusta que me visite en el trabajo.

Ella sonríe, levantando una ceja.

—¿Hasta ahora preguntas?

La había atacado apenas había entrado por la puerta sin dejarla hablar, sin saludarla, sin nada. Necesitaba el sexo, necesitaba relajarme.

Ella se sienta al otro lado del escritorio.

—Solo quería verte, tenemos días sin vernos.

—He tenido mucho trabajo —y ella lo sabe, una de las razones por la que hemos funcionado es porque Cristina lo entiende todo, no exige, no se queja, ella sabe cómo soy y se ha amoldado a eso.

Ella suspira.

—Lo sé, solo te extraño.

Mis ojos caen sobre ella y puedo ver como baja la mirada, en un intento de ocultar la tristeza en su expresión.

—¿Quieres ir a cenar esta noche?

Ella me mira, sonriendo de oreja a oreja.

—Claro.

Le doy una sonrisa corta.

—De acuerdo, haré las reservaciones.

Ella se levanta, rodea el escritorio, se inclina y me da un beso corto en la boca.

—Bueno, te veo esta noche.

La veo dirigirse a la puerta, saludar a Hannah, la gerente de compras de la empresa, que viene entrando antes de irse.

Hannah me da una sonrisa amable, dejando una carpeta sobre mi escritorio.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, espero que sean buenas noticias.

—Si, el bulldozer está funcionando perfectamente, aquí les dejo los reportes de maquinarias, las piezas, el costo de la mano de obra, si tiene alguna duda me lo hace saber.

Dejo salir una larga respiración de alivio, el bulldozer es una de las maquinas más costosas que tenemos.

—Bien, muchas gracias.

Ella me sonríe amablemente de nuevo y se va.

Involucrarme personalmente en cada pequeña cosa que pasa en la empresa está en contra de lo que me ha recomendado el médico para el estrés, según él, debo confiar más en mis trabajadores y dejarles más responsabilidades. Lo he intentado, pero no puedo. Me siento inmensamente responsable por esta empresa, mi padre ha confiado en mí y no puedo defraudarlo.

Me paso la mano por la cara, enterrándome en la silla. Cierro mis ojos, masajeando mis sienes. Estoy exhausto, mis noches de insomnio pasando factura.

—Que vista tan desmotivante.

La voz de Alex me sorprende, abro mis ojos para verlo de brazos cruzados sentado al otro lado de mi escritorio.

—Sin ofender, pero te ves fatal.

Alex es mi mejor amigo, nos conocimos en la universidad, estuvimos en la misma facultad, pero él estudió finanzas. Cuando tomé el control de la empresa, lo contraté, es una de las pocas personas en las que confío.

Relajo mis hombros.

—¿Qué haces aquí?

Él sonríe abiertamente, su cara iluminándose, Alex es muy alegre.

—Siempre tan encantador, ¿No puedo visitar a mi mejor amigo?

—Estoy trabajando.

—¿En serio? Porque te ves como si estuvieras a unos segundos de morir por cansancio.

—Estoy bien.

—No iré a tu funeral si te mueres luciendo así.

Le doy una mirada cansada.

—Estoy bien.

—Seguro —Alex estira su mano hacia atrás para apoya su cabeza mientras se pone cómodo en la silla—. Me encontré a Cristina en el pasillo, pensé que no mezclabas trabajo con placer.

Entrecierro mis ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, se veía obviamente recién follada.

—No hables de ella de esa forma.

Él quita las manos de detrás de su cabeza y las levanta en paz.

—Perdón, señor caballero. Estas de malhumor hoy —hace una pausa como si pensará—. En realidad, siempre lo estas.

No digo nada y él solo me observa con cuidado, si hay alguien que me conoce bien es Alex.

—Estas más obstinado de lo normal, ¿Qué pasó?

—Que no me pasa nada —meneo la cabeza.

—Ahorrémonos toda la conversación de yo diciéndote que si te pasa algo y tu negándote hasta que termines contándolo.

Suspiro.

—Creo que fui demasiado duro con alguien.

—No —él alza un dedo—. No crees, si la culpa te está carcomiendo es porque fuiste demasiado duro con alguien, ¿Con quién?

Aparto la mirada, enterrando mi cabeza en mi silla, Alex alza una ceja.

—No me digas que…

—Alex.

—Conozco esa mirada, fue Claudia, ¿Cierto?

No sé cómo aún puede recordar su nombre.

—Te he dicho que olvides ese nombre.

Él voltea los ojos.

—Es difícil olvidar el nombre que mi mejor amigo mencionaba cada vez que se emborrachaba su primer año de universidad.

—Eso está en el pasado.

Él asiente.

—Claro, claro, ¿Qué le hiciste?

Mi mente viaja a ese momento, al verla limpiando el té del suelo, a la lagrima que rodó por su mejilla, la escena completa me atormenta. No entiendo porque tengo tanta rabia cuando estoy a su alrededor.

—Me golpearás si te digo.

Alex abre la boca en sorpresa.

—Guao, así de malo fue, ¿Eh?

La expresión de Claudia me atormenta de nuevo, no digo nada. Alex me da una mirada seria, todo rastro de juego deja su cara.

—Artemis, necesitas dejarla atrás, han pasado años, no puedes seguir guardando rencor por algo que pasó hace tanto tiempo.

—No tengo rencor por ella, ya no siento nada por ella.

—Puedes mentirle a quien quieras incluso a ti mismo, pero yo sé que eso no es verdad. La rabia, el descontrol que tienes a su alrededor viene de alguna parte.

—Es suficiente, ya cállate.

—Solo discúlpate con ella, pasa la página, y trata de tener una relación civilizada.

No le respondo, levantándome para salir a dar la vuelta de rutina por la empresa.

***

Luego de cenar con Cristina, la dejo en su casa y voy a la mía. Al cruzar la puerta aflojo mi corbata. Me paso la mano por el cuello tratando del calmar la tensión del mismo. Puedo escuchar ruido proveniente de la cocina, y con la intención de un poco de agua me dirijo a la misma.

No he puesto un pie en la cocina desde aquella mañana que puse a Claudia en su lugar, no puedo negar el remordimiento que me carcomió después de eso, y ese uniforme... No pensé que le quedaría tan bien.

El sonido de su voz se esparce por toda la cocina, ¿Está cantando? En silencio me paro en el marco de la puerta para observarla, ella está cocinando algo y cantando, usando la cuchara como micrófono. Una sonrisa involuntaria se forma en mis labios.

Su voz suena muy bien y me trae recuerdos de nuestra juventud.

—¿Tienes algún sueño? —le había preguntado por curiosidad.

Ella meneó la cabeza.

—No, la gente como yo no se puede permitir tener sueños.

Arrugué mis cejas.

—¿Por qué?

—Porque solo perdemos el tiempo ilusionándonos con algo que nunca podremos cumplir.

Tomé un sorbo de mi soda.

—Eres muy pesimista. Lo sabes, ¿no?

—Y tú eres muy callado. Lo sabes, ¿no?

Eso me hizo sonreír.

—No contigo.

—Lo sé, pero sí con el resto de la gente, necesitas hacer otros amigos.

—¿Te molesta ser mi única amiga?

Ella sonrió, poniendo un mechón de cabello detrás de su oreja.

—No, no me molesta.

Nos quedamos en silencio, estábamos sentados en la orilla de la piscina con los pies dentro del agua. Claudia comenzó a tararear una canción y entonces recordé lo mucho que le gustaba cantar.

—Ya sé cuál es tu sueño —la miré.

Ella movió sus pies en el agua.

—A ver…

—Te gusta cantar… ¿No te gustaría ser una cantante famosa?

Ella bajó la mirada, perdida en el agua cristalina.

—Eso sería...

—¿A qué le temes? Admitirlo no causará ningún daño.

Ella se muerde los labios, pero finalmente me miró, sus ojos con un brillo obvio.

—Si, ese podría ser mi sueño, pero si le dices a alguien lo niego —suspira antes de sonreír—. Me gustaría ser cantante.

Me pregunto si aún conservará ese sueño, ¿Y a ti que te importa eso, Artemis?

Me aclaro la garganta para hacerle notar mi presencia, ella se congela, me da una mirada rápida y baja la cuchara para ponerla en el lavaplatos. Cuando se gira hacia mí, su expresión molesta me sorprende, pensé que estaría avergonzada, pero parece que eso no es lo que está en su mente ahora.

Está molesta conmigo y tiene todo el derecho de estarlo.

—¿Se le ofrece algo, señor? —lo helado de su voz me sorprende.

No está molesta, esta furiosa.

Todo su lenguaje corporal indica que está a una palabra que la incomode de estallar e insultarme. Esa es la cosa con Claudia, no la intimido en lo más mínimo. Solo obedece y se muerde la lengua porque tiene que hacerlo para conservar su trabajo, pero no porque me tema, lo cual es novedad para mí. Hasta mis hermanos me temen un poco, pero no ella.

—Quiero un té —respondo, sentándome en la mesa de la cocina. Ella me da una mirada tan fría que casi me hace bajar la cabeza—. Por favor —termino, aclarándome la garganta.

Ella suspira, preparándolo en silencio.

Me quedo observándola, su cabello rojo está en una trenza completa desde su frente hasta atrás, revelando las facciones de su cara perfectamente, aunque solo puedo ver su perfil. Ella masajea su hombro, haciendo una pequeña mueca de cansancio. Parece que ha tenido un día largo, ya somos dos.

El recuerdo que vino a mi mente hace poco me revive el sentimiento de culpabilidad con el que he lidiado últimamente por lo que pasó el otro día, es una sensación desagradable y a la que no estoy acostumbrado, no suelo arrepentirme de las cosas que hago.

Paso mi dedo por la orilla de la mesa, distraído. Una taza de té aparece en mi visión, y levanto la mirada para verla frente a mí, su mirada ártica me incomoda.

—Su té, señor —no hay respeto o admiración en su voz, es solo disgusto.

—Gracias —digo, y la observo girarse para seguir trabajando en la cocina.

Tomo un sorbo de mi té, y me quedo con la taza en la mano, mirándola. Minutos pasan y me concentro en saborear mi té. La sensación de que hice algo mal palpitando en lo profundo de mi mente.

Como si ella sintiera mi mirada se gira hacia mí, con una expresión decidida, una mano sobre su cadera.

—Si vas a disculparte, solo hazlo.

¿Qué?

Es la primera vez que me habla tan informalmente y para mi sorpresa no me molesta.

Ella debe leer la confusión en mi rostro, y su expresión cambia, como si hubiera dicho lo que estaba pensando en voz alta.

—Olvídalo.

Se dirige a la puerta de la cocina y antes de que pueda cruzar, las palabras dejan mis labios.

—Lo siento.

Ella se congela, pero no se gira hacia mí, y se lo agradezco, eso me facilita decir esto.

—Lamento lo de la otra mañana, fue demasiado, no ocurrirá de nuevo.

No espero una respuesta, la conozco, una disculpa no apaciguará su molestia tan fácilmente, *¿La conoces? Quieres decir, la conocías, ya no sabes nada de ella.* Y no me interesa saber nada de ella tampoco.

—¿Lo sientes? —se gira hacia mí, la rabia clara en sus ojos—. Me tratas como la mierda, me humillas delante de tu hermano y ¿Lo sientes?

Me pongo de pie.

—Claudia...

Ella da tres pasos hasta quedar frente a mí, antes de que pueda hablar, ella me da una bofetada que hace voltear mi rostro ligeramente a un lado.

—Ahora sí creo es el comienzo de una disculpa.

Enderezo mi cara, acariciando mi mandíbula con mi mano, golpea fuerte, sus ojos negros brillan con furia, no puedo negar que me asusta un poco.

—Vuelve a tratarme así y no será tu cara lo que golpearé.

Tenerla frente a mí me deja detallar su rostro, tiene ligeras ojeras bajos sus ojos, pero aun así sigue siendo tan jodidamente bonita.

—Ya me disculpé y me golpeaste, diría que estamos en paz —comento indiferente.

Ella tuerce sus labios.

—Supongo, tratemos de tener una relación civilizada. Soy la empleada de esta casa, tú eres el hijo del jefe, punto.

¿Solo soy el hijo del jefe? ¿Es todo lo que he sido para ti? Bien, tu solo eres una empleada más y nada más.

—De acuerdo —accede, me da una última mirada cautelosa y desaparece por la puerta de la cocina.

Me deja solo con el recordatorio de la distancia que ella siempre ha puesto entre nosotros, una distancia tan inmensa que, incluso teniéndola frente a mí, no puedo sentir su presencia.

Capítulo 5:

"¿Qué estás haciendo, Apolo?"

Claudia

Las disculpas de Artemis, aunque no son suficientes, parecen sinceras. Eso me hace pensar que no me desprecia tanto como esperaba, y me da la esperanza de hacer esta situación más llevadera para ambos.

Sin darme cuenta, mis pies se mueven solos, escaleras arriba y termino frente a la puerta de la habitación de Apolo. Creo que he subestimado mi necesidad de hablar con alguien, de interactuar con otro ser humano. Me gusta mucho hablar con Ares, también, pero rara vez está en la casa. Él tiene una vida social muy activa, en cambio, Apolo es más de quedarse en su habitación leyendo o haciendo cualquier cosa.

Toco la puerta, y escucho un 'Pase' que me da luz verde para entrar.

A pesar de que ya es de noche, Apolo está en su pequeño sofá al lado de la ventana, un libro abierto en sus manos. Cuando levanta su tierna mirada hacia mí, sus labios dibujan una sonrisa al verme.

Cierra su libro, poniéndolo sobre su regazo.

—¿A qué debo esta afortunada visita?

Suspiro y me siento en su cama, quedando frente a él.

—Tuve un día largo.

Sus ojos indagan mi cara con preocupación.

—¿Artemis te ha molestado de nuevo?

—No —meneo la cabeza.

—¿Martha está bien?

—Si —mi madre ha estado estable últimamente y eso me ha quitado mucho estrés de encima—. Solo estoy cansada, supongo.

Él se levanta y camina hasta quedar frente a mí, obligándome a inclinar mi cuello para verlo.

—¿Quieres un masaje?

Los masajes de Apolo son los mejores. Le sonrío, asintiendo, él se sube en la cama detrás de mí, quedando de rodillas. Sus manos se posan sobre mis hombros rodando un poco para quedar entre mis hombros y mi cuello. Él aprieta ese punto y yo cierro los ojos disfrutándolo.

—Estas tensa —comenta, masajeándome. Se siente tan bien que ahogo un quejido de relajación.

—Han sido unos días estresantes —admito, suspirando.

Apolo baja sus manos para presionar sus pulgares en mi espalda, siguiendo la línea de mi columna vertebral, sus dedos haciendo presión en puntos claves que me hacen gemir suavemente.

Apolo se detiene y yo abro mis ojos.

—Lo siento, se siente muy relajante.

Él se inclina hacia mi desde atrás, su aliento en mi oído.

—Tranquila, es normal hacer esos sonidos cuando el masaje es bueno.

Trago grueso, porque su aliento me hace cosquillas. Un extraño ambiente crece entre nosotros y no sé por qué. No es la primera vez que me da un masaje.

Sus manos suben de lo bajo de mi espalda y de detienen en el medio, dejo de respirar cuando pasa sus manos por debajo de mis brazos y las descansa sobre mi abdomen, su pecho rozando mi espalda levemente.

—Respira profundamente, es una técnica antiestrés.

Hago lo que él me dice a pesar de nuestra cercanía.

—Cierra tus ojos, solo enfócate en tu respiración.

Respiro adentro y afuera, sintiéndolo tan cerca detrás de mí que el calor de su pecho cubre mi espalda. Mi corazón se acelera y honestamente me siento de todo menos relajada en estos momentos. Sus labios rozan mi oreja ligeramente y quiero pensar que es un accidente, tiene que ser un accidente.

¿Qué estás haciendo, Apolo?

Su nariz roza mi oreja mientras su respiración acaricia mi piel suavemente, mi corazón palpita desesperando contra mis costillas, ¿A caso él puede sentirlo también? Qué vergüenza.

Es solo un masaje, Claudia.

—Claudia... —Apolo susurra en mi oído, un escalofrío bajando por todo mi cuerpo. El olor dulce de su colonia envolviéndome.

El sonido de la puerta abriéndose de golpe me hace ponerme de pie rápidamente, alejándome de Apolo.

Un Artemis confundido posa su mirada sobre mí y luego Apolo quien aún está de rodillas en su cama con los brazos extendidos hacía mí, pero él los baja inmediatamente.

Artemis se cruza de brazos.

—¿Qué están haciendo?

Apolo me da una mirada antes de responder.

—Solo —no termina su frase y Artemis alza una ceja—… ¿Qué quieres?

—No has respondido mi pregunta.

Apolo se ve molesto.

—No tengo porque hacerlo.

Artemis arruga sus cejas, no esperaba esa respuesta. Yo no quiero arruinar el ambiente de paz al que acabamos de llegar en la cocina, decidimos tener una relación civilizada, no quiero problemas.

—Ya me iba —le doy una sonrisa de boca cerrada a Apolo y me dirijo a la puerta y salgo de la habitación sin mirar atrás.

No debí ir a ver a Apolo, ahora que Artemis está en la casa, debo ser más cuidadosa, no porque me importe lo que piense, sino porque no quiero causarle problemas a Apolo.

Estoy bajando las escaleras cuando Ares me pasa, por un lado, y baja corriendo sin camisa y descalzo.

—¿Ares?

Lleva su celular en la mano, la desesperación clara en su rostro.

—¡Te explico luego! —me grita desapareciendo por la puerta principal.

¿A dónde va en esas fachas?

Me preocupa y no me voy a dormir hasta que me envía un mensaje diciéndome que dormirá fuera de casa, ¿En esas fachas? Tengo el presentimiento de que esto tiene algo que ver con la hija de nuestra vecina, creo que se llama Raquel.

Nunca he visto a Ares tan interesado en una chica. Ay, Ares, creo que esta chica es la que va a calentar ese corazón que has luchado por mantener frío.

Me voy al cuarto y me siento a un lado de mi madre, quien está sentada con la espalda recostada al respaldo de la cama, su cabello rojo, corto a los lados de cara, las canas dotándolo de áreas blancas. Las arrugas de su rostro se tornan notables cuando me sonríe, y me agarra la mano.

—Llegaste.

Le devuelvo la sonrisa, inclinándome para darle un beso en la frente, cuando me aparto, acaricio su mejilla.

—Deberías estar dormida.

—Sabes que no puedo dormir hasta que no llegues.

—¿Cómo estás? —le pregunto, evaluando cada uno de sus gestos, su bienestar es lo más importante para mí.

—Bien —pasa sus dedos por mis ojeras—. Mira esas ojeras, te ves tan cansada, vamos a dormir.

—De acuerdo, me cambiaré.

Ella me espera hasta que me quito el estúpido uniforme que me dio Artemis y me pongo cómoda en mis pijamas. Me acuesto a su lado.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija.

Sin embargo, el sueño no llega a mí, mi mente sigue divagando desde la disculpa de Artemis hasta lo que pasó con Apolo, ¿Qué fue eso? Quiero creer que estoy imaginando cosas, pero tal vez, deba caer en cuenta de que Apolo ya no es un niño, es un adolescente en pleno apogeo hormonal. Quizás he sido muy descuidada a su alrededor, solo sé que debo manejar esa situación con cuidado o puede salirse de control fácilmente.

Claudia...

Su tierna voz en mi oído me hace menear la cabeza, dejo de pensar en eso para poder encontrar un poco de paz y quedarme dormida finalmente.

Frío…

Hace tanto frío, no puedo dejar de temblar. Mis labios están rotos por las bajas temperaturas, mi piel reseca y deshidratada. Abrazo a Fred, mi oso de peluche, que ya esta tan sucio que su olor es desagradable pero no lo suelto.

El pequeño tráiler donde vivimos está a oscuras, la electricidad es un servicio que hace tiempo no tenemos. Encuentro a mi madre en el sofá, inconsciente, su mano guindando en el aire, las jeringas en el suelo, vacías.

Ella solo lleva puesta una falda que apenas la cubre y un top que deja al descubierto su estómago. Su cabello rojo está a los lados de su cara, descuidado y sucio. Pongo mi pequeña mano sobre pecho.

—Mami.

Ella no responde, ni se mueve.

—Mami, tengo mucho frío.

Viéndola tan descubierta me hace pensar que tal vez ella tiene mucho más frío que yo, voy por mi sabana y la arropo con cuidado, asegurándome de taparla lo más que puedo.

El sonido de alguien golpeando la puerta me hace saltar.

—¡Martha! ¡Martha! ¡Abre la maldita puerta!

Mi corazón se acelera, el miedo corriendo por mis venas, sacudo a mi mamá.

—¡Mami! ¡Mami, despierta!

Pero ella no se mueve en lo absoluto, grito cuando derriban la puerta a patadas.

—¿Dónde estás, puta de mierda?

Un hombre de negro, con aretes y muchos tatuajes entra a nuestro pequeño lugar. Sus ojos caen sobre mi madre.

—Ahí estas.

Me atravieso en su camino.

—¡No! ¡Déjala!

Él me agarra del pelo y me lanza a un lado, mi estomago chocando contra una mesita de noche frente al sofá. Me quedo sin aire, sosteniendo mi barriga.

El hombre agarra las jeringas y las lanza a un lado, abofeteando a mi madre, que apenas parpadea un poco.

—Vaya que te has dado un viaje con mi mercancía.

Con dificultad me levanto, lágrimas en mis ojos.

—¡Déjala! ¡No! ¡Por favor!

El hombre se sube encima de mi madre, desabrochando sus pantalones, lo golpeo una y otra vez hasta que se gira hacia mí y me agarra del pelo de nuevo, arrastrándome a la puerta. Me lanza afuera y caigo estrepitosamente en la nieve frente a nuestro tráiler.

—Entra aquí y te mataré, mocosa.

Llorando, corro, necesito buscar ayuda. Yo no puedo sola con ese hombre, mamá siempre me ha dicho que no luche con nadie si la vienen a buscar que solo busque ayuda. Me caigo una y otra vez, han caído unos cuantos centímetros de nieve, no siento mis pies.

Una voz dulce llena mis oídos, un par de brazos fuertes sosteniéndome en el frío.

—Ey, ey, Claudia.

Abro mis ojos, las lágrimas nublando mi visión, estoy temblando sin control.

—Estas bien, solo fue una pesadilla —la voz de Artemis no me sorprende tanto como el hecho de que estamos en medio del patio de la casa Hidalgo.

¿Caminé dormida de nuevo?

El miedo, el frío, el dolor de la pesadilla aún palpitan en mi mente, levanto la mirada para ver esos ojos que solían calmarme cuando tenía estas pesadillas. Aprieto mis labios porque quiero dejar de llorar, pero no puedo.

Artemis sostiene mi cara, y en ese momento no se ve como el hombre frío y amargado que todos conocen, se ve como el chico que creció a mi lado, cuidándome, y brindándome su abrazo cada vez que mis pesadillas me atacaban, el chico que él solía ser solo cuando estaba conmigo.

—Estas bien —me susurra, sus pulgares limpiando mis lágrimas. No puedo hablar—. No tienes que decir nada, estas bien —me abraza y lloro silenciosamente en su pecho, su olor tranquilizándome. Su mano acaricia la parte de atrás de mi cabeza.

No tengo la fuerza para apartarlo, para levantar mis paredes defensivas y alejarlo.

—Estas bien, Claudia, estoy aquí.

Pongo mis brazos alrededor de su cintura, abrazándolo con fuerza. Demasiado inestable para pensar racionalmente, solo necesito sentirme a salvo en sus brazos por unos segundos, hasta que desapareciera esta sensación de miedo inminente que me causa esas pesadillas, porque no son solo pesadillas, son recuerdos.

Y él lo sabe, lo sabe muy bien.

Capítulo 6:

"Estas disfrutando esto, ¿no?"

Artemis

Un golpe.

Y otro.

Y otro.

Mis manos empuñadas y cubiertas de tiras de tela hacen contacto con el saco de arena frente a mi mientras lo golpeo una y otra vez, cada vez con más fuerza. El sudor baja por mi cuello hasta mi pecho, mis abdominales; mis bíceps se tensan cada vez que ataco el saco. Sin embargo, mi mente está en otro lado.

—Yo... —Claudia se separó de mi luego de abrazarme, incomoda, sus ojos hinchados por las lágrimas evitándome—. Lo siento, yo…

—No tienes nada porque disculparte —le aseguré, dándole una sonrisa cálida.

Ella se aclaró la garganta, aún sin mirarme.

—Debo irme.

Golpeo el saco de boxeo repetidamente, recordando lo tenso de sus hombros, de su postura después de que se recuperó, pero sobre todo recordando lo bien que se sintió tenerla en mis brazos, su olor sigue siendo tan familiar para mí y eso me enfurece. Ella no debe interesarme de esa forma, ella es parte del pasado, además, tengo novia.

—Claudia —la llamé antes de que se fuera, pero ella solo me dio una sonrisa amable.

—Gracias por —ella pausó—... Gracias.

Y con eso, se fue dentro de la casa, terminando nuestra interacción de anoche.

¿Por qué tan incomoda conmigo? Actúa como si fuéramos dos extraños, tal vez lo seamos, pero tenemos historia. Mis puños se aprietan aún más para dar golpes más letales, el saco danzando con cada embestida, recuerdo cómo se veía con Apolo cuando entré a su habitación, ella se veía tan relajada, cómoda con él. ¿Desde cuándo ellos dos son tan cercanos? ¿Por qué tan tranquila con él y tan tensa conmigo?

Debo dejar de pensar en ella.

Me detengo, agarrando el saco de boxeo, recostando mi frente contra el mismo, mi respiración acelerada por el prolongado ejercicio. A este punto, todo mi cuerpo está cubierto de sudor, solo tengo puestos unos shorts.

Tomo una toalla, me seco un poco y la cuelgo alrededor de cuello para salir del pequeño gimnasio de la casa. Estoy a punto de subir las escaleras, pero me detengo, cambiando de opinión, sintiéndome en el humor de molestar a Claudia un poco, es lo mínimo que puedo hacerle pasar después de que ella ha estado en mi cabeza toda la jodida mañana.

Al entrar a la cocina, me dirijo directamente a la nevera, saco una botella de agua y me dispongo a bebérmela. Claudia termina de lavar una olla y cuando se gira para secarla, me ve.

—Oh —se le cae la olla, sorprendida—. Me sorprendió, señor.

¿Vuelve a hablarme formalmente? ¿Por qué?

Recoge la olla y cuando vuelve a estar de pie, sus ojos bajan por mi pecho, mi abdomen y el rubor cubre sus mejillas rápidamente. Una sonrisa arrogante se forma en mis labios, pero no digo nada.

Ella me pasa, por un lado, sus ojos echándole vistazos a mis músculos discretamente. Se que soy atractivo, no lo digo de forma arrogante, solo lo sé, y he trabajado mucho en mantenerme en forma. Me gusta hacer ejercicio y comer lo más sano posible, cuando tengo tiempo, por supuesto. En eso creo que mis hermanos y yo somos muy parecidos. Ares siempre ha sido muy inclinado a los deportes y Apolo usa nuestro gimnasio de vez en cuando.

Claudia vuelve a pasarme por un lado después de guardar la olla en el gabinete que corresponde.

—¿Tiene hambre, señor?

La observo, aprovechando que esta de espaldas.

—Si —su cabello en trenzas me deja ver su cuello, mechones rojos rebeldes que han escapado, haciendo contraste perfecto con su blanca piel.

Claudia se voltea para mirarme y yo cambio mi enfoque a la ventana de la cocina.

—¿Qué quiere comer?

—Una ensalada de frutas está bien.

Ella asiente.

—De acuerdo.

Me siento frente al mesón de la cocina, ella al otro lado, frente a mí. La veo preparar todo, la agilidad con la que corta cada fruta, la delicadeza con la que sus dedos acarician las frutas, como se muerde el labio al atravesar el cuchillo en cada una. Las pequeñas pecas sobre sus pómulos casi siempre pasan desapercibidas, pero en plena luz del día son muy visibles, ¿Por qué es tan bonita? ¿Qué es lo que tiene ella que no tienen ninguna de las mujeres super atractivas con las que he salido? Honestamente, tengo curiosidad sobre la respuesta a esas preguntas.

Nuestras miradas se encuentran, y esos ojos negros como el infinito me hacen olvidar la relación profesional que tenemos ahora, antes de pensar mis palabras y la forma en las que las digo, hablo:

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Si —ella me pasa el plato con las frutas y noto como no ha puesto fresas en la misma, casi sonrío ante el hecho de que aún recuerda mis alergias.

—Eres muy buena cortando frutas —ni siquiera sé porque lo digo.

¿Por qué sigo intentando iniciar una conversación con ella?

No dice nada, así que procedo a meter un pedazo de melón en mi boca, masticándolo lentamente, mis ojos sin abandonarla un segundo, mientras se mueve alrededor de la cocina.

¿Por qué no responde a mis intentos de conversación? Es frustrante, nunca tengo que esforzarme así, usualmente, las personas son las que tienen difícil iniciar algún tipo de interacción conmigo, siempre tratando de atravesar mis barreras, pero con esta mujer, es al contrario y eso me desconcierta. Me pregunto si ella es diferente con Apolo, estaba en su habitación después de todo y no lucía para nada incomoda.

Ya debo dejar de pensar en eso.

Estoy a punto de levantarme e irme cuando algo en el suelo llama la atención de Claudia y su expresión fría desaparece, siendo reemplazada por una de pura adoración, una sonrisa formándose en sus labios. Me deja sin palabras, mi corazón acelerándose como idiota.

Quiero que ella me mire así.

Sigo su mirada y encuentro a un cachorro blanco y peludo que va a su encuentro, al parecer viviendo de la puerta de atrás, Claudia se arrodilla frente a él y el perrito pone sus patas sobre ella lamiendo sus manos mientras ella lo acaricia.

—Hola, hermoso —ella le sonríe, amor puro en sus ojos.

¿De dónde salió ese cachorro?

Claudia parece recordar mi presencia y se levanta de golpe, recuperando su seria expresión, se dirige al lavaplatos para lavar sus manos, el perrito siguiéndola, pegado a sus pies.

—No sabía que teníamos un perro —y ahí voy de nuevo con lo de intentar que hable conmigo, es que no sé qué es lo que me pasa esta mañana.

Claudia apenas me mira.

—Es de Apolo, le gusta adoptar perritos que han sido abandonados, siempre va a la perrera de voluntario.

Apolo...

Apolo...

Su voz se suaviza cuando menciona a mi hermano y por alguna razón me molesta.

Sigo comiendo mis frutas.

—Vaya, que chico tan humanitario.

—Lo es —ella asiente.

—Pensé que ya no te gustaban los perros.

Recuerdo claramente porque, éramos aún niños cuando papá decidió traer un cachorro, lo llamamos Fluffy, lamentablemente a los pocos meses le dio una infección que ni el veterinario pudo curar y murió, Claudia y yo estábamos devastados, hicimos un funeral y todo, desde ese entonces los perros se convirtieron en un tema sensible para ambos.

Claudia me da una mirada de empatía que me hace saber que ella también lo recuerda.

—Nunca olvidaré a Fluffy —una sonrisa triste adorna sus labios—. Pero no lo sé, es imposible no encariñarse con los perritos que Apolo ha traído, son hermosos y con tanta necesidad de amor.

El perrito deja sus pies, rodea el mesón de la cocina y aparece a mi lado, pasando su cuerpo peludo por mis pies haciéndome cosquillas, no sé qué decir o hacer, no he tenido contacto con perros desde Fluffy.

Sin embargo, arrugo mis cejas cuando veo al perrito alzar su pata izquierda para intentar orinar mi pie.

—¡Ah! —me levanto de golpe, alejándome de él, esquivando justo a tiempo que me orinara, eso estuvo cerca—. Pero, ¡Que mierda!

La risa de Claudia hace eco por toda la cocina, se está riendo con tanta intensidad que tiene que sostener su barriga para tomar bocanadas de aire.

Le doy una mirada asesina al perrito cuando lo veo acercarse a mí.

—¡No! ¡Atrás! ¡Perro malo!

No puedo creer que este retrocediendo ante un pequeño animal que ni siquiera me llega a las rodillas, Claudia se ha puesto roja de tanto reírse, y por un segundo me olvido del perro, y solo la observo reírse. Dios, extrañaba esa risa.

Al verme mirándola, Claudia se detiene, tratando de controlar su risa, apretando sus labios.

—¡Doggy! —llama al perrito para alejarlo de mí—. ¡Ven, Doggy!

El perrito la sigue y ella lo guía fuera de la cocina, cerrando la puerta de atrás después de que el perrito sale. Cuando vuelve a mirarme, aún está apretando sus labios, aguantando la risa. La diversión en sus ojos es refrescante.

—Estas disfrutando esto, ¿no?

—No, señor —se le escapa una risita, es la primera vez que me llama señor y no hay desprecio en su tono, solo burla.

Sin pensar, lo que estoy haciendo, rodeo el mesón para acercarme a ella.

—Si lo estas disfrutando, ¿A caso lo entrenaste para que hiciera eso?

Ella se ríe un poco y trata de recobrar la compostura, retrocediendo.

—Claro que no.

No me detengo hasta que ella no puede retroceder más, su espalda contra la pared de un lado de la cocina. Su risa se desvanece un poco y su mirada se torna nerviosa, está atrapada, pongo ambas de mis manos a los lados de su cara contra la pared, enjaulándola. Levanta sus manos para empujarme, pero parece decidir lo contrario cuando recuerda que estoy sin camisa, sus manos harían contacto directo con mi piel.

—¿Qué estás haciendo?

Levanto una ceja.

—¿Qué pasó con 'señor'?

Ella lame sus labios.

—No me gusta llamarte así.

—¿Por qué no?

Ella me enfrenta, sus ojos clavados en los míos, no hay vacilación, ni intimidación en ellos.

—Eres muy joven para ser un señor.

—Llamarme señor no tiene nada que ver con mi edad.

—Lo sé, según tú, es un término de respeto a los jefes de esta casa —voltea los ojos—. Y como ya he dicho, no eres mi jefe.

—¿Ah sí?

Levanta su mentón desafiante.

—Si.

Me inclino aún más sobre ella, nuestros rostros tan cerca que puedo detallarla perfectamente.

—Sino soy tu jefe, ¿Entonces, que soy?

La observo vacilar, sus labios están a mi alcance, solo tendría que inclinarme un poco más para probarlos, para sentirlos contra los míos. Por un leve segundo, su vulnerabilidad sale a luz, no se ve tan segura o en control de la situación como de costumbre, se ven indecisa y no sé porque eso me gusta, quiero que ella pierda el control como yo lo hago cuando estoy a su alrededor, no sé porque digo las cosas que digo o hago lo que hago cuando se trata de ella.

Nuestras respiraciones se han vuelto irregulares, el calor de nuestros cuerpos mezclándose, Claudia me mira directo a los ojos para decirme.

—Ya te lo he dicho, solo eres el hijo de mi jefe.

Sin embargo, la convicción de su voz se ha ido, no suena tan segura como la primera vez que me lo dijo. Usa su mano para apartar uno de mis brazos y escapar de mí. Antes de que pueda alejarse más, la sigo y la tomo del brazo, jalándola para atraparla entre mi cuerpo y el mesón de la cocina.

—¿Solo eso, ah? —mi mano toma su mentón, obligándola a mirarme de nuevo—. ¿Solo soy el hijo del jefe, Claudia? No te creo.

—No me importa lo que creas —libera su mentón de mi agarre.

—¿Entonces por qué siempre huyes de mí? ¿A qué es a lo que le temes tanto? —no sé de dónde vienen esas preguntas, pero solo las hago, poniendo mis manos a ambos lados de su cintura contra el mesón.

Nuestras miradas están entrelazadas, quiero indagar, descubrir, solía conocer cada parte vulnerable de ella, pero ahora me ha dejado por fuera, solo mostrándome la parte defensiva, la frialdad y no quiero eso.

—No le temo a nada, y no huyo de ti.

—Mentirosa.

Ella aprieta sus labios, sus ojos dejan los míos para enfocarse en mi pecho.

—Tú no eres nada para mí, Artemis.

Tomo su mentón.

—Mírame a los ojos y repite eso.

Ella me mira a los ojos, y vacila, estamos tan cerca que cada vez que respira, sus pechos rozan la desnudez de mi torso

—Tú... —no puede terminar su oración, inconscientemente, mi pulgar roza sus labios, ella los abre ligeramente, su acelerada respiración escapando de ellos.

Maldita sea, me estoy muriendo por besarla.

Lo único que me detiene es Cristina, ella es alguien especial para mí, y no quiero ser infiel, no es justo con ella, ya llegar hasta este punto es lo suficientemente malo de mi parte. No quiero ser como mi madre. Claudia me observa en silencio a la expectativa, como si no supiera que va a pasar o lo que quiere que pase. Yo si se lo que quiero, la quiero a ella, la deseo a ella, me enfurece y me desconcierta, odio esta sensación de descontrol.

No sé cómo logro despegarme de ella y salir disparado de la cocina antes de que haga algo de lo que me vaya arrepentir luego, sabiendo que tengo que manejar esta situación con cuidado, que he sido un idiota por creer que ya no me siento atraído a ella.

Tal vez solo necesito tenerla para poder dejarla atrás, el hecho de que ella sea imposible puede que despierte algún tipo de desafío en mi o que se yo. El hecho es que sé que no podré dejarla atrás sin antes haberla hecho mía por completo, sin haberme adueñado de que cada gemido, quejido, de cada suspiro de excitación.

Siempre obtengo lo que quiero, y Claudia fue la excepción aquel 4 de julio, pero no ahora, ella no será la excepción de nuevo.

Capítulo 7:

"Eres muy fácil de complacer"

Claudia

Necesito mantenerme alejada de Artemis.

Eso me ha quedado claro con nuestros últimos encuentros, esa distancia que he puesto entre nosotros no parece ser suficiente.

¿Qué fue todo eso? ¿Por qué se aceleró mi corazón de esa forma?

Supongo que aún me estoy adaptando a lo mucho que ha crecido, y cambiado, eso es todo.

Sin embargo, no puedo sacar de mi mente el recuerdo de su cara, tan cerca de la mía, dejándome detallarlo y perderme en sus ojos, lo varonil de su ligera barba bien cuidada y su cuerpo...

Ni siquiera quiero pensar en eso de nuevo, cuando lo vi entrar a la cocina, luché con todo mi ser para no demostrarle lo mucho que me afectaba verlo sin camisa, él es sumamente atractivo y lo sabe, no puedo darle la satisfacción de verme deslumbrada por eso.

¿Entonces por qué siempre huyes de mí? ¿A qué es a lo que le temes tanto?

La profundidad de su voz, su aliento rozando mis labios aún me atormenta. Meneo la cabeza, tal vez solo me siento atraída a él físicamente, es un hombre muy atractivo, es normal, eso es lo que pasa, por eso se me acelero el corazón.

Admitir que me siento atraída a él no es algo que me emocione hacer, pero por lo menos puedo identificar lo que me pasa y porque mi cuerpo reacciona de la manera en la que lo hace a su alrededor.

Me olvido de esa mañana, ya han pasado varios días, no sé porque aún pienso en eso. Artemis ha mantenido su distancia después de eso, no lo he visto, creo que me está evitando y se lo agradezco, es lo mejor para los dos.

Estoy sacudiendo el polvo de las cortinas de la sala cuando escucho los ruidos provenientes del cuarto de juegos. Arrugo mis cejas.

Oh, así que Raquel, la vecina, cayó por fin.

Aún recuerdo lo tímida que fue cuando preguntó por Ares hace rato, y la dejé pasar. Así que ella y Ares están... debo admitir que me sorprende que ella se haya resistido a sus encantos hasta ahora, no puedo decir lo mismo de las otras chicas que han pasado por Ares, una sola mirada, y unas cuantas palabras y las ha tenido en un abrir y cerrar de ojos.

Camino hacia ese pasillo para poner un poco de música que pueda enmascarar ese ruido, aunque sé que los señores de la casa no están y Artemis aún no ha llegado, me da un poco de pena ajena.

Sin embargo, mis intentos de ocultar son en vano porque me encuentro a Apolo paralizado frente a la puerta.

—No sabía que Samy había venido.

Le doy una sonrisa de boca cerrada.

—No es Samy.

Apolo alza una ceja.

—¿Y entonces quién es?

Dejo salir un largo suspiro.

—Creo que es la hija de la vecina de atrás.

Apolo no puede ocultar su sorpresa.

—¿Raquel?

—Si, esa misma.

—Oh mierda... esto no me lo esperaba, pensé que se odiaban.

Me encojo de hombros.

—A veces la atracción se disfraza de odio.

Comienzo mi camino para la cocina, Apolo me sigue, y agradezco por eso, dentro de la cocina, ya no podemos oírlos.

—¿Quieres un sándwich de jamón de pavo?

Él me da el puño para chocarlo con el mío.

—Ya sabes lo que me gusta.

No puedo evitar reírme un poco.

—Eres muy fácil de complacer.

—A puesto a que lo es —Artemis aparece en la puerta de la cocina, congelándonos, está en su típico traje, probablemente acaba de llegar del trabajo. Su sola presencia mata cualquier tipo de buena vibra que tengamos Apolo y yo—. ¿Te pagamos para hablar o para trabajar, Claudia?

Veo que está en su *'Humor-de-idiota-frustrado'* de nuevo.

Apolo se pone entre nosotros.

—Déjala tranquila, Artemis, no empieces.

Él solo se queda parado ahí observándonos, yo preparo el sándwich y lo pongo sobre la mesa para salir de la cocina rápidamente.

No he terminado de cruzar la sala cuando escucho a Artemis y Apolo hablarse fuerte, ¿Están discutiendo?

Artemis sale de la cocina, seguido por Apolo quien parece abrir la boca para decir algo, pero en eso Raquel sale del pasillo del cuarto de juegos, estrellándose contra mí. Su pelo está hecho un desastre y lágrimas cubren sus ojos, ella va tan en su propio mundo que ni siquiera nos nota, a ninguno de los tres y sale de la casa, dando un portazo.

Artemis, Apolo y yo compartimos una mirada de confusión.

—¿Esa no es Raquel? —Artemis pregunta, sorprendiéndonos a mí y a Apolo porque sabemos que él solo recuerda cosas que le parecen relevantes.

Apolo aprieta sus puños, y se dirige al cuarto de juegos, probablemente a darle un sermón a Ares. Lo cual me parece bien hasta que me doy cuenta que Artemis y yo nos quedamos solos.

Es la primera vez que lo veo desde aquella mañana. A pesar de que acaba de llegar del trabajo, y el cansancio es notable en su rostro, su traje y cabello están implacables como si la elegancia fuera algo que se le diera con facilidad.

Sin decir nada, me voy a la cocina, para mi sorpresa, Artemis me sigue en silencio, ¿Y ahora qué quiere? ¿No puede ver que el ambiente entre nosotros aún es incómodo?

Artemis se queda en el marco de la puerta de la cocina mientras yo organizo unos papeles que tengo sobre la mesa, me los traje aquí temprano con la esperanza de tener tiempo para trabajar en un reporte para la universidad que tengo que entregar pronto.

—Claudia.

Su voz ha recuperado esa frialdad, esa insensibilidad de aquella vez cuando me humilló.

Suspiro, dejando los papeles en paz y me giro hacia él.

—¿Si, señor?

El juego de la frialdad puede tener dos jugadores, Artemis Hidalgo.

Su expresión está vacía, no encuentro rastro de la diversión de aquella mañana o la calidez de la noche en la que me ayudó con la pesadilla, no hay nada.

—Quiero ofrecerte una disculpa por mi comportamiento la otra mañana, fue inapropiado de mi parte, no volverá a ocurrir —no hay duda en su voz, suena seguro, y tan frío—. Me gustaría mantener una relación estrictamente profesional contigo.

Me cruzo de brazos.

—Estoy de acuerdo, nunca he querido nada más que eso con usted, señor. Creo que él que ha confundido eso es usted.

Y puedo patearte el puto trasero en este juego, Artemis.

Su helada expresión se rompe ligeramente, ¿Luce... herido? Pero se recupera rápidamente.

—De acuerdo, eso era todo.

Me da una última mirada antes de irse y yo por fin suelto una larga respiración que no sabía estaba aguantando. Me parece bien que se haya disculpado y haya dejado claro que solo tendremos una relación profesional, eso es todo lo que quiero.

¿Entonces por qué no me siento bien?

Me siento como si hubiera roto conmigo cuando ni siquiera tenemos una relación.

Me siento frente a la mesa para seguir trabajando en el reporte, necesito recordar mis prioridades: mi madre, mi carrera, y mantener mi trabajo. Involucrarme con Artemis puede poner en peligro esas tres cosas.

Su fría mirada vuelve a mi mente, verlo parado ahí con su traje portando esa inexpresiva pose, *menudo Iceberg*.

***

—¡Es viernes, bitches! —Gin exclama, lanzando sus manos en el aire.

Acabamos de salir de la universidad, ya casi son las 10 de la noche, nos ha ido bien con la presentación del reporte, no puedo negar lo aliviada que estoy, una sonrisa se forma en mis labios.

Gin lo nota y se tapa la boca, actuando sorprendida.

—¿Eso es una sonrisa? Oh mi Dios, ella es capaz de sonreír.

Le golpeo el brazo.

—No empieces.

Gin sonríe abiertamente.

—Te ves tan linda cuando sonríes, no sé porque no lo haces más seguido.

Entrelazo mi brazo con el de ella para caminar a la parada de bus, la pequeña universidad está en las afueras de la ciudad donde vivimos, pero afortunadamente los buses trabajan hasta tarde.

—No pensé que saldríamos tan bien.

—Por supuesto que salimos bien, el profesor quedó impactado con nuestro trabajo —al llegar a la parada, Gin descansa su cabeza sobre mi hombro—. Tenemos que celebrar.

—Y aquí vienes con tus ideas locas.

Ella se separa de mí.

—Necesitas un descanso, dijiste que dejaste a tu madre durmiendo antes de venirte a la Uni así que, ¿Por qué no vamos a tomarnos algo? Yo invito.

—Sabes que no soy amante del alcohol.

—Porque te descontrolada y te deja actuar como la joven que eres.

—No, de hecho…

Ella me tapa la boca.

—No quiero escuchar tus excusas, tengo dos entradas gratis a un sitio nocturno con barra libre para usar hoy, vendrás conmigo, Clau.

Derrotada, quito su mano de boca.

—Bien, solo una bebida.

La sonrisa que se expande por su pequeño rostro es contagiosa.

—¡Vamos!

Nos subimos a un bus que va al centro de la ciudad donde la mayoría de los clubs nocturnos están, hay una calle entera llena de ellos.

Sentadas en nuestros asientos, Gin me está contando como encontró esas entradas, al parecer se tropezó con un hombre muy apuesto en un café, y este derramó un poco de café sobre ella, así que para disculparse le dio las entradas.

—Era hermoso —suspiro—. Tenía ese aire de hombre educado y seguro de sí mismo y su sonrisa...

Eso me hace reír un poco.

—La semana pasada era el chico que entregaba pizzas y ahora es este, ¿Cómo es que te enamoras tan rápido?

—Es mi especialidad —me guiña un ojo—. No, pero en serio, el hombre del café está en otro nivel, así al estilo Artemis.

La mención de ese nombre acaba con mi sonrisa. Gin que no se pierde de nada, lo nota en seguida.

—¿Algo que deba saber?

—No —meneo la cabeza.

Ella voltea los ojos.

—Que misterio con ese hombre, a este paso escribiré un libro al estilo Harry Potter, se llamará: Claudia y el misterio de los Hidalgos.

—Estás loca, pero, ¿Los Hidalgo? Pensé que solo querías saber de Artemis.

Ella levanta su dedo mientras explica:

—No, porque he notado que ahora cuando menciono a Apolo también tienes esa reacción de 'Algo pasa, pero sino lo digo en voz alta no es verdad'

—Si sabes que Apolo tiene 16, ¿No?

—¿Y? Sigue teniendo pene.

Le golpeo la parte de atrás de la cabeza.

—¡Gin!

Ella se echa reír.

—Solo bromeo, me gusta molestarte, ahora déjame maquillarte un poco, pareces una universitaria que acaba de salir de clases.

—¿Oh en serio?

La dejo maquillarme, e incluso no protesto cuando escoge un labial rojo fuego para mí, alegando que pega con mi color de cabello.

Finalmente, nos bajamos del bus, ambas andamos en jeans, botas y un sweater manga larga, la brisa fría del otoño obligándonos a vestirnos así para la universidad.

—No creo que estemos vestidas para un club.

Gin me acomoda el pelo.

—Nos vemos hermosas —me toma la mano y me jala para seguirla dentro de la calle de clubs.

La calle de las rosas, como la llaman, está llena de gente, algunos afuera de los clubs fumando, otros simplemente caminando. La mayoría de las personas están muy bien vestidas, chicas en vestidos cortos, o jeans, pero con camisas y zapatos muy bonitos. Los chicos no se quedan atrás.

—De verdad, creo que no estamos vestidas la ocasión.

—Para con eso —Gin dice, guiándome al final de la calle, donde parece estar el club más grande y por lo que veo más prestigioso del lugar, no hay filas para entrar, dice '**Solo personas con entrada.'**

Cuando levanto la mirada y veo el nombre del club, abro la boca en sorpresa.

—Me tienes que estar jodiendo…

Insomnia...

La voz de Apolo hace eco en mi mente:

—Fui al bar de Artemis, Insomnia, y accidentalmente me emborraché.

Gin tiene entradas para el bar de Artemis, por supuesto, ¿Qué puede salir mal?

Capítulo 8:

"Creando un espacio"

Claudia

Insomnia es un club de mucha clase, con grandes decoraciones, muebles modernos y una barra inmensa que se extiende alrededor de todo el primer piso.

Muy sofisticado como el idiota de su dueño.

Aunque está lleno, hay suficiente espacio para moverse sin rozar a nadie, lo que me parece maravilloso, a todos los clubs que he ido siempre termino aplastada entre la gente.

Gin grita en mi oído:

—¡Esto es genial! ¡Es el club más exclusivo de la ciudad! No puedo creerlo.

Su alegría es contagiosa, así que le sonrío mientras caminamos a la barra, al mostrarle la entrada al bartender, Gin ordena dos bebidas para nosotras.

Está bien, Claudia, él no está aquí.

Artemis ha tenido este lugar desde hace tiempo, fue su regalo cuando cumplió 21 años, sé que lo dejó a la administración de alguien de confianza mientras el terminaba la carrera y luego trabajaba en la empresa, eso fue lo que me dijo Apolo. Así que, no creo que Artemis venga a este lugar en absoluto.

Cuando recibimos nuestras bebidas, Gin me hace brindar con ella antes de probarla, es algo frutal, con el sabor alcohol fuerte pero tolerable.

—¿Qué es esto?

—Se llama Orgasmo.

—Me estás jodiendo.

—Nope —dice Gin, sus ojos se enfocan en algo detrás de mí—. Oh por Dios.

Ay, no, por favor, que diga que es Artemis.

—¡Es él!

Me giro para ver a que se refiere y veo a un hombre alto, rubio, de cara infantil y un par de ojos verdes, es lindo, pero no es mi tipo, su rostro no es para nada mi tipo. El rubio

camina un poco más y noto que viene otro hombre detrás de él, oh, es aún más alto que el rubio, de cabello negro y unos ojos negros que pueden intimidar a cualquiera fácilmente, tiene un rostro fuerte y varonil, su cabello desordenado de forma sexy, él si es mi tipo.

—Gin —tengo que aclarar—, ¿cuál es el que te gusta?

Que sea el rubio, que sea el rubio.

Gin se muerde el labio.

—El rubio, él fue el que me dio las entradas.

Que alivio.

El rubio parece reconocer a Gin y se acerca a nosotras, saludando con la mano. Gin me lo presenta.

—Claudia, este es Victor, Victor, esta es Claudia.

Sacudo su mano.

—Mucho gusto.

Gin y Victor comienzan a hablar, mis ojos siguen al hombre de cabello negro cuando nos pasa por un lado para adentrarse en el club, ni siquiera nota mi presencia. No sé qué esperaba, se ve como un modelo, en estas fachas no creo que me note.

De la conversación con Victor, supe que él es el administrador encargado que Artemis dejo para este lugar así que él nos lleva a la zona VIP que se encuentra escaleras arribas, es más privado y aunque aún se escucha la música, no tienes que gritar para comunicarte, los tragos los traen a la mesa y todo. Victor está tratando de impresionar a Gin y por lo sonrojada que se ve mi amiga, está funcionando.

Con la excusa de que voy al baño, me levanto para darles un poco de privacidad y paso a través de las mesas VIP, llegando a lo que se ve una puerta solo cubierta con cortinas, ¿Qué es esto?

Curiosa, entro y al pasar por cada cubículo me doy cuenta de que este es lugar donde la gente viene a hacer quien sabe que a las luces de las velas. Juro que escucho gemidos, así que me doy la vuelta para regresar por donde vine, pero frente a mi esta él: Ojos negros.

—¿Perdida?

De cerca se ve aún más atractivo.

—No.

Sus ojos me escanean de arriba a abajo descaradamente antes de terminar en mi cara.

—Tienes un don.

Arrugo mis cejas

—¿Disculpa?

—¿Cómo es que puedes lucir tan bien en ropa tan simple?

¿Pero qué mierda...? ¿Eso es un cumplido o no?

—¿Gracias?

—Disculpa, no quise insultar tu ropa solo... quería decir que eres muy bonita.

Tú eres más que bonito, estás como quieres.

Por eso no me gusta beber, el alcohol... saca a relucir mi lado hormonal-sexual-desinhibido y eso que solo he tomado tres tragos.

Ojos negros me da una sonrisa torcida que apuesto le ha conseguido muchas chicas, es sexy.

—¿Te puedo brindar un trago?

Odio que el rostro de Artemis venga a mi mente en este momento. Él no me importa, y estoy segura de que yo tampoco le importo, además tiene novia. Él debe estar disfrutando su tiempo con su chica así que, ¿Por qué debo permitirle afectar mi vida personal? Solo tenemos una relación profesional, sus palabras, no las mías.

—Claro —le digo, siguiendo fuera del salón lleno de gente haciendo de las suyas.

Cuando volvemos a la mesa, Gin está demasiado ocupada para notarlo, básicamente, porque tiene la lengua de Victor en su garganta.

Ojos negros me da una mirada divertida y yo solo me encojo de hombros. Él me ofrece su mano.

—Vamos, estaremos bien en otra mesa por ahora.

Los tragos vienen y vienen uno tras otro y a pesar de que ojos negros me dice que me calme y tome más despacio, no lo escucho porque el alcohol se siente tan bien en mi sistema después de tanto tiempo. Mientras más bebo, más pienso en el idiota dueño de este club.

¿A qué está jugando?

¿Un día casi me besa y al otro me dice que quiere algo estrictamente profesional?

¿Quién se cree? ¿Quién le dijo que yo que quería algo más que una relación profesional? Que engreído.

Basta, Claudia. Tienes a un tipo que parece un modelo frente a ti, deja de pensar en ese Iceberg.

Pero es que es... tan... ¡Arg!

Estoy a punto de tomar otro trago de Tequila, pero ojos negros detiene mi mano en el aire.

—Eh, espera, espera, calma.

Bajo el trago.

—Estoy bien.

—No lo creo, te ves muy molesta. No tengo nada en contra de beber rabiosamente, pero creo que debes ir más despacio.

—¿Beber rabiosamente?

—Si ya sabes, beber con rabia, un amigo lo hace todo el tiempo.

—Quisiera conocer a tu amigo, tendríamos muchas cosas en común.

—No creo que quieras conocerlo, no tiene buen temperamento —él toma mi mano gentilmente, acercándose a mí en el sofá en forma de L que estamos sentados—. Si quieres distraer tu mente, hay otros métodos.

Él logra capturar toda mi atención, muerdo mi labio inferior y sonrío.

—¿Cómo cuáles?

Su mano libre acaricia mi mejilla, su rostro tan cerca del mío que puedo sentir su respiración sobre mis labios, él es tan lindo.

—Creo que tú sabes cuales.

Estoy a punto de besarlo cuando escucho la voz de Gin.

—¡Claudia!

Ojos negros y yo giramos nuestros rostros para verla a un lado de nosotros, sus manos en la cintura.

—¿Puedo hablarte un segundo?

Ojos negros me obliga a mirarlo de nuevo.

—¿Te llamas Claudia?

Gin bufa.

—Ni siquiera se han preguntado sus nombres, Claudia es el Alex, Alex ella es Claudia.

Alex me mira horrorizado, soltándome como si yo fuera algo intocable.

—Mierda...

—¿Qué pasa?

Alex se agarra la cabeza.

—No me digas que trabajas en la casa de Los Hidalgos… ¿Esa Claudia?

Arrugo mis cejas.

—¿Nos conocemos?

—¡Mierda! —se levanta—. Necesito el baño, ya vuelvo.

Se va sin explicarme nada. Gin aprovecha para sentarse a mi lado.

—No quería interrumpir, pero Victor quiere que llevarme a su apartamento y pues, no voy a dejarte botada, podemos pasar a dejarte en tu casa o dejar dinero para el taxi.

—Estaré bien, puedes irte tranquila —le aseguro, yo sabía que esta era una posibilidad al venir aquí después de todo.

Gin envuelve el dinero en mi mano y la aprieta.

—No bebas más y avísame cuando llegues a casa —me besa un lado de mi cabeza y se va.

Me quedo sola en el sofá con la mesita frente a mi sobre la cual yacen una variedad de tragos y una botella de tequila por la mitad. Estoy sola... como siempre.

¿Eso no es lo que siempre he querido?

He luchado tanto para mantener esta soledad, este aislamiento de los demás, es mucho más seguro, ser vulnerable es algo que nunca he podido manejar, tal vez por todo lo que pasé de pequeña o porque simplemente no quiero, no voy a ser de esas personas que le echan la culpa completamente a sus padres por como son, si, la infancia afecta mucho en la construcción de la personalidad de alguien pero finalmente, somos seres humanos que podemos decidir qué hacer al respecto. Tal vez simplemente soy así, sin ninguna razón.

Admiro a las personas que son tan abiertas con sus emociones, tan dispuestas a arriesgarlo todo, que exponen su vulnerabilidad sin pensarlo dos veces. Mi mente viaja a Raquel, nuestra vecina, la chica que tiene algo con Ares, la forma en la que las emociones se reflejan fácilmente sobre su rostro, sus acciones.

El recuerdo de hace unos días cuando Ares me pidió que la sacara de su habitación después de que ella pasará la noche con él aún me atormenta. Cuando subí las escaleras, ella estaba ahí de pie al final de las mismas, las lágrimas rodando por sus mejillas. Ni siquiera tuve que decirle nada, ella solo asintió, como si hubiera escuchado todo lo que Ares dijo, el dolor en sus ojos hizo que mi estomago se apretara en ese momento.

¿Cómo podía ser herida y levantarse cada vez?

En mis ojos, ella es mucho más valiente que yo. Ella no se esconde detrás de paredes de protección, ella vive cada emoción a flor de piel. Pero resulta herida...

Salir herido es parte de la vida, ¿No? Esta vida que llevo, en la que estoy a salvo, siento que le falta algo, ¿A caso quiero ser herida? ¿O es que solo quiero algo diferente? Tal vez me este cansado de la monotonía de mi día a día, de lo vacío de mis interacciones amorosas, las cuales son meramente relaciones físicas.

Me sirvo otro trago de tequila y me lo bebo en de un solo golpe, poniendo el pequeño vaso sobre la mesa frente a mí, ¿A dónde se fue Alex? Creo que necesito una dosis de interacción sin sentimientos, sin compromisos, sin promesas de futuro o cursilerías, solo química entre dos personas que se gustan físicamente. Guao, sueno tan vacía, a veces mis pensamientos me sorprenden hasta a mí.

Ya voy por el tercer trago cuando comienzo a preguntarme si Alex volverá en lo absoluto. Pensé que estábamos llevándonos bien, ¿Qué pasó? ¿Cómo supo que yo trabajaba en la casa de los Hidalgos?

Echo mi cabeza hacia atrás para tomar otro trago, el alcohol quemando mi garganta y mi estómago. Cuando bajo mi cara, apenas veo la sombra de alguien sentándose en el sofá frente al mío. Con la cabeza baja, pongo el vaso sobre la mesa, lista para enfrentar a Alex.

Sin embargo, cuando levanto la mirada no es Alex quien está frente a mí, es Artemis Hidalgo, casi me ahogo con mi propia saliva.

Artemis está sentado cómodamente con ambos brazos extendidos sobre el respaldo del sofá, lo cual hace que su traje negro se abra, mostrando la camisa azul oscura que lleva debajo y su corbata negra. Su cabello luce negro bajo esta iluminación a pesar de que es castaño al igual que sus ojos. Ese rostro hecho por los Dioses no tiene ninguna expresión como de costumbre, su ligera barba quedándole tan sexy que es injusto.

¿Qué estás haciendo aquí?

Quiero preguntar, pero no quiero sonar estúpida, este club es suyo, él puede estar aquí cuando quiera.

Un mesero se acerca.

—Señor, ya hemos vaciado el lugar. ¿Qué le gustaría tomar?

La voz de Artemis es ronca y hace que mi corazón se acelere.

—Lo usual y otra de esas —señala la botella de tequila frente a mí que ya está vacía.

—En seguida.

¿Vaciar el lugar? En ese momento me digno a revisar mis alrededores, no hay nadie, la música sigue sonando, el DJ en su lugar, pero el club está vacío, ¿En qué momento...? He estado demasiado enfocada en beber rabiosamente como diría Alex.

Artemis me mira directamente sin ningún escrúpulo, sus ojos son tan bonitos, siempre me han parecido dulces a pesar de sus expresiones faciales frías.

El mesero vuelve, le da un Whiskey a Artemis y la botella.

—Nadie sube aquí a menos que yo los llame —ordena y yo trago grueso.

—Si, señor —el mesero desaparece tan rápido como puede.

Artemis se inclina para poner la botella frente a mí.

—Aquí tienes, sigue bebiendo.

—¿Qué estás haciendo?

Artemis toma un sorbo de su whiskey antes de volver a estirar sus manos sobre el respaldo del sofá.

—Creando un espacio.

Eso me hace dejar de respirar. Mi mente viajando a esos recuerdos.

—¡Déjame tranquila! —grité, sacudiendo la mano de Artemis mientras me sigue a través de los pasillos de la preparatoria.

Artemis me jala dentro de un salón vacío, cerrando la puerta detrás de él. Me giro furiosa hacia él.

—Te dije que me… —Artemis me abraza, callando mis reclamos contra su pecho.

—Está bien —me susurra, acariciando la parte de atrás de mi cabeza—. No le prestes atención a esos idiotas, no se merecen tu rabia.

Se separa de mí, y jala dos sillas, poniéndolas frente a frente, sentándose en una y ofreciéndome la otra.

—Vamos, siéntate.

—Ya no somos unos niños, Artemis —mi rabia aún habla por mí—. Esto...

Él solo me sonríe y se ve tan dulce que solo puedo sentarme frente a él.

—Estoy creando un espacio —lo sabía no era la primera vez que lo hacía, cuando estaba pasando un mal momento él hacía esto, se sentaba frente a mí y me escuchaba despotricar, quejarme, maldecir de lo que me diera la gana—. Soy todo oídos, este es tu espacio.

Miro al hombre frente a mí, y aunque esa sonrisa dulce ya no está, puedo ver la disposición a escuchar en sus ojos.

—Pensé que querías una relación estrictamente profesional —le recuerdo, sirviendo otro trago.

—Quiero muchas cosas, pero no siempre podemos tener lo que queremos —sus ojos no abandonan los míos ni un segundo.

No digo nada, acabando con otro trago.

—No necesito un espacio, ya no somos adolescentes.

Eso lo hace sonreír ligeramente.

—Ambos sabemos que siempre es bueno tener un espacio para desahogarse.

—¿Y por qué estarías tú en mi espacio? —lo cuestiono—. Tú, que cambias de parecer de un día para otro.

—Un reclamo muy justo —admite—, pero sé que lo necesitas, el club está vacío, tienes todo el alcohol que quieras a tu disposición, ¿Qué más necesitas? Imagina que solo soy un extraño que acabas de conocer y él que no recordará mañana lo que digas esta noche.

Como si pudiera hacer eso.

Artemis parece leer mi silencio y levanta una ceja.

—A menos que de lo que quieras desahogarte sea yo, entendería si no quieres decírmelo entonces.

Bingo.

—Para con esto.

Artemis baja sus brazos del respaldo del sofá, entrelazando sus manos entre sus piernas mientras sus codos descansan sobre sus rodillas.

—¿Con qué?

—Esto... —hago un gesto entre él y yo—. No seas bueno conmigo.

—¿Por qué? —la intensidad de su mirada es demasiado—. ¿Te da miedo que derrumbe esas paredes defensivas que has construido a tu alrededor? Ya las he tumbado antes, Claudia, y si me lo propongo puedo volver a hacerlo.

—Ya sabemos cómo terminó eso la última vez —le recuerdo, pensando en aquel cuatro de Julio.

Artemis no parece molesto.

—Ya no soy un adolescente inseguro que se rendirá al primer rechazo. Soy un hombre que sabe lo que quiere y que no descansará hasta conseguirlo.

¿Qué quiere decir con eso?

Aprieto mis manos en mi regazo.

—También eres un hombre con novia —le recuerdo, sintiendo los latidos de mi corazón en mi garganta.

El ambiente entre nosotros es pesado con algo que no puedo descifrar: ¿Tensión sexual? Porque se ve magníficamente follable con ese traje abierto de esa forma. Meneo la cabeza, no puedo verlo de esa manera, es solo el alcohol.

Me pongo de pie, decidida a salir de aquí, no estoy en mi mejor momento para estar sola con él, no después de que me ha debilitado ese recuerdo sobre darme un espacio.

Me doy la vuelta para darle el primer paso cuando él habla.

—¿El hecho de que tenga novia es lo único que evita que seas mía?

Thump... Thump... mi corazón amenaza con salirse mi pecho.

No me atrevo a mirarlo, puedo sentir el calor en toda mi cara, probablemente estoy roja, ¿Qué clase de pregunta es esa?

Me giro hacia él, quien sigue sentado con la tranquilidad del mundo después de preguntar eso.

—No soy un objeto para ser tuya o de nadie.

Él se levanta, rodeando la mesita para estar frente a mí.

—No quise ofenderte, déjame preguntarlo de otra forma —hace una pausa y yo doy un paso atrás—… La razón por la que no me dejas acercarme a ti, por la que no me dejas —estira su mano para acariciar mi rostro, pero retrocedo— tocarte o mostrarte lo bien que puedo follarte, es, ¿Que tengo novia?

Lo crudo de sus palabras es exasperante.

—Tal vez simplemente no esté interesada en ti de esa forma.

—Estas mintiendo.

No digo nada, y él me agarra de la cintura pegándome a él, sus ojos sobre los míos.

—Ya no tengo novia, Claudia.

Capítulo 9:

"¿Qué es lo que quieres, Artemis?"

Claudia

Esto es peligroso.

Puedo sentir el calor emanando del cuerpo de Artemis contra el mío, su brazo alrededor de mi cintura calienta mi piel, despertando sensaciones que sé que no debería estar sintiendo con él.

Él esta tan cerca que puedo admirar cada una de sus facciones varoniles y lo perfectamente cuidada que esta su ligera barba. Una parte de mí no puede evitar imaginar cómo se sentiría su ligera barba contra mi piel desnuda.

Sin embargo, no son mis pensamientos lujuriosos los que hacen de esta situación peligrosa sino la determinación en los ojos de Artemis. Él está en control de la situación por primera vez, en su expresión puedo ver lo decidido que está. Sino manejo esto bien puede terminar de miles formas diferentes.

En vano, intento empujarlo y él solo aprieta su agarre en mi cintura, presionándome contra él.

—¿Por qué siempre huyes de mí?

Trago grueso, sintiendo la intensidad de sus ojos sobre mí.

—No estoy huyendo de ti.

Las curvas de sus labios se alzan ligeramente, formando una sonrisa pícara que jamás he visto en él y es desarmante, se ve maravillosamente sensual y tan seguro de sí mismo.

Aléjate de él, Claudia.

Mi consciencia me advierte, pero no puedo negar lo bien que se siente estar en sus brazos, su cuerpo es definido y fuerte, me hace sentir segura.

Necesito tomar el control de esta situación. No me gusta ceder el control, me hace sentir vulnerable y es una sensación que no me agrada. Artemis podrá controlar a las personas a su alrededor con facilidad, pero no a mí, nunca a mí.

Así que me relajo en sus brazos, y él parece notarlo, sin poder ocultar la sorpresa en sus ojos, levanto mis manos para ponerlas alrededor de su cuello.

—¿Crees que puedes manejarlo?

Artemis me da una mirada de sorpresa.

—¿De qué hablas?

Le doy una sonrisa llena de confianza.

—Si me tienes, ¿crees que podrías manejarlo?

Artemis alza una ceja.

—Oh créeme que puedo.

Me muerdo el labio inferior, acercando mi rostro aún más al de él.

—¿Estás seguro?

Lo observo tragar, pero no se aleja, su nariz roza la mía.

—Déjame probártelo.

El espacio entre nuestros labios es insignificante, un ligero movimiento de su parte o de la mía podría cerrarlo. Él es tan solo un poco más alto que yo así que me paro en la puntilla de mis pies para acercarme a sus labios hasta el punto que nuestras respiraciones se mezclan. Nuestras miradas están atadas, cargadas con el montón de sensaciones que se expanden entre los dos.

Quiero besarlo.

Esa afirmación me sorprende porque solo estaba tratando de ganar el control de la situación, no de iniciar nada, pero tenerlo tan cerca, su olor, su respiración, su calor, el deseo en sus ojos, estoy cubierta en su presencia y eso nubla mi razonamiento.

—¿Vas a provocarme toda la noche? —él susurra sobre mis labios.

Antes de que pueda ceder antes mis deseos, aprovecho su confianza para agarrarlo desprevenido y empujarlo, liberándome.

—Debería irme.

Él no parece sorprendido por mis acciones y se pasa la mano por la barba.

—No importa que tanto huyas, hay cosas que son inevitables, Claudia.

Cruzo las manos sobre mi pecho.

—¿Cómo cuáles?

—Tú y yo.

Ignoro sus palabras.

—Es tarde, de verdad, tengo que irme.

—Yo te llevo.

No sé porque eso me hace sonreír, su insistencia es increíble.

—No, gracias.

—No aceptaré un no por respuesta —replica—. Vamos a la misma casa después de todo.

Él no me deja refutar y me pasa por un lado tomando mi mano en el camino para jalarme detrás de él. Bajamos las escaleras de la zona VIP y pasamos por un lado de la barra donde todos los bartenders, y personal de limpieza están reunidos hablando.

Cuando nos ven, se dispersan rápidamente, sé que están hablando de nosotros, lo puedo ver en sus rostros.

Artemis solo mira al que parece estar a cargo del personal.

—Me voy, pueden abrir el lugar de nuevo o cerrarlo, consúltalo con Victor y que él tome la decisión.

—Si señor. Que pasen una feliz noche.

Solo le doy una sonrisa de boca cerrada mientras sigo de la mano a Artemis.

Al salir, nos dirigimos a su auto clásico azul oscuro, él no es de auto deportivos o extravagantes, solo autos clásicos y elegantes. Él suelta mi mano para abrir la puerta del copiloto para mí.

El camino a la casa es silencioso y cargado de tensión, con disimulo, le echo unos cuantos vistazos al hombre a mi lado mientras maneja, una mano sobre el volante y la otra sobre la palanca para hacer los cambios cuando es necesario, no sé porque me parece tan sensual verlo hacer algo así.

—¿Cómo te va en la universidad? —su pregunta no es lo que esperaba, pero agradezco que rompa este silencio.

—Bien, solo me falta un año más.

—¿Sigues siendo mala con la lectura?

Aprieto mis labios en vergüenza.

—Hago lo que puedo.

Él sonríe, y siento que me falta la respiración.

—¿Aún tienes esa habilidad de quedarte dormida después de que lees un poco?

Si.

—Claro que no.

Él no dice nada y yo dejo de mirarlo como idiota para enfocarme en la ventana: Casa, edificio y arboles pasan rápidamente a un lado de nosotros, reviviendo el alcohol en mi cuerpo y mareándome así que opto por volver a mirar a Artemis.

El reloj en la muñeca de la mano que tiene sobre el volante brilla cada vez que se refleja sobre el la luz de las lampara de calle que pasamos. Todo sobre él es tan organizado, limpio y bien cuidado. Cualquiera que lo viera por primera vez, estaría intimidado fácilmente por él, a simple vista se ve inaccesible y frío.

No han visto su lado dulce, ese que salía a la luz cuando tenía que defender a sus hermanos de las burlas en la preparatoria después de lo que paso con su madre, o las veces que se interpuso entre su padre y Ares para evitarle una golpiza a Ares. Él ha hecho tantas cosas que nadie ha notado, pero yo sí.

¿Por qué es tan fácil para mi ver a través de él?

¿Es por eso que él sigue queriendo algo conmigo? No soy tonta, puedo ver claramente que, aunque ya no es ese adolescente que se me declaró bajo fuegos artificiales, aún está esa calidez en sus ojos cuando me mira.

¿Qué es lo que quieres, Artemis? ¿Sexo? ¿O algo más? ¿El hecho de que nunca has podido tenerme es lo que no te ha dejado seguir adelante?

A una parte de mi le aterra que una vez que me tenga, se vaya, que solo sea la adrenalina de querer tener lo que no puede. Esa es una de las razones por las que lo mantengo alejada pero no la principal.

Artemis me da una mirada rápida.

—¿En qué piensas? —enfoco mis ojos en el camino delante de nosotros—. Pensé que yo era de pocas palabras, pero tú siempre me has ganado en eso.

Cuando llegamos a la casa, me bajo rápidamente y salgo disparada a mi cuarto para revisar a mi mamá, ella está dormida tranquilamente. Dejo salir un suspiro de alivio y acariciando mi hombro voy a la cocina.

Para mi sorpresa, Artemis está ahí, de pie al otro lado la cocina, sus manos sobre el mesón detrás de él. Ya no tiene la chaqueta de su traje, solo la camisa y su corbata luce un poco suelta.

—¿Cómo está tu mamá?

Le paso por un lado para sacar una botella de agua de la nevera.

—Está bien.

No sé porque estoy tan inquieta o porque mi corazón está latiendo de esta forma loca de nuevo.

Son las hormonas, Claudia, es todo.

Él es un hombre muy atractivo y lo deseas, es normal.

La tensión entre nosotros ha crecido inmensamente, es como si durante toda la noche hubiera aumentado por minuto silenciosamente. Verlo ahí, con esa elegante ropa cubriendo ese cuerpo definido que tiene, y esa mirada que promete un montón de cosas indecentes.

—¿A qué es lo que le temes tanto, Claudia?

A sentir de más... A ser vulnerable... A no ser suficiente para alguien como tú... A ser usada y echada a un lado como mi madre. A perder la independencia emocional que me ha costado construir hasta ahora, a que tu desvíes mi atención de las cosas que quiero lograr en mi vida. Tengo miedo de muchas cosas, Artemis Hidalgo.

Quisiera que él fuera como cualquier otro chico con el que puedo tener una relación física sin complicaciones, pero él y yo tenemos demasiado historia juntos, demasiados recuerdos.

Después de tomar un sorbo de mi agua, lo miro directamente a los ojos, necesito apagar esta tensión entre nosotros, así que relajo mi voz.

—¿Día pesado en el trabajo?

Él cruza sus brazos sobre su pecho.

—Todos los días son pesados en mi trabajo.

—Debe ser difícil manejar una compañía entera.

Él suspira.

—Ya me he acostumbrado.

No sé porque quiero hablar con él, creo que es el alcohol, ya debería haberme ido.

—¿Aún dibujas?

Una sonrisa triste aparece en sus labios.

—Si.

—¿Ya pasaste la etapa de dibujar Pokemons? —lo molesto, recordando la época en la que estaba obsesionado con Pokemons cuando era niño.

Él me da una mirada de pocos amigos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

No puedo evitar sonreír, molestarlo es refrescante.

—Claro, claro.

—Puedo mostrarte mis dibujos cuando quieras, he mejorado mucho —ofrece confiado.

—Apuesto a que sí, siempre has sido hábil para aprender cosas rápido.

Él alza una ceja.

—¿Eso es un cumplido?

—¿Por qué tan sorprendido? Siempre me han gustado tus dibujos, de hecho, tu... —pauso porque no debería decir eso.

—Yo… ¿qué?

—Creo que podrías haber sido un gran artista.

La diversión se esfuma de su rostro, reemplazada por una sombra de tristeza que es dolorosa de ver.

—No siempre podemos ser lo que queremos.

—Lo siento, yo…

—No tienes que disculparte —me da una sonrisa con seguridad, pero la tristeza sigue en sus ojos—. Estoy bien con lo que soy y hago ahora.

Aunque lo dice con determinación sé que no es cierto, ser la cabeza de la compañía Hidalgo nunca fue algo que él me comentará que quería ser de niño. Eso me hace verlo con una perspectiva diferente, se ve tan solitario, tan... infeliz. Nunca se cruzó por mi mente que tal vez, el poder no era algo que a él le interesaba sino algo que le tocó adquirir por obligación.

Recuerdo sus sonrisas, y la rapidez con la que hablaba de sus dibujos mientras crecía porque estaba demasiado emocionado. Ahora se ve tan vulnerable, tan necesitado de amor genuino.

Antes de que pueda arrepentirme, pongo el agua sobre el mesón y camino hacia él, quien me da una mirada sorprendida, bajando sus brazos de su pecho. Envuelvo mis brazos alrededor de él, abrazándolo, un lado de mi cara sobre su pecho.

—Has hecho un buen trabajo.

Le toma unos segundos reaccionar, pero finalmente pone sus brazos a mi alrededor. El suave olor de su colonia es tranquilizante. Puedo escuchar y sentir los acelerados latidos de su corazón contra mi oído.

Esto se siente correcto, aunque tal vez no lo sea.

No sé cuánto tiempo pasa, pero este abrazo se siente maravillosamente, disfruto cada segundo.

Al separarnos, aún tengo mis manos a su alrededor y estamos muy cerca, las emociones danzando en nuestros ojos, Artemis se inclina hacia mí, sus labios casi rozan los míos y aparto la cara tan rápido como puedo.

Dando un paso atrás, me dispongo a irme, pero en un movimiento rápido, él toma mi muñeca, jalándome de vuelta a él, y usa su mano libre para agarrar mi rostro y estampar sus labios contra los míos.

Una inesperada explosión de sensaciones me invade nublando mi mente, le respondo el beso con una rapidez que me sorprende. No es un beso gentil, es un beso agresivo cargado con años de anhelación, nuestros labios se mueven en sincronía rápida y apasionada, entrelazo mis dedos en su cabello para acércalo más a mí mientras él se agarra de mi cintura.

Nuestras respiraciones se vuelven pesadas, y nuestros movimientos torpes mientras tratamos de controlar lo bien que esto se siente. Nunca me han besado de esta forma, nunca he sentido nada como esto. Su barba roza mi cara de vez en cuanto y se siente muy bien.

Artemis me presiona contra él, mis pechos rozándolo y a pesar de que estamos vestidos puedo sentir cada cosa con una intensidad abrumadora. Sus labios se sienten tan bien contra los míos, suaves y húmedos. Él sabe a Whiskey, su lengua roza mis labios de manera provocadora antes de besarme de nuevo con mucho más arrebato.

No puedo parar.

Él baja sus manos de mi cintura a mi trasero y lo aprieta con deseo, ahogo un gemido. Puedo sentir lo duro que se está poniendo contra mi estómago, lo deseo tanto que me asusta. Él me carga para subirme sobre el mesón de la cocina, sin despegar sus labios de los míos, metiéndose en medio de mis piernas.

Estoy completamente borracha en sensaciones, cada parte de mi cuerpo esta electrificada. Artemis mete sus manos dentro de mi sweater, acariciando mi espalda y los lados de mi cintura, sus dedos calientan deliciosamente donde tocan.

Nos separamos ligeramente, tratando de recuperar nuestras respiraciones y volvemos a besarnos con la misma necesidad y deseo. Él sube sus manos dentro de mi sweater hasta mis pechos, apretándolos suavemente, sus pulgares se deslizan dentro de mi sostén, rozando mis pezones, causándome otro gemido.

Sin darme cuenta me estoy moviendo contra él, rozando mi entrepierna contra lo duro que está. Se que estoy jugando con fuego, pero… ¿cómo puedo detenerme ahora?

Artemis desabrocha mis pantalones, y desliza una de sus manos dentro antes de que pueda reaccionar, en el momento en el que sus dedos rozan mi intimidad, jadeo en sus labios.

—Jodidamente mojada —gruñe en mis labios—. Mierda, que sexy eres.

Estoy tan excitada que sé que no tomará mucho tiempo para que los movimientos ágiles de sus dedos me lleven al orgasmo. Su lengua invade mi boca mientras su dedo me penetra y el placer me vuelve loca.

Me agarro de sus hombros, y él rompe nuestro beso, acelerando sus movimientos en mi intimidad.

—Abre los ojos, Claudia.

Ni siquiera me he dado cuenta que los he cerrado, así que obedezco y nuestras miradas se encuentran.

—Quiero tus ojos sobre mi mientras llegas al orgasmo, quiero tus gemidos sobre mis labios, que tiembles en mis brazos, quiero todo de ti.

Sus palabras son ese empujón que necesito para alcanzar el orgasmo. Intento callar mis gemidos mordiendo mis labios, pero no puedo, esos ojos cafés me observan con tanta intensidad que magnifican el orgasmo deliciosamente.

Murmuro un montón de profanidades mientras las olas de placer, una tras otra, atacan mi cuerpo dejándome completamente extasiada.

Después de mi orgasmo, no dudo en desamarrar su corbata, y desabotonar su camisa rápidamente, revelando ese torso en el que no he dejado de pensar desde aquella mañana que vino después del gimnasio.

Sin embargo, el sonido de la puerta principal y pasos acercándose hace que ambos nos congelemos. Empujo a Artemis lejos de mí, pero ni siquiera me da tiempo de abrocharme los pantalones o a él de abrochar su camisa así que Artemis le da la espalda a la puerta para trabajar en acomodar su camisa.

Mi respiración es un desastre.

¿Quién puede ser a esta hora? Es pasada la medianoche.

Ares entra en la cocina, pasándose la mano por el cabello, tambaleándose un poco. ¿Está borracho?

Cuando nos nota, su cara se arruga en confusión.

—Ey, ¿qué hacen despiertos?

Trago grueso, mi pecho aun subiendo y bajando rápidamente.

—Solo... conversando.

Artemis se voltea hacia nosotros, su camisa abotonada pero su corbata aún un desastre.

—Has estado bebiendo de nuevo —su voz ha recuperado ese tono frío usual.

Ares nos da una sonrisa tonta.

—Un poquito —sus ojos caen sobre mi—. Estás toda roja, ¿tienes calor?

Yo intercambio miradas con Artemis quien disimula una sonrisa.

—Si, la calefacción está un poco fuerte.

Ares se sienta frente al mesón con torpeza.

—Debo estar muy ebrio porque no siento ni calor ni frío.

Me bajo del mesón y aprovecho para abrochar mis pantalones.

—Creo que es hora de dormir —comento.

Ares se cubre la mano con la cara, dejando salir una larga respiración.

Le echo un vistazo a Artemis lo cual es un grave error porque él saca su lengua para probar sus dedos ligeramente y susurrarme.

—Me encanta tu sabor.

En pánico, miro a Ares, pero él todavía tiene sus manos sobre su cara.

—Ares, vamos, te llevaré a la cama.

Ares revela su cara haciendo puchero.

—No soy un niño.

Ignorando sus quejas, me acerco a él y lo guío fuera de la cocina para llevarlo a la cama, antes de cruzar la puerta de la cocina, miro a Artemis quien luce arrogantemente complacido y me despide con la mano.

—Buenas noches, sexy.

Con una sonrisa traviesa decorando mis labios, salgo de ahí.

Capítulo 10:

"¿Y si me estoy equivocando?"

Claudia

Ares no es de muchas palabras cuando esta sobrio, pero cuando bebe, dios mío, nadie puede callarlo.

—¿Me estas escuchando, Clauuu? —aúlla, señalándome.

—Si, me has dicho lo mismo cuatro veces.

Él resopla, como si desinflara.

—No sé qué me pasa, me estoy volviendo loco.

Ay, Ares.

—Ares, ya son las cuatro de la mañana, ¿podrías dormirte?

Él menea la cabeza.

—Tengo que verla.

—Que son las cuatro de la mañana —repito—. Debe estar durmiendo así que solo duérmete.

No he podido irme y dejarlo porque está empeñado de ir a la casa de Raquel, si va a estas horas quien sabe que desastre puede causar.

—Solo quiero verla un segundo, Clau, por favor.

—Espera que amanezca y te prometo que yo misma te acompaño, pero por ahora por favor, duérmete.

Ares cae de espaldas en la cama y se tapa los ojos con el antebrazo.

—No sé cómo manejar todo esto que siento, Clau.

—Estás tan enamorado, idiota —murmuro para mí misma.

Pasan unos minutos de silencio y Ares se quita el antebrazo de la cara para acomodarse en la cama, ya se ha dormido. Procedo a quitarle los zapatos, y desabrochar su camisa para que duerma cómodo. Luego de cubrirlo con la sabana, lo observo dormir por un momento, se ve tan vulnerable e inocente con cabello negro todo desordenado sobre los contornos de

su cara ligeramente. Me alegra que por fin haya encontrado a alguien que lo haga sentir y lo saque de ese círculo vicioso de relaciones físicas sin emociones.

En cuclillas, salgo de su habitación, ni siquiera quiero pensar en lo que pasó con Artemis, mi mente aún lo está procesando. Me voy a dormir con el recuerdo de sus labios sobre los míos, sus manos en mis pechos, y en mi... me muerdo el labio recordando ese delicioso orgasmo.

***

Estoy nerviosa.

Aunque no quiera admitirlo, y luche contra la sensación no puedo evitarlo. Estoy muy nerviosa de enfrentar a Artemis después de lo qué pasó anoche. Por alguna razón, no estoy apenada a pesar de que no solo nos besamos, sino que también me tocó y me hizo llegar al cielo con sus dedos. Solo no sé cómo reaccionar a su alrededor.

He decidido dejarme llevar con él, lo que sea que esté pasando entre nosotros, lo dejaré fluir. Estoy cansada de batallar cada segundo y evitar lo inevitable. Tal vez él y yo solo necesitamos tenernos una noche para pasar la página y dejar la atracción que sentimos atrás.

¿Y qué pasa si tenemos esa noche y siento aún más?

Este es un territorio desconocido, y peligroso. Y no me atrevería a intentarlo si fuera alguien más, pero es él. Artemis siempre me ha transmitido tanta seguridad y paz, quiero confiar en que él no me haría daño.

¿Y si me estoy equivocando?

Pues, lidiaré con eso, no puedo vivir en mi zona segura toda la vida. Ah, ya ni sé que estoy pensando, lo que pasó, está confundiendo mi cabeza.

Me recojo el cabello en un moño desordenado mientras entro en la cocina para preparar el desayuno y casi muero de un infarto cuando me encuentro a Ares sentado en la mesa, se ve como no hubiera dormido un segundo, tiene la misma ropa y unas ojeras de muerte lenta.

—¿Buenos días? —pregunto, porque se ve dormido con los ojos abiertos.

Él solo me da un vistazo rápido para volver a mirar a la nada.

—Necesito comer algo para poder dormir.

—¿Has estado despierto toda la noche? Pensé que te había dejado durmiendo hace unas horas.

—Me hice el dormido —confiesa—. Cuando salió el sol fui a verla.

Oh...

Por su expresión, creo que no le fue muy bien.

—¿Todo bien?

Él suspira.

—No la entiendo, de verdad, Clau —admite—. Ella... simplemente no la entiendo.

—¿Le dijiste lo que sientes?

—Si —él asiente.

—¿Y? —me siento mal porque interrogarlo, pero quiero saber que pasó, la curiosidad me mata.

Él me da una sonrisa.

—Ella se echó a reír.

Auch.

No le pregunto más nada porque no creo que quiera hablar al respecto, conozco al chico, cuando él quiere hablar lo hace. Le sirvo desayuno y lo veo comer ausentemente, su mente en otro lado.

Antes de irse a la cama, me da un abrazo de lado, y me besa un lado de mi cabeza.

—Gracias, Clau, por lidiar conmigo.

—De nada —le sonrío, viéndolo salir—. Descansa, Ares.

Después de llevarle desayuno a mi madre, sigo en lo mío en la cocina, no hay mucho que hacer salvo unos cuantos snacks y platos de desayunos por si alguno de los señores de la casa quiere comer aquí ya que es domingo.

Mis ojos buscan la puerta de vez en cuando, esperando ver a Artemis entrar, él es uno de los primeros en bajar a desayunar los fines de semana, quiero verlo de una vez por todas para acabar con estos estúpidos nervios.

Pongo el café en la máquina de hacer Expresso y ahí de la nada cuando menos lo espero, Artemis Hidalgo entra en la cocina.

Él está sin camisa, en shorts, ligeramente sudado, estoy segura de que viene de su rutina del gimnasio. Me paralizo frente a la máquina de café, mirándolo con el rabillo de mi ojo.

Artemis se sienta frente al mesón, sus ojos sobre mí.

—Buenos días, sexy.

Una sonrisa amenaza con escapar mis labios, pero me contengo, me giro hacia él.

—Buenos días, señor.

Le digo señor solo por molestarlo, Artemis me da una sonrisa encantadora que hace que mi corazón se acelere. Sus ojos tienen un brillo juguetón que no he visto antes.

—¿Qué quiere para desayunar? —pregunto amablemente.

Él alza una ceja.

—¿Eres parte del menú?

Eso acorta mi respiración, y esa tensión que ha crecido entre nosotros se intensifica.

—No lo creo.

Él suspira.

—Que lastima.

Artemis se pone de pie, y le da la vuelta al mesón, solo puedo observar sus movimientos, se mueve como un depredador listo para cazar su presa. Frente a mí, puedo ver cada músculo definido de sus brazos, de su pecho y de su abdomen con claridad. Dios, que hombre tan atractivo.

—Anoche me dejaste muy mal, Claudia.

Trago grueso.

—¿Oh, de verdad? —me hago la loca.

Él se lame los labios.

—Estuviste en mi mente toda la jodida noche.

Él da otro paso hacia mí, arrinconándome contra el mesón detrás de mí y pasa sus brazos a los lados de mi cintura para poner sus manos sobre el mesón, atrapándome entre ellos.

A pesar de que he pensado en dejarme llevar por esto, teniéndolo frente a mí de esta forma me acobardo un poco, batallo con la necesidad de huir.

—Te perdonaré dejarme así, con una condición —ofrece, su dedo rozando mi labio inferior—. Bésame.

Lo dudo por un segundo pero esos ojos me dan una mirada tan intensa que es suficiente para acabar con cualquier duda. Me agarro de su cuello y lo jalo hacia mí para besarlo.

Nuestros labios se encuentran y la deliciosa explosión de sensaciones se esparce entre nosotros nuevamente. Empieza como un beso lento, labios rozándose ligeramente para convertirse en un beso apasionado, presionando nuestros labios juntos con fuerza y sincronía. Podría perderme en sus besos con facilidad, él sabe lo que hace, definitivamente tiene mucha experiencia, ninguno de los chicos con los que he me encontrado han besado tan bien. Artemis sabe cómo mover sus labios, su lengua, hasta cuando morder mis labios suavemente para volverme loca.

Bajo mis manos de su cuello para acariciar su pecho, su abdomen, sintiendo cada músculo las puntas de mis dedos.

Tengo que separarme de él antes de que esto se salga de control, una cosa es hacer esto en medio de la noche, pero estamos en plena luz del día, si entran sus padres o algunos de los chicos sería un gran problema.

Nuestras respiraciones están aceleradas así que escapo de sus brazos.

—Necesito aire.

Él sonríe arrogantemente, agarrando mi muñeca.

—¿Quieres venir a mi habitación?

La implicación en su propuesta es clara como el día, no me ofende, los dos somos adultos con una atracción sexual mutua muy obvia.

Me suelto de su agarre.

—Alguien está impaciente.

Él se ríe y se ve como un comercial de modelaje andante, levanta sus manos en el aire.

—La oferta seguirá en pie hasta que tú quieras.

—Hmmm, Artemis Hidalgo siendo tan fácil, esto es malo para tu reputación de Iceberg inalcanzable.

Él levanta una ceja.

—¿Iceberg?

—Si, tan helado como un Iceberg.

—Anoche me dejaste duro como un iceberg.

El calor se apresura a mis mejillas, y le doy la espalda para actuar como si buscara algo en la nevera.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Ya que no estás en el menú —comienza—… lo de siempre, frutas.

Saco las frutas para pasarle por un lado y comenzar a cortadas en el mesón, Artemis se pone detrás de mí, su aliento rozando la parte de atrás de mi cuello. Pasa sus manos por mi cintura para ponerlas sobre las mías en el mesón.

—¿Cómo es que te ves tan sexy haciendo algo tan simple?

Puedo sentir todo su cuerpo contra mi espalda, esos shorts no son mucha barrera para sentirlo... todo.

Sus labios encuentran el lóbulo de mi oreja.

—Ven a mi habitación, sexy.

Sus manos dejan las mías para subir a mis pechos y acariciarlos lentamente sobre mi uniforme.

Mi pecho sube y baja porque él sabe dónde tocar, donde lamer para hacer que una chica se derrita.

—Sabes que no te arrepentirás, lo de anoche fue solo una probada de lo bien que puedo hacerte sentir.

Aclaro mi garganta.

—Alguien puede venir, ¡para! —mi voz sale más ronca de lo normal.

Él baja para pasar su lengua por mi cuello y mis piernas tiemblan.

Artemis sube a mi oído para susurrar.

—Apuesto a que ya estás mojada.

Este hombre va a matarme con sus toques, su lengua y sus palabras. No quiero perder el control y estoy a una lamida de correr con él a su habitación y dejarle hacer conmigo lo que quiera.

Quito sus manos de mi pecho y me giro para enfrentarlo y alejarlo un poco.

—Ya es suficiente —digo sin aliento.

Artemis me da una sonrisa maliciosa, levantando las manos, rindiéndose.

—Está bien —se va a sentarse al otro lado del mesón.

Termino de preparar las frutas, mi respiración volviendo a la normalidad y le paso su plato.

—Solías odiar las frutas.

Él toma un pedazo de fruta.

—Son saludables, en la universidad no tenía mucho tiempo de cocinar comidas completas.

—No creo que cocinaras así tuvieras tiempo.

Él arruga las cejas.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Que no puedes cocinar incluso si tu vida dependiera de ello.

Él se ríe.

—¿Eso crees?

Cruzo mis brazos sobre mi pecho.

—Lo sé.

—Para tu información, tomé una clase de cocina en una de las electivas de la universidad y fui la nota más alta. No hay nada que este cerebro mío no pueda lograr.

Su arrogancia no me molesta, es una característica de los Hidalgo a la que me he acostumbrado.

—¿Ah sí? Nunca pudiste ganarme en videojuegos.

La sonrisa arrogante desaparece de su rostro.

—Los videojuegos son algo trivial, de poca importancia.

—Claro, claro —sigo divertida—. Tampoco pudiste ganarme en juegos de mesa.

Artemis entrecierra sus ojos.

—De nuevo, juegos, algo trivial.

—Tuve que ayudarte en biología en la preparatoria porque odiabas las leyes de Mendel —él abre la boca para decir algo, pero continúo—. Oh, la herencia genética también es algo trivial, ¿No?

Artemis se come otro pedazo de fruta sin decir nada y yo sonrío victoriosamente.

La señora Hidalgo entra en la cocina y mi sonrisa se apaga rápidamente.

—Buenos días, hijo —le pasa por un lado a Artemis quien sigue comiendo en silencio.

Me apresuro a servirle el desayuno justo como le gusta, y pasarle el periódico.

—Gracias —me dice antes de observar a Artemis—. Te he dicho que no me gusta que andes sin camisa por la casa, es inapropiado.

—Solo lo hago los fines de semana después de ejercitar.

—Se que tú y tus hermanos ven a Claudia como un hermano más, pero ella sigue siendo una chica, no puedes andar así alrededor de una chica, la puedes incomodar.

Aprieto mi boca para no reírme.

Oh señora, si usted supiera.

—Está bien, tendré más cuidado, madre —accede Artemis, terminando de comer—. Iré a ducharme —él me da una última mirada juguetona antes de salir de la cocina.

Tengo el presentimiento de que Artemis no descansará hasta que vaya a su habitación.

Capítulo 11:

"Hola, Iceberg"

Claudia

No vuelvo a ver a Artemis en días, lo cual no me extraña, a veces trabaja tanto que llega super tarde y se va temprano. Por lo que he oído de su padre es que la compañía ha tenido una semana super ocupada, incluso su madre está preocupada por su alimentación.

Sofía entra a la cocina el viernes por la mañana.

—Necesito que prepares un almuerzo balanceado y se lo lleves a Artemis. André puede llevarte.

André es el chofer de la señora.

Así de saturado esta Artemis que su madre, que nunca se preocupa por nadie, ha decidido ayudarlo de alguna forma. Una parte de mi esta emocionada de verlo, lo he extrañado, tenerlo de nuevo en la casa me ha hecho acostumbrarme a su presencia y ha despertado en mí una nostalgia que no sabía que tenía hasta ahora. Artemis solía ser mi mejor amigo, con él que contaba para todo, extrañaba esa sensación de tener a alguien de manera incondicional en mi vida.

Con mucha dedicación, le preparo su comida favorita y una ensalada de frutas como postre. André me lleva en silencio a la compañía Hidalgo, me alegra haber decido cambiarme la ropa, lo menos que quiero es entrar a la empresa con ese uniforme que parece de Halloween. Creo que ya debería dejar de usarlo, después de todo, él que me hizo ponérmelo fue Artemis.

Cruzo las puertas transparentes, y me maravilla lo cristalino de pisos y lo impecable que luce todo el mundo. Me encuentro en la recepción, una morena de apariencia elegante me recibe con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Vine a traerle el almuerzo a —casi digo su nombre con confianza—… al señor Hidalgo.

Ella me da una mirada extrañada.

—¿A nuestro CEO?

—Si.

—¿Y tú eres...?

—Me llamo Claudia, soy el personal de servicio en la casa Hidalgo.

Ella me mira de pies a cabeza, mis jeans que compré en una venta de garaje la semana pasada no parecen ser suficientes a pesar de que cuando los compré sentí que eran los más bonitos del mundo. Supongo que lo bonito para mí, es basura para otras personas.

—¿Él sabe que vienes, Claudia? —sus ojos aterrizan sobre mi camisa azul de botones que también me pareció super linda en oferta.

—No lo creo, su madre me envió.

Ella vacila, sus ojos siguiendo esa evaluación que me incomoda.

Bien, lo intenté de la forma amable.

—Escucha —miro la plaquita con su nombre sobre su blazer—, Amanda, llama a quien quieras si tienes dudas sobre mi identidad, el almuerzo del señor se está enfriando mientras tu pierdes el tiempo juzgándome por mi apariencia en vez de hacer tu trabajo de forma efectiva.

Ella se queda con la boca abierta así que sigo:

—Tu trabajo sería llamar, confirmar mi identidad y dejarme subir, fácil de hacer y así dejamos de perder tiempo.

Amanda hace lo que le digo, al parecer llama a la asistente de Artemis y luego me da un *sticker* de visitante para poner sobre mi camisa y me deja subir.

La oficina de Artemis está en el último piso y no me sorprende, a él siempre le han gustado las alturas, me atrevo a decir que debe tener ventanas grandes y amplias en su oficina para mirar al vacío de vez en cuando.

Entro al piso de Artemis y una asistente alta, rellenita de sonrisa dulce me recibe, mucho más amable que Amanda.

—¿Claudia?

—Si, hola —asiento.

—Pase adelante —me señala un par de puertas dobles a su izquierda.

Toco la puerta, y lo escucho decir 'Adelante'

Un poco nerviosa, entro y la luz del sol colándose por las grandes ventanas de su oficina me ciegan por un momento.

Ventanas grandes, lo conozco tan bien.

Artemis está detrás de su escritorio, enterrando en un montón de papeles, sin corbata, su camisa arrugada, su cabello hecho un desastre. Las ojeras debajo de sus ojos son tan notables.

Cuando su mirada se encuentra con la mía, una expresión de alivio invade su rostro.

—Hola, sexy.

—Hola, Iceberg.

Él sonríe, levantándose.

—Justo a tiempo, muero de hambre.

Me dispongo a sacar todo de la bolsa, sirviéndolo en una mesita que tiene frente a un gran sofá a un lado de la oficina. Artemis se sienta a mi lado, y ni siquiera me deja servirle bien cuando comienza a comer.

Pobre.

Te extrañé, quiero decirlo, pero no me atrevo.

Así que opto por preguntar otra cosa.

—¿Semana difícil?

—No tienes ni idea.

Cuando termina de comer se recuesta en el sofá, cerrando sus ojos. Se ve exhausto, pongo mi mano sobre la suya, y él abre los ojos y me mira.

—Yo... —mi voz se corta, no puedo decirlo.

Artemis me da una sonrisa dulce, girando su mano para entrelazarla con la mía.

—Yo también te extrañé, sexy.

El sonido de la puerta hace que suelte su mano tan rápido como puedo y me gire para ver quien entró. Es la mujer pelirroja de la noche de la fiesta sorpresa: La novia, o bueno exnovia según lo que Artemis dijo en el bar.

La mujer lleva puesta una falda negra muy elegante con una blusa blanca, y tacones rojos que hacen juego con un bolso que lleva en una mano. Su cabello rojo en una cola alta perfectamente hecha, su maquillaje luce increíble. En su otra mano trae una bolsa de comida de un restaurant.

—Oh, buenas, parece que llegué tarde, ¿Ya comiste?

Mi corazón comienza a latir desesperadamente en mi pecho, una sensación desagradable en mi estómago, revolviendo todo, la mujer me sonríe al pasarme por un lado e inclinarse para darle un beso corto a Artemis en la boca.

Auch.

Puedo escuchar mi corazón partirse en mi pecho, mi estomago retorcerse. Artemis no me mira, sus ojos solo sobre ella.

¿Qué...?

La mujer se gira hacia mí.

—Tú debes ser Claudia, mucho gusto, soy Cristina, su prometida.

Prometida...

No, novia o exnovia.

¿Y entonces... que ha sido todo lo que ha pasado entre nosotros? Él me dijo que ya no tenía novia... yo... ¿He sido la otra? Trato de controlar mi respiración, cada vez que trato de hacerlo, no puedo tomar una respiración profunda.

—¿Estás bien? —Cristina me pregunta amablemente.

Tengo ganas de vomitar.

Me pongo de pie porque sé que estoy a segundos de que lágrimas se formen en mis ojos.

—Yo... ya debo irme.

Mis ojos buscan los de Artemis por última vez y él aún no me mira.

—Que tengan una feliz tarde.

Salgo disparada de esa oficina, sintiéndome tan estúpida, tan imbécil porque creer que algo bueno podría pasarme, por dejarlo entrar a mi vida, a mi corazón cuando sé que él y yo estamos en lugares diferentes en esta vida.

Probablemente, él solo me quiere en su cama mientras le da su amor y dedicación a su prometida, para un hombre como él, yo solo soy material de ser la otra, nunca nada más. Mierda, como duele. Nunca he sentido un dolor como este, es la primera vez que me permito ser vulnerable. Él muy bastardo me dijo que ya no tenía novia porque sabía que yo jamás tendría algo con él sí sabía que estaba con alguien.

¿Cómo pudo mentirme así?

¿Cómo pudo mantener un semblante frío y calmado cuando entró su prometida?

¿No le importó en lo absoluto lo que yo sentí?

Mantengo la calma, aguantando las lágrimas hasta que llego a la casa, y corro al baño. Observo en mi reflejo en el espejo como mis ojos se enrojecen, y dos lágrimas gruesas ruedan por mis mejillas.

Eres una idiota, Claudia.

¿De verdad creíste que él dejaría a semejante mujer por ti? Lo que más me duele es que es su prometida, ¿Se va a casar con ella? ¿Cómo pudo besarme y tocarme de esa forma cuando se va a casar con alguien? ¿Cómo pudo ser infiel y hacerme parte de eso a bases de mentiras?

El recuerdo de su sonrisa y sus palabras en la cocina vuelve a mi mente, ¿Cómo pudo hacer todo eso tan tranquilamente estando comprometido con alguien?

Me cubro la cara para llorar abiertamente, no sé qué es lo que me duele más de toda esta situación tan jodida, solo sé que la inmensidad de este dolor significa que lo que estaba empezando a sentir por él era mucho más que una atracción física.

Mucho, mucho más que eso.

Capítulo 12:

"Hola, sexi"

Artemis

Han pasado días desde que besé a Claudia, no he podido verla después de eso, el trabajo me ha consumido por completo.

Datos, números, gráficas y un montón de propuestas son expuestas a mi alrededor por el diferente número de personas sentados en la sala de juntas. Cada jefe de departamento de la compañía está aquí, en la mesa grande en forma de U conmigo a la cabeza.

Juego con el bolígrafo en mi mano escuchándolos, sin embargo, mi mente está en otro lado.

Ojos negros, cabello rojo.

Claudia.

Aún no puedo creer haberla besado, tantos años de espera y anhelación, y las altas expectativas que tenía al respecto no le hicieron justicia a lo bien que se sintió, sus suaves labios se amoldaron a los míos con tanta facilidad. Me asusta lo que me hizo sentir con tan solo un beso.

No puedo sacar de mi mente su linda cara sonrojada, el deseo en sus ojos, sus pequeños gemidos, la desesperación con la que desabrochó mi camisa.

Es tan jodidamente preciosa.

Aprieto mis labios cuando recuerdo lo mojada que estaba, ella me deseaba tanto como yo la deseaba a ella y eso me volvió loco. Sino fuera por el inoportuno de Ares, me habría enterrado en ella ahí mismo en la cocina, aparto esos pensamientos porque lo menos que necesito ahora es tener una erección en plena junta.

—¿Qué le parece, señor? —Ryan, el jefe de proyectos, me pregunta y levanto mi mirada para verlo por primera vez en los pasados 10 minutos de su presentación.

Afortunadamente, con solo escuchar algo una vez puedo recordarlo fácilmente a pesar de no observar a la persona que habla, tal vez por eso la universidad fue un paseo para mí.

—Inteligente. Pero, ¿por qué quieres contratistas que sean de otro estado?

—Son menos costosas, señor —Ryan explica.

—Alex —me giro hacia mi mejor amigo que este caso solo es el jefe de finanzas—, ¿cuántos nos ahorraríamos con contratistas de otro estado?

Alex le echa un vistazo a sus notas, él siempre sabe lo que quiero sin tener que decirlo.

—No mucho, estamos hablando de contratistas cuyos obreros tendrán que viajar, buscar un lugar donde quedarse mientras terminan la obra. También está el aspecto de motivación, tendremos trabajadores probablemente no bien alimentados, extrañando casa a cada segundo.

—Exacto —bajo mi bolígrafo—. Tenemos contratistas muy eficientes aquí en la ciudad, si podemos producir fuentes de trabajo para nuestra propia comunidad creo que crearemos un ambiente de trabajo optimo y con un sentido de pertenencia ya que estarán trabajando en su propia ciudad, construyendo edificios y casas para su comunidad.

Ryan baja la cabeza.

—Entiendo, señor, solo estaba buscando ahorrarnos un poco de dinero.

—Lo sé, pero como Alex explicó no es mucho, y creo que tendremos resultados más eficientes generando empleo a nuestra comunidad.

Sasha, la jefa de recursos humanos, interviene:

—Puedo decir que ya hemos trabajado con contratistas de la ciudad y son excelente trabajadores.

—Bien, entonces, está decidido —culmino.

La puerta de la sala se abre y mi padre entra, todos se ponen de pie a excepción de mí, todos tienen un alto sentido de respeto por Juan Hidalgo. Para muchos es un ejemplo a seguir, el hombre que creó esta gigantesca empresa desde cero y formó un imperio que ya va por 4 sucursales a lo largo del país con proyectos en diferentes estados. Yo también lo admiro, pero tal vez no por las mismas razones que ellos, sé cuánto ha tenido que sacrificar mi padre por esto, se lo difícil que fue al principio, el sudor, las lágrimas, todo lo que tuvo que pasar.

—Buenos días, siéntense, por favor —mi padre les dice con una sonrisa—. Ya les he dicho que no tienen que hacer eso —bromea, dándole una palmada suave en el hombro a uno de los jefes de departamento—. Lamento interrumpir.

—Ya hemos terminado —Alex le habla amablemente.

—Oh —sus ojos finalmente caen sobre mi—. ¿Pueden darme unos minutos con su CEO, entonces?

Todos desalojan la sala de juntas rápidamente, mi padre se sienta al final opuesto de la larga mesa, enfrentándome.

—Pensé que estarías de viaje por unas semanas —comento, poniéndome cómodo.

—Me voy esta tarde —responde, moviendo sus dedos sobre la mesa con impaciencia.

Se porque está aquí.

—Iré al grano porque el tiempo es valioso para ambos —le hago un gesto para que continúe—. Recibí una llamada de Jaysen esta mañana, me ha dicho está reconsiderando nuestra renovación de contrato.

—Por supuesto.

—No me gustan las sorpresas, Artemis, en especial cuando afectan nuestra compañía. Teníamos un acuerdo, te dejé elegir a la chica, y ahora me entero de que has roto con ella.

Dejo salir un largo suspiro.

—No creo que sea apropiado mezclar mi vida personal con los negocios.

—Eso no fue lo que me dijiste cuando hablamos sobre esto hace más de un año. Aceptaste, has salido con ella todo este tiempo. ¿Ahora solo cambias de parecer de la nada? La impulsividad es dañina para los negocios.

Puedo ver como la vena en su frente se hace visible, está enojado, escojo con cuidado mis palabras.

—Podemos fusionarnos con otra compañía de muebles para nuestros proyectos, po…

—¡Suficiente! —levanta la voz interrumpiendo—. Cambiar de compañía ahora en medio de los proyectos es absurdo, ¿Sabes cuándo dinero costará eso? No estamos hablando de cientos sino de millones. Jaysen & Asociados es la mejor amobladora de país, su relación calidad precio es inigualable, ellos tienen a un montón de compañías detrás, listas para asociarse. ¿Es que no te ha quedado claro que nosotros los necesitamos a ellos, no ellos a nosotros?

Me paso las manos por la cara.

—Padre...

—No, no te estoy hablando como tu padre ahora sino como el presidente de la Corporación Hidalgo. Tú hiciste un trato, mantén tu palabra y no le causes problemas a la empresa. Siendo el CEO, esta compañía debería ser tu prioridad.

Una sonrisa sarcástica se forma en mis labios.

—Ni siquiera me has pregunta por qué.

Mi padre frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

—Ni siquiera me has preguntado porque cambie de parecer. Eso es irrelevante, ¿no?

—Es completamente irrelevante, la compañía es lo que importa —la frialdad que adorna su voz es increíble,

Por supuesto.

Una parte de mi quiere rebelarse, confrontar a mi padre, llevarle la contraria, pero él tiene razón, yo di mi palabra en aquel momento, Cristina me gustaba mucho y no lo vi como un mal trato o algo difícil de llevar a cabo, se sintió natural.

Mi padre se pone de pie.

—Cristina vendrá más tarde, arréglalo.

Solo asiento y él sale del lugar.

Apenas se va, estampo mi puño en la mesa en frustración, y me desato un poco la corbata.

¿Qué estás haciendo, Artemis?

Me froto la cara, sin saber la respuesta a esa pregunta. Claudia sigue viniendo a mi mente, finalmente me ha dejado besarla, tocarla y, ¿Ahora tengo que apartarla de nuevo? Tal vez, ella y yo estamos destinados a encontrar miles de obstáculos en el camino. Si ella me gusta mucho, pero mi prioridad es esta empresa, mantenerla a flote a toda costa, nada puede interponerse en mi camino al éxito, ni siquiera ella.

Entonces, ¿Por qué me siento de esta forma? Me siento mal, no quiero que ella piense que he jugado con ella, pero como puedo explicarle esto sin sonar como un idiota, 'Te besé, pero voy a volver con mi novia'. Tampoco puedo pedirle que me espere o que este conmigo como la otra, ella no se merece eso.

Cuando vuelvo a mi oficina, no me sorprende ver a Cristina ahí, lleva puesta una falda negra apretada y una blusa blanca de lindo diseño con unos tacones rojos y el bolso del mismo color. Su largo cabello rojos está en una cola alta.

Ella me sonríe.

—Lamento todo esto.

Se que ella es honesta respecto a eso, esta tan atrapada en esta situación como yo.

—Está bien, así funcionan las cosas.

—Quiero que sepas que traté de razonar con mi padre de muchas formas, yo…

—Para —le doy una sonrisa de boca cerrada—. No tienes que explicarme, te conozco, sé que intentaste todo. Nuestros padres no son los más abiertos a cambios en el mundo.

Ella suspira.

—Dímelo a mí. Esto es tan arcaico, ¿A caso estamos en la época victoriana donde los padres escogen las parejas de los hijos?

—No somos sus hijos —con ella puedo ser completamente honesto, ambos nos entendemos, me recuesto contra el escritorio con los brazos cruzados—. Solo somos bienes que pueden ser usados a conveniencia. En este momento, somos una póliza de seguro para su trato, necesitan el trato, la seguridad, etc.

Ella se acerca a mí, poniendo sus manos alrededor de mi cuello, su olor a perfume de rosas llenando mi nariz.

—Me alegra que seas tú —me dice, sus ojos enlazados con los míos—. No creo que podría soportarlo si fuera alguien más.

Acaricio su mejilla.

—Yo tampoco.

Mis ojos caen a sus labios rosados y paso mi dedo por los mismos.

—Te extrañé —le digo en un susurro mientras pongo un brazo alrededor de su cintura.

Ella sonríe abiertamente.

—Guao, Artemis Hidalgo siendo dulce, creo que deberíamos terminar más seguido.

Una sonrisa pícara invade mis labios.

—Del uno al diez, ¿Cuánto extrañas que te folle?

Ella se muerde el labio inferior.

—Once.

Rindiéndome ante ella, la beso, creo que he subestimado lo mucho que ella me gusta, hemos pasado más de un año juntos y nos entendemos muy bien ya que tenemos hogares parecidos. Mentiría si dijera que la única razón por la que salgo con ella es mi padre, también lo he hecho porque me gusta, me siento cómodo a su alrededor y el sexo es grandioso, ella era virgen cuando la conocí, entrenarla en el sexo ha hecho fácil para mi amoldarla a lo que me gusta y descubrir lo que le gusta.

Cuando se aparta, la culpabilidad me invade un poco al recordar a Claudia, pero me regaño a mismo. Este es mi mundo, así es como deben ser las cosas, no hay espacio para algo tan fluctuante como sentimientos. Lo que tengo con Cristina es suficiente, es conveniente, y ella me atrae, es todo lo que necesito, una situación donde tengo el control absoluto, sin sorpresas ni riesgos.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, dando un paso atrás—. Mira esas ojeras, ¿cuánto tiempo llevas sin dormir?

—Estoy bien —le digo, dándole la vuelta a mi escritorio para volver a mi silla.

—No tienes que hacerlo todo solo —me reprocha—. Sabes que puedes pedirme ayuda, ¿no?

—Ya te he molestado demasiado con los diseños que revisas cada semana, gracias por el reporte sobre eso, son muy acertados, por cierto —ella va a protestar cuando hablo—. No trabajas para mí, eres mi prometida —hago click en el sistema de la empresa para revisar unas cosas.

—Ya quisiera trabajar para ti —habla con un suspiro, sentándose sobre el escritorio a mi lado, cruzando sus piernas.

Me giro hacia ella en mi silla.

—Es difícil considerar darte trabajo cuando eres la gerente de una empresa tan grande como la mía.

Ella voltea los ojos.

—Exacto, tu mejor que nadie sabe el peso de la responsabilidad que eso conlleva. Si cometo un error simple, docenas de personas pueden perder su trabajo, personas que tienen familias, hijos que mantener —ella enfoca su mirada en la ventana—. Quisiera ser una empleada cuya única preocupación es hacer bien mi trabajo y llevar la comida a la mesa de mi casa, solo cargar con la responsabilidad de mí misma, no de cientos de personas.

—Estoy seguro de que, si un empleado te escucha decir eso, te llamarían malagradecida.

—Afortunadamente, tú no eres un empleado —me toma la mano—. Tú si me entiendes.

Asiento porque tiene razón, Cristina y yo entendemos tan bien, que me hace sentir muy cómodo estar a su lado.

Comodidad y entendimiento, eso es todo lo que necesito.

—Iré por comida.

—¿Cómo es que tienes tanto tiempo libre?

Ella me guiñe el ojo, saliendo de la oficina.

Estoy ahogado en reportes, mis ojos se sienten pesados, este proyecto es muy importante, reviso cada detalle una y otra vez. Si todo sale bien, las ganancias para la compañía serán tremendas.

Mi asistente me llama, y pongo el altavoz.

—¿Sí?

—Señor, en la recepción hay una mujer que quiere subir a verlo, se llama Claudia, dice que viene a traerle comida, orden de su madre.

Eso me sorprende, mi corazón latiendo un poco más rápido de lo normal, tengo días sin verla, la he evitado a propósito.

—Déjala subir y que pase a verme.

—De acuerdo.

No puedo concentrarme, mis ojos viajan a la puerta cada segundo, esperando, anticipando su llegada. Juego con el lapicero en mi mano, dándole vueltas.

Cuando escucho los golpes ligeros en la puerta, detengo el lapicero en mi mano.

—Adelante.

Claudia entra, lleva puestos unos jeans que se ajustan a sus caderas muy bien y una camisa de botones azul que resalta su piel. Ella se ve bien lo que sea que se ponga. Sus ojos negros encuentran los míos, y no puedo evitar la sensación de alivio que me recorre.

—Hola, sexy.

—Hola, Iceberg.

Eso me saca una sonrisa, y me levanto.

—Justo a tiempo, muero de hambre.

Claudia comienza a sacar todo de la bolsa, sirviéndolo en la mesita frente al gran sofá que tengo a un lado de la oficina. Antes de que ella pueda terminar de servir, me siento a su lado, comenzando a devorarlo todo.

Sus ojos están sobre mí.

—¿Semana difícil?

—No tienes ni idea.

Me recuesto en el sofá al terminar de comer, la sensación de comida hecha en casa en mi estomago es grandiosa. Cierro los ojos, disfrutando este momento porque sé que tal vez sea el último que pase con ella.

Claudia pone su mano sobre la mía, el calor de su piel sobre la mía se siente muy bien, abro mis ojos para mirarla.

—Yo... —su voz se corta, pero todo está escrito en su expresión, por primera vez puedo leer lo que siente en su cara y es algo que me deja sin aliento.

Le doy una sonrisa, y giro mi mano para entrelazarla con la de ella.

—Yo también te extrañé, sexy.

El sonido de la puerta hace que ella suelte mi mano como si la quemará, mi pecho se aprieta, porque sé que el momento mágico ha llegado a su final.

Claudia se gira para ver quien entró.

Cristina entra con la elegancia que la caracteriza, la bolsa de comida en una de sus manos. No olvidé ni un segundo que Cristina volvería en cualquier momento, no quiero tener que explicarle a Claudia nada así quiero que ella interprete la situación por sí sola.

Ódiame, Claudia.

Aléjame de ti.

Vuelve a cerrarte a mí.

Estoy siendo un cobarde, lo sé, pero soy muy malo con las palabras además no confío en que podría decirle a la cara que he vuelto con Cristina.

Cristina le da una sonrisa amable a Claudia.

—Oh, buenas, parece que llegué tarde. ¿Ya comiste?

Puedo ver como todo comienza hacer click en la expresión de Claudia, el dolor esparciéndose por su lindo rostro. Nada me ha preparado de eso para ver lo herida que está en su rostro, no puedo mirarla.

Cristina se inclina para darme un beso corto y cuando se separa mantengo mis ojos solo en ella porque no puedo lidiar con lo mucho que estoy lastimando a la mujer sentada a mi lado.

Cristina se gira hacia ella.

—Tú debes ser Claudia, mucho gusto, soy Cristina, su prometida.

Cristina sabe quién es Claudia, mi madre se la ha mencionado varias veces cuando habla del personal de la casa.

—¿Estas bien? —Cristina le pregunta amablemente.

Y eso me hace echarle un vistazo a Claudia del cual me arrepiento de inmediato, lo herida que esta hace que se me revuelta el estómago, puedo ver como lucha por mantenerse en calma.

Soy una mierda.

En ese momento, me doy cuenta de que maneje esta situación de la peor manera.

Claudia se pone de pie de golpe.

—Yo... ya debo irme.

Puedo sentir su mirada sobre mí, pero no puedo mirarla.

No puedo verte así, Claudia, duele.

No vuelvas a dejarme entrar, no me dejes ver a través de ti.

—Que tengan una feliz tarde.

Ella sale de la oficina, dejando un silencio ensordecedor detrás de ella.

Es mejor así, Artemis. Me repito una y otra vez, tratando de sacar la imagen del dolor en el rostro de Claudia. Necesito que ella me odie, y se aleje porque soy incapaz de alejarme de ella por mí mismo.

Cristina me observa.

—¿Qué fue eso?

Me levanto para caminar a mi escritorio.

—Nada.

Ella se cruza de brazos.

—No me pareció nada —no hay reproche en su voz, simple curiosidad—. Creí que seríamos honestos si nos involucrábamos con alguien más.

—No hay nada entre ella y yo, por lo menos, ya no.

Ella entiende mis palabras.

—¿Ella es la razón por la que cortaste conmigo?

Su pregunta no me sorprende, Cristina es muy perspicaz y sabe leer a las personas, no tengo porque mentir.

—Si.

Cristina se ríe un poco.

—Tienes algo con las pelirrojas, ¿No?

No digo nada.

—Es muy bonita —ella se acuesta en el sofá,

Claudia es más que bonita.

—¿Sin escena de celos? —la observo con detalle.

—Los celos no son algo que cabe en el tipo de relación que tenemos tú y yo.

—A ver, ¿Y qué tipo de relación es esta?

Cristina se encoge de hombros.

—Relación sexo-conveniencia.

—¿Desde cuando eres tan fría y calculadora?

—Desde que tú también lo eres —se sienta—. Es la única forma de sobrevivir en nuestros mundos, Artemis.

—Y yo pensando que estabas locamente enamorada de mí.

Ella bufa.

—Ya quisieras.

Unos cuantos minutos de silencio pasan entre nosotros, y yo sigo luchando con estas ganas que tengo de buscar a Claudia y explicarle, que no la usé, que si había terminado con Cristina cuando la besé, aclararle que no soy tan idiota como para envolverla en una mentira para tener lo que quiero.

Lamentablemente, no puedo, tengo un rol que cumplir en mi familia y en esta empresa, soy parte de un retorcido mundo al que ella no pertenece.

Capítulo 13:

“Ellos ya están grandecitos, van a estar bien”

Claudia

Mi vida ha vuelto a su rutina.

Si, esa rutina automática de siempre, a la que estaba más que acostumbrada, la que no me molestaba en absoluto hasta que...

Hasta que Artemis llegó a esta casa y revolvió mi vida para luego salir de ella de la peor manera.

Ahora al parecer, mi rutina no parece ser suficiente para mí. No me siento conforme, y lo culpo a él por arruinarla en primer lugar. No puedo pensar en él sin enojarme, sin sentir un apretón en el pecho. Me ha herido, decidí admitirlo hace unos días.

Le dejé entrar, fui vulnerable y me hirió.

Tal vez en su mente torcida, ahora estamos a mano después de haberlo rechazado aquel 4 de Julio. Aun así, no me parece justo, yo no jugué con él de ninguna forma, fue directa, lo rechacé a la primera, no lo dejé avanzar para restregarle en la cara otra persona.

Él parece estarme evitando también y se lo agradezco, aunque viviendo en la misma casa es casi inevitable encontrármelo.

Como pasa justo en este momento.

Voy saliendo del pasillo de la lavandería cuando Artemis viene entrando por la puerta principal. Su traje implacable se ajusta al cuerpo definido que sé que está debajo de esas ropas, el recuerdo de mis dedos trazando su pecho y sus abdominales viene a mí y maldigo mi mente por recordar todo con tanta exactitud.

Su mirada encuentra la mía y quisiera decir que hay tristeza en ella, pero me importa muy poco, estoy más que enojada con él. Una parte de mi quiere reclamarle, pero no me voy a rebajar de esa forma, no le voy a dar la oportunidad de decirme que 'Él nunca me dijo que quería algo serio' y toda esa mierda que he visto a Ares hacer muchas veces.

Yo recojo unas bandejas de aperitivos y unas copas que dejó la señora de la casa aquí en la sala hace rato.

Artemis camina hasta las escaleras, pero se detiene justo frente a ellas, como si no estuviera seguro de subir o no.

Con todo en las manos, me dirijo a la cocina a dejar las primeras cosas cuando vuelvo a la sala, quiero golpearme a mí misma por la desilusión que me invade cuando lo veo subiendo las escaleras ya casi llegando al final.

¿Ni siquiera una disculpa?

¿Nada, Artemis?

¿Qué esperabas, Claudia?

Esa noche, soñé que golpeaba a Artemis justo donde el sol no brilla y como me lo disfruté.

***

Dejo salir una larga respiración y me bajo de la ruta del bus, enfrentándome al gran asilo frente a mí, es Domingo así que día de visita a una persona muy especial en mi vida.

La enfermera de turno me recibió con una sonrisa, guiándome a los jardines que he aprendido a conocer estos pasados dos años. Este no es un asilo común y corriente, es bastante elegante y costoso. Las instalaciones son implacablemente limpias, el personal muy bien uniformado y gentil. Las habitaciones espaciosas y parecen de hotel lujoso. Es exactamente lo que necesita ser: Un asilo para ancianos con mucho más dinero del que pueden gastar en lo que les queda de vida.

Camino entre hermosas flores que ya están perdiendo su vida debido a la cercanía del invierno, en la distancia puedo verlo sentado en una banca al lado de un árbol alto y frondoso frente al lago.

Una inevitable sonrisa se esparce por mis labios al acercarme a él.

—¡Buenos días, señor! —hago una reverencia frente a él de manera juguetona y su rostro se ilumina al verme, haciendo sus arrugas más notables.

El abuelo Hidalgo.

Anthony Hidalgo es un hombre robusto, muy alto de ojos café que se parecen mucho a los de Artemis y Apolo. A pesar de estar cerca de los 70 años, se conserva bien, aunque las arrugas abundan en su rostro como marcas de estrés de lo mucho que trabajo al principio de su vida por lograr todo lo que tiene. Él fue trasladado a este asilo luego de que sus hijos tuvieran una reunión y lo decidieran así.

El abuelo me devuelve la sonrisa.

—Pensé que no vendrías.

—¿Y perderme nuestra maravillosa cita de los Domingos? —bufo—. Jamás.

Con él, siempre he podido ser más espontánea y alegre. El abuelo Hidalgo es alguien que admiro mucho, tiene un hermoso corazón y es tan diferente de su hijo Juan. Apolo se parece tanto a él, me alegro que el abuelo haya podido tener una influencia sobre Apolo, básicamente lo crió.

El abuelo toma una de las limonadas que tiene a un lado en una mesita y me la pasa.

—Bien dulce como te gusta.

Mi corazón se arruga de ternura, la forma en la que se alegra cada domingo de verme me hace darme cuenta de lo solo que se debe sentir en este lugar, sin importar lo lujoso que es.

El dinero no lo es todo, ¿Eh?

Pruebo la limonada y me siento a su lado en la banca.

—Hmmm, esta deliciosa.

—¿Quieres algún bocadillo? Puedo ordenar tus favoritos.

Le doy una palmada en el hombro.

—Estoy bien. ¿Tú cómo estás?

—Tengo un dolor de cabeza que va y viene, pero nada que no pueda manejar.

Eso me preocupa.

—¿Se lo has comentado a tu doctor?

Él menea la cabeza.

—Estaré bien, ¿Cómo están los chicos? Apolo no me cuenta mucho de ellos.

Apolo lo visita los sábados y yo los domingos para que así tenga compañía dos días a la semana.

—Están bien —le contesto, aunque sé que eso será suficiente.

—Apolo me ha dicho que Artemis ha vuelto a casa y te está molestando.

Este Apolo no se puede quedar callado.

—Estaré bien —uso sus palabras—. Puedo manejar esa situación mejor que nadie.

El abuelo suspira, mirando al frente, un hermoso lago de agua azul oscura resplandece con el sol matutino frente a nosotros.

—¿Y Ares?

Aunque muchos lo nieguen, los abuelos o los padres a veces suelen tener un favorito y aunque Apolo es prácticamente hijo del abuelo, sé que su punto débil siempre ha sido Ares. Ambos son de carácter fuerte y parecido, pero de alguna manera eso hacía su relación complicada, como un tira y afloje emocional.

—Él está bien, creo que por fin sentará cabeza —comento, pensando en Raquel.

El abuelo suspira de nuevo, la tristeza clara en su voz.

—¿Ha preguntado por mí?

Quisiera mentir, quisiera decirle que sí.

—Tú sabes cómo es él.

Ares solo visitó al abuelo una vez desde que lo trasladaron al asilo, y salió de este lugar al borde de las lágrimas, él no puede soportar ver a su abuelo aquí, la impotencia es algo que le carcome por no evitar que lo trajeran aquí. Así que creo que prefiere evitarlo, actuar como si no existiera para no lidiar con eso. Ese chico de ojos azules no sabe cómo manejar sus emociones en lo absoluto.

Tan alto e imponente pero tan inestable por dentro.

—Quisiera verlo —comenta el abuelo—. Debe estar más alto, no ha parado de crecer desde los 12.

Saco mi celular y abro la galería.

—Míralo por ti mismo —mostrándole fotos locas que me he tomado con Ares: Ares con la boca llena de comida sacándome el dedo, el flash reflejándose en sus ojos azules, Ares dormido en el sofá después de ver una película, Ares con cara de temor y los perritos que trae Apolo a su alrededor, Ares con la camisa de su equipo de fútbol junto a su amigo y compañero de equipo Daniel.

Ah, Daniel, esa foto fue la noche en la que cometí el error de acostarme con él.

Guardo el teléfono, aclarándome la garganta.

El abuelo toma mi mano.

—Ares y Artemis pueden parecer fríos, pero es solo su coraza, son de buen corazón.

Artemis no, casi dejo mi rabia hablar, pero sería una mentira, Artemis fue muy bueno conmigo mientras crecíamos, todo ese bien no creo que pueda ser opacado por lo que me hizo por más doloroso que sea. Solo tengo que mantenerme alejada de él ahora, es todo.

Él abuelo Hidalgo aprieta mi mano.

—Así que cuídalos, estoy más tranquilo sabiendo que tu estas ahí para ellos. Ellos no han tenido una figura femenina en sus vidas que haya sido buena.

Se que se refiere a la mamá de los chicos, a esa señora que le ha sido infiel a su padre un montón de veces, que no le importan ellos, pero ni un poco.

—Ellos ya están grandecitos, van a estar bien —le digo, mis ojos sobre el agua del lago que parece resplandecer cada segundo más.

—Podrán ser adultos, pero aún tienen una gran carencia de amor, Claudia, sus padres no los amaron mientras crecían, no les brindaron nada. Para el momento en el que me di cuenta de eso, ya era tarde, solo alcancé a darle todo mi corazón a Apolo.

Me gire para mirarlo.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

Su mirada encuentra la mía y se suaviza.

—Porque quiero que lo recuerdes cuando quieras tirar la toalla y alejarte de ellos. Apolo me dijo que Artemis te está molestando, recuerda lo mucho que ellos te quieren, no te rindas, ¿Sí?

Le pellizco las mejillas suavemente, y bromeo.

—Mírate, todo adorable, preocupándote por esos ingratos que no te visitan.

—Ellos vendrán algún día —la seguridad en su voz me hace voltear los ojos dramáticamente, él me da un golpecito en la frente—. Chica irrespetuosa, volteando los ojos así ante un anciano.

—¿Un anciano? —me levanto, mirando hacia los lados—, ¿dónde?

Él se echa a reír y lo observo con amor.

Agradezco la presencia del abuelo en mi vida, es maravilloso. Pasamos el resto del día hablando, él como siempre preguntándome por la universidad, si necesito algo, etc. Y como siempre mi respuesta es no, ya le debo suficiente con el hecho de que él haya pagado mis cuotas en la universidad. Jamás quiero que piense que abuso del cariño que me tiene para sacarle dinero

Con una sonrisa en la cara, me despido de él y me voy a casa.

***

Son las cuatro de la mañana cuando el sonido del teléfono de la casa me despierta. Siempre me traigo el inalámbrico a mi habitación para no tener que salir hasta la cocina cada vez que alguien llama a la casa Hidalgo. Estiro mi mano desde la cama para tomar el teléfono y contestar, espero no sea una broma.

—¿Aló? —mi voz es ronca y débil.

—Buenas noches —la formalidad de la voz de la mujer a la otra línea me alerta—. Le hablamos del Hospital General —me siento de golpe, mi pecho subiendo y bajando, mi mente imaginando millones de escenarios—, es para informarle que el señor Anthony Hidalgo ha sido ingresado a Emergencias hace unos minutos —dejo de respirar—. Este es el número que tenemos de contacto.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —no sé ni que preguntar.

—Sufrió un accidente cerebrovascular, lo están estabilizando en estos momentos. Cuando vengan podremos darle más información.

—Vamos para allá —me dice otras cosas antes de despedirse y colgar.

Yo ni siquiera sé que me pongo de lo rápido que me visto, puedo sentir claramente los latidos de mi corazón en la garganta.

Él está bien, tiene que estar bien.

Tengo un dolor de cabeza que va y viene, pero nada que no pueda manejar.

¡Viejo testarudo! Si se sentía mal, ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué? El temor corriendo por mis venas me hace salir disparada de la habitación, mi madre ni siquiera se inmutó, ella es el del tipo de persona que no se despierta así haya un huracán.

Sin embargo, cuando salgo a la sala, me sorprende encontrar al señor Juan en sus pijamas con su teléfono celular al oído, por lo que oigo el asilo lo contactó a él mientras el hospital llamaba al teléfono de la casa.

Debe ver el miedo y la desesperación en mis ojos.

—¿Vamos juntos al hospital?

Mis ojos viajan a las escaleras y él lee mis pensamientos antes de hablar.

—No quiero despertarlos ahora, cuando amanezca, les…

Le paso por un lado corriendo escaleras arriba.

—¡Claudia! —lo escucho gritar detrás de mí—, ¡Claudia!

De ninguna forma, voy a dejarlo hacer esto, dejar a sus hijos por fuera otra vez así.

Paso por sus puertas tocándolas lo suficientemente fuerte, y me detengo frente a la de Apolo. Ares se asoma en su puerta, su cabello apuntando a todos lados, con un ojo cerrado mientras lucha por mantener el otro abierto.

—¿Qué pasa?

Artemis también se asoma, sin camisa.

—¿Qué mierda pasa?

Trato de calmar mi respiración, trato de sonar calmada, y escoger mis palabras bien:

—El abuelo…

Apolo abre la puerta, enfrentándome.

—Claudia, ¿Qué pasó?

—El abuelo está en el hospital.

Cuando las palabras dejan mi boca, puedo ver la comprensión y el miedo esparcirse por los rostros de los tres chicos Hidalgo a mi alrededor.

Hacen muchas preguntas mientras todos se ponen lo primero que encuentran y bajan conmigo las escaleras, Juan espera abajo con una mirada de desaprobación, pero no me importa.

El camino al hospital es silencioso, pero cargado con una preocupación asfixiante. Voy en la parte de atrás del carro, en medio de Ares y Apolo. El señor Juan maneja y Artemis va en el lado del copiloto.

Lágrimas silenciosas bajan por las mejillas de Apolo, su nariz esta roja, y mi corazón se aprieta porque no quiero ni siquiera pensar que el abuelo no saldrá de esta.

Él es fuerte, él estará bien. Me repito una y otra vez.

Agarro la mano de Apolo y le doy un apretón reconfortante, él descansa su cabeza sobre mi hombro, sus lágrimas mojando mi camisa.

Ares tiene su codo sobre la orilla de la ventana del auto, su puño contra su boca, lo está apretando tan fuerte que sus nudillos están blancos, la tensión de sus hombros es evidente, está enojado, no, está furioso. Se que se está odiando a sí mismo en este momento por no haber visitado al abuelo, tal vez todos siempre hemos pensado que el abuelo siendo tan fuerte es eterno.

Tomo su mano empuñada y la bajo, entrelazándola con la mía sobre mi regazo, cuando Ares me mira, veo el dolor en sus ojos.

—Él va a estar bien —Ares vuelve a mirar la ventana, pero no suelta mi mano, y la aprieta con fuerza.

Artemis se gira ligeramente en su asiento para observarme, él trata de ocultar su preocupación, pero está escrita sobre todo su rostro. Le doy una sonrisa de boca cerrada, y le susurro.

—El abuelo va a estar bien.

Él solo asiente y se endereza en su asiento.

Podrán ser adultos, pero aún tienen una gran carencia de amor, Claudia, sus padres no los amaron mientras crecían, no les brindaron nada.

Las palabras del abuelo resuenan en mi mente mientras entro al hospital con los Hidalgo.

En mi mente, un solo pensamiento: *Tienes que estar bien, viejo testarudo, no te atrevas a morir, porque si lo haces, te reviviré para matarte yo.*

La forma en la que sus arrugas se hacen más evidentes cuando sonríe viene a mi mente. Él es lo más cercano a una figura paterna que he tenido en mi vida.

Te quiero tanto, viejito testarudo, por favor, tienes que estar bien.

Capítulo 14:

"¡Dios, lo siento tanto!"

Claudia

El abuelo está estable.

Y por lo que muestran los resultados de la resonancia magnética, el daño fue mínimo lo cual es un alivio, sin embargo, el abuelo sigue están sedado, descansando para darle tiempo a su cerebro de desinflamarse o algo así explicó el doctor. Todos fuimos enviados a casa después de pasar días seguidos en el hospital, prometieron informarnos cuando él despertara.

Siento que por fin puedo respirar, aunque no estaré tranquila hasta hablar con el abuelo, por lo menos ya sé que estará bien. Las cosas han vuelto a la normalidad ligeramente en casa.

Después de atender a los invitados de Ares, entre ellos Raquel, un chico de sonrisa contagiosa, y una chica que se parece mucho a Daniel, le llevo la cena a mi madre.

Sin embargo, cuando vuelvo a la sala de juegos para llevarles las cosas que Ares pidió, está vacío, *¿Se fueron?*

Subo para ir a la habitación de Ares y toco su puerta.

—Adelante.

Entro, no está solo, Apolo esta con él, y puedo leer las expresiones de estos chicos claramente, algo pasó y no fue bueno, también puedo ver que no quieren hablar al respecto.

—Llevé las bebidas como ordenaste, pero tus invitados se han ido.

La decepción en la expresión de Ares es clara como el día.

—¿Todos se fueron?

Se que quiere saber si Raquel se ha ido, con un suspiro asiento.

—Si, todos.

Un destello de tristeza cruza los ojos de Ares y aunque se esfuerza en ocultarlo rápidamente, Apolo y yo lo notamos. Les doy una última sonrisa de boca cerrada y me voy.

Acariciando mis hombros tensos, bajo las escaleras. Solo tengo una cosa más por hacer antes de irme a descansar. Necesito sacar las toallas del gimnasio y lavarlas, ahora que Artemis está en casa, debo hacerlo más seguido ya que él visita el gimnasio todos los días.

Empujo la puerta corrediza del gimnasio y paso a través de las máquinas de hacer ejercicio para llegar a la entrada de la ducha al final del pasillo. Bostezo, recogiendo las toallas afuera del baño en la cesta de usadas. Decido entrar al baño para asegurarme que no queden ahí más ahí. Él baño es inmenso, bastante alargado con una ducha al final, me imagino a Artemis ahí desnudo tomando una ducha y de pronto, hace calor. Ni siquiera quiero pensar en ese idiota. Salgo de ahí para dirigirme a la lavandería.

Meto la mitad de las toallas en la lavadora y pongo el resto en el piso, agotada me deslizo hasta quedar sentada sobre el montón de ropa y toallas. Sin darme cuenta, me quedo dormida.

Para mi desgracia, me despierto después de tener un sueño muy ardiente, no alcancé a verle el rostro al hombre en el sueño, pero me estaba dando la follada de mi vida.

Mi frustración crece cuando me doy cuenta de lo mojada que estoy, ah, benditos sueños húmedos.

Ahora que lo pienso, ¿Cuándo fue la última vez que tuve sexo? Ni siquiera puedo recordarlo, con razón mis hormonas están por los aires, sin contar lo de Artemis, ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que me toqué para liberar un poco de tensión sexual, mi mano inquieta se desliza dentro de mis *panties* cuando abro mis piernas, no debería hacer esto aquí pero no puedo hacerlo en mi habitación, no con mi madre ahí.

Lo mojada que estoy hace que mis dedos se deslicen fácilmente sobre mi intimidad. Un gemido escapa mis labios, olvidé lo bien que se siente esto. Muevo mis panties a un lado para tener mejor acceso, mis dedos conocedores de lo que me gusta se mueven perfectamente sobre mí, cierro los ojos ahogándome en las sensaciones. Muerdo mi labio inferior, soltando pequeños gemidos que se vuelven más fuertes al aumentar la rapidez de mis dedos.

Abro mis ojos y en vez de encontrarme con la puerta cerrada, veo a Apolo parado ahí.

Me levanto de un brinco, bajando mi falda con piernas temblorosas.

—¡Dios, lo siento tanto!

Bajo la mirada al suelo, la vergüenza recorriendo cada parte de mí. Espero que él se vaya, pero lo escucho entrar al pequeño lugar, cerrando la puerta detrás de sí. Levanto la mirada para observarlo, pero no puedo decir nada, mi respiración es un desastre. Su cabello esta desordenado, sus lindos ojos café brillan con algo que nunca he visto antes. La expresión de Apolo es una que jamás he visto en todo el tiempo que llevo conociéndolo, no es inocente, no es infantil, es lujuria pura. En sus ojos danza la determinación de un hombre.

Se acerca a mí lentamente, como si supiera que moverse bruscamente podría asustarme. El olor suave de su colonia es agradable. Frente a mí, él levanta su mano para sostener mi rostro, para luego pasar su pulgar por mis labios.

Abro la boca temblando.

—¿Qué... estas haciendo? —susurro, mi voz apenas audible.

Apolo no me responde, sin despegar su mirada de la mía, baja su mano y la desliza dentro de mi falda, agarro su muñeca deteniendo su avance.

—No.

—Solo quiero ayudarte a terminar —me dice, su voz ronca y su respiración tan desastrosa como la mía, esta excitado.

Mi mente esta tan nublada con toda esta tensión entre nosotros.

Él se moja los labios antes de besarme, mueve sus labios sobre los míos en un ritmo de deseo lento pero que se siente muy bien. Sus labios son suaves, su beso torpemente provocador. Él acelera el beso y yo libero su muñeca, su mano sube entre mis piernas para acariciarme por encima de mi ropa interior. Despego mi boca de la suya para soltar un gemido.

No puedo evitar aferrarme a él, mis manos agarrando su camisa con fuerza, mientras mis piernas tiemblan. Cuando él mueve mi ropa interior a un lado para tocarme directamente, cierro los ojos en placer puro, no me avergüenza como sus dedos resbalan en mi intimidad, estoy extremadamente mojada.

Entierro mi rostro en su pecho.

—Más rápido, por favor.

Apolo gruñe obedeciendo, acelerando sus dedos, moviéndolos en círculos. Una de mis manos suelta su camisa y baja para acariciarlo por encima de sus pantalones, no me sorprende lo duro que está. Cuando siento uno de sus dedos dentro de mí, echo la cabeza hacia atrás, gimiendo desesperada. El placer se apodera de mí, sus movimientos se vuelven más rápidos, así que hago lo mismo con mi mano sobre sus pantalones.

Ambos alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo.

Nuestras aceleradas respiraciones hacen eco por todo el pequeño cuarto, estamos jadeando, mientras más tiempo pasa, más se aclara mi mente y me doy cuenta de lo que he hecho.

Doy un paso atrás para luego pasarle por un lado y salir disparada del lugar.

Para mi mala suerte, cuando salgo a la sala, me encuentro con Artemis de frente.

—¡Ah, mierda!

Él está en su traje usual, debe acabar de llegar del trabajo.

Artemis me observa con cuidado sin decir nada, probablemente estoy roja como un tomate.

—Permiso —me alejo de él antes de que pueda leer en mi cara lo que acaba de pasar.

Quisiera decir que me siento culpable o algo por el estilo, pero no lo hago, Artemis y yo no tenemos absolutamente nada y después de la forma en la que me mintió para poder besarme, no le guardo ningún respeto, especialmente ahora que sé que tiene prometida, no novia, sino prometida.

Sin embargo, me preocupa Apolo, lo menos que quiero que es nuestra relación se arruine o se vuelva incomoda. Ni siquiera sé que es lo que está pasando entre nosotros, ¿En qué momento pasamos de cariño fraternal a atracción sexual? Nunca lo he visto como más que un hermano, hasta hoy. Recuerdo su mirada, sus gruñidos, como las venas de su antebrazo se volvían más notables mientras me tocaba, el deseo vibrante en sus ojos. Sacudo mi cabeza.

No puedes desearlo, Claudia, no puedes complicar las cosas de esta forma. Vuelve a verlo como el chico que es un hermano menor para ti, no lo veas como un hombre.

No me doy cuenta que estoy frente a la puerta de Ares hasta que él mismo la abre, encontrándome ahí parada.

—¿Claudia?

No sé qué hago aquí, supongo que estoy huyendo, de quién exactamente no lo sé. Apolo suele ser mi refugio, pero no puedo ir a él ahora, no después de lo acaba de pasar, él debe estar tan confundido como yo.

—¿Puedo pasar? —Ares se hace a un lado y me deja entrar, su habitación esta semi-oscura, la única luz proveniente de las lámparas a los lados de su cama.

Un relámpago se refleja en su ventana, seguido de un trueno fuerte, comienza a llover.

—¿Pasó algo con el abuelo? —Ares no se molesta es esconder la preocupación en su voz.

Meneo la cabeza.

—No.

Ares lleva puesta una camisa blanca y jeans, me sorprende que no esté en pijamas, se está haciendo tarde, ¿Va a algún lado? Él toma asiento en el sofá reclinable en una esquina del cuarto.

—¿Qué pasa?

Dudo, no puedo contarle, me avergüenza mucho, ¿Cómo puedo decirlo? 'Ey, Ares, hace unas semanas me metí con Artemis, pero él resulto ser un idiota que estaba comprometido así que hoy me metí con Apolo, ¿Qué te parece?'

—Solo necesito distraerme un poco, ¿Puedo quedarme aquí un rato?

Él solo asiente, suspirando y pasándose la mano por la cara. No se ve bien, algo le pasa, enfocarme en los problemas de los demás siempre me ayuda a olvidarme de los míos.

—¿Estas bien?

—Si.

Hago una mueca.

—No te ves bien.

Noto que aún tiene los zapatos puestos.

—¿Vas a algún lado? —él menea la cabeza, pero algo cruza su expresión—. ¿Quieres ir a algún lado?

No dice nada.

Recuerdo como Raquel y sus amigos se fueron temprano esta tarde, lo triste que Ares parecía después de eso, sé que Ares está bastante deprimido con lo del abuelo, sé que necesita desahogarse, apoyarse en alguien, y yo podría ser esa persona para él, pero no soy la indicada, él ya tiene a alguien que lo quiere, solo puedo empujarlo a recurra a la persona que necesita.

—Deberías ir a ella.

Ares levanta la mirada, él sabe que me refiero a Raquel.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Ella está enojada conmigo.

Suspiro.

—¿Le contaste lo que pasó con el abuelo? —de nuevo, menea la cabeza—. ¿Por qué no?

—No quiero que me vea así.

—¿Así como? ¿Como un ser humano que siente, que está triste por su abuelo?

—No quiero ser débil.

Eso me molesta.

—Por todos los Santos, ¿por qué piensas que querer a alguien, apoyarte en esa persona es una debilidad?

—Porque lo es.

—No, no lo es, Ares —replico, apretando mis labios—. ¿Cómo puede ser una debilidad abrir tu corazón a alguien? Eso es lo más valiente que puede haber.

—No empieces con sermones como Apolo.

—Solo trato de hacerte entender, idiota, estar enamorado no es una debilidad.

—Si lo es, tú y yo lo sabemos mejor que nadie —Ares levanta su tono de voz.

Se que se refiere a mi madre.

—No puedes escudarte detrás de lo pasó toda la vida.

—¡No quiero ser como él!

—¡Tú no eres como él! —respondo, poniéndome de pie—. Tú no eres como tú padre y estoy completamente segura que Raquel no es como tu madre.

Él bufa.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque te conozco, y jamás habrías puesto tus ojos en una chica que se asemejara a tu madre de alguna forma. Además, he visto a Raquel, la transparencia en esa chica es increíble y apuesto que eso fue lo primero que te atrajo a ella.

Ares parece enojarse más, suele hacerlo cuando no tiene argumentos.

—Defiendes todo esto, tú —sé que está buscando herirme de alguna forma, lo hace cuando se siente acorralado—… tú, que aún cuidas a tu madre que te hizo pasar por un infierno la mayor parte de tu vida, me dices que el amor no es una debilidad.

—Lo que mi madre hizo, todos sus errores y malas decisiones, todo lo malo que me hizo pasar es su culpa, es *su* carga —hago una pausa—… si yo dejo que eso me defina, o afecte mi personalidad de alguna forma, es mi culpa, es convertir su carga en la *mía*.

Ares se queda sin palabras.

—Ve con ella, Ares —repito—. La necesitas, y eso no te hace débil sino todo lo contrario, admitir que necesitas a alguien es la mayor prueba de valentía. Así que, ve con ella.

Lo veo dudar hasta que finalmente se pone de pie, y sale de la habitación.

Buen chico.

Capítulo 15:

"¿The bro code a la mierda?"

Artemis

No puedo quitarme la imagen de Claudia sonrojada de mi cabeza.

No solo estaba roja, su respiración también estaba descontrolada, no pude evitar relacionar su estado a como lucía el día que la besé, y la toqué. La observo correr escaleras arriba como si estuviera escapando de alguien y no creo que sea de mí, mi intriga crece cuando veo a Apolo salir del mismo pasillo que ella, igual de sonrojado.

¿Qué está pasando?

Apolo no me mira ni una sola vez, y me pasa, por un lado. Su camisa esta toda arrugada en la parte del pecho como si alguien se hubiera agarrado de ella con fuerza.

Entrecierro mis ojos.

¿En qué andan esos dos?

¿Y a ti qué más te da, Artemis? Tú te encargaste de apartarla.

Sin embargo, eso no quiere decir que estaré de acuerdo con que ella sea de alguien más, mucho menos de mi hermano.

Si ya la dejé ir, ¿Por qué aún soy tan posesivo con ella? ¿Por qué aún siento que es mía?

Porque eres un idiota egoísta.

He tenido otro día pesado en el trabajo, luego de pasar días en el hospital cuando volví a la oficina hoy tuve un montón de cosas atrasadas, a duras penas conseguí venir a dormir en casa esta noche. Subo a mi habitación para darme una larga ducha.

El agua caliente cae sobre mí, el vapor de la misma flotando en el aire alrededor del baño. Mi cabello mojado se pega a los lados de mi cara. Presiono mi puño contra la pared. La expresión herida de Claudia aquel día en la oficina me atormenta cada vez que cierro los ojos.

Ella no se merecía eso, ella que ha sido tan buena con Ares y Apolo. Recuerdo ese momento en el auto de camino al hospital como ella fue ese apoyo para ambos, es una buena mujer y yo le hice daño innecesariamente, solo por no explicarle las cosas como

sucedieron, pero, ¿qué ganaría con eso? ¿Confundirla? Ni siquiera sé cómo explicárselo. Además, explicarle no cambia el hecho de que no podemos estar juntos, por lo menos, no por ahora. Me paso las manos por la cara, y cierro la llave. Después de ponerme ropa cómoda, pongo una toalla alrededor de mi cuello y me quedo mirando la puerta.

No vayas a ella, Artemis.

Aprieto mi mandíbula y lanzo la toalla en mi cuello a un lado, saliendo de mi habitación.

La encuentro en la cocina, pasando un trapo por el mesón, dejándolo reluciente. Cuando levanta la mirada y me ve, su expresión se endurece, lanza el trapo en el lavaplatos y se dispone a salir de la cocina.

—Claudia.

No se detiene, y cuando intenta pasarme por un lado y escapar, la tomo del brazo, girándola hacia mí.

—Te estoy hablando.

Ella sacude su brazo, liberándose.

—Y yo te estoy ignorando.

Su rabia me molesta.

—¿Esto es lo que piensas hacer? ¿Ignorarme todo el tiempo?

No duda ni un segundo.

—Si.

—Que maduro —sus ojos brillan con lo que reconozco como rabia pura—. Pensé que podíamos tener una relación más civilizada.

Ella retrocede para cruzar sus brazos sobre su pecho.

—¿Y esto lo pensaste antes de mentirme para acercarte a mi o después?

—No te mentí.

Bufo.

—Es que eres un descarado.

—Claudia.

No sé qué me impulsa a levantar mi mano hacia su rostro para tocarla, pero ella da un paso atrás.

—No me toques.

Bajo mi mano.

—Claudia, yo…

—¿Todo bien?

La voz de Apolo detrás de ella me sorprende porque no lo escuche acercarse, Claudia se gira para irse.

—Si, ya me voy a dormir.

Sin embargo, cuando le pasa, por un lado, Apolo tomo su brazo.

—Tenemos que hablar, vamos a mi cuarto.

Un corriente cruza mis venas, y se asienta en mi estómago, no la toques, quiero exigir, pero me callo.

Claudia no se ve para nada cómoda.

—No creo que sea un buen momento.

—Si lo es, vamos —Apolo comienza a caminar con ella del brazo.

—Apolo, no, mañana…

Me muevo antes de pensar lo que estoy haciendo y los sigo para agarrarla de su brazo libre y jalarla a mi lado, despegando el agarre de Apolo.

—Ella dijo que no.

Apolo se voltea y me da una mirada desafiante que nunca he visto en sus ojos, Apolo siempre ha sido él que más me ha temido de mis hermanos, pero al parecer, no esta vez.

Su voz es seria.

—Lo que yo tenga que hablar con ella no es tu problema.

Esto no me gusta.

Puedo sentir la rabia invadiendo cada parte de mi cuerpo, mi mandíbula apretándose y mis hombros tensándose.

Claudia se libera de mí, mis ojos permanecen sobre Apolo mientras hablo.

—Todo lo que tenga que ver con ella es mi problema.

Apolo no duda.

—¿Por qué habría de serlo?

Sintiendo la necesidad de marcar mi territorio, lo digo.

—Porque ella tiene algo conmigo.

Claudia me da una mirada horrorizada, la expresión desafiante de Apolo se transforma en una de confusión.

—¿De qué estás hablando?

Cállate, Artemis, no digas más, una sonrisa victoriosa se apodera de mis labios.

—Ella es mía, Apolo.

La mirada de Apolo cae sobre Claudia.

—¿Claudia?

Claudia en seguida menea la cabeza.

—No, no soy suya, él…

—Eso no fue lo que dijiste cuando te viniste sobre mis dedos, Claudia.

Claudia me da una mirada asesina, si me odiaba antes, estoy seguro que ahora me odia el doble.

—¿Tú... con él? —Apolo esta sin palabras, Claudia da un paso hacia él, pero yo la tomo del brazo deteniéndola.

Ella se suelta y me grita.

—¡Deja de agarrarme como si fuera un puto objeto! ¡No soy tuya! —ella toma la mano de Apolo—. Ven, te explicaré todo.

Y veo rojo.

Siento que ella lo está escogiendo frente a mí, así que voy hacia ellos y los separo, apretando mis puños.

—¿Por qué tienes que darle explicaciones a él? ¿eh?

Apolo se mete entra ella y yo.

—Basta.

La miro por encima del hombro de Apolo.

—Claudia —digo entre dientes.

Ella me mira y sin dudar lo dice claramente.

—Apolo y yo nos besamos hoy.

¿Qué?

Mi mundo para ahí mismo, mi rabia se maximiza por diez, mi pecho sube y baja, nunca he sentido tanta furia, agarro el collar de la camisa de Apolo.

—¿Qué hiciste qué?

Apolo agarra mis muñecas, tratando de soltarse.

—Ella lo ha dicho, ella no es tuya.

—¿The bro code a la mierda? —le recuerdo el pacto que hicimos hace años de nunca meternos con la chica que le gustará o le interesara a algunos de nosotros.

Apolo luce culpable por un segundo.

—No sabía que tú y ella, yo no…

—¡Pura mierda! —aprieto mi agarre en su camisa.

Claudia aparece a mi lado.

—Artemis, suéltalo.

Miro a los ojos a mi hermano.

—Ares y tú siempre han sabido que ella me interesa.

Claudia se agarra de mi brazo.

—¡Suéltalo!

No puedo controlarme, imaginarla a ella besándolo hace que me hierva la sangre, Apolo habla con tanta frialdad que me sorprende.

—Ella ya ha dicho que no es tuya, no es mi culpa que estés obsesionado con un interés unilateral.

Sus palabras arden y son alimento para mi furia, lo golpeo tan fuerte que mis nudillos emiten un sonido quebradizo al hacer contacto con su mejilla, Claudia suelta un chillido y Apolo se tambalea hacia atrás.

Claudia se mete entre nosotros.

—¡Basta ya! —pone su mano sobre mi pecho—. ¡Para! ¡Sal de aquí!

Agarro su muñeca.

—Si vienes conmigo, no voy a moverme de aquí sin ti.

La veo vacilar, sé que quiere protestar, pero no lo hace porque sabe que, si emite un sonido, la situación entre Apolo y yo empeorara cuando él trate de evitar que me la lleve.

Apolo cae sentado sobre el mueble, sosteniendo su mejilla, haciendo una mueca de dolor, pero ni siquiera verlo así me hace arrepentirme, él rompió el bro code, él se merecía ese golpe, lo sabe, y por esa razón no intentó devolvérmelo.

Me llevo a Claudia de la muñeca escaleras arriba.

—Ya vuelvo —la escucho susurrarle a Apolo.

Cuando entramos a mi habitación, ella cruza sus brazos sobre su pecho, furiosa.

—¿Te has vuelvo loco? ¿Golpear a tu hermano? ¿En qué…

—¿Qué pasó entre ustedes? —ella no se esperaba mi pregunta—. Dímelo todo, quiero saberlo todo, cuantas veces te besó, si te tocó, todo.

Ella bufa, indignada.

—No tienes derecho a preguntarme eso.

—¡Si tengo derecho! Si lo tengo cuando me has dejado tocarte hace unas pocas semanas, ¿Y ahora haces eso con mi propio hermano?

—¿Te estas escuchando? —ella levanta la voz—. Tú me engañaste, Artemis, me mentiste, tienes una prometida, te dejé entrar solo para salir herida, ¿Con qué moral vienes hacerme esta escena? ¿Estás loco?

Me paso la mano por mi barba y luego por la cabeza.

—Mantente alejada de él.

Ella suelta una risa sarcástica.

—Es que ni siquiera me estás escuchando.

—Haz lo que te digo, tú no sabes de lo que soy capaz, Claudia.

—No te tengo miedo, Artemis —ella se acerca, solo para dejarme ver el desprecio en sus ojos—. Escúchame bien, idiota, tú y yo no somos nada, no te pertenezco ni a ti ni a ningún hombre porque soy un ser humano, no una cosa. Lo que yo haga con mi vida de ahora en adelante no es de tu puta incumbencia, así que haznos un favor a ambos y enfócate en tu realidad, en tu prometida y déjame en paz.

Ella se gira para caminar a la puerta y antes de que pueda abrirla, hablo:

—No él, Claudia —ella se detiene de espaldas a mí—. No mi hermano —hablo entre dientes—… no con mi jodido hermano.

Ella me da un vistazo por encima de su hombro.

—Quiero que sepas que no fue algo que planeé para herirte.

—Nunca lo es.

Sus hombros caen como si se resignará a algo.

—No la agarres con Apolo, es tu hermano y te quiere —pausa como si tuviera cuidado con cada palabra—. Tú y yo siempre hemos terminado sin tan siquiera empezar, es como son las cosas, deja de intentar lo imposible, Artemis.

Me paso la mano por la cara, caminando hasta estar justo detrás de ella.

—¿Cómo puedo hacer eso cuando se trata de ti?

Ella no dice nada, pongo mis manos sobre sus hombros, descansando mi frente en la parte de atrás de su cabeza.

—No puedo hacerlo, Claudia.

La siento temblar un poco antes mis palabras, ella pone sus manos sobre las mías para quitarlas de sus hombros, pero chisto de dolor cuando hace contacto con los nudillos de una de mis manos, están sangrando, ni siquiera lo he sentido.

Claudia voltea y me enfrente, sosteniendo mi mano herida con ambas de las suyas.

—Ah, mira lo que has hecho —la preocupación en sus ojos desplaza la frialdad en ellos rápidamente—. Siéntate, voy por el botiquín de primeros auxilios.

Obedezco y me siento en mi cama, ella vuelve en un apuro, deja la puerta abierta para sentarse a mi lado, la observo en silencio mientras limpia mis nudillos con cuidado, no es la primera vez que lo hace, meterme en peleas durante mi adolescencia fue algo común y ella siempre estaba ahí para curar las heridas y regañarme. Ella aprieta los labios, tiene esa costumbre cuando está concentrada en algo.

Me recuerda aquel día...

—¡Artemis! ¡Artemis! —la voz urgente de Ares me alarma, pauso mi videojuego y lo observo entrar a mi habitación, sus ojos rojos, lágrimas sobre sus pequeñas mejillas.

—¿Qué pasa? —mi mente corre sin control, imaginando una variedad de escenarios de tragedia.

Ares está llorando tan desconsoladamente que tiene hipo.

Tomo su cara en mis manos.

—¿Qué pasa, Ares? Habla.

—Yo... saqué... una buena nota —se limpió la cara con la parte de atrás de su mano—... y fui a enseñárselo a mamá —su cara se contrajo en dolor—... ella... hay un hombre ahí... ella y ese hombre... no es papá.

Arrugo mis cejas en confusión.

—¿Qué estás diciendo?

—Mamá... está haciendo cosas en su cama con un hombre que no es papá.

Un frío se asentó en mi estómago, entendiendo lo que estaba pasando. Y como si la vida quisiera explicármelo aún más claramente, mamá abre la puerta sosteniendo una sábana blanca contra su desnudo cuerpo.

—¡Ares! ¡Ven aquí! ¡Ahora! —su voz es demandante pero no puedo evitar notar el miedo en la misma, sus ojos indagan mi rostro probablemente tratando de saber si Ares ya me lo ha dicho.

Y la rabia nubla mi mente.

Me levanto de un golpe y echo a Ares a un lado para caminar hacia ella. Mi madre se sorprende ante mi arrebato y echa un paso atrás, sin embargo, ella no es mi objetivo.

Le paso por un lado, saliendo al pasillo.

—¿Dónde está?

Mi madre menea la cabeza.

—Artemis... —trata de agarrarme del brazo, pero me suelto de un manotazo.

Me apresuro a la habitación de ella, abriendo la puerta de una patada, necesitando destruir todo a mi camino. Mis ojos caen sobre el hombre desconocido quien ha terminado de abotonar su camisa.

No me toma mucho tiempo estar encima de él, golpeando su rostro una y otra vez, la rabia tensando mis músculos. A pesar de ser aún un adolescente, soy más alto que él y la furia me hace sentir extremadamente fuerte, sin límites. Mi madre entra a la habitación, gritando que me detenga.

Siento manos tratando de agarrarme, pero no puedo detenerme.

—¡Artemis! ¡Basta! —la voz de mi madre suena tan lejana, como los recuerdos de ella sonriendo junto a mi padre, comentando sobre como estaríamos juntos siempre, una familia unida.

Mentirosa.

Hipócrita.

Zorra.

Las palabras que vienen a mi mente son insultos que jamás me atrevería a decirle a mi madre pero que en mi mente ruedan libremente. Sonidos de impotencia salen de mi boca mientras golpeo al hombre debajo de mí, la sangre se esparce por su rostro, mis nudillos duelen y arden, pero no puedo parar.

No quiero parar.

Una mano cálida se posa sobre mi mejilla y estoy a punto de ignorarla cuando escucho su voz.

—Artemis.

Me detengo con el puño en el aire y levanto la mirada, Claudia está ahí arrodillada frente a mí, su cabello rojo rebelde a los lados de su cara, su mano baja de mi mejilla y agarra mi muñeca, estoy respirando tan agitadamente que mis hombros bajan y suben sin control.

—Es suficiente.

No lo es.

Ella entrelaza sus dedos con los míos.

—Está bien, ya está bien, vamos —yo meneo la cabeza, y ella me da una sonrisa triste—. Por favor.

Me suelto de su agarre y de mala gana, me levanto. Casi vuelvo a golpearlo cuando mi madre corre a su socorro, arrodillándose al lado del hombre que solo emite gemidos de dolor. Salgo de ahí antes de que me convierta en un asesino, Claudia siguiéndome en silencio.

En el pasillo mis ojos se enfocan en mi habitación donde dejé a Ares, Claudia parece leer mi preocupación.

—Mi madre se está haciendo cargo de él, un té calmante y distracciones. Es mejor que te estabilices antes de verlo así y también... debes limpiar tus heridas.

Sin entender a qué heridas se refiere, sigo su mirada a mis nudillos los cuales están sangrando abiertamente. No me han dolido hasta ahora que los noto.

Adrenalina, ¿eh? ¿O simple rabia?

Sin decir nada, me alejo de todo eso y bajo las escaleras, con Claudia detrás de mí, y aunque nunca lo dije en voz alta, estaba tan agradecido de que me siguiera ese día.

Tan jodidamente agradecido.

Cuando vuelvo a la realidad, Claudia está vendando mi mano con cuidado, ¿Cómo puedo dejar de intentarlo, Claudia? ¿Cómo? Cuando has estado en cada momento que te he necesitado, cuando tenemos tantos recuerdos juntos.

Sintiendo ojos sobre mí, levanto la mirada para ver a Apolo en la puerta, tiene una bolsa de hielo contra su mejilla. Ahora que ya mi rabia se ha enfriado me siento mal por haberlo golpeado, nunca le había puesto una mano encima a mi hermano menor. Abro la boca para decir algo, pero me doy cuenta que no me está mirando a mí.

Está mirando a Claudia y luce, ¿Herido? Armo las piezas en mi cabeza, tal vez le molesta que ella está aquí cuidándome y no a él. Apolo baja la cabeza y se va. Yo vuelvo a mirar a Claudia que ya está recogiendo las cosas que usó para limpiar mis nudillos y vendar mi mano.

—Trata de no mover mucho la mano y cambia la venda mañana —ordena, poniéndose de pie.

—Gracias.

Ella asiente y me da una sonrisa de boca cerrada antes de irse.

—Buenas noches, Artemis.

—Buenas noches, Claudia.

La observo irse, y aunque esta noche la he dejado salir de mi habitación, sé que no podré dejarla salir de mi vida.

¿Cómo podría, cuando se trata de ella?

Capítulo 16:

"Claudia, a ti te estaba esperando"

Claudia

El abuelo despertó.

Y soy la última en llegar al hospital porque estaba en la universidad cuando me avisaron y el bus se tomó su tiempo en traerme hasta aquí. No puedo negar el alivio que me invade al saber que el abuelo esta despierto. Sin embargo, no estaré tranquila hasta verlo bien con mis propios ojos.

Al acercarme a la habitación del abuelo, me sorprende ver a Raquel sentada ahí afuera, Ares de verdad va en serio con esta chica si la ha traído aquí, me alegra, pero ¿dónde está todo el mundo?

Me paro frente a ella, ofreciéndole una sonrisa.

—Hola.

—Hola.

No me molesto en ocultar la preocupación en mi voz.

—¿Cómo está?

—Al parecer está bien.

Dejo salir un largo suspiro de alivio.

—Qué bueno, vine tan pronto lo supe.

Su rostro se contrae en curiosidad.

—¿Conoces al abuelo?

—Si, he vivido toda mi vida en esa casa, mamá llegó a cuidarlo varias veces antes de que lo... internaran en el geriátrico, es alguien muy especial para mí.

—Me imagino, ¿Qué tal fue vivir con los Hidalgo toda tu vida?

Eso me hace reír un poco.

Si tú supieras, Raquel.

—Bastante interesante.

—No me lo puedo imaginar, apuesto que tu primer crush fue uno de ellos.

Siento el calor en las mejillas y bajo la cabeza.

—¿En serio? ¿Cuál? Con tal y no sea Ares estaremos bien.

Abro mi boca para contestar cuando escuchamos el claro sonido de tacones dirigiéndose a nosotros. Me volteo para buscar la fuente de ese sonido.

La señora Hidalgo.

Hasta que se dignó a venir.

Ella camina bien en sus tacones rojos de punta fina, su falda blanca apenas alcanza sus rodillas, y su camisa tiene un escote de mal gusto, ¿Cómo puede venir vestida así al hospital? Esto no es una fiesta. Su maquillaje es extremo y su cabello está en una apretada cola. Sus ojos caen sobre Raquel.

—¿Y quién eres tú? —le pregunta, sus ojos llenos de menosprecio, eso es todo lo que ella sabe hacer. Raquel no le responde—. Te hice una pregunta.

Raquel se aclara la garganta.

—Mi nombre es Ra-Raquel —y le extiende la mano de manera amable.

Ay, Raquel, no tienes idea del tipo mujer que es esta señora.

Sofia Hidalgo le da un vistazo a su mano y luego a ella

—Bien, Ra-Raquel —se burla de su tartamudeo—. ¿Qué haces aquí?

Me pongo al lado de Raquel de manera defensiva para responderle.

—Vino con Ares.

A la mención de Ares, Sofia arquea una ceja.

—¿Estas bromeando? ¿Por qué traería Ares a una chica como ella?

Voltea los ojos.

—¿Por qué no le pregunta usted misma? Oh cierto, la comunicación con sus hijos no es su fuerte.

Sofía aprieta sus labios.

—No empieces con tu tonito, Claudia, lo menos que quieres es provocarme.

—Entonces deje de mirarla de esa forma, ni siquiera la conoce.

—No tengo que perder mi tiempo con ustedes. ¿Dónde está mi marido?

Ansiosa porque salga de nuestra vista, le señalo la puerta, y la señora entra, dejándonos solas, llevándose su mala vibra con ella.

Raquel esta pálida.

—Que señora tan desagradable.

Le doy una sonrisa de boca cerrada.

—No tienes idea.

—Pero a ti no parece intimidarte.

—Crecí en esa casa, creo que desarrollé la habilidad lidiar con personas intimidantes muy bien.

—Me imagino, solo pensé que como ella es tu jefe, tú…

—¿Le permitiría intimidarme y tratarme mal? —termino por ella—. Ella ya no es mi jefe, el señor Juan lo es, y él siempre me ha protegido de esa bruja, sobre todo después de —me detengo—… creo que he hablado demasiado de mí, cuéntame de ti.

Nos sentamos.

—No hay mucho que contar, solo que he caído en el hechizo de los Hidalgo.

—Eso puedo ver, pero veo que ya lograste que ese idiota admitiera sus sentimientos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estás aquí —le digo honestamente—. El abuelo Hidalgo es una de las personas más importantes para ellos, el hecho de que estés aquí dice mucho.

—He escuchado tanto de ese señor que quisiera conocerlo.

—Espero que lo conozcas pronto, es una persona maravillosa.

Nos quedamos conversando un rato, y entiendo por qué Ares se ha enamorado de esta chica, es muy agradable y Dios, sus expresiones son tan obvias, se puede ver lo que está pensando claramente en sus gestos. Me cae de maravilla.

Finalmente, después de hablar un rato con ella, Ares sale de la habitación seguido de Artemis y Apolo. En el momento en el que los ojos de Artemis se encuentran con los míos, la incomodidad llena el ambiente. Él aprieta sus labios antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo.

Mis ojos buscan los de Apolo, pero él los evita a toda costa, solo se limita a sonreírle a Raquel como saludo.

—Vamos por un café, el abuelo preguntó por ti, Claudia, deberías entrar cuando salgan mis padres —Apolo me informa, aún sin mirarme y sigue a Artemis.

Ley del hielo, ¿eh?

Bien, Hidalgos, puedo lidiar con eso.

Ares tampoco me mira, solo toma la mano de Raquel.

—Vamos, bruja.

No sé porque siento la necesidad de disculparme, tal vez causé una situación desagradable sin querer y no lo manejé de la menor manera.

—Lo siento.

Ares me mira.

—No fue tu culpa —sé que lo dice con honestidad, Ares nunca miente—. La impulsividad de *él* jamás será tu culpa, Claudia.

Se que se refiere a Artemis, de los Hidalgo él siempre ha sido el más volátil e impulsivo.

Los veo alejarse, y el señor Hidalgo sale de la habitación junto a Sofia quien ni se molesta en tener algún tipo de expresión en su estirado rostro. Quisiera decir que el descaro de esta señora me sorprende, pero no, después de todos estos años, sé que a qué atenerme con Sofia Hidalgo.

Juan me señala la puerta.

—Él ha preguntado por ti desde que despertó.

Hay celos en su voz, ¿En serio? No creo que se merezca celar el cariño de su padre cuando permitió que lo metieran en ese asilo. Juan me da una sonrisa amable y se aleja con su esposa.

Entro para ver al abuelo Hidalgo en la camilla, mi corazón se arruga y corro a abrazarlo.

—¡Viejo testarudo! —las lágrimas corren libremente por mi rostro, él me da palmadas gentiles en la espalda.

—Estoy bien, estoy bien.

Me separo de él, mis labios temblando por las ganas de llorar, tomo su rostro entre mis manos y beso su frente.

—Te quiero mucho.

Él pone sus manos sobre las mías, y nos miramos a los ojos cuando me separo de él, me sorprende ver lo húmedo que sus ojos están, él nunca ha sido de llorar con facilidad.

—Yo también te quiero mucho, hija.

Hija...

Él parece leer la sorpresa en mi cara.

—¿Qué? Tú eres mucha más mi hija que todos esos buitres que dicen llamarse hijos míos. Sino fuera por ti y por Apolo, no habría sobrevivido la soledad en ese asilo —sus manos acarician mi rostro—. Gracias, hija.

—Viejito... —mi voz se rompe.

—Qué te parece si me llamas abuelo porque papá sería extraño, ¿no? ¿O eso sería mucho? Entiendo que te incomode, ya estas grande y…

Pongo la mano sobre mi corazón.

—Es un completo honor llamarte abuelo.

Él me sonríe, sus arrugas haciéndose más notables.

Me quedo hablando con él, hasta que se hace la hora de que pase el último bus. El abuelo volverá a la casa Hidalgo mientras se recupera y no podría estar más feliz así puedo cuidar de él y no preocuparme de que este solo en el asilo. Me despido de él con un fuerte abrazo y salgo de la habitación.

Sofia Hidalgo está ahí afuera sola, ¿No ha vuelto el señor Juan? Ella se me queda viendo por un rato de pies a cabeza.

—Has crecido bastante bien, Claudia —me comenta, pero no me pierdo ni un segundo de la malicia en su voz—. Deberías usar tus atributos para lograr lo que quieres y salir adelante, ¿Quieres ser una sirvienta toda tu vida?

Una falsa sonrisa invade mis labios.

—Jamás seré tan rastrera como usted, no gracias.

Ella se ríe.

—¿De verdad? Y yo que pensaba que ya te estabas tirando al viejo Hidalgo, agarrando el pez gordo y todo eso.

Aprieto mis puños a mis lados.

—Está proyectándose en mí, ¿No? No todas somos como usted gracias a Dios.

—¿Cómo yo? ¿O cómo tu madre? —da un paso hacia mí—. ¿O es que pareces olvidar como vendía su cuerpo por unos cuantos pases de droga barata? Siempre me pregunté si llegó a venderte a ti también, ya sabes —la bofetada que le doy hace eco en el silencioso pasillo.

Hablo entre dientes.

—Puede decir lo que quiera de mí, pero jamás vuelva a hablar de mi madre.

—¿Quién te crees para ponerme una mano encima? —me gruñe, levantando la mano para golpearme, pero le agarro la muñeca en el aire.

La suelto, manoteando su mano.

—Ya me voy, señora.

Sus ojos llenos de odio me dan una última mirada antes de que me dé la vuelta me vaya. Apenas agarro el último bus, mis ojos viendo pasar todo camino a la casa. Me alegra que ya esté en una posición donde no le temo a esa señora, ya no soy la chica que era hace cinco años, ese recuerdo aún quema:

Cuando llegue a la casa Hidalgo de mi clase extra de lectura, la chimenea estaba encendida, lo cual era inusual, en pleno verano. Estaba a punto de pasar de largo a mi habitación cuando vi a la señora Hidalgo sentada frente a la chimenea.

—Oh, buenas noches, no la vi, señora —trataba de mantener el contacto mínimo con ella.

—Claudia, a ti te estaba esperando —me dijo con una sonrisa poco natural—, toma asiento —me ofreció el mueble frente a ella.

Obedecí, y me senté frente a ella, iba a preguntarle que necesitaba cuando vi el pequeño diario en su regazo: Mi diario.

—Sabes, no esperaba encontrar esto en tu habitación, solo pasé por curiosidad, pero estaba ahí arriba de la mesita de noche, tan expuesto —sacudió la cabeza—. Para tener 15 años, aún eres bastante tonta.

Tragué grueso.

—No debería tomar las cosas personales de los demás.

—Esta es mi casa, puedo tomar lo que a mí me dé la gana —abrí la boca para decir algo, pero ella siguió—. Lo cual tu pareces olvidar, Claudia, esta es mi casa. Te hemos acogido a ti y a tu madre a pesar de todo —hace una mueca de asco—... todo lo que madre ha hecho en las calles.

—Y mi madre y yo estamos muy agradecidas, señora.

—¿Sí? ¿Qué tan agradecida estas, Claudia?

Su pregunta me dio escalofríos.

—Mucho.

—Qué bueno, eso quiere decir que estarás dispuesta a hacer lo que te digo sin tantos peros —me dijo, abriendo una página del diario para leerlo—. "Artemis me ha tomado de la mano hoy de nuevo y sentí que mi corazón iba a explotar. La sostuvo por un rato y me dio tanto nervio porque pensé que él iba a notar lo mucho que me sudaba la mano." Ah, que tierno.

Bajé la cabeza, avergonzada.

Pero ella no había terminado, pasó la página y siguió.

—"Artemis me ha invitado a los fuegos artificiales este fin de semana, dijo que tenía algo importante que decirme, espero que me pida que sea su novia. Aunque él es mayor que yo, y mamá se va a enojar, no me importa, lo que siento con él vale la pena. Yo sé que somos jóvenes, pero lo que sentimos es de esos amores de verdad, como los de las películas"

—Señora, por favor.

—Si creo que ha sido suficiente, te hemos acogido en esta casa y, ¿Tienes el descaro de fijarte en nuestro hijo? —la frialdad en su voz era atemorizante—. Escúchame bien, Claudia, vas a alejar a Artemis de ti, él se irá a la universidad cuando termine el verano y seguirá con los planes que tenemos su padre y yo para él, y tú no te vas a interponer, ¿De acuerdo?

—Señora, lo que yo siento por él es de verdad, yo…

—Silencio —levantó su mano—. Si lo que sientes por él es de verdad… quieres lo mejor para él, ¿no? —asentí—. Entonces, estamos de acuerdo, porque tú no eres lo mejor para él, Claudia y lo sabes. La hija de una ex-prostituta drogadicta no es suficiente para un chico como Artemis.

—Creo que eso es algo que él tendría que decidir, no usted.

Su expresión se endureció.

—Oh, cuida tu tono, esperaba que lo hicieras por las buenas —suspiró dramáticamente—. Bien, por las malas será entonces… ya lo he hablado con mi marido, y si no decides cooperar, desgraciadamente, tu madre y tu tendrán que empacar y salir de esta casa esta misma noche.

El miedo congela la sangre en mis venas. No, la calle otra vez no, los incontables hombres buscando a mi madre, ella ha estado limpia de drogas por años, no podía permitir que volviera a ese mundo de nuevo. Y no teníamos nada ella afuera ni siquiera suficiente dinero para dormir en un hotel esta noche.

La señora se cruzó de piernas.

—Oh, ¿Te he puesto en una situación difícil? Solo debes escoger, tu madre o este amor infantil que tanto describes en tu diario.

Por supuesto que escogería mi madre, una y mil veces y ella lo sabía.

—Está bien, señora, lo alejaré de mí como usted pide —me puse de pie porque podía sentir las lágrimas nublando mi visión—. Voy a dormir.

Esa noche lloré en silencio hasta quedarme sin lágrimas, hasta que el pecho me dolía cuando tomaba una respiración profunda.

Cuando llegó el 4 de Julio, la noche de los fuegos artificiales, pasé la mejor noche de mi vida a su lado, Artemis me compró algodón de azúcar, helado y hasta un cerdito de peluche por el que tuvo que pagar porque nunca pudimos ganarlo jugando esos juegos de feria.

Llegó la hora de los fuegos artificiales y nos sentamos en el pasto para observar el espectáculo en silencio. Le eché un vistazo a Artemis, su rostro iluminado por los fuegos artificiales, tan hermoso, pero eso no es lo que me hace quererlo tanto, es quien es él conmigo, ha sido tan bueno, tan compresivo, ha estado en cada una de mis pesadillas, de mis momentos débiles, ha golpeado a los que me han hecho bullying en la escuela por ser pobre o porque se han enterado de lo que solía hacer mi madre. Él siempre ha estado ahí para mí, con la calidez de su mirada y la paz de su linda sonrisa.

Quería quedarme así por un buen rato porque sabía que después de esta noche, todo terminaría.

Volví a mirar el cielo, entretenida en los colores cuando sentí su mano sobre la mía, mi corazón comenzó a latir como loco, pero no aparté su mano.

No lo digas, Artemis, por favor, vamos a quedarnos así un poco más.

Volteé a mirarlo, y él se movió tan rápido que apenas tuve tiempo de registrar sus acciones, me tomó de la cara y me besó, sus suaves labios presionados contra los míos y sentí que me derretía ahí mismo.

Mi primer beso...

Me alegró tanto que fuera con él.

"Solo debes escoger, tu madre o este amor infantil que tanto describes en tu diario."

Contra todo instinto y con el corazón apretado lo empujé, alejándolo de mí, fingí la mejor cara de indiferencia que pude, abrí mi boca para decir algo, pero no pude, rompería a llorar si lo hacía. Su expresión herida me dolía tanto, lo observé levantarse y darme la espalda.

—Artemis... —lo llamé, mi voz rompiéndose, pero él ya se había alejado.

Lo siento, Artemis, lo siento tanto.

Después de bajar del bus y llegar a la casa, fui a mi habitación, mi madre estaba dormida. Me senté a su lado, viéndola dormir, ella ha cometido sus errores, pero es mi madre, siempre la escogería a ella.

Mis ojos caen sobre mi mesita de noche y veo al cerdito de peluche que Artemis compró para mí aquel 4 de Julio. Lo tomo con ambas manos, mi pecho apretándose en nostalgia y dolor.

—Aquel 4 de Julio, si quería ser tu novia, Artemis —le digo al peluche—. Sí quería estar contigo.

Capítulo 17:

"Es por él, ¿No es así?"

Claudia

Los días pasan y no puedo esperar a que el abuelo vuelva a casa, tenerlo aquí me alegra tanto. Puedo cuidar de él y también quiero que tenga más contacto con sus nietos, sé que le hace mucha falta, aunque no lo diga.

El sol del atardecer se cola por la ventana de la cocina, dándole un tono naranja a todos los utensilios y a los mesones. Me asomo por la ventana para echarle un vistazo al patio, los perritos de Apolo ahí jugando entre ellos, son tan adorables.

No he visto a Artemis en lo absoluto, creo que llega tarde del trabajo y se va temprano. Está haciendo un buen trabajo evitándome y se lo agradezco, después de lo que pasó con Apolo, todos necesitamos esa distancia.

Paso mi mano por el mesón. No puedo negar que mi mente a veces viaja a aquella noche con Artemis en este mismo lugar, recuerdo con tanto detalle sus ojos sobre los míos, su respiración sobre mis labios, lo bien que se sintió besarlo, como su ligera barba me rozaba, sus manos ágiles por todo mi cuerpo.

¿Por qué tenías que joderlo todo, Artemis?

La parte que más me duele de todo es que le haya sido infiel a su novia, eso no suena como él, especialmente después de lo que pasó con su madre, nunca lo considere capaz de ser un infiel. Me decepcionó mucho.

¿El hecho de que tenga novia es lo único que evita que seas mía?

Ya no tengo novia Claudia.

Mentiroso.

Alguien se aclara la garganta, interrumpiendo mis pensamientos.

Apolo aparece en el marco de la puerta, quedándose ahí, recostando su hombro contra el mismo. Lleva puesto jeans y una franela roja que hace juego con los zapatos deportivos que lleva. Su cabello castaño está en un desastre como si alguien hubiera puesto sus manos sobre el mismo, desordenándolo a propósito.

—Hola —me susurra, sus ojos sobre mí.

—Hola —le saludo, recostando lo bajo de mi espalda contra el mesón.

Él despega su hombro del marco de la puerta y se mete las manos en los bolsillos de sus jeans.

—Tenemos que hablar sobre lo que pasó tarde o temprano, Claudia.

—Apolo...

Él da un paso dentro de la cocina.

—Claudia, yo…

Levanto mi mano.

—Para, no.

Apolo arruga sus cejas.

—¿No vas a dejarme hablar?

—No —sacudo la cabeza—. Se lo que vas a decir y no quiero que lo digas, porque una vez que lo digas, no habrá vuelta atrás y no quiero eso.

Sus hombros caen como si se rindiera.

—Y, ¿entonces qué es lo que quieres?

—Quiero a Apolo, el chico dulce que es como un hermano para mí —su rostro se contrae en dolor y confusión—. Tú eres una de las personas más importantes en mi vida, no arriesguemos eso, por favor.

—Es por él, ¿No es así?

Se que refiere a Artemis.

Lamo mis labios, incomoda.

—No.

—No me mientas, Claudia.

Me paso los dedos por el pelo, sin saber que decir.

Él se acerca a mí en largos pasos y me toma de la cintura con un brazo y usa su mano libre para sostener mi rostro.

—Yo no soy tu hermano, Claudia.

Puedo ver lo claro que es el café de sus ojos así de cerca, y lo llenos que son sus labios, quisiera decir que él no me recuerda a Artemis cuando tenía su edad, pero si lo hace.

Me aclaro la garganta.

—Lo sé, pero…

Él me envuelve en un abrazo, su olor tan familiar para mí.

—Pero está bien, respetaré tu decisión —besa un lado de mi cabeza—. No voy a imponerme, ni a presionarte, no soy ese tipo de chico.

Lo sé.

Cuando él se separa me mira directo a los ojos.

—Siempre voy a estar aquí para ti —me besa la frente y da un paso atrás.

Le doy una sonrisa honesta.

—Y yo para ti.

Él retrocede paso por paso sin despegar sus ojos de los míos hasta que se da la vuelta y se va. Aunque no se ve del todo bien, sé que estará bien. Lo conozco, se lo que él cree que siente por mí, pero yo sé que solo está confundiendo el cariño que ha desarrollado por mí todos estos años. Su madre nunca ha estado para él, soy la primera figura femenina positiva que ha tenido en su vida, y él piensa que esa sensación de seguridad y bienestar que siente conmigo es amor, pero no lo es. No debí permitir que pasará lo de la lavandería, pero ya lo he hecho, hecho esta y lo único que puedo hacer ahora es tomar la mejor decisión: Dejarlo ir para que encuentre una persona que le muestre lo que el amor es de verdad.

Buena suerte, Apolo.

Resoplo, y me voy a mi cuarto. Mi madre está sentada junto a la ventana, agarrando una taza de té con ambas manos. Su cabello es una combinación de rojo y blanco debido a sus canas, le he dicho para pintárselo, pero no quiere, dice que portará sus canas con orgullo.

—¿No vas a la universidad hoy? —me pregunta, mientras me acuesto en la cama y pongo mi antebrazo sobre mis ojos, mi madre se queda en silencio unos segundos—. ¿Estás cansada, hija?

Si.

Finjo una sonrisa y actúo enérgica, sentándome.

—Claro que no, solo quería ser dramática, mamá.

Ella me devuelve la sonrisa.

—¿Cómo te fue en la presentación de ayer?

Levanto mi dedo pulgar hacia ella.

—Espectacular, tu hija es muy inteligente.

Eso parece alegrarle, verla sonreír me llena de una forma muy especial. Si, ella cometió muchos errores, y a causa de eso tuve una infancia muy difícil pero jamás le daría la espalda.

Es muy fácil enfocarse en ver solo lo malo de los demás, cuando la miro, no veo lo malo, veo a esa mujer que escogió mal el hombre para tener una hija, que la golpeada y la dejó en la calle con una bebé en brazos, una mujer que dejó de comer muchas veces para alimentarme a mí, que vendió su cuerpo para poner un techo sobre nosotras, que cayó en las drogas para evitar vivir en la realidad de vender su cuerpo cada noche. Veo a la mujer que enderezó su camino en el momento que se le presentó esta oportunidad de trabajo, veo a la mujer que tembló, lloró y sufrió con los síntomas de abstinencia después de dejar las drogas pero que nunca volvió a ellas.

En el momento que tuvo una oportunidad, lo dio todo de ella para enderezar su camino y por eso, siempre tendrá mi respeto.

Hay mucha más fuerza y voluntad en enderezar tu camino en la vida que haberlo tenido derecho desde el principio.

Así que no tengo ningún problema en ser fuerte por ella ahora.

Me inclino y le doy un beso en la frente.

—Voy a alistarme para la universidad.

—Cuídate mucho, hija. Dios te bendiga.

—Amén, mami.

***

—Odio mi vida.

Gin esta con la cabeza sobre la mesa, mientras yo tomo un sorbo de mi vaso con agua. Ella se endereza en su silla para darme una mirada triste.

—No me vuelvo a enamorar.

A Gin no le ha ido bien con el hombre apuesto que nos invitó al club de Artemis la otra noche. Al parecer, después de estar con ella varias noches, ha comenzado a actuar frío y hace dos días tuvieron la conversación de que él no quería nada serio por ahora.

Mi amiga hace puchero.

—Dime la verdad… ¿crees que fui muy fácil? ¿Qué le abrí las piernas muy pronto?

—Gin.

—Es que yo lo sabía, tenía que hacerme la dura.

—Gin —le digo seria—, ¿por qué haces esto? ¿Por qué siempre tienes que buscar la manera de echarte la culpa? El hombre es un jodido idiota, tú eres perfecta, él se lo pierde, punto, fin del tema.

—Es que creí haber encontrado al hombre de mi vida.

—Eso dijiste del chico pasado.

—Yo sé, yo sé —ella me explica—. Pero Clau —baja su tono hasta que se vuelve un susurro—, es un Dios en la cama —volteo mis ojos—, el mejor sexo que he tenido en mi triste vida.

—¿Y eso lo vuelve automáticamente el amor de tu vida?

—¡Por supuesto!

—El amor es más que sexo, idiota.

—Claro, ha hablado Claudia, la experta en el amor. Si tú eres como él en versión femenina, te los tiras y los botas.

—Yo soy clara con ellos, además, no veo a ninguno quejándose.

Ella alza una ceja.

—Y, ¿Daniel?

—Él es la excepción —no puedo creer que Daniel aún me llame.

—Quiero ser como tú, yo no puedo tener sexo sin involucrarme emocionalmente, me enamoro, Clau, me enamoro.

Me encojo de hombros.

—Nah, no te has enamorado, Gin. No has pasado suficiente tiempo con alguno de esos chicos para saber si es amor o solo atracción física.

—Podría ser amor a primera vista.

—En tu caso, follada a primera vista.

—Muy graciosa —ella suspira—. De igual forma, creo que aceptaré tener sexo con él de vez en cuando.

—¿Es en serio, Gin?

—Clau, es el mejor que tenido en serio, hace un movimiento con sus caderas mientras lo hacemos que guao, llega justo a mi punto G.

Hago una mueca.

—Demasiada información.

Los ojos de Gin caen detrás de mí, y sorpresa se expande por su expresión.

—Hablando del rey de roma.

Me giro para ver a que se refiere, y efectivamente, Daniel viene hacia nosotras.

—Oh no.

—Tengo curiosidad, Clau, ¿Qué le hiciste a ese chico para que este así de obsesionado?

Recuerdos de Daniel, nuestros cuerpos sudados, en una variedad de posiciones en aquel cuarto de hotel me apenan. La pregunta es, ¿Qué no hicimos, Gin?

—Tengo que irme.

—Clau, no.

Me levanto, y corro como si mi vida dependiera de ello, dejando a Gin sola en la cafetería de la universidad, escucho a Daniel llamar mi nombre, pero huyo, usando los pasillos que conozco tan bien a mi favor, ¿Qué hace aquí? Él todavía va a la preparatoria no a la Uni.

Ese chico es intenso nivel Dios.

Bostezo, y me cubro la boca con la mano para subirme al bus a casa. Ha sido un largo día. Veo las tiendas, los árboles pasar a través de la ventana del bus y mi mente inquieta viaja al idiota de traje elegante que tengo días sin ver, ha crecido tanto, madurado tanto físicamente. Ya no queda nada de ese chico con rostro infantil con él que me crié.

Cierro mis ojos y el rostro de Artemis cerca del mío viene a mí. Necesito dejar de pensar en él, no vale la pena. Me quedo dormida para soñar con él: besos apasionados y palabras dulces adornando mis sueños, pero son solo eso: Sueños. Porque entre Artemis y yo todo se ha acabado antes de comenzar.

Capítulo 18:

"Más tonto eres tú"

Claudia

Quedarme dormida en el bus se convierte en un problema cuando no me despierto en mi parada.

Creo que he subestimado mi cansancio. Todo es culpa de la señora Hidalgo, me ha puesto a limpiar de nuevo unas partes de la casa que ya están más que limpias, creo que es su forma de vengarse de como la traté en el hospital. El chofer me despierta cuando llega a su última parada que es donde dejan los buses por la noche.

Estoy en problemas.

Este es el último bus y la última parada, estoy a unas cuantas calles de la casa. El chofer se despide, dejándome sola. Debato en decirle que no tengo como volver a mi casa, pero él sale del lugar caminando así que probablemente vive tan cerca de aquí que a pie puede llegar.

Dejo mi mochila colgar de un solo brazo para sacar mi monedero, no tengo mucho dinero, el salario que recibo en la casa Hidalgo siempre va para las medicinas de mamá, la compra de mis libros en la universidad, y los pasajes del bus. Aunque soy muy buena manejando mi dinero, todos esos gastos no me han permitido ahorrar.

Me muerdo el labio inferior, contando los billetes en mi monedero, si pago un taxi, no tendré para el bus el resto de la semana, vuelvo a guardar el monedero en mi mochila junto a mis libros. Supongo que tendré que aventurarme en las calles, no puedo negar que me asusta, pero tengo mi gas pimienta y lo poco que aprendí en la clase electiva de defensa personal de la universidad.

Pongo un pie fuera del estacionamiento de buses y echo un vistazo a ambos lados de la calle, que solitaria. Tomo una respiración profunda para comenzar a caminar en la calle. Las luces naranjas, la oscuridad y lo sola que esta la calle me recuerda aquella noche:

—¡Mírale el pelo! ¡Qué asco! —unos adolescentes se burlan de mí en lo que para muchos era el parque, para mí era mi hogar por ahora. Aprieto mi oso de peluche, arrinconada contra la cerca.

—Sin embargo, tiene cara tierna —comenta uno—. Bueno, detrás de toda esa suciedad.

Uno con un cabello en trenzas pone sus manos sobre sus rodillas para inclinarse hacia mí.

—¿Dónde está tu mami, mocosa?

A pesar de ser una niña, me había criado en un ambiente que me había forzado a saber defenderme.

—Sino me dejan en paz, voy a gritar.

El de trenzas se ríe.

—¿Vas a gritar? Hazlo, mocosa apestosa —estira sus brazos señalando el solitario parque nocturno—. Creo que no tendrás audiencia.

Mis deditos tiemblan sobre mi osito.

—Ahora, dinos, ¿Dónde está tu mami? Nos debe una mercancía y pues si no tiene dinero para pagar... existen otras maneras y ella lo sabe.

Aunque no entendía que era lo que le hacían a mi mama, sabía que no era bueno, ella siempre lloraba después de eso. Cuando no respondo, otro de ellos me agarra de la cara con tanta fuerza que sus dedos se clavan en mi piel. Hago una mueca de dolor.

—No tengo toda la noche.

Con toda la fuerza que puedo, cierro mi puño y lo golpeo entre las piernas como me enseñó mamá. No fue difícil debido a mi baja estatura y el hecho que él no se lo esperaba. Él suelta un quejido y cae al suelo, y yo salgo corriendo.

Corro lo más rápido que puedo, pasando por columpios, toboganes y me adentro entre los árboles pequeños que rodean el parque. Sin darme cuenta, ya estoy en la calle, y cuando miro sobre mi hombro, nadie me sigue.

Disminuyo el paso hasta que quedo caminando, mi pecho aun subiendo y bajando por la corrida. El olor a comida caliente llega a mi nariz y cierro los ojos para inhalarlo mejor.

Ay no, he salido en la calle de los restaurants. Mamá siempre dice que no venga aquí, ver la comida es una tortura. Aunque a veces me escapo, pensando que el olor será suficiente. Me paro frente a restaurant con letras extrañas y puedo ver todo a través de las ventanas transparentes.

Casi puedo probar todo lo que sirven allí: Sopas, carne, pan, jugos. Me lamo los labios, mi boca haciéndose agua.

Un señor muy elegante de traje está a la cabeza de una mesa, sonriendo abiertamente hacia las personas con él. Me doy cuenta que es una familia, una señora está a su lado, ella tiene un bebé sentando en las piernas y a un niño que parece de mi edad al otro lado de ella. Frente a ellos, está otro niño que se ve más grande.

Una familia feliz.

Me pregunto que se sentirá tener un papá.

Sin pensarlo, pongo la mano sobre el vidrio. Él niño que parece de mi edad, pero que ahora de pie noto que es más pequeño que yo, se levanta sin que su mamá se dé cuenta y

viene hacia la ventana para poner su mano sobre la mía contra el vidrio, es de cabello negro y tiene unos ojos azules muy bonitos.

Le sonrío, y él me devuelve la sonrisa.

No puedo evitar querer preguntarle si compartiría un poco de su comida conmigo, solo un poco, pero sé que a través de ese vidrio no podría escucharme así que le hago señas con mi mano de comer y me sobo la barriga.

Él parece entender, pero antes de que pueda decir algo, una mano toma la de él y lo aparta de la ventana: Es la señora, quien me da una mirada fría y se lo lleva.

Mis esperanzas de una comida caliente se van junto con él.

Con la cabeza baja, suspiro y me giro para seguir mi camino.

—¡Ey! —alguien me llama, y me volteo con miedo de que sean esos chicos molestos de hace un rato.

Es el señor elegante.

Su familia está detrás de él, y cuando un auto negro se estaciona, la señora comienza a montar a los niños. Él de ojos azules se despide de mí con la mano. Él niño grande se queda parado ahí mirándome, esperando a su padre probablemente.

—¡Ey, hola! —me saluda amablemente el señor, tiene una sonrisa cálida, se arrodilla frente a mí—. ¿Tienes hambre?

Le doy una mirada cautelosa, nadie nunca hace nada amable sin pedir algo, es lo que mamá siempre dice. Pero tengo tanta hambre.

Asiento levemente.

—¿Estás sola? —meneo la cabeza—. ¿Dónde está tu mamá?

Inconsciente detrás de la zona de columpios, unos arbustos rodean una esquina en el pasto que se ha convertido en nuestra casa.

—No voy a hacerte daño —me extiende su mano—. Me llamo Juan, ¿Cuál es tu nombre?

Ojeo su mano, pero no la tomo.

—Claudia.

Su sonrisa se ensancha.

—Qué bonito nombre, bien, Claudia, solo quiero ayudarte, ¿Sí? ¿Me puedes llevar con tu mamá?

Las alarmas se encienden, ¿A caso él es uno de esos hombres que buscan a mi mamá para dejarla llorando?

No lo creo, él no se ve como esos hombres.

Insegura, mis ojos caen sobre el niño grande que espera a su padre, ahí parado. Ellos se veían bien cuando estaban cenando como una familia, si el señor fuera malo, el niño no lo esperaría así, yo sé que yo no lo haría.

Tomo la mano del señor para guiarlo hasta mi madre, cuando pasamos por el lado del niño grande, el señor le dice:

—Artemis, entra al auto y dile a tu madre que pueden irse a casa, Albert puede quedarse conmigo, me iré en un taxi más tarde.

—Papá...

Lo dejamos atrás rápidamente y antes de que él auto se vaya, noto que un hombre alto de ropa negras se baja y nos sigue unos pasos atrás. Me tenso, el señor aprieta mi mano.

—Tranquila, él solo está aquí para cuidarnos, ¿está bien?

Asiento de nuevo, cuando llegamos a mi hogar en el parque, mamá ya ha despertado y nos mira con precaución y el señor suelta mi mano y se gira hacia mí.

—Voy hablar con tu mamá un segundo, ¿Puedes ir a hacerle compañía a Albert?

Miro a mamá y ella asiente así que obedezco.

No sé de qué hablan, o que pasa, pero salimos de ahí para irnos en un taxi mientras el señor y Albert se van en otro.

—Mami, ¿A dónde vamos?

Ella tiene los ojos rojos, no ha parado de llorar desde que habló con ese señor.

—Vamos a… las cosas van a cambiar, mi niña —me agarra la cara con ambas manos—. Por ti, voy a cambiar. Ese señor le va a dar un trabajo decente a mamá.

—¿Vamos a tener comida?

Ella asiente, sonriendo a través de su lágrima.

—Mucha comida.

—¿Y una cama?

—Si, y nos vamos a dar una larga ducha.

No puedo creerlo, cuando llegamos a la casa, me quedo con la boca abierta observándola, es muy bonita, me recuerda a las casas que salen en las revistas que a veces usamos como sabanas mamá y yo.

Al entrar, el señor Juan nos presenta a su familia: Sofia, Artemis, Ares, y Apolo. Mi mamá con la cabeza baja agradecida. Después de que nos muestran la habitación, y se despiden, mamá y corremos al baño, no queremos ensuciar nuestra cama, es la primera cama que vemos en mucho tiempo.

El señor Juan nos trajo una ropa de la señora para mamá y del niño grande, que ahora sé que se llama Artemis, para mí. Los shorts y la camiseta me quedan grandes, pero no me importa, huelen a limpio.

Mamá está agotada y sin darse cuenta se queda dormida, no la culpo, es una cama, sentirla es como un sueño, pero tengo mucha hambre. El señor Juan dijo que podíamos comer lo que quisiéramos.

En la cocina, abro la nevera y no puedo creer todo lo que hay. Sin pensarlo, empiezo a agarrar de todo un poco: pan, queso, jamón, mermelada.

—Te va a doler la barriga.

Me quedo quieta cuando escucho una voz en la cocina, con un pan en la mano me giro para ver a Artemis.

—Come despacio.

Trago el pedazo de pan que tengo en la boca.

—Lo siento, yo…

Él me da una sonrisa amable.

—No te estoy regañando, tonta, pero debes comer despacio, y no tantas cosas a la vez, te dolerá la barriga.

—No me digas tonta —él parece sorprendido por mi reclamo, pero aun así sigo—. Más tonto eres tú.

Cuando lo digo, me arrepiento de inmediato, debo portarme bien o nos echarán, mamá lo dijo.

—Lo siento.

—Está bien —él no parece molesto—. Déjame prepararte algo.

Esa noche, Artemis me preparó mi primera cena de verdad en mucho tiempo, y me fui a dormir a una cama que no era pasto y periódico, con la barriga llena de comida y no de aire. Fue la mejor noche de mi niñez.

Cuando llego a la casa, estoy agotada, la caminada fue más larga de lo que esperaba. Y la sensación de nostalgia al recordar aquella noche me invade. Abro la puerta principal y recuesto mi espalda contra la misma. La sala está a oscuras con la excepción de la luz proveniente de la chimenea, el sonido de la madera quemándose y ardiendo hace eco por el silencioso lugar.

Y antes de verlo, sé que él está ahí.

Mi mirada se encuentra con la de Artemis, la luz del fuego de la chimenea se refleja en sus ojos. Lleva puesto un traje como de costumbre, sin embargo, la chaqueta del mismo descansa a un lado del sofá, su camisa blanca entreabierta, dejando ver parte de su pecho y su corbata esta deshecha, ¿Acaba de llegar del trabajo? Pero es casi medianoche.

Él no dice nada, solo se me queda mirando y no sé porque nunca puedo ver la frialdad de la que tanto se quejan Ares y Apolo, ¿Soy la única que puede verlo de esa forma?

¿A caso soy la única a la que le dejas ver a través de ti, Artemis?

La sensación de que lo conozco bien me invade. Siento que él no sería como su madre, un infiel, que hay más detrás de todo ese engaño de su prometida, ¿Estoy siendo estúpida por considerar eso? ¿Estoy en negación? Pasaron cinco años, tal vez, él cambió por completo y ya no es ese chico dulce del que me enamoré hace años. Entonces, ¿Por qué tengo esta sensación de que sigue siendo el mismo conmigo?

Él baja la cabeza, y se pone de pie. Él toma su chaqueta del sofá, y me da la espalda para irse a las escaleras.

—Artemis.

Mi propia voz me sorprende, ¿Qué estoy haciendo?

Él se voltea hacia mí, pero no se me acerca, se queda ahí parado. Despego mi espalda de la puerta y camino hacia él. Él observa cada uno de mis pasos con cautela así que me detengo, manteniendo una distancia prudente entre los dos.

—Dime la verdad, Artemis —él arruga sus cejas—. Te daré esta oportunidad de que seas honesto conmigo.

Su voz es neutra.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabes de que estoy hablando —cuando él no dice nada, lanzo mis brazos en el aire de manera exasperada—. Olvídalo, no sé qué estaba pensando.

Me alejo de él sintiéndome como una idiota por ver algo donde lo no hay. Estoy a punto de entrar al pasillo que me lleva a mi habitación cuando un par de brazos me abrazan desde atrás, deteniéndome. Artemis me aprieta contra él, su pecho contra mi espalda. Él descansa su frente sobre mi hombro, su voz es un murmullo.

—No te mentí, no jugué contigo, nunca jugaría contigo, Claudia.

Me quedo callada porque sé que él se explicará solo, no puede enfrentarme para hacerlo.

—Si había terminado con ella cuando te busqué aquella noche en el bar, cuando te besé no estaba con nadie, no fuiste la otra, jamás te pondría en esa situación.

—Pero volviste con ella.

Él no responde.

—¿Por qué me besaste si querías volver con ella?

—Porque no quería volver con ella. Quería...

Me giro en sus brazos para enfrentarlo, tomo su rostro con ambas manos para obligarlo a mirarme, lo cual fue una mala idea, tenerlo frente a mi así de cerca es una tentación.

—¿Qué querías?

La sinceridad en sus ojos es alucinante.

—Quería estar contigo.

—No te entiendo, Artemis.

Él presiona su frente sobre la mía, su respiración rozando mis labios.

—Solo quiero que sepas que no jugué contigo, esa no fue mi intención.

Lo miro directamente a los ojos.

—Y ahora, ¿Qué es lo que quieres? —él cierra los ojos, mordiendo sus labios como si dudará. Suelto su rostro y doy un paso atrás—. Quieres seguir con ella.

Artemis se queda en silencio y esa es mi respuesta, me obligo a sonreír.

—Está bien, lo entiendo, agradezco que hayas aclarado lo que pasó así podemos volver a tener una relación civilizada sin que quiera asesinarte cada vez que te veo —me despido con las manos—. Buenas noches, Artemis.

Lo dejo ahí solo en la sala, con hombros decaídos como si algo mayor a él lo hubiera derrotado antes de tan siquiera comenzar la batalla.

Capítulo 19:

"Esto fue una mala idea"

Artemis

No puedo dejar de mirarla.

He intentado distraerme, hablar sobre negocios con mi padre o sobre relaciones públicas con mi madre, hasta he intentado iniciar una conversación con Ares, pero apenas Claudia entra en el lugar, no puedo apartar mis ojos por más que lo intento y no me gusta, me desagrada esta sensación de descontrol.

Estamos de vacaciones navideñas en Grecia, el destino favorito y de tradición de mi familia. Claudia y su madre han venido con nosotros como siempre pero ahora especialmente porque Claudia es la encargada de cuidar al abuelo, luce tan cómoda con él, parecen tener una relación muy cercana. Nunca he podido tener ese tipo de relación con él, lo respeto mucho, y es un modelo a seguir, pero no se ha dado la oportunidad de conocernos a fondo.

Estamos en la terraza del hotel, sentados en una larga mesa. El sol del atardecer le da un tono naranja al lugar, mi madre está tomando su vino favorito, mi padre ocupado en su *tablet* dibujando gráficas, Ares y Apolo están en sus teléfonos comentando sobre una foto que nos tomamos temprano y al parecer se volvió viral.

El abuelo se ha ido a descansar y Claudia está sentada al otro lado de la mesa frente a mí. Tiene puesto un vestido de traje de baño rojo que hace juego con su cabello y un vestido playero casi transparente que la cubre un poco. Sin embargo, puedo ver su escote claramente, su piel luce tan suave que no puedo evitar imaginarme pasando mi lengua por su cuello hasta bajar al valle de sus pechos.

Meneo la cabeza, apartando la mirada. *No seas un pervertido, Artemis.*

Esta mujer va a matarme.

Mi mente se ha vuelto aún más pervertida después de esos besos en la cocina, haberla probado, sentido, haber escuchado sus gemidos me ha hecho querer más y más de ella.

Pero no puedes, así que deja de fantasear con ello.

Claudia toma un pedazo de sandía con ambas manos, envolviendo sus labios sobre la misma antes de darle una mordida. Esos labios que se son tan suaves se tornan ligeramente rojos mientras se come la fruta. Quiero levantarme, tomarla del cuello y besarla, chupar sus labios adulzados por la sandía.

Como he dicho, he tenido problemas severos de concentración cuando ella está con nosotros.

Claudia parece notar mi mirada y sus ojos encuentran los míos, ella arruga sus cejas y me susurra.

—¿Qué?

Solo fantaseando las mil formas en las que quiero follarte.

—Nada.

Ella está ligeramente bronceada y eso hace que las pecas sobre sus pómulos y nariz sean más visibles.

Claudia me da una mirada extrañada antes de seguir comiendo así que me levanto, necesito aire, antes de que mi imaginación me haga tener una erección en la mesa con mi familia de testigo.

Subo a nuestra suite, usando el ascensor, con las manos en los bolsillos de mis shorts. Varias mujeres con el uniforme del Resort se unen al ascensor y las puedo oír murmurar y soltar risitas después de darme unos cuantos vistazos. Ya me he acostumbrado a la atención de las mujeres, pero no soy de esos hombres que tienen un ego al respecto, después de todo, ser atractivo físicamente no me hace mejor o peor que nadie. Y aunque me facilita las cosas con las mujeres, no me ha servido de nada cuando no puedo luchar por la atención de la mujer que me importa.

Entro a la suite y el abuelo está en el sofá, con una taza de palomitas entre las piernas viendo una película. Le doy una sonrisa de boca cerrada como saludo antes de caminar a la habitación que estoy usando, es una suite inmensa.

—Artemis —la voz del abuelo me hace detenerme y girarme hacia él.

—¿Sí? ¿Necesitas algo?

Sin mirarme, lo dice.

—La cobardía es un defecto que no es característico de los Hidalgo.

Mi rostro se contrae en confusión.

—¿De qué estás hablando?

El abuelo suspira.

—Supongo que cada cosa tiene su tiempo, espero que no sea muy tarde cuando puedas hacerlo.

—¿Hacer qué?

Él me mira y me sonríe.

—Luchar por lo que quieres —hace una pausa—… o por *quien* quieres.

Abro la boca para decir algo y él levanta la mano.

—Shhh, esta es la mejor parte de la película, hasta luego.

Me voy a la habitación y caigo de espaldas en la cama, cerrando los ojos. Imágenes de Claudia en ese lindo traje de baño, su cuerpo, sus curvas, su sonrisa antes las bromas de Ares, su actuación de molestia con el abuelo cuando él no le hace caso a lo que dice, como presiona sus labios cuando quiere decir algo que no debe, el hábito de pasarse la mano por la boca antes de decir una mentira o cuando está nerviosa.

¿Cómo puedo sacarte de mi mente si estas en todos lados, Claudia?

De verdad quiero dejarte en paz, no quiero complicarte la vida, ni hacerte daño de nuevo, pero, ¿Cómo lo hago si todo mi ser es atraído a ti con una fuerza que ni yo puedo controlar?

Pero la realidad es que la presión que siento de no defraudar a mi padre tiene unas raíces tan profundas. Mi padre no siempre fue de carácter calculador y frío como ahora, él fue el mejor padre del mundo hasta que mi madre lo engañó. Mi padre levantó su imperio con trabajo duro, y aunque apenas lo veía durante mi niñez, él siempre se las ingeniaba para estar con nosotros lo más posible.

Aún recuerdo claramente aquella noche después de que él se enteró de lo de mi madre, la devastación que le causó era clara en sus ojos rojos y en el montón de vasos de Whisky rotos en el piso de su estudio.

—Papá —le llamé, pisando con cuidado de no cortarme con los vidrios rotos en el suelo.

Mi padre estaba sentado detrás de su escritorio.

—Sal de aquí, Artemis.

Yo era un adolescente lleno de rabia y dolor en ese momento, necesitaba a mi padre.

—No voy a dejarte solo.

Él se puso de pie, levantando las manos en el aire.

—Tu padre es un desastre, un fracaso como esposo.

Meneé la cabeza.

—Eso no es cierto.

Él se echó a reír como si fuera eso o llorar.

—Puedo levantar un imperio millonario, pero no puedo mantener un matrimonio al parecer.

—Esto no es tu culpa, papá, es de ella, ella es una…

—Cuidado, ella sigue siendo tu madre, Artemis. Lo que pase entre ella y yo no le quita eso.

—No tienes que estar con ella, papá, nosotros entenderemos si ya no quieres estar con ella.

Mi padre apretó sus labios, sus ojos enrojeciéndose.

—La amo, hijo —dos lágrimas escaparon sus ojos y las limpió con rapidez—. No quiero estar solo.

—Nos tienes a nosotros.

—Ustedes crecerán y harán sus vidas y me dejarán atrás —explicó—. Terminaré solo en un geriátrico como el abuelo.

—Yo no —di un paso hacia adelante—. Yo nunca te dejaré solo, papá. Te lo prometo.

—Apenas eres un adolescente, no sabes lo que dices.

—Si sé lo que digo, yo siempre estaré a tu lado, para lo que necesites en esta casa, en la compañía, te lo prometo, ¿De acuerdo?

Él sonrió con tristeza.

—De acuerdo.

Me quedo dormido con ese recuerdo en mi mente.

***

Cuando despierto son más de las diez de la noche, me doy una ducha y llamo a Alex, quien no ha parado de llamarme desde la tarde. Quiere contarme algo que pasó con el lado paterno de su familia.

Alex sigue hablando sin parar al otro lado del teléfono y yo me limito a darle respuestas cortas, sé que necesita desahogarse así que le doy todo el protagonismo de la llamada. Bajo al primer piso y paso las puertas corredizas que abren paso al área de la piscina, a primera vista, parece desolada, hasta que noto a alguien sentada al borde de la misma con los pies en el agua: Claudia.

Alex continua su desahogo, mientras yo me quedo observando a la pelirroja que ha invadido mi mente desde que era una niña respondona.

Claudia tiene puesto un vestido floreado playero muy simple pero cuyo color rojo hace juego con su cabello que está recogido en un moño alto, pequeños mechones rebeldes escapándose del mismo. Ese color también hace un contraste con su piel ahora bronceada por los días de playa.

Parece distraída, sus pies moviéndose hacia delante y hacia atrás en el agua, ¿Qué pasa por tu cabeza, tonta? Recuerdo lo mucho que le molesta que le diga tonta desde que era tan pequeña.

Me despido de Alex para guardar mi celular en el bolsillo y caminar hacia ella. Me paro a su lado y la observo girar su cabeza y levantar la mirada para verme, puedo ver como se tensa un poco así que sonrío amablemente.

—Hola.

Ella vuelve a mirar el agua frente a ella.

—Hola.

—¿Te molesta si te acompaño?

—No.

Me siento a su lado dejando un espacio prudente entre nosotros, sé que aún hay tensión entre nosotros sobre todo después de aquella noche cuando le dije que no le había mentido

sobre mi novia, pero pasó lo que me temía, resulté confundiéndola aún más porque no pude explicarle la situación completa entre Cristina y yo.

El agua iluminada por las luces internas de la piscina se refleja en sus ojos, dotándolos de un brillo bonito. Me recuerda a aquella noche de 4 de Julio, los fuegos artificiales reflejándose en sus ojos de igual forma.

Una parte de mí siempre ha querido preguntarle el porqué de su rechazo, pensé que estábamos en la misma página hasta esa noche, pensé que le gustaba tanto como ella a mí, pero al parecer lo malinterpreté todo. Aunque quiero preguntarle, sé que no lo haré, no quiero lidiar con una respuesta directa de que no sentía lo mismo que yo.

Siento la necesidad de romper el silencio entre nosotros.

—¿Sigues siendo buena aguantando tu respiración bajo el agua?

Ella hace una mueca con sus labios que no puedo descifrar, ¿Molestia?

—Sigo siendo mejor que tú.

Alzo una ceja.

—He mejorado mucho.

—Tienes pulmones débiles.

—Guao, me estas atacando con todo.

—Te lo mereces.

Asiento.

—Tienes razón, pero de verdad he mejorado.

Ella suelta una risita de burla.

—¿Qué? ¿No me crees?

Ella me mira, y cruza sus brazos sobre su pecho.

—Pruébalo.

—¿Cómo? —ella ladea su cabeza a un lado, señalando la piscina—. ¿Ahora?

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de volver a perder?

—Bien —me quito la camisa por encima de la cabeza y Claudia se sonroja y aparta la mirada.

Una sonrisa de suficiencia invade mis labios, aunque no lo admita, sé que se sienta atraída por mí.

Me meto en el agua que me llega hasta la cintura, no estamos en la parte profunda de la piscina, Claudia me mira con malicia.

—Tienes que ir de un lado al otro, cruzando la piscina dos veces, bajo el agua, sin salir a tomar aire.

—¿Qué?

—¿No puedes? Lo he hecho varias veces desde que llegamos aquí.

No es una piscina pequeña, pero creo que puedo lograrlo.

—¿Y qué gano si lo hago?

—Tal vez vuelva a verte como un ser humano.

—Auch.

Ella me sonríe, sus manos sobre el borde de la piscina mientras se inclina hacia mí.

—Buena suerte, Iceberg.

—Gracias, tonta.

Claudia me da una mirada asesina.

—Más tonto serás tú.

Sonriendo ante su típica respuesta, me dirijo a un lado de la piscina para aceptar el reto. Le doy una última mirada y me sumerjo para nadar tan rápido como puedo debajo del agua, cruzando la piscina por primera vez.

Puedo hacerlo.

Estoy dando la segunda vuelta y mis pulmones arden, pidiendo aire, pero no voy a darme por vencido, solo un recorrido más. Cuando llego a mi meta, emerjo del agua, respirando agitadamente. Busco a Claudia con la mirada para encontrarla caminado hacia la salida.

—¡Ey! ¡Claudia!

Ella se voltea hacia mí y me saca el dedo.

Esto no se queda así, salgo tan rápido de la piscina como puedo y corro hacia ella, Claudia ya ha pasado las puertas corredizas y está en el lobby del Resort en dirección al ascensor.

—Señor, esta mojado, debería —alguien del personal del Resort me dice, pero yo no los escucho, y no me detengo hasta que agarro a Claudia del brazo.

Ella parece sorprendida de verme así que lo aprovecho para inclinarme, levantarla y cargarla sobre mi hombro. La gente nos mira y murmuran, pero salgo con ella al área de la piscina.

—¡Artemis Hidalgo! ¡Bájame ahora!

La bajo cuando estamos en el borde la piscina.

—¿Me retas, me dejas solo cuando pierdes y me sacas el dedo?

Ella se cruza de brazos.

—No pensé que lo lograrías.

—Pero lo hice, así que admite que ya no tengo pulmones débiles.

—No.

Dios, ella es tan terca. Ella me vuelve todo un infantil tan fácilmente.

Agarro el frente de su vestido en el pecho con una mano en un puño y la giro hasta que queda ligeramente guindando al borde de la piscina de mi mano.

—Admítelo.

—No.

Hago el gesto de soltarla y ella se agarra de mi muñeca soltando un chillido.

—Última oportunidad, Claudia.

Ella me saca la lengua.

—No le temo al agua, no estoy hecha de azúcar.

Y así la suelto, dejándola caer en la piscina de espaldas.

Cuando sale a la superficie, se quita el cabello de la cara, el cual se ha soltado de su moño.

—Eres un idiota.

—Y tú no sabes perder.

Ella se me queda viendo sin intención alguna de salir del agua o admitir que gané.

No entres al agua, Artemis. Tenerla cerca de ti, mojada y a solas es demasiada tentación.

Ignorando la parte racional de mi mente, me lanzo al agua, salpicándola y haciéndola retroceder. Siendo más alto que ella, el agua me llega a la cintura y a ella al pecho, mis ojos viajan por la piel de su cuello adornada con gotas de agua hasta su cuerpo, su vestido flota a su alrededor y la observo luchar para cubrir sus piernas.

Esto fue una mala idea.

—No mires, pervertido —me regaña, sosteniendo su vestido.

Por caballerosidad, obedezco, enfocándome en su cara, ella chupa su labio inferior dentro de su boca, y mi mente se va al caño de nuevo, necesito distraer mi mente.

—¿Por qué eres tan mala perdedora?

—Porque no me gusta darte la satisfacción de ganar.

—Pero ya he ganado.

—No hasta que yo lo admita.

Entrecierro mis ojos.

—Sigues siendo igual de terca.

—Y tú igual de necesitado por una victoria.

Sabiendo que no llegaré a ninguna parte con esto, cambio el tema.

—A pesar de que le han hecho remodelaciones, la piscina sigue siendo igual, aquí te enseñé a nadar.

Ella alza una ceja.

—¿Me enseñaste? Aprendí sola.

—¿Tengo que recordarte como te aferrabas a mí la primera vez que fuimos a la parte profunda? Tus uñas quedaron marcadas en mi cuello.

Ella se encoge de hombros.

—No sé de qué hablas.

Le doy una sonrisa victoriosa.

—Si lo sabes.

—Solo te recuerdo a ti corriendo y gritando cuando te persiguió una abeja por toda la piscina —ella se ríe abiertamente.

—Soy alérgico, tenía derecho a asustarme.

—¡Auxilio! —me imita recordando aquel día—. ¡Voy a morir! —se sigue riendo—. La abeja ya se había ido y tu seguías corriendo.

No puedo evitar reírme un poco, si ahora que lo recuerdo fue un poco gracioso. Paramos de reír y nos quedamos mirándonos a los ojos. Esa corriente entre nosotros intensificándose.

¿Sientes lo que yo siento, Claudia?

Doy un paso hacia ella, y ella retrocede, aclarándose la garganta.

—Debería irme.

Pero no me detengo, apretando mis manos a mis costados para aguantar la necesidad de tocarla. Sigo avanzando, ella sigue retrocediendo hasta que su espalda choca la pared de la piscina.

—Artemis.

No la escucho, y sigo arrinconándola, ella suelta su vestido para poner sus manos sobre mi pecho y detenerme.

—Artemis.

Mis ojos bajan a su cuerpo, su vestido flotando, revelando sus piernas y parte de su ropa interior y me muerdo el labio inferior, la respiración de Claudia esta tan inestable como la mía, su pecho subiendo y bajando. Levanto mi mano y uso mi pulgar para acariciar sus labios entreabiertos.

Claudia traga visiblemente, pero aparta mi mano.

—Debo irme —escapa de mi pero antes de que pueda alejarse, la tomo de la mano, obligándola a enfrentarme.

—Se que sientes lo mismo que yo.

Ella libera su mano de la mía.

—No he dicho lo contrario —me da una sonrisa triste—. Yo no soy la que tiene tomar una decisión, Artemis. Yo sé lo que siento, pero también sé lo que valgo, y yo no voy a rebajarme a ser la otra mientras tu descifras que es lo que de verdad quieres.

Y con eso, se va, y no hago nada para detenerla, porque sé que tiene toda la razón, aquí el cobarde soy yo, el que no se atreve a luchar por lo que quiere soy yo. Recuerdo las palabras del abuelo: La cobardía es un defecto que no es característico de los Hidalgo.

Abuelo, creo que no soy Hidalgo después de todo.

Capítulo 20:

"Mierda, esa chica te tiene mal"

Artemis

3 meses después…

—De nada.

Alex me dice con arrogancia mientras me lanza un pequeño montón de carpetas sobre mi escritorio. Tiene esa expresión de que se ha ganado el premio al mejor amigo del año. Me pregunto que se trama así que abro la primera carpeta y veo la hoja de vida de una chica universitaria.

—¿Qué es esto? ¿Quieres involucrarme en el proceso de contratación? ¿En serio?

Alex me señala con su dedo índice.

—Oh créeme, amigo, vas a querer estar involucrado en esto.

Analizo la hoja de vida de la chica y refleja que está en su último año de la universidad, arrugo mis cejas.

—¿Son pasantes? ¿Quieres involucrarme en la selección de internas universitarias para la empresa?

Alex se deja caer en la silla al otro lado de mi escritorio.

—Si.

Cierro la carpeta y empujo el montón hacia él.

—No tengo tiempo para eso, recursos humanos se encarga de eso, Alex.

Alex bufa.

—Tú no entiendes las pistas, bien —suena frustrado—. Abre la siguiente carpeta.

De mala gana lo hago porque estoy seguro de que quiere llegar a un punto con esto. Mi dedo se paraliza sobre la hoja de vida de quien menos espero ver: Claudia.

Me quedo como idiota viendo la pequeña foto en la esquina de su hoja de vida, sus calificaciones, y toda su información, *¿Ella aplicó para hacer sus pasantías en la empresa? Me siento halagado, pero muy confundido, ¿Por qué no me dijo nada?*

—Estoy esperando las gracias, sino fuera por mí, nunca lo habrías sabido, probablemente, ella hubiera hecho sus pasantías aquí y ni te hubieras enterado, nunca bajas a ese departamento.

—¿La aprobaron?

Alex sonríe.

—Por supuesto, mira esas calificaciones y ese desempeño, fue la primera que aprobaron.

Y entonces, caigo en cuenta, ella no me ha dicho nada porque quería lograr todo por sus propios méritos, y tal vez pensaba trabajar aquí sin que yo me diera cuenta en lo absoluto, lo cual habría pasado si Alex no me informaba.

—Me sorprende tu capacidad de meter tu nariz en todos los departamentos de la empresa.

Él guiñe un ojo.

—Es una habilidad, lo sé.

—¿En qué departamento estará?

Alex alza una ceja.

—¿Para que puedas ir a quedártele viendo como un tonto?

Le doy una mirada fría.

—No.

—Primero que nada, aún no he escuchado un *"Gracias, Alex, eres el mejor amigo del mundo, no sé qué haría sin ti, oh espera, si lo sé, ser un maldito cubo de hielo que ni el sol de verano derrite"*.

Cubo de hielo... Iceberg...

Una sonrisa estúpida invade mis labios, Alex jadea dramáticamente.

—Oh, ha sonreído, señoras y señores.

—Alex.

—No te diré donde trabajará.

—Como si no pudiera averiguarlo por mi cuenta.

—Eh —Alex sonríe maliciosamente—, ahí te equivocas, te conozco, ¿Por qué el CEO de esta empresa se esforzaría en preguntar por las pasantes de este año cuando nunca lo ha hecho? Sabes bien que les parecerá extraño tu interés, y le pondrán el ojo a la pobre chica antes de su primer día de trabajo.

—Hoy estas en ese humor de juegos, ¿No es así?

—Siempre, además, creo que ella no te dijo nada por eso mismo, no quiere la atención especial en la empresa que sabe que tu probablemente le darás si te enteras.

—Yo no…

—Artemis, dime que no has pensando en las miles de formas que puedes hacerle las cosas fáciles y más agradables en la empresa desde que te enteraste que trabajara aquí.

Si, tiene razón, no puedo evitarlo, me gustaría darle su primera oficina, organizarla y decorarla como a ella le diera la gana, con el mejor equipo de alta tecnología para que

pueda hacer su trabajo con todas las herramientas. Quiero ver su sonrisa, y la emoción en sus ojos al sentarse en la silla detrás de su escritorio. Pero sé que a las pasantes no les dan una oficina, solo una silla en una mesa compartida con otras pasantes.

Me paso la mano por la cara.

—No puedo negar todo lo que he pensado pero la respeto, Alex, ella quiere empezar de cero como debe ser y ganarse las cosas a través de su trabajo, intervenir de alguna forma para ayudarla arbitrariamente sería una falta de respeto de mi parte a su intelecto y habilidades.

Alex se queda con la boca abierta en forma dramática.

—Mierda, esa chica te tiene mal.

Volteo los ojos.

—Y tú tienes demasiado tiempo libre.

—Ah, vamos, es viernes —él mueve sus cejas arriba y abajo—. ¿No te apetece un Whisky? Deberíamos ir a tu bar, me he encariñado con el salón de las velas.

—Recordarme que estuviste a punto de besar a Claudia aquella noche no es tu mejor jugada, Alex.

—Ah, supéralo, ¿Cómo se suponía que sabría que era ella? Agradece que até cabos antes de que las cosas avanzaran. Además, fue gracias a mi aviso que pudiste llegar al bar a seducirla y de nuevo, nunca me diste las gracias, me siento poco valorado en esta amistad.

—Oh, ¿Qué debo decir? Gracias, Alex, por no meter tu lengua en la garganta de mi chica.

Apenas lo digo, aprieto mis labios porque es el error que acabo de cometer: mi chica. Ella no es mi chica.

Alex sonríe abiertamente.

—Tu chica, ¿eh?

—No escuchaste nada.

Pero por supuesto, Alex no puede dejarlo ir.

—Todo el mundo te teme en esta empresa, a cualquier lugar que vas con esa aura fría y seria, si supieran que eres todo suavecito por dentro, como un...

—No lo digas.

—Aguacate.

—Lárgate, Alex, trabaja, justifica tu salario.

—Es viernes, y son las... —mira su reloj—, 5 de la tarde, el trabajo terminó a las 4 así que deberías aflojar esa corbata y acompañarme a tu bar.

—Esto podría sorprenderte, pero ahogarme en whisky no es mi prioridad ahora —sostengo el puente de mi nariz entre dos dedos—. Nuevo proyecto, muchas cosas que firmar y decidir.

Alex revisa su teléfono.

—Guao, según Instagram, tu prometida se la ha pasado genial en... ¿Barcelona? Pensé que estaba en Roma.

—Ha estado por toda Europa todo este mes.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, ¿Hace dos meses?

—No suenas como un prometido al que le importa.

—He estado ocupado, es todo.

Alex toma su mentón, analizando.

—¿Cómo sobrevives tanto tiempo sin sexo?

—¿Cómo sobrevives haciendo preguntas como esa?

Alex me guiñe el ojo de nuevo.

—Quéjate todo lo que quieras, pero sabes que no puedes vivir sin mí.

Finjo una sonrisa.

—Como me gustaría poner eso a prueba.

Alex me saca el dedo.

Y me recuerda esa noche de diciembre hace tres meses cuando Claudia me sacó el dedo después de retarme en la piscina. Sus palabras me han mantenido a raya, alejado de ella, como debe ser porque tiene toda la razón, no tengo derecho a intentar seducirla o acercarme cuando no tengo claro lo que haré después de eso.

Y aunque Cristina y yo somos una fachada, oficialmente estamos juntos, y de esa forma no pondré a Claudia en una situación tan incomoda.

—¿No te parece que Cristina tiene muchas fotos con este hombre? —Alex me muestra una foto de Instagram donde Cristina está de pie al lado de un hombre alto de barba y lentes de sol. Tiene muchas fotos con él en diferentes lugares de Europa.

—Me alegra que se divierta, necesitaba un descanso del trabajo.

Alex arruga sus cejas.

—Artemis.

—¿Sí?

—Me puedes decir, ¿De qué me perdí? Tu prometida esta obviamente pasándosela bien con un hombre en las mejores vistas de Europa y tu ni siquiera parpadeas.

Suspiro.

—No soy celoso y lo sabes.

—Claro —Alex asiente—. No eres celoso, pero golpeaste a tu hermano menor y casi me golpeas a mí cuando te enteraste que casi me lio con Claudia. Este patrón no concuerda, amigo.

—Claudia... es... algo, complicado.

—Ok, organizaré este desastre —Alex está en modo molestia extrema hoy—. No te importa que tu prometida este posiblemente siéndote infiel en estos momentos, pero si te

vuelves todo animal salvaje cuando alguien respira cerca de Claudia. Conclusión: Estas enamorado de Claudia y no sientes ni mierda por tu prometida.

Bufo.

—Enamorado, por Dios, Alex.

—Lo que no entiendo es porque estas con Cristina si es obvio que quieres estar con Claudia, mierda, esto es una maldita novela de las nueve.

—Necesitas encontrarte una novia así dejarás de preocuparte tanto por mi vida.

—Nah —su sonrisa se desvanece—, no quiero nada serio en un buen tiempo.

—Alex.

—No me des esa mirada condescendiente.

—Han pasado meses, necesitas un nuevo comienzo.

—Todavía no, ella —se lame el labio inferior, su voz apenas su susurro—… destruyó una parte de mí que no sé si pueda reconstruir.

—Ella te fue infiel, no tiene derecho a destruir nada de ti, no le des tanto poder.

Alex se pone de pie.

—Bien, si querías que me fuera, lo has conseguido.

—Alex, espera, no quise…

Me da un intento de sonrisa.

—Estaré en tu bar, divirtiéndome en alcohol y manoseo en el salón de las velas, por cierto, excelente idea.

Entrecierro mis ojos.

—No fue mi idea.

—Oh cierto, fue mía, ¡Ups!

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

—No causes problemas en el bar.

Alex sacude su mano a modo de despedida.

—Me comportaré, anciano.

Cuando se ha ido, leo el archivo de Claudia por completo, mi pecho se calienta en orgullo por ella, a pesar de todo lo que hace en el día a día, sus notas son impresionantes y el trabajo que ha puesto de ejemplo de su desempeño es impecable.

Puedes lograr todo lo que te propones, eh, tonta.

La admiro, ella que no ha tenido nada desde el principio, nunca se ha rendido a pesar de que su vida no ha sido un arcoíris de felicidad. En cierta forma, ella se merece mucho más respeto y reconocimiento que yo, nunca he tenido que esforzarme, todo me fue dado en una bandeja de plata. Ni siquiera tuve que estudiar demasiado en la universidad para graduarme con honores, aprendía todo con mucha facilidad, así que nunca tuve que esforzarme realmente.

Me gradué y mi padre me puso a la cabeza de esta compañía, la responsabilidad de tantos trabajadores sobre mí, nunca tuve que empezar en una posición baja y ganarme el

puesto de gerente general, simplemente llegué y ya lo era. De alguna forma, eso me ha estancado profesionalmente, el gerente es el puesto más alto en la cadena laboral, no tengo nada más que escalar o que ganarme. En cambio, si hubiera empezado desde cero, cada ascenso habría sido una victoria, un escalón más para llegar a este puesto. Tal vez, suene mal agradecido, pero a veces me pongo a imaginar como hubiera sido eso. Codearme con cada departamento, crecer con ellos, relacionarme con todos los miembros de mi compañía hasta volverme su líder.

Paso mi dedo por la pequeña foto de Claudia.

—Tienes mi respeto, Claudia.

Aunque su pasión por el canto sigue ahí, ella supo que quería estudiar Publicidad y mercadeo cuando cumplió 12. Sin embargo, sus habilidades para eso empezaron mucho antes, recuerdo una tarde de verano cuando aún éramos niños y la escuela organizó una venta de limonadas por salón para recaudar fondos para una buena causa y la nuestra no se estaba vendiendo.

—A ver —Claudia tomó nuestro aviso y tachó el precio de 1$ por vaso y le puso, "ahora 99 centavos y te llevas un sticker".

Le di una mirada incrédula.

—¿Qué haces?

Ella me sonríe.

—Tengo varias hojas de stickers que me gané así que mejoré nuestra oferta. A todos nos encantan los stickers.

Volteé los ojos.

—No vamos a vender nada.

Lo vendimos todo.

Supongo que hay persona que nacen para ciertas profesiones, el pensamiento me recuerda a la otra noche en la que Ares le rogó a mi padre que lo dejará estudiar medicina, me sentí mal por mi hermano, pero enfrentar a mi padre, llevarle la contraria no es algo que pueda hacer. A veces, siento que puedo hacerlo, pero cuando estoy frente a mi padre, no quiero molestarlo, decepcionarlo o causarle dolor de ninguna forma, y no entiendo esa parte de mí que le es tan leal, no sé si tenga que ver la promesa que le hice o que nunca quiero volver a verlo así de roto como aquella noche. El dolor, la rendición en sus ojos, las lágrimas en sus ojos rojos es una imagen que esta tatuada en mi mente.

Pero tampoco quiero ser participante del dolor de mi hermano, es como si la vida disfrutara poner en encrucijadas, a escoger entre las personas que más me importan.

Capítulo 21:

"No estoy hablando contigo"

Artemis

Salgo del edificio de la empresa, pasándome la mano por detrás del cuello mientras camino en el estacionamiento a mi auto.

—¡Señor Hidalgo!

Me giro para ver un señor mayor de cabello gris y ropa ligeramente arrugada.

—¿Sí?

—Lamento mucho molestarlo de esta forma, sé que está cansado y quiere irse a casa.

—Disculpe, pero, ¿Quién es usted?

Me muestra su identificación.

—Mi nombre es Richard Pérez, trabajo en el departamento de limpieza, bueno, trabajaba.

—¿En qué puedo ayudarlo, Sr. Pérez?

—Se que usted es un hombre ocupado que no lidia con estas pequeñeces, pero, hoy me han despedido —y ahí es cuando noto sus ojos y lo hinchado y rojos que están—. Verá, tengo cuatro hijas que alimentar, he trabajado toda mi vida en esta empresa, y tal vez sea un abuso de mi parte, pero ¿podría ayudarme?

—¿Cuál fue la razón de su despido?

Baja la cabeza.

—Ya estoy viejo, supongo que no rindo como antes, pero siempre dejo todo muy limpio, señor Hidalgo, se lo prometo, aunque me tome más tiempo que a un trabajador joven.

Me acerco a él.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con nosotros?

—15 años, señor.

—¿Puedo llamarte Richard? —él asiente—. ¿Cuáles han sido tus puestos estos años, Richard?

—Solo he sido limpiador, señor, es que nunca me gradué de la escuela.

—Acompáñame, Richard —él me sigue de vuelta a la empresa y le hago pasar a mi oficina.

Richard se sienta frente a mi escritorio con su cabeza baja, apretando sus manos sobre su regazo.

Sasha, la jefa de recursos humanos, llega uno minutos después, es una suerte que haya estado trabajando horas extras, Sasha entra con una gran sonrisa que se desvanece cuando ve a Richard sentado ahí.

—Buenas tardes.

Richard se pone de pie.

—Buenas tardes, señora.

—Sasha, Richard me ha comentado de su despido que no parece tener una razón justificada y, aun así, se le ha dejado ir sin ningún beneficio, sin nada.

Sasha pone sus manos detrás de su espalda nerviosa.

—El señor Pérez ha tenido problemas cumpliendo sus deberes.

—¿No los ha hecho?

—Si, pero no los hace en el tiempo requerido.

—Entiendo, el señor ha trabajado en esta empresa por 15 años, y tiene 4 hijas que mantener, ¿Sabías eso?

—Si, señor, estaba al tanto.

—¿Así es como manejas la lealtad de años de trabajo?

—Señor, creo que esta conversación deberíamos tenerla en privado —le da un vistazo a Richard.

—No, Richard tiene derecho a estar aquí, él tiene más tiempo en esta empresa que tú y solo porque ha envejecido, ¿Debemos sacarlo como algo desechable?

—Señor, esa no fue mi intención, solo estaba tratando de... mejorar la calidad del trabajo del equipo de limpieza.

Richard interviene.

—Señor, yo no quiero causar problemas.

—No, Richard, tranquilo, más bien debo agradecerte porque has expuesto algo que no sabía —miro de nuevo a Sasha quien suda visiblemente—. Sasha, ¿Quién es el jefe del equipo de limpieza?

—Él Sr. Andrade.

—Y este señor Andrade, ¿Cuánto tiempo lleva en la empresa?

—Un año.

—Estas diciéndome que Richard, quien lleva 15 años trabajando para nosotros no fue considerado para ascender a jefe de limpieza donde tendría menos carga física laboral para su edad y donde estoy seguro se desempeñaría muy bien, tiene la experiencia, creo que nadie conoce más la empresa que él, solo fue despedido, así como así.

—Señor, Richard ni siquiera terminó la escuela.

—¿Y? Tiene 15 años de experiencia, nadie conoce ese equipo mejor que él.

—Esta fue una decisión que se tomó considerando muchos factores, señor.

—Yo no veo los factores, solo veo un trabajador leal que no fue ascendido cuando lo tenía merecido, sino que fue despedido —levanto las dos carpetas que mandé a pedir—. El archivo del señor Andrade está lleno de quejas y faltas en el año que ha tenido trabajando aquí, mientras el archivo de Richard está limpio, 15 años, Sasha, ni una sola queja. Explícame como asciendes a alguien que no se lo merece.

—El señor Andrade es joven.

Sonrío sarcásticamente.

—Cuidado con tus palabras, porque suenan peligrosamente discriminatorias.

Sasha luce alarmada.

—No, señor, jamás, yo…

—Explicaré como vamos a manejar esto porque es viernes y sé que todos nos queremos ir a casa —camino alrededor de mi escritorio y me paro frente a Richard—. En nombre de mi compañía, me disculpo, Richard, quiero que sepa que valoro cada año de su esfuerzo y de su trabajo.

Los ojos del señor se llenan de lágrimas.

—No tiene que…

Pongo mis manos sobre sus hombros.

—Su lealtad y dedicación no pasaran desapercibidas y quiero que sea el jefe de limpieza, ¿Cree que puede manejarlo?

Él se limpia las lágrimas rápidamente avergonzando.

—Si, señor.

—Bien, Sasha —me giro hacia ella, ella sabe lo que quiero.

Ella baja la cabeza.

—Mis disculpas, señor Pérez, no quise faltarle al respeto de ninguna forma.

—No se preocupe —le responde Richard—. Usted solo trataba de hacer su trabajo.

Cuando Richard se va y me quedo a solas con Sasha, mi voz es fría.

—Que sea la última vez, Sasha, no permitas que estar en una posición alta te ciegue y no te deje ver el trabajo duro de aquellos bajo tu supervisión.

—Si, señor.

***

Es la primera vez en mucho tiempo que llego a la casa y el sol aún no se ha puesto. Así que no me sorprende, no encontrar la sala vacía y a oscuras, sino bastante llena de vida. Claudia y Apolo están sentados en el sofá grande frente al televisor, Claudia se está riendo a carcajadas a algo que Apolo dice, y le lanza palomitas juguetonamente, aprieto la manilla de la puerta con más fuerza de la necesaria.

Pero qué cómoda se ve con él.

Quiero llegar hasta ellos y poner un muro de distancia entre ellos, las palabras necias de Alex revolotean en mi mente: *No te importa que tu prometida este posiblemente siéndote infiel en estos momentos, pero si te vuelves todo animal salvaje cuando alguien respira cerca de Claudia.*

A propósito, cierro la puerta con fuerza, llamando su atención. La sonrisa se esfuma del rostro de Claudia, se aclara la garganta y se enfoca en la película en la televisión. Apolo hace lo mismo, pero le susurra algo por lo bajito que hace que la cara de Claudia se ilumine de nuevo con diversión.

Susurrando ahora, que infantiles.

—Claudia, ¿Puedes prepararme algo de comer, por favor?

Apolo se gira hacia mí.

—Estamos viendo una película, no seas aguafiestas.

Claudia me mira, la frialdad en sus ojos es asfixiante.

—Su comida esta sobre la mesa, puede calentarla en el microondas, ¿O no sabe cómo usar uno, señor?

Apolo aprieta sus labios para no reírse.

Yo me acerco un poco más al sofá.

—Quiero una ensalada de frutas, fresca y recién cortada.

Apolo bufa.

—No seas pesado, Artemis, déjala…

—No estoy hablando contigo.

Claudia se pone de pie.

—Está bien, Apolo, páusala, ya vuelvo.

Apolo me da una mirada de pocos amigos, pero lo ignoro y sigo a Claudia a la cocina. Se que estoy siendo un idiota, pero mi estomago arde al verlos juntos, siento el impulso de separarlos, ¿Y si en estos pasados tres meses han pasado más cosas entre ellos? Mi pecho se aprieta de solo imaginarla en los brazos de Apolo besándolo o peor aun haciendo el amor con él. No, no, Artemis, no vayas ahí.

Claudia corta las frutas ágilmente, y no puedo evitar recordar la mañana después de la noche en la que nos besamos y me dejo tocarla, lo mucho que me divertí molestándola mientras cortaba las frutas.

Detrás de ella, mi aliento rozando la parte de atrás de su cuello. Pasé mis manos por su cintura para ponerlas sobre las de ella en el mesón.

—¿Cómo es que te ves tan sexy haciendo algo tan simple?

Ella está en un vestido unicolor cómodo que apenas llega a sus rodillas, parece un pijama. Su cabello rojo esté suelto, desordenado a los lados de su cara, ha crecido bastante, casi llega a su cintura.

Te extraño.

Quiero decirlo y las palabras se atoran en mi garganta.

Claudia termina y me sirve el plato de frutas para lavarse las manos, salir de la cocina sin ni siquiera mirarme. Estamos de vuelta a la ley del hielo, supongo.

Salgo a la sala con el plato de frutas, pero Apolo y Claudia ya no están solos, Ares y Raquel están frente a ellos. Cuando Raquel me ve, me da una gran sonrisa.

—Oh, hola, Artemis.

—Hola.

Raquel camina hacia mí, Ares se queda dónde está.

—A ti quería verte —me pasa una invitación—. Es para mi cumpleaños, tal vez no te interese, pero sería bien que asistieras.

La alegría y energía positiva en esta chica es contagiosa. A pesar de que es de menor estatura que Ares, es mucho más radiante que él, quien es tan jodidamente alto.

—Uh, lo intentaré, gracias por la invitación.

Ella me da su pulgar arriba.

—¡Bien!

Ares me observa con resguardo, y ella se gira y vuelve a caminar hacia él, cuando sus ojos caen sobre ella, su expresión cambia por completo por una de adoración pura.

¿Quién pensaría que una chica tan pequeña dominaría al rompecorazones de mi hermano?

Ares se despide con la mano.

—Estaremos en el cuarto de juegos, tenemos un partido de Mario Kart pendiente.

Claudia alza una ceja, ella y Apolo comparten una mirada.

—Claro, un partido.

Raquel se sonroja.

—Eh, bueno, espero verlos en mi cumpleaños —y junto con Ares desaparecen en el pasillo de cuartos de juegos.

Claudia y Apolo comparten una mirada divertida como si supieran algo que nadie más. Me molesta que puedan comunicarse con la mirada de esa forma, necesito de dejar de sentir todo esto, me está carcomiendo por dentro.

Me voy a mi habitación antes de que pueda hacer o decir algo de lo que me pueda arrepentir porque alrededor de Claudia lo único que tiendo a hacer es cometer errores.

Después de una ducha, bajo por agua, aunque para ser honesto, solo quiero ver si todavía están ahí en el sofá disfrutando su tiempo juntos. Me he imaginado las miles posibilidades de las cosas que puedan estar pasando entre ellos.

Pero no hay nadie en la sala.

Estoy a punto de celebrar la paz que eso me produce cuando ambos salen de la cocina, bien vestidos, y con el cabello húmedo por lo que asumo una reciente ducha, ¿Van a salir?

Mi estomago se aprieta de nuevo, Dios, qué horrible sensación esta.

Estas celoso, la voz de Alex llega a mi mente, no sé cómo se las ingenia para molestarme sin estar presente.

Claudia lleva puesta una falda corta con una camisa de escote y su abrigo doblado en su brazo. Ambos me dan una sonrisa de boca cerrada como saludo y me pasan por un lado.

Aprieto mis puños a mis costados, y lucho por quedarme callado, pero no puedo.

—¿A dónde van?

Ellos ni se voltean hacia mí.

—Por ahí —responde Apolo.

¿Están saliendo?

¿Han estado saliendo todo este tiempo que me he ahogado en trabajo para no verla?

—¿Por ahí? —suelto una risa falsa—. Por ahí no es un lugar.

Apolo se gira hacia mí.

—No es tu problema, Artemis.

—¿Desde cuándo crees que puedes hablarle así a tu hermano mayor?

—Desde que ese hermano no apoya a los suyos cuando lo necesitan —sé que se refiere a lo de Ares queriendo ser médico y como apoyé a mi padre en la decisión de no ayudarlo.

Doy un paso hacia él y Claudia se pone entre nosotros.

—Apolo, adelántate, ya voy, tengo que hablar con tu hermano un segundo.

Apolo quiere protestar, pero Claudia le da una mirada suplicante y él sale de la casa. Tenerla frente a mi debilita mi rabia, y fortalece todo lo que me hace sentir con tan solo su presencia.

—Quiero que sepas que la única razón por la que estoy aclarando esto es porque no quiero problemas entre tú y tu hermano —me explica—. No hay nada entre Apolo y yo, solo una bonita amistad, de hecho, vamos a cenar con la chica que está saliendo. Así que deja de andar gruñendo e inventando excusas para separarme de él.

No sé porque sonrío, no sé porque me gusta que ella me dé explicaciones, me hace sentir que ella cree que me las debe porque aún hay esperanzas para un nosotros.

Sin embargo, nunca puedo estar más equivocado con Claudia.

—No sonrías —ella menea la cabeza—. No te debo ningún tipo de explicación, solo quiero que sepas que no voy a salir con tu hermano, tampoco soy tan insensible para hacer eso, pero Artemis —se acerca a mí—, el hecho de que no salga con Apolo, no quiere decir que no saldré con alguien más y cuando eso pase, más te vale no meterte porque no tienes ningún derecho.

—¿Estas saliendo con alguien?

Se encoge de hombros.

—Tal vez, de igual forma, no es tu problema.

—Si lo es.

—¿Ah sí? —ella se cruza de brazos—. ¿Cómo? ¿O quizás deberíamos preguntarle a tu prometida como se siente al respecto?

—Claudia, es complicado.

—Para mí es muy simple, Artemis, eres un hombre comprometido, deja de meterte en mi vida y en mis asuntos, simple.

No puedo, no quiero. El solo de hecho de imaginar que sales con alguien, que te enamoras de alguien más me duele con una intensidad que no puedo manejar.

Doy un paso hacia ella y ella retrocede, manteniendo la misma distancia entre nosotros.

—Hasta luego, Artemis.

Ella se va y me quedo ahí, mirándola marcharse, en eso se ha convertido esto entre ella y yo: Verla alejarse de mi constantemente. Se que llegará el momento en el que ella no se vaya sola sino con alguien a su lado y no podré soportarlo.

Se que tengo que tomar una decisión sino quiero perderla para siempre. Al parecer la toma de decisiones en la empresa se me hace fácil y puedo hacerlo de manera efectiva, pero cuando se trata de mi vida personal, soy tan cobarde que me avergüenzo de mí mismo.

Capítulo 22:

"Jugando rudo, ¿no?"

Claudia

¿Debería ir o no?

Me quedo frente al espejo, observando mi silueta y como he arreglado. Tengo puesto un vestido morado que se aprieta a mis curvas, no soy delgada, tengo mis buenas curvas y me encanta lo voluptuosa que son mis piernas y mis caderas, nunca me he sentido insegura al respecto. Mi cabello rojo está suelto, cayendo a los lados de mi cara, me maquillé de manera sencilla, mi favorito siendo un labial rojo.

La razón por la que estoy dudando ir al cumpleaños de Raquel, es porque sé que ella invitó a Artemis y él y yo no podemos estar en el mismo lugar sin terminar teniendo una conversación incomoda. Aunque tengo muchas esperanzas de que no vaya, los eventos sociales no son lo suyo.

Si comparte con mucha gente, corre el riesgo de derretirse, sonrío para mí misma, menudo Iceberg.

Decidida a no dejarlo afectar mi vida social, salgo de la casa para caminar a la casa de Raquel. No voy a permitir que él me quite la oportunidad de compartir con ella quien me cae super bien y fue tan amable al invitarme a su fiesta.

Cuando me enfrento a la casa de Raquel, veo el portón a un lado de la casa abierto así que entro, me consigo a Raquel de frente. Ella me da una gran sonrisa con una bandeja en la mano.

—Ey, viniste.

Su sonrisa es contagiosa.

—Así es, feliz cumpleaños —le ofrezco su regalo, pero ella tiene las manos ocupadas.

—Puedes ponerlo en aquella mesa, los chicos están atrás.

No puedo evitar preguntarle:

—¿Los tres?

—Si, pasa, voy a repartir esto y te veo allá, ¿Ok?

Pongo el regalo de Raquel en la mesa junto a todos los demás y me sigo el camino que Raquel siguió para adentrarse en el jardín. Cuando finalmente llego, puedo ver a Raquel y la chica de la que me ha hablado Apolo, creo que se llama Daniela, paradas juntas observando algo.

Arrugo mis cejas, y me detengo al lado de Raquel, puedo ver que están mirando a Apolo y Artemis los cuales están rodeado de unas chicas.

—¿Quiénes son esas?

Raquel brinca al no notar mi presencia hasta ahora.

—Son mis primas —explica, dejando salir un largo suspiro.

Tuerzo mis labios.

—Necesito un trago.

Daniela también accede.

—Yo también, vamos, se dónde está el vodka.

—Eh, vayan y diviértanse —Raquel nos da el pulgar arriba, pero Daniela y yo compartimos una mirada y la agarramos de cada brazo para arrastrarla con nosotras.

Tragos de vodka van y vienen, y me encanta, me siento muy cómoda con Raquel y Daniela. Mi única amiga es Gin así que interactuar con otras chicas me alegra mucho, no porque Gin no sea suficiente, pero se siente refrescante hablar con otras personas.

Estamos sentadas en un rincón del patio, Raquel ha ido y venido, saludando invitados y quedándose con ellos un rato y no la culpo, tampoco queremos acaparar la atención de la cumpleañera. Sin embargo, ella siempre vuelve a nosotras.

—¡Salud! —Dani levanta su vaso—. ¡Por los estúpidos hermanos Hidalgo!

Yo me le uno, la buena vibra de estas chicas es tan palpable.

—¡Salud!

Dani gruñe después de tomarse su trago.

—Mírala, usando sus ojitos de falsa inocencia para atraparlo.

Sigo su mirada para verla sobre Apolo quien habla a solas con una de las chicas, evaluó a la chica, tiene una cara infantil y se ve mucho menor que él.

—Nah, no creo que le guste, ella luce de su edad, a Apolo siempre le han llamado la atención las chicas mayores que él.

Y lo digo no porque él se haya confundido conmigo en algún momento sino porque lo conozco, aunque Apolo es joven, es muy maduro así que él siempre se ha sentido atraído por chicas mayores que él, que concuerden con su madurez o que la superen.

Dani luce esperanzada.

—¿De verdad?

Asiento.

—De verdad, Apolo siempre ha sido fácil de leer, a diferencia de sus hermanos.

Raquel me da una mirada llena de curiosidad.

—¿Te refieres a Artemis?

Solo puedo sonreír ante esa pregunta.

Su curiosidad no termina ahí.

—¿Te la llevas bien con él?

Le echo un vistazo al Iceberg, lo observo mientras hablo.

—Él... es... alguien muy difícil de sobrellevar.

—Oh mierda —Dani murmura, captando mi atención—. ¿Tienes algo con Artemis?

Me río abiertamente, viendo como Raquel se muerde las uñas, su curiosidad es adorable. Mi mirada va de ella a Dani, notando que esperan una respuesta.

—Es complicado.

Dani me imita.

—Es complicad —menea la cabeza—. No me vengas con ese estado de relación de Facebook.

—Déjala, Dani.

Raquel me salva del interrogatorio.

Dejo de hablar cuando veo a Ares, Apolo y Artemis caminando hacia nosotras casualmente. Ares le dice algo a Apolo y este se ríe, meneando la cabeza. Artemis les da una mirada cansada.

Me permito detallar a Artemis, lleva puesto un traje negro sin corbata y los primeros botones de la camisa que lleva dentro están desabotonados, su cabello está peinado hacia atrás perfectamente, esa ligera barba adornando su rostro.

Ares es el primero en hablar cuando están frente a nosotras.

—¿Les molesta si nos unimos?

Ares se sienta al lado de Raquel y Apolo se sienta a mi lado, cuando Artemis lo nota, él se sienta a mi otro lado. Muy maduro, Iceberg.

Ares toma la mano de Raquel y la besa rápidamente, para luego romper el silencio.

—¿Qué están bebiendo?

Dani responde.

—Solo un poco de vodka.

Apolo estira su mano hacia Dani.

—¿Me das un poco?

Artemis levanta una ceja, y Apolo retracta su mano.

Volteo los ojos y le pasa mi vaso a Apolo.

—Toma.

Artemis tuerce sus labios.

—Claudia.

Le doy una sonrisa de labios cerrados.

—Relájate un poco, Iceberg.

Raquel pregunta.

—¿Iceberg?

Ares se ríe.

—Si ella lo llama así.

Hago un gesto con las manos para Artemis.

—¿No ves lo alto y frío que es?

Artemis aprieta sus labios.

—Sigo estando aquí.

Raquel se ríe a carcajadas.

—Ese sobrenombre está super original —me da su pulgar arriba.

Yo hago una reverencia de burla.

—Gracias, gracias.

—Deberíamos jugar "Yo nunca he..." —propone Raquel.

Ah, creo que esa no es una buena idea, pero, ¿Cómo decirle no a la cumpleañera?

Todos compartimos una mirada y ella levanta el vaso.

—Yo comienzo.

Esperamos por un buen rato que Raquel comience, pero parece absorta en sus pensamientos, y creo que su mente esta imaginando algo con Ares porque no deja de mirarlo.

Está loca por él, ¿eh?

Me alegra tanto que el primer amor de Ares sea tan real y puro, él se lo merece, ya era hora de que conociera a alguien que le mostrará que, si hay mujeres buenas en el mundo, en las que puede confiar con los ojos cerrados, con las que vale la pena arriesgarse.

—¿Raquel? —la voz de Ares parece traerla de vuelta—. Estamos esperando por ti.

Espero por las reglas del juego porque nunca lo he jugado.

—Bueno para los que no saben cómo es el juego, diré algo como "Yo nunca he comido pizza" y si, si lo han hecho tienen que beber. No tienen que dar explicaciones, solo beber si lo han hecho y no beber sino, cada quien tendrá su turno, ¿Claro?

Ok, eso no puede ser tan malo.

Raquel comienza.

—Yo nunca he visto porno.

Oh, no es un juego tan inocente como creí.

Todos compartimos una mirada apenada, y bebemos, Ares sonríe abiertamente, bebiendo y levanta una ceja, esperando que Raquel beba y cuando lo hace, se pone roja. Eso me hace sonreír.

Es el turno de Dani y parece dudar un poco hasta que sus ojos caen sobre mí. No tengo un buen presentimiento sobre esto.

—Yo nunca he besado a alguno de los que está en este círculo.

Dani toma su trago, Ares, Apolo y Raquel hacen lo mismo. Yo dudo, jugando con mi vaso, le doy un vistazo a Artemis, pero él no me mira, solo bebe así que hago lo mismo.

Recordar sus besos es una tortura porque nunca nada se ha sentido tan bien, tan correcto, como si nuestros labios fueran hechos a la medida. Debo dejar de recordar esa noche, solo fue algo fugaz, algo que él disfrutó antes de volver con la chica con la que realmente quiere estar.

Es el turno de Apolo.

—Yo nunca he mentido diciendo que no me interesa alguien cuando en realidad me muero por esa persona.

Ares sonríe, meneando la cabeza.

—Intenso, bro.

Apolo, Artemis y Raquel no beben, pero Dani sí. Todos se me quedan mirando mientras juego de nuevo con mi vaso.

—¿Claudia?

Puedo sentir los ojos de Artemis sobre mí, les doy una sonrisa triste antes de beber.

Finalmente, es mi turno.

Le doy una mirada maliciosa a Ares, y él luce preocupado.

—¿Qué?

Me aclaro la garganta.

—Yo nunca he acosado a alguien que sé que me acosa, sonriendo como idiota cada vez que la veo.

Todos giran sus cabezas para ver a Ares quien tuerce sus labios, una leve sonrisa escapando de ellos.

—¿Jugando rudo, ¿no? —él bebe, la sorpresa en la expresión de todo el mundo me divierte.

Es el turno de Artemis, y dejo de respirar por un segundo porque lo conozco, él ha estado bebiendo antes de venir aquí, sus ojos están entrecerrados y ligeramente rojos, se cuándo está cerca de estar borracho y ahora mismo lo está, lo que significa peligro. La parte volátil de Artemis se intensifica mucho más cuando ha bebido.

Su voz es fría:

—Yo nunca he besado a dos de los chicos que están aquí ahora, causando una pelea entre hermanos.

Silencio.

Lo sabía.

Y aun así mi pecho se aprieta ante lo que acaba de decir porque esta deliberadamente poniéndome en la situación más incómoda de mi vida. Todos miran alrededor, tratando de ver quien bebe.

Artemis levanta su vaso hacia mí.

—¿No vas a beber?

La rabia invade cada célula de mi cuerpo, tomo mi vaso toma su vaso y le echa la bebida en la cara a Artemis.

—Eres un maldito idiota.

Me levanto y les paso por el medio para irme, no quiero causar un espectáculo en el cumpleaños de Raquel, eso sería demasiado vergonzoso, escucho la voz de Apolo detrás de mí, pero no me detengo.

—Claudia, espera.

Salgo de ahí, la brisa nocturna encontrando mi piel, mi cabello moviéndose hacia atrás con el viento. Mis ojos arden y no quiero darle el gusto de herirme de esta forma, de derramar una sola lagrima por su idiotez, no se la merece.

Honestamente, lo que me duele es que estaba comenzando una amistad con Raquel y Daniela, no es fácil para mí hacer amigos, y él lo ha arruinado, sé que Daniela ahora probablemente me odiará y para Raquel seré la chica que se ha involucrado con dos hermanos.

Tengo tantas ganas de golpearlo, de herirlo emocionalmente de tantas formas, pero sé que eso no soluciona nada. Aunque se debe sentir tan bien golpearlo en las pelotas para ver si aprende a no ser tan idiota.

Me encierro en mi habitación, mamá se sienta, observándome.

—Has llegado temprano.

Me esfuerzo por sonreír.

—Si, igual me divertí bastante —le digo, quitándome los aretes y el collar.

Después de cambiarme, y ponerme mis shorts de pijama con la franela que va a juego, me acuesto al lado de mi madre.

No puedo dormir.

Me quedo mirando el techo en la oscuridad, la rabia acelerando mi corazón quemando mis venas, nublando mi mente. Necesito dejarlo ir para poder dormir, pero mi cerebro no quiere colaborar.

¿Cómo pudo avergonzarme de esa forma delante de todos?

¿Es que acaso no tiene ningún sentido de consideración? ¿De respeto?

El leve sonido de vidrio rompiéndose me hace sentarme de golpe en la cama, le echo un vistazo a mamá y ella sigue profunda. Salgo corriendo de la habitación y cuando estoy por salir del pasillo para entrar a la sala escucho la voz preocupada de Ares y me detengo manteniéndome oculta en el pasillo.

—Apolo, tienes que calmarte.

La voz de Apolo suena enojada.

—Estoy diciendo la verdad, mira a Claudia —agarro mi pecho, pegando mi espalda a la pared para escuchar—, no es un secreto que siempre me ha gustado, pero, aunque ella nunca lo admita, tiene sus ojos sobre el idiota de mi hermano que la trata como la mierda —se ríe sarcásticamente—. Y ahora Daniela, ¿Qué no hice para ganarme su corazón? Y, ¿Qué pasó? Me rechazó. Admítelo, yo debería ser como ustedes dos, no tengo ni puta idea de porque pensé que ser diferente sería bueno.

—Cállate, no vuelvas a decir esa mierda —Ares suena decidido—. No tienes idea de lo afortunado que eres de no ser como nosotros, cuanto desearía ser como tú, cuanto desearía poder haber conseguido a la chica que amo sin tener que hacerla sufrir tanto en el camino, sin enfrentarme a tantos miedos, sin tener que luchar contra todo mi ser para poder mostrarle una pequeña parte de lo que siento.

—Pero siempre salgo herido.

—Ese es un riesgo que corremos todos en el amor.

—Suéltame, no quiero llorar frente a ti, se lo que piensas de los que lloran por chicas.

—Soy una persona diferente ahora, Apolo. Si quieres llorar por un corazón roto, hazlo, los hombres también lloramos.

La voz de Apolo suena tan rota que aprieto mi pecho.

—Le abrí mi corazón, sé que no tengo mucha experiencia, pero di todo de mí y aun así no fue suficiente.

Escucho a Apolo llorar abiertamente y se me rompe el corazón en mil pedazos. No puedo creer que Daniela lo haya rechazado, ella se veía loca por él, no lo entiendo.

Escucho pasos y sé que Ares se lo ha llevado a dormir.

Vuelvo a mi habitación, y sé que no podré dormir a menos que haga algo al respecto, ¿Cuánto fue la última vez que tuve sexo? Ahora que lo pienso, han pasado meses, desde que Artemis llegó a esta casa mi vida sexual se ha pausado, ¿Por qué? No es como si él se mereciera algún tipo de lealtad. Lo que pasó con Apolo y con él solo fueron besos y dedos, nada de sexo completo y agotador, de ese que te deja exhausta y colmada de la hormona de la felicidad después de un buen orgasmo.

Si me encanta el sexo, y no me avergüenzo de ello.

Inquieta, tomo mi celular y busco los incontables mensajes de Daniel, tal vez sea un error contactarlo a él, pero debo admitir que él ha sido el mejor que he tenido y siendo jugador de futbol, tiene una estamina para aguantar impresionante.

Le envío un mensaje con un simple *hola*.

Su respuesta es casi inmediata.

Hola.

Yo: ¿Qué haces?

Él: Acabo de dejar a mi hermana borracha en la casa y voy a un bar con unos amigos, ¿Por qué?

Yo: Quiero verte.

Él: ¿De verdad? No puedo negar que eso me sorprende.

Yo: Me gusta sorprenderte.

Él: Ah, ¿sí? ¿Quieres que vaya por ti?

Yo: Si tú quieres.

Él: Contigo siempre quiero.

Yo: Bueno, hecho.

Él: Paso por ti en 20 minutos, nena.

Yo: Perfecto.

Me doy una ducha rápida, y me vuelvo a poner el vestido morado con una ropa interior sexy debajo. Cada vez que Artemis viene a mi mente, lo saco de la misma, imaginándomelo follando con su prometida así que no tiene por qué detenerme de disfrutar de una buena noche de sexo.

Salgo de mi habitación, vestida y arreglada para tomar un poco de agua antes de salir. Casi me muero del susto cuando veo a Artemis sentado en la mesa de la cocina como un puto fantasma en la oscuridad.

—Mierda —digo agarrándome el pecho.

No quiero lidiar con él así que me doy media vuelta y salgo a la sala, escucho sus pasos detrás de mí.

Déjame en paz, Artemis, sino quieres que te golpee donde el sol no brilla.

—Claudia, espera —me toma del brazo y yo me suelto de un manotazo, enfrentándolo.

—No quiero hablar contigo.

—Lo siento de verdad, soy un idiota, no sé qué me pasó, yo…

—Para —alzo mi mano—. No quiero hablar contigo, Artemis, ahórrate tus disculpas.

—Por favor, discúlpame, perdí el control, no sé qué me pasa.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz? —le pregunto sin ocultar la rabia en mi voz—. Déjame en paz.

—Lo siento —murmura con la cabeza baja, y si no fuera por la rabia que tengo, habría aceptado sus disculpas.

—Lo que sea, vete a dormir —me doy la vuelta.

—¿A dónde vas a esta hora?

Lo ignoro y camino hacia la puerta, él se atraviesa en mi camino, obligándome a dar un paso atrás.

—Déjame pasar, Artemis.

—¿A dónde vas?

Mi teléfono repica en mi mano y él me observa intensamente mientras contesto:

—Hola.

—Estoy afuera.

—Ya salgo, dame un minuto.

Cuelgo y Artemis ladea su cabeza.

—¿Quién era?

No sé cómo hacerle entender que no es su problema, que me deje en paz, que lo único que hace es complicarme la vida con su indecisión.

Así que con la frente en alto le digo:

—Mi novio.

El dolor que cruza su expresión no es algo que esperaba.

—Mientes.

Me encojo de hombros.

—Si me crees o no, me importa tan poco.

Él me agarra de ambos brazos.

—Mírame a los ojos, Claudia, nunca me has mentido, no empieces ahora, por favor.

—No miento —digo con frialdad.

¿Cómo se atreve a pedirme honestidad después de lo que me ha hecho pasar?

Sus manos caen de mis brazos y luce derrotado.

—Tu tuviste tu oportunidad y no la aprovechaste, Artemis —le digo claramente—. Aún esta noche, no tienes la fuerza para luchar por lo que dices sentir por mí, no pensaba esperarte toda la vida, buenas noches.

Me despido y salgo de la casa para montarme en el auto de Daniel. Me duele el corazón, pero ya debo pasar la página, no vale la pena pausar mi vida por alguien que ni siquiera lucha porque sea parte de la suya.

Capítulo 23:

"Nunca es tarde para cambiar tu vida, Artemis"

Artemis

—El abuelo los espera en el estudio.

Mi padre y yo compartimos una mirada ante las palabras de Claudia, quien me da una mirada fría antes de irse. Acabamos de llegar de la empresa.

Mi padre se afloja su corbata.

—¿Sabes de que se trata esto?

—No.

Entramos al estudio y cuando mis ojos caen sobre Ares, quien está sentado en el sofá opuesto al abuelo comienzo a tener una idea de que se trata esto. Ares le pidió ayuda a mi padre para estudiar medicina y mi padre lo rechazó, cuando Ares le pidió ayuda al abuelo, él también le dijo que no así que no sé de qué va este nuevo encuentro.

—¿Qué pasa, papá? Estamos ocupados. Tenemos una videoconferencia en 10 minutos —mi padre explica.

—Cancélala —el abuelo ordena, sonriendo.

Mi padre protesta:

—Papá, es importante, estamos…

—¡Cancélala! — l abuelo levanta la voz, sorprendiéndonos.

Mi padre y yo compartimos una mirada y papá asiente así que hago la llamada para cancelarla y tomamos asiento.

Mi padre suspira.

—¿Qué pasa ahora?

El abuelo recupera su compostura.

—¿Saben por qué Ares está aquí?

Mi padre le da una mirada fría a Ares.

—Imagino que para pedirte de nuevo ayuda.

El abuelo asiente.

—Así es.

Trato de adivinar lo que pasa así que hablo.

—Lo cual imagino te ha molestado porque ya le dijiste que no.

Ares se pone de pie.

—No hay necesidad de esto, abuelo, ya entendí.

—Siéntate —Ares le obedece.

El abuelo se gira ligeramente hacia mi padre y yo.

—Esta conversación es mucho más importante que cualquier estúpido negocio que estén concluyendo, la familia es más importante que cualquier negocio y ustedes parecen haberlo olvidado.

Nadie dice nada, el abuelo continúa.

—Pero no se preocupen, estoy aquí para recordárselos. Ares siempre lo ha tenido todo, nunca ha tenido que luchar por nada, nunca en su vida ha trabajado, vino a mí por ayuda, lo rechacé a ver si se daba por vencido a la primera, pero superó mis expectativas con creces. Este chico ha estado trabajando día y noche, rogando becas y aplicaciones por meses, luchando por lo que quiere.

Eso no me lo esperaba, ¿Ares trabajando? ¿No se ha rendido?

El abuelo vuelve a hablar:

—Ares no solo se ha ganado mi apoyo, se ha ganado mi respeto —el abuelo mira a Ares con orgullo—. Estoy muy orgulloso de ti, Ares. Me siento orgulloso de que portes mi apellido, y lleves mi sangre.

El abuelo nunca me ha mirado de esa forma, o me ha dicho algo así.

La sonrisa del abuelo se desvanece cuando su mirada cae sobre mi padre.

—Estoy muy decepcionado de ti, Juan. ¿Legado familiar? Que la muerte venga por mi si alguna vez he pensado que el legado familiar puede ser algo material. El legado familiar es lealtad, apoyo, cariño, pasar todas esas características positivas por todas las generaciones a venir. El legado familiar no es una maldita empresa.

El silencio es agonizante, pero el abuelo no tiene problema para llenarlo.

—El hecho de que te hayas vuelto un adicto al trabajo para no lidiar con las infidelidades de tu esposa no te da derecho a hacer a tus hijos tan infelices como tú.

Mi padre aprieta sus puños.

—Papá…

El abuelo menea la cabeza.

—Qué vergüenza, Juan, que tu hijo te haya rogado por apoyo y aun así le hayas dado la espalda. Nunca pensé que me sentiría tan decepcionado de ti —los ojos del abuelo caen sobre mí—. Hiciste que él estudiara algo que odiaba, has hecho todo lo posible para hacerlo como tú, y míralo, ¿Crees que es feliz?

Abro la boca para protestar, pero el abuelo levanta la mano.

—Cállate, hijo, aunque solo eres el producto de la mala crianza de tu padre, también estoy molesto contigo por darle la espalda a tu hermano, por no pararte y apoyarlo. Me dan lastima los dos, y estos momentos, son lo menos que quiero que alguien asocie con nuestro apellido.

No puedo mantener la cabeza en alto así que la bajo en vergüenza.

—Espero que puedan aprender algo de esto, y mejorar como personas, tengo fe en ustedes.

El abuelo se enfoca en Ares de nuevo.

—Comencé tu proceso de inscripción para medicina en la Universidad que le comentaste a Apolo —el abuelo le pasa un sobre blanco—. Es una cuenta bancaria a tu nombre, con los fondos suficientes para pagar tu carrera, gastos universitarios y dentro hay una llave del apartamento que compré cerca del campus para ti. Tienes todo mi apoyo, y lamento que hayas tenido que ver a tu propio padre darte la espalda. Lo bueno de todo esto es que pudiste experimentar no tenerlo todo, y trabajar por lo que quieres. Serás un gran doctor, Ares.

El abuelo sacude sus manos y se levanta lentamente.

—Bueno, eso era todo, iré a descansar un poco.

Con la cabeza baja, mi padre sale detrás de él. Quedamos solo Ares y yo, y puedo ver que aún está procesando lo que acaba de pasar.

Y aunque las palabras del abuelo fueron dolorosas, fueron honestas, y no haber apoyado a Ares será algo que siempre pesará en mi consciencia. Aún no se la razón de porque lo hice, quizás por no querer llevar la contraria a mi padre o quizás celos de que él si pudiera estudiar lo que quiere. Independientemente de la razón, nada me justifica, fui una mala persona, un mal hermano.

Me pongo de pie.

—Lo siento.

Me paso la mano por la cara.

—De verdad lo siento y me alegra que por lo menos tu puedas alcanzar lo que quieres —me esfuerzo por sonreír—. Te lo mereces, Ares. Tienes una fortaleza que yo no tuve cuando se me impuso lo que debía hacer, el abuelo tiene mucha razón en admirarte.

Quisiera decir que hay algún tipo de regocijo en la cara de Ares por el regaño que acabamos de recibir mi padre y yo, que lo ha disfrutado, pero no es así. Él parece aceptar mis disculpas, entender mis acciones y eso lo hace mejor persona que yo.

—Nunca es tarde para cambiar tu vida, Artemis.

—Es tarde para mí, buena suerte, hermano.

Salgo de ahí, me encuentro a Claudia en el pasillo. Con la mirada en el suelo nos pasamos por un lado como si nada.

Subo las escaleras, y me dirijo a la terraza de la casa, desde aquí puedo ver el frente, el jardín, la fuente y los autos estacionados. Me siento en una de las sillas de metal y me inclino hacia atrás, cerrando mis ojos.

Masajeo mi frente con mis dedos, las palabras del abuelo rodando en mi cabeza. Cuando abro mis ojos, veo a mi padre de pie de espaldas a mí, con sus manos sobre la baranda de la terraza, observando el cielo.

Él me echa un vistazo sobre su hombro y por primera vez en mucho tiempo, su rostro no es inexpresivo, luce... muy triste.

—¿Por qué?

Arrugo mis cejas.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué habías roto tu compromiso con Cristina hace unos meses?

Recuerdo la conversación que tuvimos cuando él se enteró de que había roto con Cristina.

Una sonrisa sarcástica se forma en mis labios.

—Ni siquiera me has pregunta por qué.

Mi padre frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

—Ni siquiera me has preguntado porque cambie de parecer. Eso es irrelevante, ¿no?

La frialdad que adorna su voz es increíble.

—Es completamente irrelevante, la compañía es lo que importa.

¿A caso esta es tu manera de comenzar a cambiar, papá?

—Porque me interesaba otra persona.

Él no dice nada por un buen rato, y yo tampoco. Luego de un largo suspiro, mi padre habla de nuevo.

—Romperé el compromiso mañana por la mañana, ya no tienes que preocuparte por eso.

Dejo de respirar ahí mismo, ¿Qué?

No sé qué decir.

Mi padre agarra la baranda con fuerza, puedo notar lo tenso de sus hombros y aunque no me mira, sé que su expresión debe ser una llena de emociones en este momento.

—No creo en las disculpas, Artemis, creo en acciones que puedan enmendar errores cometidos.

—Papá...

—No sé en qué momento me he convertido en un mal padre, supongo que las heridas me han endurecido el corazón, y no puedo prometer que cambiaré de la noche a la mañana, pero sí puedo comenzar hacer las cosas de forma diferente. Así que tenme paciencia.

Mi pecho se aprieta porque este hombre frente a mí no es el frío ser que ha estado a mi lado todos estos años, este hombre es el padre que quise tanto mientras crecía, antes de que lo que pasó con mi madre lo cambiará. Él que jugaba con pistolas de agua conmigo, o a las

carreras en bicicleta, él que me llevaba al cine o a comprarme mi primera pelota de futbol, aunque no jugara ni mierda, él que guindaba mis dibujos de Pokemons en su oficina sin importarle que sus clientes o asociados los vieran.

Mi padre.

Él se gira y camina la puerta, pero cuando pasa a mi lado se detiene y pone su mano sobre mi hombro.

—A pesar de todo lo que te he hecho pasar, nunca has dejado mi lado, has cumplido una promesa cuyo peso no debiste cargar todos estos años, ya no más, hijo, has hecho un buen trabajo.

Él entra a la casa, sus palabras colgando en el aire, apretando mi pecho. Siento como si un gran peso ha sido levantado de mis hombros, como si pudiera respirar de nuevo. Me siento libre, aun cuando no sabía lo atrapado que me he sentido todos estos años.

Y lo primero que viene a mi mente es ella: Claudia.

Tomo mi teléfono y le marco a Cristina, sé que ya debe estar de vuelta de su viaje, ella me responde con tono adormilado.

—¿Artemis? Si esto es una llamada de sexo repentino, no…

—Ey, mi padre hablará con el tuyo mañana pero solo quería decirte que nuestro compromiso ha terminado.

—Espera, ¿Qué?

¿Eso es emoción en su voz? Creo que no he sido el único miserable en este arreglo.

—Somos libres, Cristina.

Ella deja salir un largo suspiro de alivio.

—¿De verdad? Dios santo, no sabes lo mucho que me alegra escuchar eso, sin ofender.

—No te preocupes.

—Igual seguiremos siendo amigos, ¿no?

—Por supuesto, buena suerte, Cristina.

—Buena suerte, Artemis.

Entro en la casa y bajo las escaleras apresurado, buscando a Claudia, pero no está en la sala, ni en la cocina, así que debe estar en su habitación. Toco la puerta, impaciente, me he vuelto un jodido adolescente de nuevo.

Martha abre la puerta con una sonrisa.

—Artemis.

—Hola, lamento molestarla, pero necesito hablar con Claudia —echo un vistazo en la habitación, pero está vacía.

Sin embargo, mis ojos caen sobre el peluche en la mesita de noche al lado de la cama, es el cerdito de peluche que le regalé a Claudia aquel 4 de Julio, ¿Todavía lo tiene? Mi pecho se calienta de esperanza, pero la confusión nubla mi mente, ella me rechazó esa noche, ¿Por qué lo conservaría?

—Claudia salió, dijo que volvía en unas horas.

—¿Sabe a dónde fue?

Ella menea la cabeza.

—No.

—De acuerdo, feliz noche, Martha.

Me siento en la sala a esperarla, me quito la chaqueta de mi traje y me quedo solo con la camisa blanca debajo por un buen rato, cuando el reloj marca la medianoche, salgo de la casa y me siento en los pequeños escalones frente a la puerta como si eso hará que ella llegue más rápido.

Finalmente, un auto entra y se estaciona frente a la casa, alcanzo a ver como Claudia dentro del auto se despide de ¿Daniel? ¿Está saliendo con el compañero de equipo de Ares? Me controlo porque se mis celos pueden arruinar lo que quiero hablar con ella esta noche.

Claudia se baja del auto y se despide con la mano, cuando se gira y me ve, se paraliza. Lleva puesto un vestido casual floreado muy corto, pero que le queda precioso y aprieto mis puños a mis costados, saber que ella se ha puesto tan bonita para alguien más me duele.

Tenerla de frente me hace dudar y desordena mis pensamientos como de costumbre. Sus ojos están sobre mí, las preguntas claras en su expresión *'¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres ahora?'*

—Te estaba esperando.

Ella camina hacia mí y cruza sus brazos sobre su pecho.

—¿Por qué?

Me paso la mano por detrás del cuello escogiendo mis palabras con mucho cuidado.

—Cristina y yo hemos terminado —si eso le afecta de alguna forma, lo oculta muy bien—. Soy un hombre soltero ahora.

—¿Y? ¿Eso que tiene que ver conmigo?

—Tiene mucho que ver contigo —doy un paso hacia ella—. Quiero... estar contigo, Claudia.

¿Por qué no logro desaparecer la frialdad en su mirada?

—Esta noche —ella comienza—… quieres estar conmigo esta noche y así mañana puedes volver con tu prometida como si nada. Estoy cansada de tus juegos, Artemis.

—No estoy jugando —le aseguro—. No voy a volver con ella.

—¿Por qué debería creerte?

Me acerco a ella hasta que se ve forzada a levantar su cara para mirarme a los ojos.

—Porque eres tú, porque tú eres la única que puede ver a través de mí.

Sus labios se abren ligeramente, y lucho con todo mi ser para no besarla, no quiero asustarla, además, ella me ha dicho que tiene novio y aunque no quiero creerlo, no quiero ponerla en una situación incómoda, ya de eso he hecho bastante.

Se que ella no sabe qué decir, así que hablo:

—No te pido que me recibas ahora mismo, tengo toda la intención de ganarme todo contigo —sostengo su rostro con ambas manos, la suavidad de su piel bajo mis dedos—. Ya no quiero ser un cobarde, Claudia, ya no hay nada que me impida luchar por ti.

Ella se lame los labios.

—Te he dicho que estoy saliendo con alguien más.

—Ambos sabemos que nadie te hace sentir de la forma en la que yo lo hago.

Una sonrisa danza en sus labios.

—Eres un engreído.

—Y tú eres una tonta por salir con alguien más.

Ella pone sus manos sobre las mías en su cara.

—Más tonto serás tú.

El silencio pasa entre nosotros y me pierdo en esos ojos negros tan bonitos que tiene, ¿Cómo pueden ser tan profundos? ¿Tan hipnotizantes? Paso mi pulgar por sus labios, imaginándome sentirlos contra los míos.

Ella da un paso atrás rompiendo todo contacto entre nosotros.

—Bien, si quieres luchar por mí, hazlo, pero no te prometo nada —me pasa por un lado para dirigirse a la puerta, cuando está a punto de cruzarla se gira hacia mí—. Por cierto, no tengo novio, eso no fue nada serio, solo quería molestarte.

Abro mi boca para protestar, pero ya se ha ido.

Voy a luchar por ella, y no descansaré hasta tenerla en mis brazos. Puedo imaginarme miles de formas de seducirla, de enamorarla.

Caerás, Claudia, esto será divertido.

Capítulo 24:

"Artemis, no me gusta la oscuridad"

Claudia

No soy buena con las despedidas.

Supongo que es normal considerando el hecho de que no he tenido que lidiar con muchas en mi vida, el día que Artemis se fue a la universidad ni siquiera nos despedimos, no podía mirarlo a la cara después de haberlo rechazado. Así que es una situación fuera de lo normal para mí, en la que no tengo mucha experiencia y que no sé cómo manejar ni como reaccionaré pero que tendré que enfrentar ahora.

Ares se va a la universidad de otro estado, su vuelo es en unas horas según lo que me contó Raquel, la cual dejé en la cocina comiendo algo hace unos minutos con los padres de Ares, y también con Artemis y Apolo.

Veo su puerta entre abierta, y me asomo en su cuarto, el cual luce organizado y limpio, pero de una manera que lo hace lucir vacío, no sé cómo explicarlo. Ares esta sin camisa, en jeans, con el cabello mojado, metiendo algo en una de sus maletas que no parece caber en la misma.

Y aunque sabía que este día llegaría, me sorprende lo doloroso que es llegar a este momento, verlo hacer maletas, saber que se va a ir, que ya no me lo encontraré en el pasillo haciéndome muecas locas, o jugando videojuegos en su cuarto de juegos, o simplemente tener conversaciones sobre cualquier estupidez en cualquier parte de la casa. He subestimado lo acostumbrada que estoy a su presencia y la falta que me hará.

Cuando él me ve, me sonríe con tristeza, sus ojos azules iluminándose ligeramente.

—¿Todo listo?

Él asiente, suspirando.

—Supongo.

No sé qué decir o como decirlo, me he mostrado tan fuerte frente a él, que no sé cómo reaccionaría si me viera llorar.

El recuerdo de Ares de pequeño en el restaurant, poniendo su mano sobre el vidrio sobre la silueta de la mía viene a mi mente. Su sonrisa fue tan cálida e inocente. Siempre ha sido de buen corazón, estos chicos de verdad han sido mi familia.

—¿En qué piensas?

—Nada, solo recuerdos —tengo un nudo en la garganta—. No voy a ir al aeropuerto.

Él no pregunta porque o luce desilusionado al respecto, solo asiente como si entendiera que algunas personas no somos buenas manejando despedidas en aeropuertos.

—Supongo que has venido a despedirte entonces —me dice, caminando hacia mí y mientras más se acerca, más lucho para evitar las lágrimas que se están formando en mis ojos.

—Eh, yo —mi voz se rompe, así que me aclaro la garganta—… Te deseo lo mejor del mundo y sé que te va a ir muy bien, eres un chico super inteligente —pauso, mi vista borrosa—. Y vas a ser un doctor maravilloso, estoy muy orgullosa de ti, Ares.

Su expresión cae en tristeza, y sus ojos se enrojecen. Antes de que pueda decir algo, él me jala y me abraza con fuerza.

—Gracias, Claudia —susurra contra mi hombro—. Gracias por todo, por ser una buena mujer y enseñarme todo lo que mi madre no quiso —besa un lado de mi cabello—. Te quiero mucho.

Y con eso, no puedo evitar las lágrimas que caen por mis mejillas.

—Yo también te quiero, idiota.

Cuando nos separamos, Ares limpia mis lágrimas con sus pulgares.

—¿Idiota?

Los dos nos reímos con lágrimas en nuestros ojos.

—No te preocupes, vendré uno que otro fin de semana, en acción de gracias, navidad, no podrás deshacerte de mí tan fácilmente.

—Más te vale, bueno, te dejaré terminar de empacar —le digo, aspirando con mi congestionada nariz por haber llorado.

—De acuerdo —Ares me da un beso en la frente—. Y recuerda que sin importar lo que pase con el Iceberg.

—Tú siempre serás mi favorito.

Me guiñe el ojo.

—Buena chica.

Lo dejo terminar de empacar y bajo las escaleras, todos están esperándolo en la sala. Artemis y yo compartimos una mirada rápida, antes de que me meta al pasillo para ir a mi cuarto. Ni siquiera quiero estar cuando Ares salga con las maletas, al parecer las despedidas son una debilidad mía recién descubierta.

Me encuentro a mi madre en el pasillo.

—¿Ya se va? —mi madre pregunta con una sonrisa triste.

—Si, ya está por bajar.

—Iré a despedirme —solo asiento y me hago un lado para que ella siga su camino.

Mamá quiere mucho a los tres chicos Hidalgo, ella pasó más tiempo con ellos que su propia madre.

Suspiro, entrando a mi habitación, aún es de madrugada, ya que el vuelo de Ares sale temprano, así que me quedan unas horas de sueño, necesito toda mi energía para cuando amanezca en tres horas.

***

Quiero... estar contigo, Claudia.

Me giro hacia un lado en mi cama, descansado un lado de mi cara sobre mis manos. Las palabras de Artemis se repitan una y otra vez en mi mente, a pesar de que ya han pasado varios días y no lo he visto, no puedo dejar de pensar en él.

Porque eres tú, porque tú eres la única que puede ver a través de mí.

¿Cómo me dice esas cosas y después desaparece así?

Me volteo de nuevo en la cama, esta vez, quedando sobre mi espalda con mis manos estiradas a mi lado.

Estúpido Iceberg.

Cierro mis ojos, tomando una respiración profunda, de verdad necesito estas tres horas de sueño, funcionaré fatal durante el día sino duermo nada.

En la oscuridad de mi habitación, la luz de luna entrando por la ventana y los árboles de afuera hacen figuras en el techo, una sonrisa llena de nostalgia se forma en mis labios.

—¿Qué estás haciendo? —había preguntado una inquieta yo de 8 años al ver a Artemis poner las sabanas en el piso de su habitación y apagar las luces, mi miedo a la oscuridad aún me atormentaba después de esos años en las calles así que cerré los ojos asustada.

Artemis me tomó de la mano y me guió a las sábanas, nos acostamos sobre nuestras espaldas. Mantuve los ojos cerrados, no quería ver los monstruos a mi alrededor.

—Artemis, no me gusta la oscuridad.

—Lo sé —él susurra—. Mira el techo, abre los ojos.

Lentamente, abrí mis ojos, el techo estaba lleno de stickers que brillaban en la oscuridad: estrellas, planetas, constelaciones, de diferentes colores. La vista era hermosa.

—Guao.

—No tienes que tener miedo, Claudia, también hay belleza en la oscuridad.

Él me expuso tantas veces a la oscuridad, mostrándome tantas cosas bonitas después de eso que eventualmente, asocié cosas positivas con la oscuridad y perdí ese miedo.

Creo que nadie sabe lo bueno que es el corazón de Artemis, me pregunto si él le ha mostrado ese lado de él a alguien más.

¿Por qué quieres parecer inalcanzable y frío cuando tienes un cálido corazón, Artemis?

Con esa pregunta rondando en mi mente, mi cansancio me vence y me quedo dormida.

***

—Esta es la lista de tus tareas diarias —la Sr. Marks termina, pasándome un papel—. Y lo repito, Claudia, estamos muy felices de que hayas aplicado a las pasantías, tu hoja de vida y tu trabajo de ejemplo son increíbles.

—Muchas gracias, viniendo de usted es un gran cumplido, Sr. Marks.

—Oh por favor, llámame Paula, *'La Sr. Marks'* me hace sentir anciana.

—De acuerdo, Paula.

Paula es la gerente de Marketing de la empresa Hidalgo, ella me presenta al resto del equipo de trabajo y a la otra pasante: Kelly. Tomo asiento en mi parte de un gran escritorio que compartimos Kelly y yo.

Aunque es un espacio compartido, no me lo puedo creer, es mi primer día de pasantías, la primera vez que podré desempeñarme en lo que he estado estudiando todos estos años, en lo que me gusta. No me mal entiendan, aprecio que el señor Juan me haya dejado tomar el puesto de mi madre cuando enfermó, pero trabajar como servicio en la casa Hidalgo para siempre no es mi sueño, tengo aspiraciones y muchas metas y esta es una de ellas.

Tampoco escogí esta empresa por mi relación con la familia Hidalgo, fui muy objetiva al respecto, es una de las empresas más exitosas del estado, su equipo de Marketing tiene mucho reconocimiento y han lanzado las campañas de publicidad más creativas y bien estructuras que he visto. Cada vez que veía una o leía artículos sobre este equipo, sentía esa sensación de *'Quiero trabajar ahí.'*

Se que Artemis no lo sabrá, este edificio es inmenso y solo soy una pasante más que trabajará tres días a la semana en el horario de la tarde. Tampoco puedo abandonar mi trabajo en la casa Hidalgo de lleno, me alegra que las pasantías no sean de horario completo o todos los días.

—¿Estas emocionada? —Kelly me pregunta sentada a unos cuantos pasos de mí.

—Si, ¿y tú?

—Muchísimo, escuché que tuvieron más de 100 aplicaciones, ¡100! Y aquí estamos tú y yo, somos muy afortunadas.

Le sonrío.

—Si, lo somos.

Paso las primeras horas de la tarde, acomodando mi parte del escritorio y personalizando todo en la computadora de la empresa para poder trabajar cómodamente a mi gusto. En el descanso de media tarde, Kelly y yo vamos por café para todo el equipo al otro lado de la calle de la empresa, Kelly nos pasa la tarjeta de la empresa, esta es una de nuestras tareas y no me molesta, la cafeína suele ser la gasolina de los trabajadores de oficina y somos las más nuevas aquí.

Cuando venimos de regreso y pasamos las puertas giratorias transparentes de la empresa, me detengo tan abruptamente que casi mando volando la bandeja de cafés en mis manos hacia delante.

Artemis.

Él está saliendo de los ascensores, en un perfecto traje azul oscuro con una corbata azul cielo. Su atractivo rostro tiene esa expresión fría que le muestra a todo el mundo, su celular pegado a su oído mientras revisa unos papeles en su otra mano, lo siguen dos hombres, también en trajes.

Antes de que pueda verme, reacciono y troto hacia un lado para esconderme detrás de un matero que tiene una planta un poco más alta que yo, como lo hice sin derramar una gota de café, no tengo ni idea, debí poner esa habilidad en mi hoja de vida.

Echo un vistazo, sacando mi cabeza de la planta para ver a Kelly paralizada, dándome una mirada de 'Pero que mierda...' Sin embargo, sus ojos caen sobre Artemis, quien le pasa por un lado sin ni siquiera mirarla y sale por las puertas giratorias.

Dejo salir una larga respiración.

Eso estuvo cerca.

Kelly se acerca a mí, esperando una explicación.

—¿Claudia?

—Es... complicado.

—¿Por qué te escondes del Gerente de esta empresa?

—¿Cómo sabes que es el gerente?

—Él es la imagen de la empresa, está en un montón de cosas de publicidad, y como no, si está buenísimo.

Y besa de maravilla.

—Solo... ya sabes, me sentí intimidada, es el gran jefe así que, cosas del primer día de trabajo.

—Te entiendo, además, me dio hasta frío, tiene un aura aterrorizante.

—Exacto.

Volvemos a nuestros lugares de trabajo después de entregarle su café a todo el mundo, nos agradecieron mucho.

Aún no puedo creer lo cerca que estuve de que Artemis me viera, la verdad no sé porque no quiero que sepa que estoy aquí, supongo que no quiero trato preferencial, ni crear incomodidad en mi ambiente de trabajo si saben que él y yo nos conocemos. Quiero que me conozcan y valoren mi trabajo por quien soy no por quien conozco. Aunque digan que no, sé que todo será diferente en el equipo de trabajo si saben que tengo una relación cercana con el gerente.

***

Cuando llego a la casa, estoy agotada, fui a la universidad después del trabajo, y creo que he subestimado esto de las pasantías, es increíble como unas cuantas horas pueden dejarte exhausto.

No me sorprende la soledad de la sala cuando entro, me dirijo a la cocina porque estoy muriendo de hambre, bostezo, palmeando mi boca abierta cuando entro a la cocina y casi me atoro con aire.

Artemis está aquí.

Es la primera vez que nos vemos a solas desde aquella noche donde me dijo esas palabras que aún rondan mi cabeza. Sin embargo, no es su presencia lo que me sorprende sino verlo con un delantal encima de la camisa blanca que supongo era lo que había debajo de su traje porque la chaqueta y la corbata están a un lado en una silla y está cocinando algo que huele delicioso.

Esta de espaldas a mí así que no me ha visto. Me recuesto contra el marco de la puerta observándolo. Es una buena vista.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí mirándome?

Su voz me toma desprevenida, ¿Cómo?

Como si él supiera mi pregunta, con la cuchara que tiene en su mano señala mi sombra que se forma en la pared a su lado.

Mierda.

—Es una vista inusual, es todo.

Él se voltea hacia mí y mi corazón se calienta en mi pecho. Ese rostro... es ligera barba, todo en él es tan varonil, tan sexy incluso con ese delantal se ve tan jodidamente atractivo. Pero no es lo que hace que sienta de todo sino su expresión, la calidez de su mirada, no puedo evitar compararla a lo que vi esta tarde en la empresa, él es una persona tan diferente conmigo.

—Ya casi termino, toma asiento —señala la mesa de la cocina.

Yo levanto una ceja.

—¿Estas cocinando para mí?

—¿Por qué luces tan sorprendida? ¿Quién te hizo tus primeros sándwiches cuando viniste a vivir con nosotros? ¿Quién te enseñó a hacer panquecas? ¿Quién…

—Si, si, ya entendí.

Él sonríe, y me provoca tomar su rostro entre mis manos y besar esos labios.

Cálmate, Claudia.

Tomo asiento, observándolo cocinar y luego servir la comida en platos.

—Luces exhausta —comenta.

—Lo estoy, fue un largo día —quiero contarle de mis pasantías, no estoy acostumbrada a ocultarle cosas a Artemis, con la excepción de lo que me hizo la bruja de su madre.

Él pone los platos en la mesa y todo se ve delicioso.

—Guao —la estética de los platos luce como las de un chef.

—Y espera que lo pruebes.

Él se sienta a mi lado y toma mi mano para besar mis nudillos, sentir sus labios sobre mi piel envía escalofríos por todo mi cuerpo. Él me mira directamente a los ojos, su mano aun sosteniendo la mía.

—Lamento haber estado ausente estos días, un nuevo proyecto en la empresa me ha tenido ocupado, hasta he dormido varias veces allá.

—No te preocupes, no tienes que explicarme nada.

—Si tengo que hacerlo, no puedo decir que voy a conquistarte, desparecer y volver como si nada, te mereces mucho más que eso.

Tenerlo tan cerca no es bueno para estas ganas que tengo de besarlo, han sido meses de deseo acumulado, de fantasear con él.

Me aclaro la garganta y libero mi mano de la suya.

—Es hora de probar tu famosa comida, a ver.

Artemis me observa a la exceptiva cuando tomo mi primer bocado. Solo para molestarlo hago una mueca de disgusto.

—¿Qué pasa? —pregunta alarmado.

Mastico, sonriendo, y cuando trago hablo.

—Esta delicioso, solo te molestaba.

Él entrecierra los ojos y en un movimiento rápido me da un beso corto en la mejilla.

—¡Ey!

El idiota me sonríe abiertamente.

—Solo te molestaba.

El calor que invade mis mejillas me hace apartar la mirada para seguir comiendo.

Al terminar la comida, la cual ha estado divina, estoy lavando los platos, Artemis esta al otro lado del mesón frente a mí. Estamos hablando de trabajo, por supuesto, no le menciono que hoy empecé mis pasantías en su empresa.

—Debe ser difícil manejar una empresa tan grande —le digo, enjabonando un vaso.

—Eres una de las pocas personas que me ha dicho eso —responde, pasando la mano por su cara—. La mayoría piensa que es fácil ser el gerente, que solo estoy sentado en una gran oficina mirando por la ventana.

—Apuesto a que te debes ver sexy en tu oficina.

Él se muerde el labio inferior.

—¿Estas coqueteando conmigo, Claudia?

Me encojo de hombros.

—Tal vez.

—Sabes lo que dicen de los que juegan con fuego, ¿no?

Termino y me seco las manos con un trapo.

—¿Por qué habría de temerle a ese dicho cuando yo soy fuego? —señalo mi cabello.

Artemis se ríe, levantándose, sus ojos sobre los míos mientras rodea el mesón de la cocina pasando sus dedos por la misma.

—Eres fuego... —murmura, y yo trago grueso.

Cuando está frente a mí, y tengo que levantar mi cara para mirarlo, mi corazón se desata en su cabalgata desesperada en mi pecho, controlo mi respiración. Dios mío, ¿Qué es esta tensión en el aire? Nunca he sentido nada así.

Artemis se lame los labios, observándome con detalle. Él extiende su mano hacia mí y acuna mi mejilla en la misma.

—Te extrañé.

Quiero decirle que yo también, pero las palabras se atoran en mi garganta así que solo levanto mi mano y tomo su mejilla, sintiendo su ligera barba contra mi palma y le sonrío como respuesta.

Sus ojos cafés lucen negros en la iluminación nocturna de la cocina. Es increíble cómo han madurado sus facciones, lo maduro que luce ahora.

Una parte de mi desconfía, y no quiere ser vulnerable de nuevo, aún recuerdo el daño que me hizo hace meses con lo de su prometida, pero no sé cómo sé que está siendo sincero.

Los ojos de Artemis bajan a mis labios y puedo ver el deseo en ellos, sé que quiere besarme, pero sabe si es algo que yo también quiero después de todo lo que hemos pasado.

—Eres tan hermosa —susurra, su pulgar acariciando mi mejilla.

—Lo sé.

Él alza una ceja.

—Muy bien.

Él baja su mano, y da un paso atrás rompiendo todo contacto entre nosotros.

—Mañana después de tus clases, pasaré por ti a la universidad para llevarte a cenar.

—Hmm, lo pensaré.

—¿Lo pensarás?

—De acuerdo, acepto, pero solo porque la comida te quedó deliciosa.

—Bien, y no sé si tengo que aclarar esto, pero es una cita, ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Él de despide con la mano.

—Buenas noches, Claudia.

—Buenas noches, Artemis.

Él me da la espalda para irse después de sonreírme y yo camino hacia él con rapidez, lo tomo del brazo, le doy la vuelta y me agarró del cuello de su camisa para besarlo.

Él me responde de inmediato, tan hambriento por mis besos como yo por los de él, nuestros labios se rozan, mojados de manera apasionada. Todo mi cuerpo se calienta con este simple beso, y sé que el de él también cuando gime contra mi boca. Muevo mi cabeza a un lado, profundizando el beso, disfrutando cada segundo del mismo.

Suficiente, Claudia, sino quieres terminar follada en el mesón.

Me separo de él, pero él me toma de la cintura para presionarme contra él e intenta besarme de nuevo, pero yo pongo mi pulgar sobre sus labios deteniéndolo y meneo la cabeza.

—Tú no tienes el control —le digo, liberándome de sus brazos—. El control lo tengo yo.

Y ahí en la cocina, dejo a un Artemis respirando pesadamente, deseándome. Después de todo lo que él que ha hecho, lo que sea que pase entre él y yo de aquí en adelante será porque yo lo decida así.

Soy fuego después de todo.

Capítulo 25:

"Haces que me duela el corazón por ti"

Claudia

Estoy nerviosa.

Juego con mis manos frente a mí al esperar a Artemis frente a la universidad. Es la primera vez que siento todo esto antes de salir con un hombre, bueno, él no es cualquier hombre así no sé porque me sorprende esta reacción, él fue mi primer amor, mi único amor y esta es nuestra primera cita oficial.

Inquieta, arreglo las puntas de mi vestido floreado que apenas llega a mis rodillas, y mi escote. Mi cabello está suelto a ambos lados de mi cara, agradezco que ya el verano este aquí porque ahora sí puedo usar ropa linda sin tener que ponerme chaquetas, gorros o accesorios encima que lo tapan todo.

Lamo mis labios recordando el beso que le di a Artemis anoche, su respiración acelerada, la tensión acumulada en su cuerpo. Para ser honesta, no creo que podamos estar en un lugar solos sin devorarnos así que, si la cita no es en un lugar público, tengo el presentimiento de que las cosas terminarán muy... sexuales.

Controlarse no es nada fácil con toda la historia que tenemos él y yo, han sido años de cariño y deseo acumulado. Tampoco ayuda el hecho de que Artemis esté tan bueno, ese cuerpo definido, esa cara tan atractiva, de solo pensar en él, me causa de todo. Tomo una respiración profunda, guiando mi mente a pensamientos puros y tranquilos.

Como si pudiera hacer eso.

Mi corazón late como loco cuando lo veo estacionar frente a mí su auto negro y elegante, estoy a punto de dar un paso a la puerta cuando él se baja, lleva puesto un traje negro con una corbata del mismo color. Parece que hiciera juego con su auto, ambos elegantes, de negro. Sus ojos caen sobre mí y me esfuerzo para actuar relajada como si no me afectara lo bueno que está.

Artemis me sonríe al abrirme la puerta.

—Hola.

—Hola —le respondo la sonrisa y entro al auto.

El interior del auto es negro con detalles azul oscuro que hace un contraste distinguido. El aire acondicionado golpea mi rostro, refrescándolo, huele a su colonia y a él. Me pongo el cinturón de seguridad mientras Artemis entra al auto.

—Lindo auto —le digo, observándolo ponerse el cinturón.

—¿Hasta ahora me lo dices? No es la primera vez que te montas en él —él comienza a manejar.

Se que se refiere a aquella noche que estuvimos en su bar, que él me llevó a casa, la noche en la que casi profanamos el mesón de la cocina de no ser por Ares que llegó a interrumpir, bueno, más bien salvarme de una humillación mayor porque Artemis volvió con su novia después de eso.

No pienses en eso, Claudia. No te arruines la noche antes de comenzarla, vive en el presente.

Necesito cambiar el tema.

—¿Qué tal el trabajo hoy? —sé que él ha estado sumergido en un nuevo proyecto, el equipo de marketing no dejaba de hablar de eso ayer, lo importante que era cerrar el trato, que era un proyecto millonario y que si se lograba íbamos a tener que trabajar muy duro en promover y hacer estrategias de marketing para ello.

Artemis se pasa la mano por detrás del cuello.

—Ha sido... intenso, pero nada que no pueda manejar.

—Nunca pensé que te interesaría la gerencia de empresas, no lo mencionaste ni una vez mientras crecíamos.

—Porque no me interesaba.

Eso me da tristeza, aunque tenía mis sospechas de que él no había estudiado gerencia porque quería, pensé que le había gustado con el tiempo o algo así. Me le quedo viendo, una mano en el volante del auto y la otra masajeando su cuello, el cansancio en sus ojos, en su postura. Artemis es tan joven y ya tiene una responsabilidad tan grande sobre sus hombros, una responsabilidad en algo que nunca le interesó.

¿Cómo es que has aguantado todos estos años haciendo algo que no te gusta, Artemis? ¿Qué tanto has sufrido? ¿Estás frustrado?

Si la ha pasado mal, ha hecho un buen trabajo ocultándolo, él nunca se ha quejado, nunca ha maldecido a su padre, ni siquiera a su madre después de lo que pasó con ese otro hombre. Admiro su capacidad de aguantar todo solo, de tragarse todo sin herir a las personas que le dieron la vida.

¿Cuánto has aguantado tú solo, Artemis?

Haces que me duela el corazón por ti.

Como si él sintiera mi mirada, me echa un vistazo rápido.

—¿Qué?

—Nada —sé que tendremos que hablar de eso eventualmente pero no quiero traer un tema tan triste a la luz esta noche—. ¿A dónde vamos?

—Primero a cenar, luego a donde tú quieras.

¿A tu cama?

Claudia, por Dios.

—¿Dónde cenaremos? —pregunto curiosa, mirando las calles, las casas, los árboles pasar. Nos estamos alejando de la zona universitaria, pero tampoco vamos en dirección al centro de la ciudad.

—Ya lo verás.

Y sí que lo veo cuando mis ojos caen sobre esa calle tan familiar para mí. Mi pecho se aprieta al reconocer cada casa, cada restaurante, es como si esta calle en particular se hubiera quedado congelada en el tiempo. Artemis se estaciona a un lado de la calle, y no espero a que me abra la puerta, me bajo rápidamente y lo enfrento.

El restaurante griego donde vi a los Hidalgo por primera vez.

Una mezcla de sensaciones me invade, reconozco la nostalgia como una de ellas. Es increíble cómo puedo recordar con tanta exactitud el hambre que tenía aquel día, el olor de la comida, mi miedo por esos hombres que buscaban a mamá. Aún tengo claro en mi mente la vista de la familia Hidalgo ahí sentados en la mesa como un retrato clásico de la familia feliz.

Artemis aparece a mi lado, sin decir nada. Ambos nos quedamos mirando el lugar como si estuviéramos recordando ese momento. Él es el que rompe el silencio después de un rato.

—Supuse que deberíamos empezar donde inició todo.

Me giro hacia él para encontrarlo observándome con detalle como si mi reacción fuera lo más importante para él. Cuando no digo nada, él habla de nuevo.

—Si no te parece, podemos ir a otro lugar, es solo que pensé que ningún restaurante por lujoso que sea tendría tanto significado como este que fue donde te vi por primera vez. Y puede que no sean los mejores recuerdos, pero fue el día en que tu vida cambió para bien y que llegaste a la mía.

Me lamo ambos labios sin saber qué decir. Él tiene razón, este lugar tiene mucho significado para mí, y no lo veo de forma negativa, lo veo como ese nuevo comienzo de mi vida.

—Me encanta —le digo, tomando su mano lo cual parece sorprenderle.

Él se aclara la garganta, *¿Y se sonroja? ¿Artemis Hidalgo acaba de sonrojarse?*

—Bien, vamos.

El restaurante está bien conservado, con ese aire exquisito. Los clientes son en su mayoría hombres de traje y mujeres muy elegantes. A pesar de que esta no es la mejor zona de la ciudad, este lugar parece mantener su ambiente perfecto para su distinguida clientela. Al seguir a la mesera que nos lleva a la mesa frente a la ventana, la misma donde los Hidalgo estuvieron sentados hace tantos años.

Mis ojos caen sobre la ventana y casi puedo verme ahí de pie al otro lado, de niña, observando la comida.

—¿Qué piensas? —Artemis pregunta, sentado frente a mí al otro lado de la mesa, la luz tenue del lugar se refleja sobre su rostro.

—Nada, solo recordando cosas —me esfuerzo para sonreír, pero apenas llega a una sonrisa triste—. Tu padre hizo algo muy generoso ese día, nos salvó la vida a mamá y a mí.

—Si, esa es la versión de mi padre que aún llevo conmigo.

Fue por él, ¿No? Que asumiste la responsabilidad de la empresa.

Lo pienso, pero no lo digo.

—No es una versión de él, creo que es quien es él muy en el fondo, solo tenle paciencia, el abuelo aún tiene mucha fe en él.

—Eres muy cercana al abuelo —lo comenta, pero no hay molestia en su voz, solo curiosidad.

—¿Cómo no serlo? Él es un amor.

—¿Acaso es tu Hidalgo favorito?

—La verdad sí, pero no le cuentes a Ares, le prometí que él siempre sería mi favorito, pero en realidad esta después del abuelo.

Artemis me sonríe.

—No creo que estaré conforme con ser tu tercer Hidalgo favorito.

—¿Quién ha dicho que eres el tercero? Después de Ares, va Apolo.

La sonrisa se esfuma de sus labios y aprieta sus puños sobre la mesa. Ah, Apolo todavía es un tema sensible para él, ¿eh? Tiene que superarlo. Sus ojos brillan con algo que no puedo descifrar. Levanto mi vaso de agua para tomar un sorbo.

—Vamos a ver quién es tu Hidalgo favorito después de que te folle y te haga tener el mejor orgasmo de tu vida.

Toso, ahogándome con el agua, me agarro el pecho y me aclaro la garganta. ¿Cómo puede decir eso tan tranquilo aquí?

Artemis me da una sonrisa torcida que raya en lo malévolo y yo le doy una mirada de pocos amigos.

—Tienes mucha confianza sobre tus habilidades.

—Solo soy un hombre que sabe lo que hace —levanta una copa que está a la mitad de vino y la sacude ligeramente, olfateando el vino—. Puedo hacer que te mojes sin tocarte.

Hace calor aquí de pronto.

Bufo.

—Oh, ¿sí?

Saco mi pie de mi sandalia y lo estiro bajo la mesa para ponerlo sobre su muslo, muy cerca de su entrepierna. Artemis se tensa visiblemente, no lo esperaba.

Le sonrío inocentemente.

—Y yo puedo hacer que tengas una vergonzosa erección aquí, no lo olvides.

—No te gusta ceder el control, ¿no?

—Eso es algo que tendrás que ganarte.

—¿Eso es un reto?

Nuestras miradas están conectadas, la intensidad en ambas hace que la tensión en el aire crezca. La mesera aparece con una sonrisa amable y nos pregunta sobre nuestra orden, rompiendo el momento.

Yo bajo mi pie, comportándome.

Será una larga noche.

Capítulo 26:

"Mi silencio es su respuesta"

Claudia

Al llegar a su habitación, cierra la puerta, y me baja y no he terminado de poner mis pies sobre el suelo cuando él me estampa contra la puerta besándome con una desesperación que siento que me derrito ahí mismo.

Sin dudarlo, le respondo el beso con todas las ganas porque Dios, yo también lo deseo tanto o más de lo que él me desea a mí. Nuestros bocas se mueven en sincronía, humedeciendo nuestros labios, me agarro de su corbata mientras giro mi cabeza a un lado profundizando el beso. Artemis pone ambas manos a los lados de mi cara contra la puerta como si quisiera controlarse.

A la mierda el autocontrol.

Su beso se torna aún más apasionado, más demandante, buscando enloquecerme. Nuestras respiraciones y el sonido de nuestro beso hace eco por toda la habitación. Mi cuerpo arde por su toque y cuando lo siento apretar sus puños contra la puerta, me separo de él ligeramente.

—Deja de controlarte —le susurro, mordisqueando sus labios.

Su voz es ronca, sexual.

—Estoy tratando de ser gentil.

—Que se joda la gentileza —le chupo uno de sus labios con fuerza—. Pierde el control, fóllame como has querido follarme todo este tiempo.

Y puedo ver su control desvanecerse claramente, sus manos buscan mis pechos para apretarlos suavemente robándome un gemido.

—Te follaré como quiero —gruñe en contra mi boca.

Sus labios atacan los míos mientras masajea mis pechos con destreza antes de ir por las tiras de mi vestido y jalarlas, bajándolas por mis hombros de un tirón, exponiendo mi brassier. Mi piel arde, muriendo por su contacto. Su boca deja la mía para besar mi cuello mientras sus manos desatan mi brassier desde atrás, liberando mis pechos. Gimo al sentir su boca sobre la piel desnuda y expuesta de mis pechos, y cuando los chupa, echo la cabeza

hacia atrás disfrutándolo. Sus lamidas y chupadas son ágiles, fuertes y luego suaves, una combinación perfecta que debilita mis piernas.

Dios, creo que podría tener un orgasmo con solo esto.

Impaciente, tomo su cara entre mis manos para que me enfrente de nuevo y lo beso, quitándole la corbata tan rápido como puedo y la lanzo a un lado. Sin despegarme de su boca, nuestro beso es apasionado y sexual, desabotono su camisa y se la quito por los hombros, junto a la chaqueta de su traje. Paso mis manos por su pecho, sintiendo cada músculo y bajo hasta su definido abdomen.

Él detiene su beso para mirarme a los ojos y toma mi mano para bajarla un poco más.

—Siéntelo —obedezco, lo toco por encima de sus pantalones—. Quiero que sientas lo duro que me pones.

Y sí que está bien duro.

Lo masajeo por encima de sus pantalones mientras él desliza su mano dentro de mi vestido y me arranca la ropa interior de un tirón.

—¡Ey!

—Como yo quiera —me recuerda, sus dedos encontrando mi intimidad y se me olvida mi rasgada ropa interior.

Estoy tan mojada que sus dedos resbalan, y eso parece excitarlo aún más, su respiración se vuelve más errática, sus hombros subiendo y bajando.

Ya no puedo más.

Desabrocho sus pantalones, y se los quito junto a sus boxers, se me hace agua la boca cuando veo al hombre frente a mí, esta jodidamente bueno, cada línea de músculos es definida en sus brazos, pecho, y abdomen. Y también, tiene un...

Mi vestido cae a mis pies y estoy completamente desnuda. Lo jalo hacia mí, besándolo para presionarlo contra mí, el contacto de piel con piel de nuestras intimidades me hace jadear y darme cuenta de que no puedo esperar más. En sus brazos me giro, dándole la espalda, exponiéndome para él, mis manos sobre la puerta.

Sin embargo, Artemis me toma del brazo y me jala hasta lanzarme sobre la cama, aterrizo sobre mi espalda y uso mis codos para mirarlo, él me jala de los tobillos hasta la orilla de la cama.

—Quiero que me mires a los ojos cuando te follo.

Bien, te dejaré tener el control, solo esta vez, Iceberg.

Artemis se mete entre mis piernas y nos besamos de nuevo, la sensación de nuestros cuerpos desnudos, rozándose, sintiéndose me hace jadear en anticipación. Él deja de besarme para mirarme a los ojos, su miembro rozando mi mojada intimidad. Antes de que pueda rogarle que lo haga, me penetra de golpe, hasta el fondo de una sola estocada, arqueo mi espalda.

Ambos gemidos ante la sensación, pero él no me deja recuperarme y comienza a embestirme con todas las ganas, hundiéndose en mí una y otra vez, sus ojos sobre los míos,

su expresión de lujuria pura, sus gruñidos y gemidos hacen todo mucho más intenso. Envuelvo mis piernas a su alrededor, queriendo sentirlo aún más.

—Ah, Dios, si —jadeo, agarrándome de su espalda.

Él me está follando como un salvaje, exactamente como yo quería que lo hiciera. El sonido de piel contra piel se une a nuestros jadeos de placer. Jamás pensé que se sentiría tan bien. No es mi primera vez, pero si es la primera vez que lo hago sin condón, la sensación del contacto de mi piel caliente con la suya es demasiado para mí. Me pierdo en los ojos café de Artemis, sintiéndolo dentro de mí, cada estocada acercándome más y más al orgasmo. Él sabe lo que hace, su boca deja la mía para susurrar en mi oído.

—Se siente tan húmedo y caliente dentro de ti —sus gemidos me excitan aún más—. Me estas volviendo loco.

Él se inclina hacia atrás y me levanta ligeramente de las caderas para ponerme a la altura de las suyas y follarme con más profundidad. Mis pechos tiemblan con cada empuje, y me muerdo el labio inferior al ver lo sexy que se ve frente a mí, como los músculos de su abdomen y de sus brazos se contraen con cada movimiento.

—¡Artemis! —gimo, tan cerca de mi orgasmo.

—Si, eso, gime mi nombre —me susurra con puro deseo, él usa su pulgar para acariciar mi intimidad mientras sigue penetrándome y volteo los ojos porque es lo que necesito para explotar—. Vamos, sexy, gime, termina conmigo dentro de ti.

Ah, Dios.

Me agarro de las sábanas a mis lados, el orgasmo golpeando mi excitado cuerpo, arrastrándose por cada nervio, extendiéndose por mis extremidades. Gimo ruidosamente, su nombre escapando de mis labios entre otras vulgaridades. Artemis no se detiene, acelerando sus movimientos, mis piernas tiemblan mientras él habla entre jadeos.

—¿Puedo... venirme dentro de ti?

La idea de sentirlo terminar dentro de mi suena tan sexy, así que asiento.

—Si.

Sus embestidas se vuelven más rápidas. Sus ojos no abandonan los míos mientras su rostro se contrae en placer y gime, terminando, puedo sentirlo duro y palpitante dentro de mí. Él cae sobre mí, su corazón latiendo como loco junto al mío. Nuestras respiraciones son un desastre y no puedo quitar la estúpida sonrisa post-orgásmica de mis labios.

Artemis se rueda, quedando sobre su espalda a mi lado.

—Guao —dice, girando su cara para mirarme.

—Nada mal, Iceberg.

Él me da una sonrisa pícara.

—Lo mismo digo, fuego.

—¿Fuego?

Él extiende su mano hacia mí, su dedo acaricia desde mi cuello, bajando por el medio de mis pechos.

—Tu misma dijiste que eras fuego, lo he confirmado —hace una pausa—... pero contigo, vale la pena quemarse.

Su caricia baja por mi estómago y aguanto la respiración disfrutando el contacto, él desliza sus dedos a mi costado, delineando las pequeñas líneas en mi piel, marcas de las veces que perdido peso y lo he vuelto a recuperar. Él lo hace con tanta delicadeza y cariño que me hace sonreír, nunca me he sentido avergonzada de mi cuerpo, ¿Por qué debería? Todas esas marcas son parte de mi historia, de lo que he vivido, soy una persona con buena salud y eso es lo más importante, lo demás son accesorios.

Él baja su mano hasta la parte exterior de mi muslo, rozando una vieja cicatriz que está ahí, y susurra:

—Cuarto grado, caída de bicicleta, Dios, había tanta sangre y tu ni siquiera lloraste.

Eso me hace reír porque lo recuerda tan bien.

—Tú estabas pálido, honestamente, pensé que te desmayarías.

—Estuve a punto, pero si lo cuentas, lo negaré.

Él se sienta, su dedo sobre otra cicatriz en mi rodilla.

—Primer año de la preparatoria, patinando, te dije que no tomarás esa calle porque era muy empinada.

—Como si yo siempre hiciera lo que tú dices.

Él se acuesta de lado, sosteniendo su cabeza con su mano, su codo sobre la cama para mirarme, su mano sube a la parte baja de mi abdomen, una cicatriz casi imperceptible ahí.

—Apendicitis —me cuenta—. Fue la primera vez que te vi llorar, me devastó.

Estiro mi mano hacia su rostro, sintiendo su ligera barba contra mi palma.

—Eres un hombre muy dulce, Artemis, siempre lo has sido.

—¿Dulce? —levanta una ceja—. No, ¿Sexy? ¿Infernalmente atractivo?

—Si físicamente eres muy atractivo, pero eso no fue lo que me hizo...

Enamorarme de ti.

Él espera que termine mi frase así que lo hago:

—Fijarme en ti.

—¿Estás diciéndome que mi dulzura fue lo que te atrapó?

—Si.

—Si, sabes que todo el mundo me dice que soy un bastardo frío, que no siento, que sienten un aura helada a mi alrededor.

—Yo no soy todo el mundo.

Él restriega su cara ligeramente contra la palma de mi mano.

—¿Quieres ser mi mundo?

—Creo que todavía estas intoxicado con la alegría post-sexo.

Él se deja caer para acostarse sobre su espalda de nuevo y me hace el gesto de que me acueste sobre su pecho. Y lo hago, abrazándolo, mi brazo descansado sobre su abdomen.

Él me besa la frente.

—¿Cuáles son las probabilidades de que…

—No vamos a hacerlo de nuevo.

—Tenía que intentarlo.

Después de un rato en silencio, me levanto y me subo encima de él, y lo beso apasionadamente, al separarnos él me observa divertido.

—Pensé que no…

—Mentí.

Y vuelvo a besarlo, dejando fluir todo lo que siento al estar con él por primera vez en tantos años, me aterra sentir tanto, el sexo nunca ha significado mucho para mí, y ahora sé porque, es porque a pesar de tanto tiempo, mi corazón, mis sentimientos inconscientemente siempre estuvieron guardados para él, y solo él.

El sexo no significó nada hasta que fue con él.

Mi querido Iceberg, Artemis Hidalgo.

Capítulo 27:

"Pensé que ya me habías derretido"

Artemis

No quise despertarte, estabas durmiendo tan pacíficamente. Lamento irme así, pero tengo que ayudar a mi madre a comenzar el día. Te veo luego, Iceberg.

-Clau.

Sonrío ante la nota en la mesita de noche y me levanto, estirándome, completamente desnudo. Mis ojos caen sobre mi cama, y lo desordenada que esta, el recuerdo de Claudia agarrándoselo de las sabanas mientras la follaba con locura calentando mi cuerpo.

Como me gusta esa mujer, me vuelve loco y tenerla sobrepasó mis expectativas. Nunca he sentido tanto teniendo sexo, las sensaciones, las miradas, ese calor en mi pecho cuando la besé fueron una combinación perfecta para el mejor sexo de mi vida.

Después de una ducha, estoy poniéndome un traje para ir a trabajar y cuando estoy arreglando la corbata en mi cuello, noto una marca roja en la parte de abajo a un lado de mi cuello. Me acerco al espejo, jalando el cuello de mi camisa un poco para investigar la marca. Al tocarla, duele un poco. Mi mente trata de ubicar el momento en el que esa marca sucedió.

Claudia encima de mí, gimiendo, moviéndose de arriba a abajo y luego inclinándose hacia mí para besarme, dejando mi boca para ir a mi cuello y chupándolo con fuerza mientras aceleraba sus movimientos sobre mí. Solté un quejido de dolor porque estaba chupando muy fuerte y ella se despegó de mi cuello para mirarme.

—Lo siento, me emocioné.

—Jamás te disculpes por moverte así, jamás.

Valió la pena.

Bajo las escaleras listo para ir a trabajar. Mi buen humor me hace sonreír para mí mismo sin ninguna razón, *¿Cuándo fue la última vez que me desperté de tan buen humor?* Creo que no puedo recordarlo. Entro a la cocina, disimulando mi sonrisa al ver a Claudia preparando mi café mañanero. Llego hasta ella abrazándola desde atrás, ella salta en sorpresa.

—Ey —se queja, girándose en mis brazos.

—Hola, fuego —le digo antes de darle un beso corto.

Sus suaves labios reciben los míos fugazmente. Ahora que finalmente puedo besarla y tenerla en mis brazos, es todo lo que quiero hacer.

—Buenos días, Iceberg.

—Pensé que ya me habías derretido.

Sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa.

—Pensé que, hacia lo opuesto, que te ponía duro.

Eso me hace alzar una ceja.

—Creo que tenemos que comprobar eso.

Ella finge inocencia.

—No sé de qué hablas.

—Por cierto —acaricio su rostro con delicadeza—. ¿Te pondrías el uniforme para mí en privado?

—Lo pensaré.

—¿De verdad?

—¿Crees que no sé cuántas veces fantaseaste follarme con ese uniforme?

Rozo mi nariz con la suya.

—¿Fui tan obvio?

Ella asiente y la pego más a mí para besarla, sintiendo cada centímetro de sus labios rozar contra los míos en un roce delicado pero lleno de sentimientos. El beso se acelera, y ella pone sus manos alrededor de mi cuello, mientras profundizamos el contacto de nuestros labios. Mi corazón se acelera y siento tanto con tan solo un beso.

Ella fue la primera chica que me gustó, la primera que me puso nervioso, y torpe al hablar, a la primera que me le declaré, con la que he sido vulnerable y cálido tantas veces. Así que la fuerza de estas emociones al tenerla en mis brazos no me sorprende.

Para mí, siempre ha sido ella.

Claudia termina el beso, y se escapa de mis brazos, pasándome por un lado para buscar las tazas para servir el café.

—Tus padres o Apolo pueden bajar en cualquier momento —me recuerda—. El abuelo y su enfermera viven aquí ahora así que tenemos que ser prudentes.

Suspiro y me hago a un lado para verla servir las dos tazas de café y pasarme una.

—¿No tienes que ir a trabajar hoy? —le pregunto y cuando Claudia arruga sus cejas, casi me golpeo a mí mismo al instante, ella no sabe que yo sé que trabaja en mi empresa, mierda—. Quiero decir, ¿Tienes planes hoy? —me escondo detrás de mi taza de café para darle un sorbo.

—No hasta más tarde.

Le echo un vistazo al reloj en la pared. Necesito irme ahora, tengo una reunión en media hora, dormí demás.

—Tengo que irme —le doy otro beso corto y pongo la taza sobre el mesón.

Ella me pasa una taza tapada con frutas dentro.

—Ensalada de frutas, el desayuno es importante.

Eso me hace sonreír como idiota.

—¿Te estás preocupando por mí?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No me sorprende.

—¿Entonces?

La miro directo a los ojos.

—Me gusta.

Ella se sonroja, y aparta la mirada. Y lucho para no besarla de nuevo así que, en vez de eso, le pregunto:

—¿Hacemos algo esta noche?

—Tengo planes, nos vemos en casa cuando llegues.

—¿Planes?

—Si.

—¿Qué tipo de planes? —ella alza una ceja—. Solo curiosidad.

—No son planes con un hombre, relájate.

—Yo estoy relajado —sonrío abiertamente—, ¿no lo ves?

—Bien, Sr. Relajado, vete que vas a llegar tarde —me da la vuelta y me empuja hacia la salida de la cocina.

—¿Es una salida con chicas? ¿A un bar? Pueden ir a mi bar, yo prometo no molestar si…

—Adiós, Artemis.

Salgo de la casa a regañadientes.

Después de una extensa reunión de dos horas, me estoy muriendo de hambre y agradezco a Claudia por la taza de frutas que me espera en mi oficina. Para mi desgracia, cuando entro, mi oficina ha sido invadida por la misma persona de siempre.

—¿Es que no tienes tu propia oficina? —le reclamo, pasándole, por un lado.

Alex esta acostado en mi sofá con dos de esas bolsas de hielo sobre su cabeza, sus ojos cerrados con una mueca de dolor.

—Estoy en mi lecho de muerte así que ten compasión —me responde por lo bajito.

Tal vez si lo ignoro, desaparecerá solo.

Recostado contra mi escritorio, destapo mi taza de frutas y tomo el tenedor para comenzar a comer. La vista de Alex estirado en mi sofá como un muñeco de trapo no es la mejor, pero por lo menos si se siente mal, no empezará a hablar como siempre.

Alex gira su cabeza hacia mí, abriendo sus ojos. Me observa por unos segundos antes de hablar.

—No puedo sentir tu aura usual de mal humor.

—Alex.

Él entrecierra los ojos, evaluándome.

—¿Dónde está la tensión en tu pose? ¿O en tu expresión? Ya no siento frío al estar en el mismo lugar que tú —él se sienta, poniendo las bolsas de hielo a un lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que has vuelto a ser humano?

—Muy gracioso, Alex.

Él me sonríe, pero hace una mueca de dolor.

—Au, este dolor de cabeza va a matarme.

—¿Debería preocuparte por tu consumo de alcohol?

—Nah, sigue siendo una vez por semana así que estoy bien, pero siéntete libre a preocuparte por mi —me hace ojitos.

Le doy una mirada cansada.

—¿No tienes tu propia oficina, Alex? Donde tienes un sofá igual al mío porque siempre has sido envidioso.

—Pero en la soledad de mi oficina, no te tengo a ti.

Ni siquiera voy a responder a eso, sigo comiendo.

Alex se levanta, ladeando su cabeza, observándome como si tuviera tres cabezas.

—¿Qué?

—He bromeado y no me has gruñido ni una vez, ¿Qué —se para en seco cuando sus ojos caen sobre mi cuello, me cubro con la camisa—… ¡Artemis! ¿Eso es un chupón?

Me aclaro la garganta.

—No, fue un mosquito.

—Un mosquito muy sensual, estoy seguro —él se para frente a mí—. ¿Qué es lo que no me cuentas? Si terminaste con Cristina —camina hacia un lado con la mano en el mentón como si pensara—. Entonces, ¿Claudia?

Aparto la mirada, haciéndome el desinteresado.

—¡Bingo! —exclama—. Guao, si hubiera sabido que Claudia cambiaría tu eterno mal humor, hubiera hecho de cupido hace mucho tiempo.

—¿No te dolía la cabeza?

—Si, pero no todos los días mi mejor amigo por fin esta con la chica que quiere. Nunca pudiste superar tu primer amor, ¿eh? Es que eres todo un romántico.

—Alex, voy a golpearte.

Él me da una palmada en el hombro, su voz pierde ese tono juguetón y me da una sonrisa honesta.

—Estoy feliz por ti, Artemis.

—Gracias —le respondo—. Ahora vete a trabajar.

—Como lo ordene, Gerente ejecutivo. Por cierto, trata de no salir mucho de la oficina hoy. La picada de mosquito llamará mucho la atención.

Él me guiñe el ojo, recoge sus bolsas de hielo y se va.

En estos momentos, desearía que mi rostro no estuviera en tanta publicidad de la compañía. Me hace imposible pasar desapercibido entre mis trabajadores, todo el mundo sabe que soy el Director Ejecutivo de este lugar y huyen despavoridos o se esfuerzan en lucir perfectos, trabajando al 100%, creo que ni respiran cuando me ven.

Mi idea al salir de mi oficina en la tarde era ir al departamento de Marketing donde Claudia está haciendo las pasantías y observarla un rato desde la distancia. Ahora sé que es imposible, ni siquiera he llegado a su piso y ya he dejado un camino de trabajadores petrificados y silenciosos.

Yo no luzco aterrador, ¿o sí?

Soy menor que muchos de ellos, ¿Por qué me temerían?

Se que soy la máxima autoridad en la empresa, pero he reducido el índice de despidos a casi 80% desde que me la entregó mi padre. Su estabilidad laboral está en su mejor momento, entonces, ¿Qué es?

¿Me perciben como Iceberg? Pienso en esa palabra usada por Claudia, la cual no tiene sentido, ella es una de las pocas personas que sabe lo cálido que puedo ser. Me doy por vencido y ya que estoy en el departamento de finanzas, decido pasar a ver a Alex. Tal vez a él se le ocurre una idea.

Sin embargo, me detengo cuando veo a su secretaria, una joven de rostro aniñado, cabello ondulado y figura rellenita, aplicándose labial y acomodando su cabello antes de entrar a la oficina de Alex.

Creo que mi mejor amigo es el amor platónico de su secretaria. Qué cliché eres, Alex.

Sigo en mi caminata de la derrota de vuelta a mi oficina.

Me despierta el sonido de mi celular, aprieto mis ojos con mi pulgar y mi índice antes de abrirlos, la oscuridad ya ha invadido mi oficina, ¿Cuándo me quedé dormido?

Estiro mi mano y alcanzo mi celular el cual sigue repicando insistente. Termino de despertarme cuando veo el nombre de Claudia en la pantalla, es la primera vez que me llama.

—¿Aló?

—¡Iceberrrrrg! —grita contra mi oído, obligándome a apartar el celular un poco.

—¿Claudia?

Risas femeninas, susurros y música extraña de fondo.

—Iceberg, creo —susurra como si fuera un secreto de estado—… que estoy borracha —suelta una risita.

—Claudia, ¿Dónde estás?

—Relájate un poco, suéltate, Artemis, ¿no te cansas de estar tenso toooodoooo el tiempo?

—Claudia —menciono su nombre con dureza—, ¿Dónde estás?

—En — se tarda en completar esa oración—… la calle.

—¿En qué calle?

—La calle de los bares de la ciudad —otra chica comenta algo de las luces en el fondo y Claudia se ríe—. Intenté entrar a tu bar, pero me dijeron que solo personas V.I.P. Te odio, ¿Para que tienes un bar sino dejas entrar a la gente? Artemis malo.

Me pongo de pie, recogiendo la chaqueta de mi traje de un lado de mi escritorio.

—Voy para allá, no te muevas de ahí.

Ella bufa exageradamente.

—Incluso si me quedo quieta, todo se mueve.

Nunca la he visto borracha, ella siempre se ha controlado tanto.

—Quédate ahí. Claudia, que… —ella me cuelga y nunca en mi vida he salido tan rápido del edificio de la compañía.

Llamo de inmediato al jefe de seguridad del bar.

—¿Señor?

—El portero de esta noche, ponlo al teléfono.

—De inmediato.

—Hablo Peter, señor —me dice el portero unos segundos después.

—Peter, una chica pelirroja intentó entrar al bar hace unos minutos, ¿La viste?

Me subo en el auto.

—Si, señor, pero no tenían entrada por eso…

—Lo sé, ¿La ves en estos momentos? Sigue en la calle de los bares, ¿Puedes buscarla y llevarla al bar, por favor? Voy en camino.

—Lo intentaré, señor, hay mucha gente en la calle ahora.

—De acuerdo, gracias.

Manejo tan rápido como puedo dentro de los límites de velocidad permitidos, la calle de los bares no es tan lejos pero el tráfico es increíble a esta hora. Se que puede que este exagerando, yo sé que Claudia es una mujer que sabe cuidarse, pero no puedo evitarlo, ¿Cómo no preocuparme cuando ella me importa tanto?

Estaciono frente al bar, y de inmediato veo a Peter, quien sabe la pregunta que voy hacerle y me responde al instante.

—Están dentro, señor, sala V.I.P.

Dejo salir un suspiro de alivio.

Me adentro en el bar que está a full como de costumbre y subo las escaleras para llegar a la zona V.I.P. Cuando la veo, el alivio me hace relajar mis hombros, está bien, esta salvo.

Claudia está en medio de dos chicos que me parecen conocidos y hay una chica a un lado de ellos, ¿Dónde los he visto antes?

—¡Iceberg! —Claudia me grita cuando me ve, y me acerco a ellos quienes intentan ponerse serios—. Viniste.

Siempre, tonta.

Los ojos de Claudia brillan y me da una sonrisa que la hace ver tan adorable que quiero secuestrarla y apartarla del mundo, que sonría así solo para mí.

La chica se pone de pie y se tambalea hacia mí.

—Creo que Claudia ha bebido un poco demás.

—¿Eso es lo que crees?

Los chicos también se ponen de pie.

—Bueno, ya ha llegado tu príncipe frío del que has estado hablando toda la noche, nosotros nos vamos —ellos toman de la mano a la chica—. Vamos, Gin. Claudia estará bien.

—¿La cuidarás? —Gin me pregunta y yo asiento.

Me da una palmada en la espalda.

—Buen chico.

Se van y mi atención vuelve a la pelirroja borracha sentada a unos pasos de mí, Claudia está cubriendo su boca, soltando risitas.

—¿Estoy en problemas?

Me siento a su lado.

—No tienes ni idea.

—¿Me merezco unas nalgadas? —pregunta, sonrojándose.

—¿Quieres unas nalgadas?

—De ti, quiero todo.

Calor invade mi cuello, baja por mi pecho hasta mi abdomen ante sus palabras. Sacudo mi cabeza, esta borracha.

—Vámonos a casa.

Ella toma mi rostro entre sus manos.

—Eres tan guapo.

No puedo aguantar una sonrisa.

—Gracias.

Ella libera mi rostro para pasar su dedo índice por el contorno de mi cara, luego mis labios, y mi nariz.

—Solo tenerte así a mi lado es suficiente para excitarme.

Ella se inclina para besarme y yo me pongo de pie, levantándola conmigo.

—Vamos —le digo antes de que me cause una erección en pleno bar.

La agarro de la cintura, bajando las escaleras con ella. Se tropieza varias veces, pero la sostengo, manteniéndola a mi lado en todo momento.

En el auto, le pongo el cinturón antes de entrar en el puesto de conductor y comenzar a manejar.

Claudia suspira.

—Estoy feliz.

Le echo un vistazo rápido, como me llena escuchar eso.

Ella mueve sus manos en el aire mientras habla.

—Siempre tengo todo estructurado, bajo control, nunca bebo más allá de sentirme un poco feliz, nunca me he emborrachado. Pero hoy... dije... a la mierda todo. Hoy desperté al lado del hombre que he querido toda mi vida, tuve un buen día en el trabajo, mi jefa me felicitó delante de todos, así que, ¿Por qué no emborracharme? Yo también tengo derecho a perder el control.

Lo sé.

—Es agotador —admite en un susurro—… tener todo controlado es tan... agotador. Tengo 20 años, no cuarenta, y siempre he vivido con tanta precaución, pero estoy —su voz se rompe—… tan cansada —suelta una risa triste—… así que hoy me emborraché y no me importa hacer el ridículo, nunca he hecho el ridículo así que una vez en la vida no es nada, ¿no?

—No es nada —le digo, y extiendo mi mano para tomar la suya—. Puedes hacer lo que quieras, yo me ocuparé de cuidarte, ya no estás sola, Claudia, estoy aquí, puedes dejar un poco de ese peso sobre mí.

—Eres tan adorable —me agarra de ambas mejillas, apretándolas antes de enderezarse en su asiento.

Al llegar a la casa, dudo que ella pueda caminar sin hacer mucho ruido y podría despertar a todos, en especial, a su mamá y esa no es una buena idea. Así que la cargo en mis brazos y ella sigue riendo por lo bajito.

—Todo un caballero —entierra su cara en mi pecho—. Hueles tan bien.

Paso la sala para dirigirme al pasillo del cuarto de huéspedes, porque no creo que quiera dormir con su madre así.

—No —ella se agarra de mi camisa—. Quiero dormir contigo, por favor, me gusta despertarme junto a ti.

Mierda, esta mujer me va a derretir el corazón.

—Prometo no seducirte —murmura y no puedo evitar sonreír.

La llevo a mi habitación y la acuesto en mi cama, cubriéndola con mis sabanas. Ella se sienta, inquieta y sé que será difícil hacer que se duerma. Me quito la chaqueta, la camisa y los pantalones, quedando solo en bóxers y le doy la vuelta a la cama para sentarme a su lado bajo las sabanas.

Claudia observa mis abdominales descaradamente.

—Mis ojos están aquí arriba, Claudia.

Ella se muerde el labio inferior.

—¿Te puedo contar un secreto?

—Seguro.

—Me encanta tu pene.

Me ahogo con mi propia saliva, tosiendo y golpeando mi pecho. No sé qué decir y Claudia se tapa la cara con la almohada.

Le quito la almohada de la cara.

—Cuéntame más.

Ella menea la cabeza. Esto es más divertido de lo que pensé, es como si el alcohol le quitara todos esos filtros y autocontrol tan fuerte que tiene. Ella se acerca a mí, abrazándome de lado, su cara en mi cuello.

—Siempre has sido tú, Artemis, siempre —ella susurra, su voz sobre mi piel haciéndome cosquillas—. Si no fuera por ella habríamos estado juntos hace tanto tiempo.

Arrugo mis cejas confundido, ¿Por ella? ¿Cristina?

—Ese 4 de Julio fui tan feliz a tu lado, quería que ese fuera el primer 4 de Julio de muchos que pasáramos juntos.

Pero me rechazó ese día, ¿De qué está hablando? Eso me recuerda algo sobre lo que he tenido curiosidad.

—Todavía tienes al cerdito que ganamos en la feria ese día —digo, recordando que lo vi en su mesita de noche—. ¿Por qué?

—Porque quería estar contigo, idiota, siempre he querido estar contigo.

—Pero ese día tú... me rechazaste —me duele decirlo.

Ella bosteza y yo espero una explicación.

—¿Claudia?

—No te rechacé porque quería, tenía que hacerlo.

Me inclino hacia adelante, sentándome derecho y tomo su rostro con ambas manos, forzándola a mirarme.

—¿De qué estás hablando?

Sus ojos están ligeramente cerrados.

—Tu mamá —ella comienza, su voz, un susurro—… ella me amenazó, me dijo que, si no te rechazaba y me alejaba de ti, ella nos correría a mí y a mamá de la casa.

Mi sangre hierve en mis venas y aprieto mi mandíbula.

—No podía permitir eso, Artemis, mamá y yo no podíamos terminar en la calle de nuevo. Tú lo entiendes, ¿verdad?

La jalo hacia mí y la abrazo, por supuesto que la entiendo, su madre lo es todo para ella, jamás me enojaría porque la escogiera por encima de mí. Estoy furioso, pero no con ella si no con el hecho de que ella nunca debió tener que elegir en primer lugar y que mi madre la haya puesto en esa situación me revuelve el estómago.

Y todo cobra sentido, siempre sentí que le gustaba tanto a Claudia como ella a mí, por eso ese rechazo aquella noche me impactó tanto, no entendía como pude equivocarme cuando se había hecho tan obvio que yo le gustaba. Yo de verdad le gustaba, pero fue la intervención de mi madre lo que arruinó todo.

¿Cuántas cosas más tienes que arruinar para nosotros, madre? ¿Te importamos en lo absoluto? Mañana, va a escucharme.

Claudia suspira, quedándose dormida en mis brazos y beso un lado de su cabeza. Supongo que estamos destinados a estar juntos, porque a pesar de los obstáculos y del tiempo, ella está aquí en mis brazos donde pertenece.

Capítulo 28:

"¿Cómo no querer a este hombre?"

Claudia

Ligeros golpes sobre madera me despiertan.

Abro mis ojos, esperando ver el techo de mi habitación y arrugo mis cejas cuando me doy cuenta que no lo es. Mi cabeza palpita dolorosamente y me siento de golpe, evaluando mis alrededores.

La habitación de Artemis...

Espera... ¿Cómo...?

—¿Artemis, estas ahí? Voy a pasar.

La voz de Apolo al otro lado de la puerta me hace maldecir por lo bajo y apenas me da tiempo de tirarme por un lado de la cama y esconderme detrás de la misma. Por debajo de la cama, puedo ver los pies de Apolo en la puerta abierta.

—Qué raro, pensé que estaba aquí.

Apolo se va, cierra la puerta y yo dejo salir una bocanada de aire inmensa, poniéndome de pie. Sin embargo, el menor de los Hidalgo parece recordar algo y vuelve a abrir la puerta encontrándome ahí congelada.

Los pequeños ojos café de Apolo se abren ligeramente, su boca formando una 'O'

Me aclaro la garganta, estoy segura de que mi cabello es un desastre y que luzco recién levantada. Es obvio que dormí aquí.

—Buenos días —le saludo con la mano, incomoda.

Apolo sale de su sorpresa, pasándose la mano por su cabello mojado, acaba de ducharse, lleva puesta una franela blanca y jeans, la toalla alrededor de su cuello.

—Buenos... días... yo... —él tose un poco—. Necesitaba preguntarle algo a Artemis.

—Ah, él debe estar abajo o ya se debe haber ido al trabajo.

No tengo ni idea de qué hora es, pero si Apolo aún está aquí y no en la preparatoria, eso quiere decir que es temprano.

—Entonces... iré... abajo.

—Ok.

—Ok.

Nos quedamos en silencio un momento y Apolo me da una sonrisa de boca cerrada antes de irse. Me agarro el cabello dramáticamente y caigo hacia atrás en la cama, ¿Cómo terminé aquí? *Piensa, Claudia, piensa.*

Salí con Gin, Jon y Miguel a celebrar mi buen día.

Luego, muchos tragos de vodka.

Luego, tequila.

Y ahí es donde mis recuerdos comienzan a ser borrosos.

Me esfuerzo por recordar todo pero cada vez que un recuerdo llega a mí, es más vergonzoso que el anterior: Artemis buscándome en su bar, trayéndome a casa. Dios, las cosas que le dije.

—¿Me merezco unas nalgadas?

—¿Quieres unas nalgadas?

—De ti, quiero todo.

La sangre se apresura a mis mejillas de inmediato.

Solo tenerte así a mi lado es suficiente para excitarme.

Me cubro la cara, gruñendo en frustración, ¿Es que me he vuelto loca?

—¿Te puedo contar un secreto?

—Seguro.

—Me encanta tu pene.

¡Por Dios santo, Claudia! ¿Cómo voy a mirar a Artemis a la cara después de haberle dicho todo eso? Aunque estuviera siendo honesta, esas eran cosas que me guardaba en lo más profundo de mi ser. Al parecer, mi profundidad solo está a unos cuantos tragos de vodka y tequila.

Salgo de la habitación de Artemis, peinando mi cabello con los dedos en un intento de lucir decente. Me encuentro de frente con la enfermera del abuelo Hidalgo, cargando una bandeja de desayuno para él.

Ella alza una ceja, disimulando una sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días —le devuelvo la sonrisa, con la cabeza baja.

¿Es que me voy a encontrar a todo el mundo?

Bajo las escaleras rápidamente, rezando para no encontrarme a más nadie y suspiro de alivio al llegar a mi habitación. Sin embargo, cuando abro la puerta, me quedo paralizada ahí.

Artemis está sentando frente a la cama de mi madre, riéndose con algo que ella dijo. Él lleva puesto uno de sus trajes usuales, su cabello peinado hacia atrás, revelando ese rostro tan bien hecho que tiene. Mi madre tiene una bandeja de comida frente a ella.

¿Le ha traído el desayuno?

Mi corazón se calienta ante el gesto. Tal vez él pensó que me levantaría más tarde y quería asegurarse de que mi madre tuviera comida si ese era el caso antes de irse a trabajar.

¿Cómo no querer a este hombre?

—¡Clau! —mi madre me ojea, confundida—. Te ves...

Artemis se gira para echarme un vistazo por encima del hombro. Una leve sonrisa se forma en sus labios.

—Buenos días.

—Artemis me ha dicho que tuviste unos tragos de más anoche y que dormiste en el cuarto de huéspedes. ¿Estás bien?

Artemis se lame los labios, disimulando su sonrisa burlona. Dios, no puedo mirarlo a la cara así que me enfoco en mi madre.

—Si, iré a darme una ducha —les digo, cerrando la puerta y tomando una respiración profunda antes de irme al baño.

Ya bañada y con ropa fresca, me dirijo a la cocina, donde me encuentro a Artemis colocando la bandeja de desayuno que tenía mi madre.

Actúa natural, Claudia. Finge demencia.

Le paso por un lado y me sirvo un vaso de agua bien fría con la esperanza de que el desastre que es mi estomago mejore, ¿Por qué bebí de esa forma? ¿Por qué?

—Estas muy callada —el hilo de diversión en el tono de voz de Artemis no pasa desapercibido.

Me tomo mi agua y pongo el vaso a un lado, mis ojos en todos lados, menos en él.

—Bueno —me dice, acercándose a mí, el olor de su colonia llegando a mi nariz—, tengo que irme a trabajar, ¿no vas a despedirte de mí?

Le doy una sonrisa nerviosa y él alza una ceja.

—¿Tu siendo inquieta y nerviosa a mi alrededor? —él se inclina sobre mí y yo retrocedo un poco—. Eso no es algo que tu hagas a menos que... recuerdes todo lo que me dijiste anoche y estés avergonzada.

—No sé de qué estás hablando.

Artemis aprieta sus labios, pero las esquinas de los mismos se curvean hacia arriba y lo delatan, está evitando no reírse.

—¿Ah no? —él se acerca aún más y doy otro paso atrás hasta que lo bajo de mi espalda choca con el mesón detrás de mí. No hay donde huir—. ¿Debería refrescarte la memoria?

—No, gracias.

Él se ríe un poco, su mano tomando mi mentón con gentileza. La luz del sol mañanero colándose por la ventana se refleja en sus ojos, el color café de los mismos luciendo tan claro.

—Tengo que irme —él ladea su cabeza y cierra el espacio entre nosotros, en el momento en el que sus labios rozan los míos, me derrito.

Artemis me besa con suavidad, sus labios presionando, rozando contra los míos, acelerando mi corazón y mi respiración.

Me agarro de la chaqueta de su traje, respondiéndole el beso. Artemis envuelve sus manos a mi alrededor, apretándome contra él. Nuestros labios aceleran su ritmo, el beso volviéndose húmedo y apasionado. El recuerdo de lo rico que él se siente dentro de mí, calentando mi cuerpo.

Quiero volver a sentirlo.

Todo de él.

Nuestras respiraciones apresuradas se escuchan claramente en la pequeña cocina mientras nos besamos como si no hubiera un mañana. Artemis me presiona aún más contra él y puedo sentir lo duro que se está poniendo contra mi abdomen.

—¿Qué mierdas es esto? —nunca me he despegado de alguien tan rápido. Empujo a Artemis con tanta fuerza que él retrocede dos pasos.

Sofia Hidalgo está en la puerta de la cocina en unos de sus ajustados vestidos negros. Su cara esta roja, sus puños a sus costados, sus ojos llenos de furia sobre mí.

Debo admitir que este momento, le temo un poco.

—¿Qué carajos significa esto, Artemis? —su pregunta queda en el aire mientras ella camina hacia mí, furiosa—. ¡Perra aprovechada!

Todo pasa tan rápido que apenas reacciono cuando mi cara esta volteada a un lado de la bofetada tan fuerte que me ha dado. Mi mejilla arde.

Sofia me agarra del pelo, pero antes de que pueda arrastrarme, Artemis toma su muñeca y la despega de mí, metiéndose entre las dos.

—¡No! ¡Qué sea la última vez que pones tus manos sobre ella y que la insultas!

La frialdad en la voz de Artemis es una que no he escuchado en mucho tiempo.

Sofia bufa, indignada.

—Por supuesto que la defiendes, debe tenerte hechizado con su coño joven como la perra arpía que es.

Es mi turno para hacer un lado a Artemis y abofetearla con todas las ganas.

—¡Pero como te atreves! —sostiene su mejilla—. Será mejor que tu madre y tu recojan sus cosas, ¡Se largan ya de mi casa!

—Basta —la voz de Artemis es un susurro, y sé que está furioso.

Artemis es de los que se calman fríamente antes de explotar.

Sofia lo ignora.

—¿Qué esperas? ¡Lárgate! Te dimos un techo y te atreviste a enredarte con mi hijo, supongo que una vez que eres de la calle, no hay nada que te quite la suciedad.

—Para.

—Es que con la madre…

—¡Cállate, maldita sea! —el grito de Artemis es ensordecedor—. Ni ella ni su madre van a ninguna parte, ¿te has vuelto loca? ¿Con qué moral vienes a reclamar? ¿A hacer escándalo?

—¿Qué es lo que pasa? —el señor Juan llega, alarmado, probablemente escucho el grito de Artemis, seguido de Apolo quien nos ojea, preocupado.

—¡Juan, ella me ha pegado! —Sofia me señala—. Ha revelado sus verdaderos colores, está detrás de nuestro hijo, ella y su madre tienen que irse.

Juan permanece en silencio, tratando de entender lo que pasa.

—¿Ellas tienen que irse? —Artemis dice entre dientes—. ¿Cómo hace cinco años, madre? ¿Cuándo amenazaste a Claudia para que me rechazara?

Dejo de respirar, ¿Le conté eso borracha?

—¿De qué estás hablando? —Sofia luce acorralada.

Artemis mira a su padre.

—¿Tú sabías de eso? —Juan menea la cabeza, y Artemis vuelve a mirar a su madre.

—Artemis, no sé qué mentiras te dijo esa mujer, pero yo…

—¡Cállate! —sus hombros bajan y suben con cada respiración enojada que toma.

—¡No te permito que me hables así! ¡Soy tu madre! ¡Me debes respeto!

—¡A la puta mierda el respeto! Tú nunca has respetado esta familia, ni a mi padre ni a mis hermanos. Tú lo único que has hecho es joder esta familia, ¡¿Por qué?! —Artemis se acerca a ella con pasos enojados—. ¡¿Por qué?!

Juan da un paso al frente.

—Artemis, necesitamos calmarnos.

—No —Artemis gruñe, sus ojos enrojeciéndose—. No me puedo callar más, no puedo dejarlo pasar más. Tú —su voz se rompe ligeramente—… tú me has quitado tanto, por tu culpa tuve que tomar un rol que no quería porque no podía dejar solo a mi padre, no después de todo lo que él sufría por tu culpa. Y ahora me entero que me quitaste hasta la chica que siempre me gustó, ¿Qué es lo que hemos hecho para que nos quieras hacer tan infelices?

Sofia aprieta sus labios, lágrimas rodando por sus mejillas.

—Yo solo estoy diciendo lo que aquí en esta casa nadie se ha atrevido a decir hasta ahora —él respira pesadamente—. Solo estoy diciendo la verdad, ¿Por qué nunca hemos sido suficiente para ti? ¡¿Por qué?! ¿Por qué has tenido que buscar algo más en otros hombros? Si eso querías, ¿Por qué no dejaste a mi padre para que pudiera rehacer su vida? ¿Por qué nos condenaste a años de verlo ahogarse en dolor hasta el punto que se volvió alguien tan frío que no lo reconocía?

Los ojos de Apolo se llenan de lágrimas y aparta la mirada.

Mi pecho se aprieta, el dolor y la frustración en la voz de Artemis es tan palpable.

—¿Por qué, mamá?

Y ahí en frente de casi toda su familia, dos lágrimas gruesas rodaron por las mejillas de Artemis, nunca lo he visto tan vulnerable, es como si por primera vez estuviera exponiendo su tristeza, lo difícil que ha sido para él.

Los ojos de Juan también se han enrojecido, probablemente dándose cuenta de lo mucho que sus hijos han sufrido en silencio.

—Artemis... —Juan empieza, pero Artemis alza su mano deteniéndolo, sus ojos fijos sobre su madre.

—¡Respóndeme! —él exclama, limpiando sus lágrimas—. ¿Por qué? ¿Alguna vez te hemos importado?

Sofia agacha la cabeza, llorando.

—¡Qué me respondas!

Yo doy un paso hacia él y tomo su brazo.

—Artemis.

Él me mira por encima del hombro, la rabia en sus ojos debilitándose ligeramente. Me recuerda a aquella vez que encontró a su madre con otro hombre y que casi lo mata a golpes.

Agarré su muñeca, deteniéndolo.

—Es suficiente.

Entrelacé sus dedos con los míos.

—Está bien, ya está bien, vamos —él meneo la cabeza, y le doy una sonrisa triste—. Por favor.

Recuerdo eso claramente como si fuera ayer, la rabia que él emana tan parecida. Así que bajo mi mano y la entrelazo con la suya, dándole una sonrisa triste.

—Es suficiente.

Me lo llevo de ahí, ambos agarrados de la mano, el silencio es cegador, ni siquiera la señora Sofia protesta o me insulta por ir de la mano con su hijo. Esta mañana, esta conversación ha sido un despertar para esta familia.

Artemis no tenía ni idea de lo mucho que sus palabras cambiarían las cosas. A veces, solo se necesita que alguien diga las verdades bien alto para crear un cambio.

Observo por encima de mi hombro a Artemis seguirme, su mirada triste y su mano apretando la mía como si tuviera miedo de perderse si le soltaba.

Ay, mi Iceberg, has pasado por mucho, pero no te preocupes las cosas van a cambiar, y estaré a tu lado para hacerte tan feliz que podrás sobrescribir momentos de felicidad sobre esos dolorosos.

Capítulo 29:

"¿Enamorada yo? ¿De ese Iceberg?"

Claudia

—Quiero estar solo.

La petición no me sorprende en lo más mínimo, esa suele ser la reacción de Artemis cuando pasa por algo emocionalmente difícil. Fue lo mismo aquel día que descubrió lo de su madre con el otro hombre, después de que curé sus heridas, me pidió lo mismo.

"Déjame solo."

Supongo que hay cosas que no cambian.

Una parte de mi quiere quedarse, quiere abrazarlo y susurrarle cosas positivas al oído, pero lo conozco, él necesita tiempo a solas para asimilar todo lo que acaba de pasar, todo lo que le ha dicho a su madre frente a toda su familia. Se que cuando ya lo haya procesado todo, vendrá a mí, fue así hace tanto tiempo y no será diferente ahora.

Sin embargo, le debo un intento, solo por si acaso él ha cambiado durante estos pasados años.

Estamos en el estudio de su padre así que me siento a su lado en el sofá.

—Artemis.

—No —él sacude la cabeza, sin mirarme.

Y esa es mi respuesta.

Él necesita su tiempo a solas y no me molesta que así sea, yo también he tenido momentos en la vida donde necesito el silencio de la soledad para asimilar muchas cosas.

—De acuerdo —le digo, poniéndome de pie—. Estaré en mi habitación.

Él sabe que puede venir a mi cuando esté listo.

—Me iré al trabajo en unos minutos —me informa—, nos vemos en la noche.

La frialdad de su tono no es algo que me sorprenda, pero tampoco me agrada. Cuando se siente vulnerable de alguna forma, sus helados muros defensivos salen a la luz. Y no creo que sea algo que él sepa que hace, le sale muy natural.

No digo nada, y camino a la puerta, le echo un último vistazo por encima de mi hombro, él sigue sentando, en su traje perfecto inclinando hacia adelante ligeramente, sus codos

sobre sus rodillas, sus manos masajeando su cara, su expresión una mezcla de frialdad y dolor. Por un segundo, debato entre volver ahí y abrazarlo, pero decido respetar su petición.

Al salir de ahí, me encuentro a Apolo en la sala, sentado en uno de los sofás de la misma forma que su hermano, incluso masajeando su rostro de manera similar. Supongo que son hermanos después de todo.

Me parte el alma ver lo rojo que están sus ojos, y la tristeza que contrae su tierno rostro. Él me ve, pero no dice nada. Suspirando, me siento a su lado y su reacción inmediata es girarse hacia mí y abrazarme.

—No tenía ni idea —susurra contra mi cuello—… no sabía... de verdad, yo...

Nos separamos y el color café de sus ojos se identifica por sus recientes lágrimas.

—¿De qué estás hablando?

Él tuerce sus labios antes de lamerlos como si intentara calmar sus ganas de llorar.

—No sabía que él había sufrido tanto.

Se que se refiere a Artemis.

—Apolo...

—No, yo siempre... pensé que él era un idiota frío porque si, que de verdad quería todo el poder sobre la empresa de mi padre. Solo asumí... —él aparta la mirada—. No sabía el dolor de mi propio hermano, Claudia.

Abro la boca para decirle algo, pero él sigue.

—¿Qué clase de hermano soy? Él ha vivido con toda esa frustración, apoyando a mi padre al cien por ciento, le ayudó a levantarse y, ¿Qué hice yo? Juzgarlo y verlo de mala forma.

—Apolo —tomo su rostro entre mis manos—. No has hecho nada malo, por favor, no te culpes de nada. Toda esta situación fue muy jodida y si, hirió de muchas formas a tu hermano, pero eso no es tu culpa. Las malas decisiones de los demás —le digo, pensando en su madre—, y lo que resulte de ellas, no son ni serán jamás tu culpa.

—¿Crees que él me guarda rencor?

—Todo lo contrario, creo que él los quiere tanto que esa ha sido su mayor motivación para aguantar todo el peso de la promesa a su padre, solo para que ni tú, ni Ares tuvieran que cargar con eso.

—¿Quién le dijo a ese idiota que tenía que sacrificarse por nosotros? —pregunta y yo suelto su rostro.

Apolo se limpia las lágrimas.

—No lo sé —bromeo, tratando de aliviar el ambiente de tristeza—… nos ha engañado a todos con su fachada Iceberg cuando en realidad, es tan considerado que raya en lo absurdo.

Eso hace sonreír a Apolo e ilumina ese pequeño rostro enrojecido por las lágrimas.

—No nos ha engañado a todos —Apolo mantiene su sonrisa—. A ti no te ha engañado, siempre lo has visto claramente, es por eso... ¿Qué te has enamorado de él?

—¿Enamorada yo? ¿De ese Iceberg?

—Supongo que ahora lo entiendo —se pasa las manos por el cabello—. Antes te creía loca por quererlo cuando en realidad eras la única que podía ver a través de él.

No digo nada, sus palabras rondando mi mente. Y sé que tiene razón, mientras crecíamos noté lo diferente que Artemis era conmigo en comparación con otras personas. Incluso antes de que pasara lo de su madre, él era muy cerrado, no hablaba con todo el mundo y siempre me sorprendía ver la diferencia a como se comportaba conmigo y como lo hacía con los demás.

Tal vez el hecho de que yo era una niña de la calle despertó su lado tierno y protector cuando llegue a esta casa. Aún recuerdo el día que él descubrió mis pesadillas y como caminaba dormida.

Apenas llevaba dos semanas viviendo en la casa Hidalgo cuando tuve mi primera pesadilla y caminé dormida. Temblaba, lágrimas resbaladizas en mis mejillas, estaba descalza, de pie, en medio de la cocina. Había intentado salir de la casa, pero Artemis, quien había venido por un vaso de leche, me había detenido y despertado.

Él estaba de pie frente a mí, mechones de su cabello apuntando diferentes direcciones porque se había levantado en medio de la noche, lo hinchado de sus pequeños ojos lo comprobaba. Su pijama era de una sola pieza y azul con un cierre a la mitad.

Artemis se me quedó mirando, luciendo tan confundido como yo con lo que acababa de pasar. Éramos unos niños sin mucho conocimiento sobre caminar dormido o pesadillas tan vividas.

Sin embargo, por alguna razón, él sabía lo que necesitaba así que me dio una gran sonrisa.

—No llores —dio un paso hacia mi—, ya estas a salvo.

Él no sabía lo mucho que esas palabras significaban para mí, incluso siendo una niña, siempre fue tan difícil sentirme a salvo, sin peligros, sin hombres malos atacando a mi mamá, amenazándome o golpeándome cuando no la encontraban.

Me limpié las lágrimas rápidamente.

Artemis agarro la capucha de su pijama y la jalo hasta que quedó sobre su cabeza, eran dos orejitas de gato.

—Yo protegeré —me prometió—, soy super gato.

Eso me hizo sonreír porque no era algo que esperaba ver de él, en los días que había estado en la casa, siempre lo veía solo, sin interactuar mucho con los demás. Esta versión sonriente y alegre de él era algo nuevo, quizás él solo sabía que eso era lo que necesitaba.

—¿Super gato?

Él asintió.

—Si, y te protegeré así ya no llores más, ¿ok?

—No quiero cerrar los ojos de nuevo, tengo miedo.

—¿Quieres que te lea un cuento?

Asentí tímidamente. Cualquier cosa era mejor que volver a dormirme y soñar cosas feas.

Fuimos a la sala y en el sofá, Artemis encendió una lampara al lado del mismo y trajo sabanas y almohadas de un closet en el pasillo. Envueltos en sábanas, Artemis se sentó a mi lado y comenzó a leerme. Él sonaba tan entusiasmado con la historia, haciendo todas las voces que no me quedó más remedio que olvidarme de mis pesadillas.

Y me quedé dormida, ahí con mi cabeza sobre su hombro.

Él siempre estuvo ahí para ayudar con mis pesadillas, mi superhéroe personal: Super gato.

La nostalgia y el agradecimiento que me invaden me dejan sin aliento. Creo que el apoyo que Artemis me dio desde que éramos solo un par de niños ha sido una parte crucial de mi vida. Y siento la necesidad de devolverle algo de eso.

Le doy otro abrazo a Apolo y beso su mejilla.

—Eres un chico increíble, ¿de acuerdo?

Él asiente.

Me levanto y vuelvo al estudio, Artemis no me mira cuando entro y cierro la puerta detrás de mí. Recojo una silla a un lado del estudio y la pongo frente a él, sentándome de forma que estemos frente a frente. Él tiene sus manos sobre su cara y pongo las mías sobre ellas, bajándolas. Su rostro aún porta ese semblante herido y me sorprende lo atractivo que se ve a pesar de eso.

—Claudia, te dije que…

—Shhh —le interrumpo.

—¿Qué estás haciendo?

Mi mente viaja a todas esas veces que él hizo esto mismo por mí.

—Creando un espacio.

Sus ojos se abren ligeramente.

—Este es tu espacio, Artemis.

Él no dice nada así que continuo.

—Si quieres que me quede callada y solo sostenga tu mano, lo haré. Si quieres decírmelo todo, también puedes hacerlo. Pero estoy aquí para ti, como tú lo has estado tantas veces para mí. Deja de creer que tienes que lidiar con todo tu solo, que todo el peso esta sobre tus hombros. Yo —aprieto sus manos entre las mías—… estoy aquí.

Él deja salir una larga respiración como si algo muy pesado estuviera sobre él.

—Yo... nunca he sentido que tengo derecho a esto —sus ojos sobre nuestras manos entrelazadas—, a sentirme mal, a decir lo que siento. No me preguntes la razón, no la sé. Tal vez, callar es el camino más fácil cuando no quieres lastimar a las personas que te importan.

—No es el mejor camino cuando esas personas te hacen daño a ti.

—Si lo es, y tú lo sabes —me dice con una sonrisa triste—. Ella es mi mamá, Claudia. Quisiera decir que la odio porque sé que no es una buena persona, pero no puedo, incluso después de decirle todas esas cosas en la cocina que, aunque sé que son ciertas, me siento mal por herirla con mis palabras porque la quiero mucho.

—Y eso está bien, Artemis, tienes un alma muy noble y no hay nada de malo con eso, pero no puedes guardarte todo siempre, no es saludable para ti. Recuerda que este es tu espacio, puedes decirme lo que quieras y no lo mencionaré de nuevo, haremos como que nunca pasó, ¿Qué sientes, Artemis?

Y es como si esa pregunta lo quebrara, rajara la superficie de ese lugar en el que guarda todas las cosas. Sus ojos se enrojecen y él respira profundo.

—Estoy tan cansado, Claudia —sus labios tiemblan—. Ha sido muy difícil, estudiar 5 años algo que no me interesaba, levantarme para cada clase, sacar buenas notas, y luego asumir semejante responsabilidad en la empresa —él pausa, sus manos apretando las mías—. No sabes lo difícil que es levantarme cada día y tener que trabajar en algo que jamás quise. Me siento tan frustrado y luego me siento mal por sentirme así porque mi padre me necesitaba y no quiero arrepentirme de las decisiones que tomé por él porque es mi padre y también lo quiero.

—Yo entiendo que los quieras, pero, ¿Qué hay de ti? Tu amor por ellos no puede ir por encima de ti.

—Lo hago inconscientemente, las personas que quiero son mi prioridad.

—Si no puedes hacer de ti mismo tu prioridad entonces serás la mía. Tu bienestar es lo más importante para mí. Ya no más, Artemis. Ya tu padre te ha liberado de muchas cosas de la empresa, solo entrena a la persona que estará al mando cuando te vayas y serás libre —le digo con una sonrisa—. Podrás a hacer lo que te de la regalada gana y yo estaré ahí para ver que así sea, ¿de acuerdo?

Artemis suelta mis manos para acariciar mi mejilla, sus ojos encontrando los míos. Él se acerca lentamente y me besa con delicadeza, es un beso lento pero lleno de tanta emoción que mi corazón se desboca y aprieto mis manos sobre mi regazo. Su ligera barba roza mi piel mientras sus labios rozan los míos con suavidad.

Cuando nos separamos, él descansa su frente sobre la mía y abro mis ojos lentamente para ahogarme en la intensidad de los suyos. Su voz es un susurro.

—Para mí, siempre has sido tu —sus palabras calientan mi corazón—. Te amo, Claudia.

Y ahí en su espacio, Artemis Hidalgo me corta la respiración.

Capítulo 30:

"¿Estás coqueteando conmigo, Artemis?"

Artemis

Claudia no me respondió.

Ella no me dijo que también me amaba cuando lo dije y no me di cuenta lo mucho que esperaba que lo dijera y lo mucho que me importaba eso hasta que no lo dijo.

Con increíble exactitud, recuerdo como su pequeño rostro se estiró en sorpresa, como sus labios se abrieron ligeramente pero aun así nada salió de su boca y en ese preciso momento, Apolo tocó la puerta para decirle que su madre estaba preguntando por ella.

Y así se fue, desapareciendo de mi vista después de haberle dicho que la amaba.

Le doy vuelta al lapicero en mis manos, estoy en mi oficina, pero mi mente sigue repitiendo esa escena en mi cabeza una y otra vez. Una parte de mi se alegra de que mis pensamientos estén enfocados en eso y no sobre la discusión que tuve con mi madre.

Me paso la mano por la cara, acariciando mi ligera barba y suspiro, echándole un ojo a los papeles frente a mí. Tengo tantas cosas que dejar preparadas antes de irme de la empresa, quisiera que fuera tan fácil como dejar de venir un día y todo estaría bien, pero siendo el gerente, muchas cosas están bajo mi responsabilidad y para irme, tengo que hacerlo en un proceso lento y apropiado para que la empresa no se vea afectada de ninguna forma.

Aunque esta empresa no haya sido mi elección, aun así, no causaré daños a mi padre y de alguna forma, después de estar este tiempo aquí, también tengo un sentido de pertenencia y de respeto. Este lugar fue uno de los primeros que mi padre levantó con su esfuerzo, sacrificio y dedicación. Gracias a este lugar, es que a mis hermanos y a mí nunca nos faltó nada y pudimos vivir una vida cómoda.

Así que lo respeto, y lo respetaré hasta el final.

Tomo mi teléfono y presiono el botón para conectarme con mi secretario. John responde con rapidez.

—¿Señor?

—Llama al gerente de finanzas, que venga a mi oficina.

—Si, señor, en seguida.

No puedo creer que este llamando a Alex, con lo molesto que es y lo que me costará que se vaya de mi oficina, pero él y yo tenemos que hablar y ponernos al día con las cosas de la empresa.

Unos diez minutos después, estoy pasando una hoja del montón en mis manos para leer la siguiente cuando Alex entra, ajustando su corbata roja como si estuviera muy apretada.

—Señor Hidalgo —me dice en tono burlón.

—No me llames así.

—¿Por qué? ¿Por qué suena como si fueras un anciano? —Alex se sienta al otro lado de escritorio, aflojando su corbata finalmente—. ¿Para qué soy bueno?

—¿Cómo te preparas?

Alex suspira.

—Artemis.

Bajo mis papeles y pongo ambos codos sobre mi escritorio para mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Mira —Alex aprieta sus labios—, aprecio que me propusieras a mi ante tu padre para ascender al puesto de gerente, pero la verdad, no creo que pueda hacerlo.

—¿Por qué? ¿No es un puesto que te interese?

—No es eso, sabes mejor que nadie que es el último escalón laboral en esta empresa y sería un honor, pero yo... no sé si tenga los requerimientos para esa posición.

Noto la indecisión en sus palabras, su inseguridad. Alex provenía de una familia de bajo recursos cuando entró a la universidad donde asistimos juntos, él con una beca por la que tuvo que mantener notas perfectas. Luego, hizo varias pasantías donde lo hizo fenomenal, sus cartas de recomendaciones no paraban de llegar. Él hizo sus pasantías aquí antes de convertirse en un empleo de tiempo completo, y escalar hasta ser el gerente de finanzas. Ahora tiene estabilidad económica y ayuda a su familia, aún recuerdo como él lloró de felicidad cuando pudo comprarle un auto a su madre que toda la vida trabajó muy duro pero nunca pudo comprarse uno.

Siempre lo he admirado, pero creo que nunca se lo he dejado saber, creo que nadie le ha dejado saber lo inspirador que es y por eso en este momento, está dudando.

—Alex —le digo seriamente—, ¿crees que te he recomendado a mi padre porque eres mi amigo? ¿Crees que no puedo separar las relaciones personales de las laborales? ¿O que pondría en riesgo la empresa de mi padre solo porque eres mi amigo?

Alex no dice nada.

—Si te he recomendado es porque sobrepasas los requerimientos porque no he conocido a nadie más trabajador y dedicado que tú. Porque has luchado para escalar laboralmente en esta empresa, dejando un camino impecable de trabajo bien hecho. Porque te lo mereces, Alex. Este no es un ascenso por amistad, es un ascenso bien merecido.

Sus ojos se enrojecen ligeramente, pero él me sonríe para ocultarlo con sus bromas como siempre.

—¿Estás coqueteando conmigo, Artemis?

Le devuelvo la sonrisa.

—No más dudar de ti mismo, ¿de acuerdo? Serás el jodido gerente de este lugar, y empieza a celebrarlo.

—Si señor.

—Ahora, a trabajar.

Comenzamos a repasar los papeles sobre mi mesa: adquisiciones, posibles proyectos, contratos, contrataciones de empresas externas, etc. Se nos va el día con todo esto, hasta el punto de que ya no estamos en el escritorio, nos hemos movido al sofá, con todo nuestro desorden de papeles en la mesita frente al mismo.

Ya nos hemos quitado las corbatas y las chaquetas de nuestros trajes, solo quedando en nuestras camisas blancas y pantalones negros.

Un toque en la puerta nos interrumpe y le digo que pase.

Es la secretaria de Alex, viéndola de frente me doy cuenta de lo joven que luce, aunque lleva puesto un traje rosado de falda que llega a sus rodillas, camisa blanca y blázer rosado. Su cabello cae ondulado alrededor de su rostro. Ella tiene una bolsa en la mano.

Ella se aclara la garganta.

—Di-disculpen —ella empieza, nerviosa—, señor —me saluda con respeto, y yo le sonrío en un intento de calmarla, he olvidado lo mucho que teme todo el mundo.

Alex sigue revisando sus papeles sin mirarla.

—¿Qué pasa?

Las pequeñas manos de la chica aprietan la bolsa frente a ella.

—Yo... salí al almorzar, y.… pensé, bueno, les he traído almuerzo —dice, lamiendo sus labios—. Cuando llamé al secretario del Sr. Hidalgo me dijo que no habían comido así que pensé... espero no molestar.

Me enderezo en el sofá.

—¿Cómo te llamas?

—Chimmy, quiero decir Chantal, es que mis amigos me dicen... es Chantal, señor.

Es adorable, me recuerda a la novia de Ares.

—Mucho gusto, Chantal.

Alex sigue sin mirarla cuando le responde:

—Pon el almuerzo sobre la mesa, Chantal y puedes irte.

Puedo ver la decepción en la cara de la chica.

—Si señor.

Le doy una mirada fría a mi mejor amigo, pero le sonrío a Chantal cuando la veo poner el almuerzo sobre la mesita.

—Muchas gracias, Chantal, gracias por pensar en nosotros, es muy amable de tu parte —le digo honestamente.

La decepción en su rostro se desvanece y su pequeño rostro se ilumina.

—De nada, señor, que lo disfruten.

Y se va.

Apenas deja la puerta, le golpeo el hombro a Alex.

—¡Ah! —se queja—, ¿qué?

—Pensé que el frío de este dúo era yo.

—¿Qué he hecho ahora?

—¿Por qué la tratas así?

Oh, la ironía, yo interrogando a Alex, preguntado porque es frío con una chica, creo que me estoy viendo a mí mismo reflejado en él cuando volví a la casa y traté mal a Claudia, aún me arrepiento de eso.

—¿Así como? —Alex parece no darse cuenta de nada.

—Nos ha traído almuerzo cuando no tenía que hacerlo, y ni siquiera la has mirado ni le has agradecido.

—Está saliendo con alguien.

—¿Ah?

Alex suspira, poniendo los papales sobre la mesa con fuerza.

—Chimmy está saliendo con alguien.

—¿Chimmy? Pensé que solo sus amigos la llamaban así.

—Éramos amigos.

—¿Eran? Alex, no entiendo.

—O somos amigos, ya ni se, pero no sé, desde que ella comenzó a salir con ese idiota, cada vez que la veo, me enojo.

Oh.

—Te gusta.

—No.

—Oh, estás loco por ella.

—No, Artemis, es solo que —él abre la bolsa del almuerzo, sacando el suyo—… ella siempre ha estado enamorada de mí, desde que comenzó a trabajar como mi secretaria, muchas veces la escuché por accidente contarles a otras trabajadoras y estaba bien con eso, nunca le di alas, ni nada por el estilo, sabes que no soy así.

Arrugo mis cejas, escuchando.

—Ella siempre estuvo ahí para mí, incluso cuando pasó lo de —no es necesario que lo diga, lo de su prometida que le fue infiel—… supongo que acostumbré a ser su todo.

—Y, ¿Qué pasó?

—Ella se me declaró, la rechacé, seguimos siendo amigos, y todo estaba bien hasta que...

—Hasta que empezó a salir con alguien y dejaste de ser su todo.

—Exacto, no es que me guste, tal vez solo soy egoísta.

—Alex.

—¿Qué?

—Creo que por primera vez me toca a mí darte consejos de amor —digo incrédulo—, quien lo diría, puedes engañarte a ti mismo, pero creo que Chimmy te gusta, de hecho, creo que va más allá de eso, pero tienes miedo porque sabes que ella tiene el potencial de enamorarte, de volverte vulnerable de nuevo.

—Estás loco.

—De cualquier forma, es injusto que la trates así por tu falta de control. No seas como yo, te arrepentirás a la larga cuando recuerdes tratarla así y aunque te disculpes, no puedes devolver el tiempo.

Alex me ojea, serio.

—Suenas como si te hubiera pasado.

Suspiro, sacando el otro almuerzo de la bolsa y destapándolo.

—¿Todo bien?

No sé si es el tono de la conversación que acabamos de tener, pero le cuento lo de Claudia.

—Eso debe doler —Alex me comenta, tomando un bocado de su comida—, pero mírale el lado positivo, por lo menos ella fue honesta, Artemis. Es muy fácil mentir y decir un te amo sin sentirlo solo por no incomodar a la otra persona, ella no hizo eso.

—Pensé que ella y yo sentíamos lo mismo.

—Oh, vamos, después de todo lo que ustedes dos han pasado, no dudes de sus sentimientos solo porque no te dijo que también te amaba. Todos somos diferentes, nuestros sentimientos se desarrollan a un paso propio, inigualable. Ya llegará el momento en el que ella lo sienta y te lo diga.

—Eso espero —tomo una pausa—. Bueno, almorcemos y sigamos trabajando.

***

Silencio y vacío me recibe al llegar a la casa y estoy bien con eso. No quiero enfrentar a mis padres, o a Apolo y honestamente, ver a Claudia después de el *te amo* no correspondido no suena como la mejor opción.

Sin embargo, me sorprende las luces apagadas de la cocina y del pasillo que lleva a su cuarto, ¿Estará en la universidad? Aflojando mi corbata, subo las escaleras a mi habitación.

Al abrir la puerta de mi cuarto, no me recibe oscuridad, si no la ligera iluminación de velas por todo el lugar. Arrugo las cejas, entrando y mi pecho se aprieta al ver a Claudia sentada en mi cama.

Mi cuerpo se enciende de inmediato al verla: Lleva puesto su informe de sirvienta, su cabello en trenzas a los lados de su hermosa cara. La parte de arriba de su uniforme está ligeramente abierta, dándome un vistazo de la curva entre sus pechos, se ha subido la falda

un poco revelando sus muslos cremosos, esos muslos que me rodearon la otra noche y que el solo recuerdo empeora el calor bajando de mi estomago a mí ya endurecido miembro. Ni siquiera la he tocado y ya siento que me voy a venir en mis pantalones como un adolescente primerizo.

Trago grueso, cerrando la puerta con seguro detrás de mí y cuando me giro hacia ella, me sonríe con picardía.

—Bienvenido, señor.

Capítulo 31:

"Eres muy sexi, Artemis Hidalgo"

Artemis

Contrólate, Artemis.

Me ordeno a mí mismo al verla ahí en mi cama en ese uniforme, con el que he fantaseado más veces de las que me atrevo a admitir. Ella se pone de pie, y me sonríe con picardía, es tan jodidamente sexy que aprieto mis manos a mis costados para no atacarla como un salvaje.

Claudia se me acerca y se detiene justo frente a mí, sus manos van a mi corbata y se muerde el labio antes de hablar de nuevo.

—¿Está cansado, señor? —sólo puedo asentir y su sonrisa se ensancha—. ¿Qué podré hacer para relajarlo?

Ella me toma de la corbata y me guía hacia la cama, empujándome ligeramente hasta que caigo sentado en la cama ella frente a mí. Mis ojos viajan a sus piernas descubiertas hasta llegar a sus muslos y estiro mi mano para tocar, pero ella abofetea mi mano.

—No, yo estoy en control ahora, señor.

—Okay.

Ella me quita la corbata, luego la chaqueta del traje y se inclina para desabotonar mi camisa y puedo ver el valle de sus pechos y me lamo los labios. No sé qué he hecho en la vida para merecer semejante mujer frente a mí, pero no me quejo, ya estoy duro y solo me ha quitado un poco de ropa. La lentitud, la sensualidad con la que hace todo me está volviendo loco. Me vuelvo consciente de cada detalle de su uniforme, de su piel, de cada forma y cada curva de su cuerpo.

Después de quitarme los zapatos y los pantalones, ella me deja en bóxers y recoge todo y lo pone sobre una silla a un lado de la cama, inclinándose a propósito, dejándome ver la pequeña ropa interior negra que lleva debajo de esa corta falda y yo siento que voy a explotar.

—Claudia...

No sé si ella puede escuchar la desesperación en mi voz, pero lo intento igual. Claudia se endereza y vuelve a detenerse frente a mí.

—¿Qué desea el señor?

—A ti.

—Oh, ¿el señor quiere tocarme? —ella toma mi mano y la guía a sus pechos, dejándome rozarlos por un segundo que se siente como la gloria antes de quitarla. Gruño en protesta, y ella baja mi mano al medio de sus piernas, y puedo sentir por encima de sus panties lo mojada que está. Un suspiro deja mis labios—. ¿El señor quiere follarme?

Antes de que pueda decir algo ella aleja mi mano de ella y empuja mi pecho, obligándome a acostarme sobre mi espalda, ella subiéndose encima de mí, ambas piernas a los lados de mis caderas y se sienta sobre mí. Tengo tantas ganas de tocarla, de devorarla de pies a cabeza, pero ella tiene el control ahora así que me freno, aunque no se cuanto más pueda aguantar.

Ella se inclina sobre mí. Sus ojos sobre los míos antes de bajar a mi boca y besarme. Gruño al responderle el beso con todas las ganas y la desesperación, hambriento de ella, lleno de deseo. Nuestras respiraciones se aceleran y se escuchan por toda la habitación mientras nos besamos con deseo y necesidad, es el tipo de beso que solo podría darse en la intimidad de mi habitación, jamás en público.

Ella comienza a moverse contra mí y tengo que ahogar un gemido ante la sensación del roce de su entrepierna sobre mí. Levanto mis manos para tocarla y ellas la baja, despegando su boca de la mía.

—No, señor.

—Estoy al límite.

Ella se endereza, sentada sobre mí y pasa sus manos por mi pecho, bajando por mi abdomen.

—Eres muy sexy, Artemis Hidalgo.

—Gracias, tú eres mucho más que sexy y estoy a dos segundos de perder el control y follarte como un loco.

—Qué lástima que yo esté al control, ¿no, señor? —ella comienza a deshacer los botones superiores de su uniforme y yo dejo de respirar—. Hace calor.

Con cada botón que suelta, se muestra aún más de la piel entre sus pechos. Ella termina en su abdomen y abre la camisa de su uniforme, mostrando sus hermosos pechos en un sostén negro que resalta su piel. Ella es hermosa y lo sabe, la seguridad con la que muestra su cuerpo es tan excitante. No hay duda, no hay pena, solo poder y confianza en sí misma en sus gestos y expresiones.

Ella toma mis manos y las pone sobre sus pechos, dejándome apretarlos ligeramente, incitando mi deseo. Esta lenta tortura, aunque difícil, sé qué hará el momento en el que por fin la tenga aún más explosivo. Ella se sigue moviendo sobre mí, mientras masajeo sus pechos y ella se muerde el labio inferior, gimiendo por lo bajo. Puedo sentir el calor en su

entrepierna, y solo puedo imaginar lo mojada que está y lo bien que se sentirá cuando la penetre.

—Está tan duro, señor —su voz cargada de deseo es calor para todo mi cuerpo.

Mi miembro se endurece aún más cuando ella baja las tiras de su sostén y expone sus pechos por completo, mis manos hacen contacto directo con ellos y gimo ante la sensación. Mis pulgares atacan sus endurecidos puntos, haciéndola echar la cabeza hacia atrás y gemir un poco más fuerte, sus movimientos sobre mi descontrolándose.

—Claudia, no creo que pueda más, yo…

Ella pone su dedo sobre mis labios.

—Silencio.

Ella quita mis manos de sus pechos y se levanta, bajando su ropa interior y dando un paso fuera de ella, pero quedándose con la falda puesta y toma la banda de mis bóxers, y me los quita, exponiéndome. Ella vuelve a sentarse sobre mí. El contacto de piel con piel caliente me hace agarrarme de sus caderas para controlarme.

—Ah, Claudia.

Ella usa su humedad para moverse sobre mí, hacia delante y hacia atrás y mi agarre en sus caderas se aprieta. Necesito estar dentro de ella, ahora pero el hecho de que no tengo el control sobre eso me vuelve loco.

—Lo quiero dentro de mí, señor —me susurra, levantándose ligeramente y dejo de respirar, observándola guiar mi miembro a su entrada—. Ahhhh —gime, y yo cierro los ojos, sintiéndola por completo, dentro de ella es caliente, suave y mojado.

La sensación me deja sin palabras.

Esto se siente como el jodido paraíso.

Claudia se balancea lentamente, tentándome, incrementado la sensación, el deseo. Sus gemidos siguen el ritmo de sus movimientos sobre mí. Todo lo que ella me ha torturado me pasa factura y siento que me voy a venir con solo esto, pero me aguanto.

—Dios, se siente increíble —murmuro entre gemidos, ella se inclina más sobre mí, sus pechos quedando peligrosamente cerca de mi cara y no dudo en atacarlos, lamiendo, besando, chupando y por la forma en la que ella se estremece sé que le encanta.

—Si, Artemis, Dios —su control se ha desvanecido, ella acelera su movimiento, el sonido de la fricción de nuestras intimidades hace eco por todo el cuarto, mezclados con los ruidosos jadeos de placer—. Voy... a... Dios.

Sé que está cerca de su orgasmo y la beso, bajando mis manos a su trasero y lo aprieto, moviendo mis caderas hacia arriba, enterrándome aún más en ella. Claudia gime en mi boca, estremeciéndose, temblando, el orgasmo envolviéndola, palpitando contra mi miembro, la siento mojarse aún más y sé que ya no podré aguantar más. Ella se mueve aún más ferozmente, el sonido de nuestro cuerpo encontrándose más audible y sexual.

—Ah, Claudia, voy a venirme si sigues moviéndote así —admito, dudando de mi habilidad de aguantarme más.

—Hazlo, quiero sentirlo —la calidez de su agitada respiración me lleva a la locura—, quiero sentir como te vienes dentro de mí, Artemis.

Y eso es todo lo que necesito para llegar al clímax. Aprieto su trasero, gimiendo, y dejándome ir. Claudia se deja caer sobre mí y nuestras respiraciones son un desastre. Puedo sentir los latidos descontrolados de su corazón y también del mío. Ella se separa de mí y cae a mi lado, de espaldas, ambos mirando el techo tratando de recordar como hablar después de semejante sesión de sexo.

Mi mano busca la de ella y la aprieto sutilmente. Mi menta falla en encontrar un cumplido que cubra lo bueno que fue lo que acabamos de hacer.

—Creo que tendré el control más seguido —ella rompe el silencio y yo giro mi cara para mirarla.

—Todas las veces que quieras.

Ella me mira, sonriendo, la luz amarilla y opaca de las velas sobre su piel desnuda y siento la necesidad de decirlo de nuevo.

Te amo...

Pero me contengo, no quiero ponerla en esa situación de nuevo, lo menos que quiero es incomodarla. Viéndola ahí, desnuda a mi lado, con esa sonrisa honesta que le ilumina todo el rostro me hace darme cuenta de lo mucho que la amo, cada parte de ella, lo que comenzó como un cariño protector de niños, que evolucionó en atracción en nuestra adolescencia y siguió creciendo hasta llegar a ser esto que siento ahora. Un sentimiento tan abrumador, tan fuerte, que me aterra.

—¿En qué piensas? —me pregunta, su mano ahuecando mi mejilla.

En lo que mucho que significas para mí, que te amo, que quiero gritarlo de mil formas, que la intensidad de lo que siento me asusta.

—¿Tú que crees? —me escondo detrás de una sonrisa sugerente.

Ella se ríe y la observo como un tonto enamorado.

—Supongo que al señor le ha gustado la sorpresa —me guiñe el ojo.

—Vuelve a llamarme señor y te folaré de nuevo.

—Oh, ¡Qué miedo! —se burla y me subo encima de ella.

Nuestros cuerpos desnudos y calientes recibiéndose, acoplándose con facilidad.

—Deberías temerme —le digo antes de besarla con suavidad, probando sus labios, saboreándolos con lentitud.

Claudia toma mi labio inferior entre sus dientes, y sonríe.

—Estoy aterrorizada.

Sigo besándola, el roce de nuestros labios mojados acelerándose poco a poco. Su respiración acelerándose, con un mano sobre la cama me sostengo mientras uso la otra para acariciar sus pechos.

—Artemis —ella gime en mis labios y sé que ya la tengo.

—Abre las piernas para tu señor —le digo, molestándola.

Ella obedece y vuelve a entregarse a mí con pasión, y aunque no me ha dicho que me ama, puedo sentir su amor en cada beso, cada caricia, cada mirada y eso es suficiente.

Capítulo 32:

"Hice algo estúpido"

Claudia

Nunca he sido de sueño profundo.

Lo culpo a todas esas noches inquietas de mi niñez, donde siempre estuve alerta por si algo pasaba. Ahora el sonido más simple puede despertarme, como la notificación de un mensaje en mi teléfono.

Ignoro el primer mensaje porque estoy envuelta en los brazos de Artemis quien duerme profundamente detrás de mí. No quiero moverme, pero cuando suena una segunda vez, luego una tercera y hasta una cuarta, abro mis ojos para echarle un vistazo a mi celular sobre la mesita de noche, el reloj despertador del al lado marca las 3:45 am.

¿Quién me envía mensajes a esta hora?

Estiro mi mano con cuidado y tomo mi celular, veo la pantalla encendida, los mensajes en la barra de notificaciones visibles.

Es Daniel.

Arrugo mis cejas al leer sus mensajes.

Daniel:

3:40 am: Claudia, te extraño.

3:41 am: Estoy borracho y no puedo dejar de pensar en ti. Hice algo estúpido.

3:42 am: Necesito verte, por favor. Solo una vez.

Y el último mensaje que me hizo dejar de respirar ahí mismo:

3:44 am: Estoy frente a tu casa. No me iré hasta verte.

¡Mierda!

Artemis se retuerce detrás de mí y bajo el teléfono enterrándolo en la almohada para que la luz no lo despierte.

Ok, Claudia, necesitas manejar esto de la mejor forma porque puede salir mal de muchas maneras.

Dudo que exista una forma correcta, considero no salir y apagar mi teléfono, tiene que cansarse de estar afuera, pero conozco a Daniel, cuando está borracho suele quedarse

dormido en cualquier lado. Además, no soy tan inhumana como para dejarlo afuera a su suerte cuando ni siquiera sé cómo llegó aquí, ¿Y si vino manejando su auto? De ninguna forma puede irse por sí solo.

¡Arg! Sabía que meterme con él la última vez fue una mala idea, fue mi error, yo sabía que el chico tenía sentimientos por mí, no debí usarlo así.

Con cuidado, desenredo los brazos de Artemis de mi cintura y salgo de la cama. Por un segundo veo al hombre desnudo en la cama, los músculos de su espalda claros bajo la luz de luna que se escabulle por la ventana, su mano extendida hacia mi lado como si me buscara dormido.

Artemis Hidalgo.

Mi Iceberg.

No quiero que nada arruine esto, que nada lo tiñe de malentendidos y sé que, si lo despierto para que me ayude con lo de Daniel, no lo entenderá se pondrá celoso y quien sabe qué hará, lo conozco, puede ser muy impulsivo, golpeó a su propio hermano cuando supo lo que pasó, no sé qué le haría a Daniel, aunque le expliqué que fue en el pasado.

Maldigo en un susurro cuando me doy cuenta de que el uniforme de sirvienta es lo único que tengo para ponerme. Me amarro el cabello en una cola rápida y me pongo el uniforme para salir silenciosamente de la habitación.

Bajo las escaleras con cuidado y me apresuro a la puerta de la casa en medio de la oscuridad. Desactivo la alarma al lado de la puerta antes de abrirla y dar un paso afuera. La brisa nocturna me da escalofríos en mis fachas, pero me aguanto, y efectivamente, Daniel está sentado en las escaleras cortas frente a la casa, descansando su cabeza contra un pilar. Su auto está mal estacionado justo frente a la casa, la puerta abierta, Dios, ¿Cómo llegó a salvo?

—Daniel —digo con firmeza.

Él levanta su cabeza y se gira para verme, puedo ver lo rojo de sus ojos, de su nariz y de sus mejillas. Él está muy borracho y ha estado llorando. Eso me hace sentir muy mal, nunca fue mi intención herir a alguien hasta este punto.

—Hola, nena —me dice con una sonrisa triste.

—¿Qué estás haciendo aquí? Casi son las 4 de la mañana, Daniel —bajo las escaleras para quedar frente a él, quien sigue sentado, dudo que pueda estar de pie.

—Necesitaba verte —habla con suavidad—, te extraño, ¿Qué fue lo que me hiciste? ¿Por qué no puedo sacarte de mi cabeza?

—Daniel...

—Nunca había sentido esto por nadie, Claudia, por nadie, por favor, dame una oportunidad.

—Daniel, desde el principio fui clara contigo, yo…

—Si, si, solo era follar, sin compromisos, lo sé. Pero las chicas que me han dicho eso antes, siempre han querido más, pensé... ¿qué tú también querrías más?

Meneo la cabeza.

—Solo era sexo, Daniel, siempre fue solo eso para mí.

Sus ojos se humedecen y él se lame los labios.

—Vaya mierda que es mi suerte, venirme a enamorar de la única chica que honra el trato de cero sentimientos —suelta una risita sarcástica.

—No puedes hacer esto, aparecer en mi casa de esta forma no está bien. Tienes que irte.

Él se pone de pie, tambaleándose hacia mí.

—Te amo, Claudia —me dice con lágrimas en los ojos.

Eso saca mi lado defensivo, hay algo con esa frase, con esas dos palabras que no sienta bien conmigo.

—No, solo estás obsesionado conmigo porque no puedes tenerme, porque no me he enamorado como todas esas chicas que has tenido. Tú aún no sabes lo sabes lo que es el amor verdadero.

—¿Y tú sí?

Me quedo callada.

—¿Estás con alguien? ¿Quién es? ¿Es mejor que yo?

—Daniel…

—¡Respóndeme! —grita en mi cara y doy un paso atrás.

—Daniel, baja la voz.

—No, dime quien es.

—Eso no es tu problema.

—Entonces, si hay alguien.

No quiero decirle cosas que le harán más daño, pero se me está agotando la paciencia. Él estira su mano hacia mi rostro, pero retrocedo de nuevo.

—Eres tan hermosa.

—Daniel, llamaré un taxi, no puedes manejar en este estado.

—¿Te estás preocupando por mí?

Busco mi celular en los bolsillos de mi traje de sirvienta y cuando no lo encuentro las alarmas suenan en mi cabeza, lo he dejado en la habitación.

—Daniel, dime que no me enviaste más mensajes después de ese dónde me dijiste estabas frente a mi casa.

Él arruga sus cejas como si pensara.

—Te envié uno más y te llamé, pero no contestaste.

Dios, que no haya despertado a Artemis.

—Daniel, tienes que salir de aquí, dame tu celular, llamaré un taxi —de mala gana me da su teléfono y llamo a un taxi, me dicen que llegarán en 15 minutos.

Le devuelvo el celular a Daniel y le echo un vistazo a la puerta principal de la casa que aún está cerrada. Bien, no se ha despertado, si lo hubiera hecho ya habría salido por esa puerta endemoniado después de ver los mensajes.

Daniel aprovecha mi distracción para acercarse a mí y tomarme de ambos brazos, para estar borracho aún tiene fuerza, él inclina su rostro para besarme y yo aparto la cara y lo empujo.

—¡Es que no me escuchas en lo absoluto! —le digo con rabia—. No quiero nada contigo, nada, Daniel, por favor, sigue con tu vida y déjame en paz.

—Solo un beso, de despedida —me suplica.

Y yo me río.

—Has perdido la cabeza, de ninguna manera.

El taxi llega y le ayudo a entrar en el mismo.

—Guardaré las llaves de tu auto, mañana puedes venir por él y que sea la última vez que haces esto, Daniel. La próxima vez, llamaré a la policía.

Él asiente antes de que le cierre la puerta del auto y vea el auto desaparecer en el camino que lleva a la calle. Vuelvo al silencio de la oscuridad de la casa y subo las escaleras.

Bien, eso no salió tan mal como esperaba. Pude manejarlo apropiadamente. Abro la puerta de la habitación de Artemis y lo primero que me sorprende es la luz tenue encendida en una esquina de la habitación, mi corazón comienza a desbocarse cuando ojeo la cama vacía de Artemis.

Con la espalda contra la puerta cerrada detrás de mí, mis ojos se encuentran con los de Artemis y dejo de respirar. Él está sentado en un mueble a un lado de la ventana sin camisa, solo con los pantalones sueltos de pijama, su cabello desordenado pero su expresión tan neutra que me da escalofríos. En sus manos puedo ver su tablet y la gira hacia mí.

Imágenes en blanco y negro de la cámara de seguridad del frente de la casa. Lo ha visto todo y lo peor es que sé que esas cámaras graban sin sonido, así que solo me vio hablando con Daniel a las 4 de la mañana después de esos mensajes tan comprometedores.

Solo es un malentendido, Claudia, pero escoge bien tus palabras. Mi garganta se aprieta ante la mirada de sus ojos, esperando una explicación. Sus hombros y brazos están tan tensos que puedo los músculos en ellos con más claridad de la usual.

—¿Vas a hablar? —me pregunta, lanzando la tablet sobre la mesita frente al sillón donde está sentado.

—No es lo que parece —odio decir esa frase tan común, usada por mentirosos y honestos por igual—. Él estaba borracho y no quería que manejará a su casa de esa forma.

—¿Te lo has follado?

—¿Qué tiene que ver eso con…

—¿Te lo has follado? —él se pone de pie—. Creo que sí, te leo su último mensaje, "Aún puedo recordar cómo se siente estar dentro de ti" —la rabia en su expresión corporal se intensifica.

—Mi pasada vida sexual no tiene nada que ver contigo.

—Si tiene mucho que ver cuando mi novia se escabulle en medio de la noche para encontrarse con un chico que se ha follado. ¿Te has seguido viendo con él?

—No, de ninguna forma, fue algo que pasó antes de que tú y yo empezáramos algo.

—No quiero que vuelvas a verlo y que lo bloquees en tu celular.

Eso me hace alzar una ceja.

—¿Y quién eres tú para decirme que hacer?

—¿Quieres seguir viéndote con él?

—No, pero la única que decide qué hacer con las personas en mi vida soy yo.

Eso lo hace enojar aún más, él sabe que no puede controlarme, siempre he sido independiente y siempre lo seré.

—Escucha, lo siento, no manejé de la mejor manera la situación esta noche, pero sabía que te enojarías y quería evitarte la molestia. Solo quería enviarlo a casa a salvo.

Artemis me da la espalda y se pasa la mano por la cabeza y no sé qué carajos está mal conmigo, pero verlo enojado y celoso me está calentando. La forma en la que aprieta sus músculos, la molestia en sus ojos, lo tenso de su mandíbula y cuello. Quiero que use esa rabia para follarme con todo.

Meneo la cabeza, reaccionando, haber tenido sexo con él, me ha vuelto una pervertida. Sin embargo, me acerco a él quien aún está de espaldas a mí y envuelvo mis brazos alrededor de su cintura, presionando mi mejilla contra su espalda. Puedo escuchar lo fuerte que late su corazón y como él deja salir una larga respiración de frustración.

—¿Sabes lo cerca que estuve de salir y molerlo a golpes? —me confiesa y eso ya lo sabía—. Me contuve, se cuánto odias la violencia, aun viéndote hablar con otro hombre frente a la casa, pensé en ti, es que estoy enamorado hasta los huesos.

Beso su espalda, mis manos bajando por su firme abdomen hasta escabullirse dentro de los pantalones de su pijama. Artemis se tensa en sorpresa.

—He sido una chica mala —susurro contra su espalda—. ¿Por qué no desahogas tu rabia follándome? —muevo mi mano arriba y abajo y él suspira.

—Si crees que el sexo resolverá esto —él gira hacia mí, sacando mis manos de sus pantalones, pero el deseo en sus ojos es claro—… tienes toda la razón.

Y me besa con desesperación, estrujando mi cuerpo contra el de él con pasión. Me obliga a retroceder hasta que mi espalda choca con la mesa donde tiene un montón de papeles y me levanta de los muslos y me sube sobre la misma.

Él se mete en medio de mis piernas, una mano agarrándome de la cintura mientras la otra desgarra mi ropa interior. Sus labios se mueven con agresividad, casi con rabia sobre los míos y me encanta, todo de este hombre me encanta. Nos besamos como locos, deslizo mis dedos en el borde sus pantalones de pijama y los jalo, bajándolos de un tirón. Lo siento por completo rozando contra mi entrepierna y ahogo un gemido y aún ni siquiera ha hecho nada.

Él para de besarme, sus ojos buscando los míos, sus labios rojos por nuestros besos.

—Te amo —me dice y vuelve a besarme antes de que pueda decir algo, y de una estocada está dentro de mí.

Ahí contra esa mesa tuvimos sexo de reconciliación, usando su rabia para desatar nuestros lados más salvajes y más pervertidos. Y aunque no haya respondido esa pregunta antes con Daniel, yo si se lo que el amor de verdad es, lo he tenido a mi lado toda mi vida.

Capítulo 33:

"Ya nos conocemos. ¿No es así, Claudia?"

Claudia

Te amo.

Dos simples palabras, ¿Por qué no puedo decirlas? ¿Por qué se atragantan en mi garganta cada vez que intento pronunciarlas? ¿Qué es lo que me detiene?

Indago en mi mente, en mi corazón, buscando una razón, algo lógico que le dé sentido a eso, ¿A caso no lo amo? No, no es eso, Artemis ha sido el amor de mi vida, siempre ocupando un lugar en mi corazón, aunque me negara a admitirlo todos esos años, entonces, ¿Qué es?

Te amo, por favor, perdonarme, Martha, estaba borracho, no volveré a hacer, lo prometo por nuestro amor, te amo.

Las palabras de mi padre después de pegarle a mi madre cuando era niña siempre iban acompañadas de incesantes 'Te amo's'.

A mi corta edad, con el paso del tiempo y el regreso de los golpes aprendí que esos 'Te amo's' eran puras mentiras. No herimos a quien amamos. Cuando huimos de mi padre que terminamos en la calle, en casas rodantes abandonadas, en lugares desolados, mi madre conocía uno que otro tipo que le prometía un mundo mejor o cosas a cambio de que ella trabajara en las esquinas y le diera un porcentaje. Ahí escuché de nuevo esa frase: Te amo, Martha. Otra vez, puras mentiras.

Esa frase parecía ser una herramienta que la gente usaba para justificar, manipular y mantener a la persona ahí, lista para el siguiente golpe.

Tal vez en mi subconsciente, esa frase aún tiene un sabor amargo para mí, aunque sean solo palabras, parecen desatar una sensación desagradable en mi cuando quiero decirlas. Lo cual es tan contradictorio porque cuando él lo dice, cuando Artemis me mira con esos ojos cafés llenos de sentimientos y me dice que me ama, solo puedo sentir un calor en mi pecho muy agradable.

¿A caso creo que estoy jodida y no puedo pronunciar un 'Te amo' honesto como él? ¿Un Te amo sin pensamientos negativos del pasado, un Te amo puro? No quiero decir las palabras solo por decirlas. Supongo que necesito tiempo.

—¿Claudia? —Kelly, la otra pasante en la empresa me llama—, ¿me estas escuchando?

—Claro, claro —ella arruga las cejas, pero lo deja pasar.

—Quería decirte que a la Sra. Marks le encantó tu propuesta de Marketing para el próximo proyecto.

—¿De verdad? —le digo, sosteniendo mi pecho.

Me desvelé varias noches investigando el mercado y pensando en la estrategia perfecta para promocionar un nuevo conjunto de apartamentos que la compañía comenzará a construir en los próximos meses.

—Si, estoy celosa, seguro lo escogerán en la junta de esta tarde. Nos dejaran entrar para escuchar y aprender.

—Tengo que prepararme —le digo, poniéndome de pie para ir al baño y retocarme un poco.

Si escogen mi propuesta seguro me preguntarán cosas así que tengo que estar lo más presentable y tengo unas ojeras de muerte lenta, pero valieron la pena si logro que me escojan, sería el primer proyecto bajo mi responsabilidad.

Me miro en el espejo y me doy ánimos.

—¡Tú puedes! —el trabajo duro si da resultados.

Salgo del baño y me detengo en seco cuando lo veo. Me tienes que estar jodiendo.

Alex.

El hombre que casi besé aquella noche en el bar de Artemis y que desapareció antes de que pudiera pasar algo. Él lleva puesto un traje azul claro y no lleva identificación de la empresa como todos los demás, lo que quiere decir solo una cosa: Es el jefe de algún área aquí.

Esto es demasiada casualidad.

Me giro para volverme a meter en el baño cuando la voz de Ania, la mano derecha de la Sra. Marks, lo arruina todo.

—¡Claudia! —aprieto mis labios y contra todo mi ser me giro hacia ella, hacia Alex, quien no parece para nada sorprendido con mi presencia y me saluda con la mano. Yo le sonrío, acercándome a ellos—. El jefe de finanzas ha decidido visitarnos hoy, señor, ella es…

—Ya nos conocemos, ¿no es así, Claudia? —el tono juguetón de su voz no pasa desapercibido.

Ania nos da una mirada extrañada.

—¿Cómo se conocen? —ella no puede evitar preguntar y yo suspiro, incomoda.

Bueno, verás, Ania, casi nos besamos, pero él desapareció antes de que pasara algo.

—De por ahí —responde Alex.

—¡Ania! —la Sra. Marks la llama desde su oficina así que Ania se disculpa y se va corriendo, dejándonos solos.

Antes de que esto pueda ser incomodo, abro mi boca para dejarle las cosas claras, pero él me gana.

—No estés tan tensa, Artemis es mi mejor amigo.

Ok, eso no me lo esperaba.

—¿Qué?

Él me sonríe.

—Esa noche en el bar cuando me di cuenta de que eras la chica de la que mi mejor amigo estuvo enganchado toda la vida, me fui y lo llamé para que fuera a ti.

Me quedo en silencio, asimilando esto. Con razón... Artemis llegó de la nada, ahora todo tiene sentido.

—Debo decir que me alegra que tu amiga nos haya interrumpido y me haya dicho tu nombre. No creo que Artemis me perdonara si me ligaba contigo.

Vaya, que el mundo es pequeño y le encanta ponerme en situaciones extrañas. Aunque bueno, siendo el bar de Artemis no es tan descabellado que su mejor amigo se la pase ahí.

—Empecemos de nuevo, mucho gusto, Claudia, soy Alex.

—Mucho gusto —le sonrío, pero mi sonrisa se desvanece de inmediato al darme cuenta de algo.

Si Alex sabe que trabajo aquí, y él es el mejor amigo de Artemis, ¿A caso... Artemis lo sabe? Espero de todo corazón que no.

—¿Pasa algo? Te has puesto pálida.

—¿Artemis sabe que trabajo aquí?

Alex luce sorprendido por la pregunta por un segundo, pero la culpabilidad en sus ojos me da mi respuesta.

—Él no va a intervenir de ninguna forma —me asegura con una sonrisa simple—, lo prometió.

Ese pequeño mentiroso, lo ha sabido todo este tiempo y se ha hecho el loco. Ay, Artemis Hidalgo.

—Bueno, te dejo trabajar. Un placer conocerte, Claudia —él despide con la mano y yo dejo salir un largo suspiro.

***

—¡Excelente propuesta, Sra. Marks! —aplaudió Ania después de que la Sra. Marks explicara mi idea. Me lamo los labios nerviosa porque sé que pronto dirá mi nombre.

Todas la aplaudieron y yo me quedo mirándola a la expectativa.

La Sra. Marks ignora mi mirada y se pone de pie.

—Gracias, gracias, fue una idea que me ocurrió de la nada.

Mi boca se abre, mi corazón cayendo al suelo. Ella está hablando como si la idea fuera toda suya, obteniendo el crédito, como si yo no me hubiera desvelado todas esas noches, o hecho todo el trabajo.

—Guao, es que la Sra. Marks es toda una genio —agrega Ania, y a mí se me olvida como respirar, es que no me lo puedo creer.

Kelly se tensa a mi lado.

La reunión es culminada y la gente comienza a levantarse para irse. No me esperaba esto en lo absoluto. La incredulidad me deja paralizada por unos segundos, pero reaccionó antes de que todos dejen la sala y me pongo de pie.

—Disculpen, tengo algo que decir —todos se detienen sorprendidos de que la nueva pasante tenga voz, después de todo solo nos dejaron entrar a observar—. Esa idea…

—Claudia —me corta la Sra. Marks—, solo han estado como observadoras por favor, absténganse de emitir opiniones.

—No es una opinión, yo…

Kelly toma mi mano y la aprieta con fuerza para susurrarme.

—No lo hagas, si la confrontas delante de todos te puede echar.

Me muerdo la lengua porque sé que tiene razón. La Sra. Marks podrá tener una moralidad de mierda, pero es la jefa y yo solo soy una pasante recién llegada. Cuando ven que no digo nada, todos desalojan el lugar. La Sra. Marks me da una sonrisa de boca cerrada y me pasa por un lado al irse.

—¡Aprovechada de mierda! —golpeo mi frente contra mi escritorio—. ¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo usar mi idea como si nada? Es que ni siquiera lo dudó.

—Lo es —admite Kelly—. Supongo que así funcionan las cosas aquí, los altos se aprovechan de los nuevos para escalar aún más y quedar bien con todos.

—Así no es como debería ser.

—Dímelo a mí. Ania se robó mi idea sobre la campaña del centro comercial que construirán el año que viene y la presentó como suya la semana pasada —Kelly toma un sorbo de su café—. No me enteré hasta que me asignaron unas copias y vi mi idea ahí, siendo preparada. Me ardió como nada así que se cómo te sientes.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—¿Quejarnos? ¿Con la jefa? ¿La Sra. Marks, quien te robó tu idea frente a todos?

—Ella tiene que tener un jefe, ¿no?

—Ella es jefe de departamento, su jefe directo es el gerente —ella bufa—… como si pudiéramos hablar con el gerente de la empresa.

Artemis.

Me muerdo el labio inferior, pensando, pero sacudo mi cabeza. Se que hablar con él y contárselo, solucionaría esto de manera justa pero no lo haré. No me valdré de mi relación con él para hacer mi trabajo más fácil o llevadero de ninguna forma.

Esta es mi batalla y será mi victoria.

Todos empezamos bien abajo, y tengo toda la intención de pasar todo lo que tenga que pasar para escalar en este departamento como todo el mundo, como estoy segura la Sra. Marks lo hizo y Ania, también. No seré como ellas, pero aprenderé de cada error, de cada caída y me levantaré.

Si algo he sabido hacer en la vida es levantarme, porque creo en mí misma y en mis habilidades. Y aunque sé que él daría todo de si para hacerme la vida más fácil, no es lo que quiero y espero que él respete eso. Sé que él lo respetará.

El hecho de que no haya venido a verme o a intentar facilitarme las cosas aquí, que haya fingido no saber que trabajaba aquí me hace sonreír porque él sabe exactamente lo que quiero sin que yo se lo diga.

Me conoces tan bien, Iceberg.

—¿Y esa sonrisa? —Kelly alza una ceja—. Hace un minuto estabas roja de la rabia y ahora sonríes así, ¿te sientes bien?

—Si, no te preocupes.

Kelly saca su bolsa de almuerzo y cuando la abre, el olor de tocino y carne llega a mi nariz, no puedo evitar hacer una mueca de asco cuando ella no me está viendo, nunca he sido sensible a los olores de esta forma. Me cubro la boca con disimulo y me levanto de la silla, rodeando mi escritorio para ir al baño.

Tengo ganas de vomitar.

—¿Clau? —la escucho llamarme desde atrás.

—Baño —murmuro antes de desparecer por el pasillo y entrar al baño.

Me apresuro en uno de los cubículos y me inclino para vomitar el desayuno rápido que tuve esta mañana.

Que desagradable.

Me giro para descansar mi espalda contra el cubículo, respirando agitadamente, ¿Qué es lo que me pasa? Esta semana he vomitado unas dos o tres veces, ya me estoy asustando. Aunque cuando está por venirme la menstruación, mi estomago se altera un poco y a veces me siento enferma, nunca he vomitado por eso.

Y no puedo estar embarazada, estoy tomando la píldora desde hace seis meses para controlar mis hormonas, de ninguna forma le habría permitido a Artemis terminar dentro de mi si no estuviera en la píldora, no soy idiota.

Entonces, ¿qué me pasa?

¿El estrés del nuevo trabajo? Tal vez mi cuerpo me está pasando factura por todos estos años de trabajo y estudio simultáneo. Un poco mareada salgo del baño, y para mi desgracia me encuentro con Ania de frente.

—Oh, Claudia, estás pálida, ¿estás bien?

—Si, no te preocupes —le paso por un lado para volver al escritorio que comparto con Kelly, pero al verla devorar su comida y sentir las náuseas, paso de largo.

—Voy por un poco de aire —le digo y Kelly solo me mira extrañada.

Cruzo los pasillos y paso la recepción de la empresa hasta que doy un paso afuera del edificio, el aire fresco golpeando mi rostro y haciéndome sentir mejor al instante.

Tal vez sea el ambiente pesado del trabajo, de la oficina. Busco una banqueta y me siento. Estiro mis brazos y me recuesto, levantando mi mirada para intentar ver el final del alto edificio que es la empresa Hidalgo.

Allá arriba debes estar, Artemis, ocupado, con tu traje perfecto y esa pose helada que portas que le hace creer al mundo que no eres cálido, que no tienes un corazón gigantesco.

Mis ojos están allá arriba hasta que una sombra me cubre y bajo la mirada para ver a alguien de pie frente a mí, sus manos en los bolsillos de sus pantalones.

Artemis.

El señor gerente de está gigante empresa.

Mi corazón se acelera, una sonrisa instantánea formándose en mis labios a pesar de lo enferma que me siento, él me ha sentir segura con tanta facilidad. Sin embargo, él no me sonríe, su rostro está serio y la preocupación invade el café de sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —su voz me da tanta paz.

—Si, solo necesito un poco de aire.

—Estás muy pálida —él estira su mano y acaricia mi mejilla con gentileza y a mí se me olvida por un segundo donde estamos—. Estás helada, ¿quieres que te lleve a casa?

Tomo su mano entre las mías, separándola de mi rostro.

—Estaré bien.

—Claudia…

—Artemis —le digo juguetona, pero él no me sigue el juego, está preocupado—. Que estoy bien, además, me faltan unas horas para terminar mi horario.

—No te preocupes por eso, no tienes que trabajar así, te…

—Artemis, estoy bien.

Él tuerce los labios, y se sienta a mi lado, nuestras manos entrelazadas y recuerdo que estamos frente a la empresa y las separo. Él alza una ceja.

—¿Te da pena que te vean conmigo?

—No —sacudo mi cabeza—, pero este es mi lugar de trabajo y creo que si nos ven juntos sería un problema, ¿has escuchado de acoso laboral?

Él se señala así mismo.

—¿Me estás acusando de algo?

—Solo bromeo, igual no es bueno que nos vean juntos —le digo honestamente—. Ahora, cuando estemos fuera del trabajo, es otra historia.

—Deja de seducirme, Claudia. Me he acercado inocentemente a asegurarme que estés bien y me sales con esto.

—¿Tu? ¿Inocente?

Él entrecierra los ojos.

—Lo soy —él se reclina hacia atrás a mi lado—. Era un solitario Iceberg hasta que llego una chica fuego y me derritió un poco, llevándose mi inocencia.

Me río y golpeo su hombro ligeramente.

—Extrañaba tus momentos dramáticos.

La nostalgia me golpea, recordando todas eses veces que Artemis se inventaba unas frases dramáticas mientras crecíamos para quedar como la víctima. Me le quedo viendo como una tonta, ahí en plena luz del día, puedo ver cada detalle de su rostro, de su ligera barba, la pequeña arruga que se forma entre sus cejas cuando me atrapa mirándolo.

—¿Qué?

—Nada.

Me doy cuenta de que el momento en el que pueda decirle lo que siento llegará solo y que no nos afecta en nada el que yo no lo haya dicho aún, él y yo somos más que dos palabras, esto que nos une es más resistente y fuerte de lo que cualquiera podría pensar.

A pesar de lo que ha pasado con la Sra. Marks y del malestar, estoy tan contenta en este segundo, en este preciso instante con el hombre que solía llamar Super gato de niña, porque me protegería de todo mal. Quiero quedarme así todo el día.

Sin embargo, la vida tiene una manera jodida de complicar las cosas porque justo después de eso al levantarme, me mareé y me desmayé, terminando en el hospital.

Capítulo 34:

"¡Cómo me has preocupado!"

Claudia

Luz muy blanca...

Eso es lo primero que veo al despertar, mis ojos parpadean incómodos al intentar acostumbrarse a la intensidad de esa luz, que pasa de ser borrosa a una vista clara de una lámpara blanca en un techo que no reconozco.

¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

Una ola de mareo me recorre al tratar de organizar mis pensamientos. Recuerdo que estaba en la empresa, la reunión, la Sra. Marks robándose mi idea, luego Alex, vomitar y salir por aire fresco y ahí me encontré con Artemis.

Luego me puse de pie y...

¿Y?

Oscuridad.

¿Me desmayé?

Toso un poco y echo un vistazo a un lado. Estoy acostada en una camilla de hospital, una vía intravenosa en mi brazo izquierdo.

—¿Claudia? —la voz de Gin viene del lado contrario que estoy mirando así que giro mi cabeza hacia la fuente de su voz—. Oh Dios, despertaste —ella se levanta de un sofá que está a un lado de la habitación, la preocupación estrecha su pequeño rostro—. ¡Cómo me has preocupado!

Ella camina hacia mí y toma mi mano.

—¿Cómo te sientes?

Mojo mis labios resecos para hablar.

—Estoy bien.

—Ah no, por favor, no me vengas con esa mierda de que estás bien, que no pasa nada. Por eso has terminado en el hospital de esta forma.

—Gin...

—No, Gin nada, debo avisar al doctor que has despertado y más te vale seguir todas sus recomendaciones para que te mejores.

Gin parece leer la pregunta en mis ojos, ¿y Artemis?

—Artemis ha ido por comida, el doctor recomendó darte algo saludable de comer cuando despertarás.

—¿Está bien? —pregunto porque lo conozco, Artemis nunca ha sido bueno en los hospitales o manejando situaciones en la que he estado enferma.

Él se preocupa demasiado.

—¿En serio te estás preocupando por él? —Gin alza una ceja—. ¿Quién es la que está en una camilla de hospital ahora?

—Solo sé que se preocupa de más.

—Y con razón, que te le has desmayado en los brazos, mujer, ¿Qué esperas?

Hago una mueca al mover mi brazo izquierdo, la intravenosa ardiendo un poco.

—Por favor, dime que no han llamado a mi madre, no quiero preocuparla.

Gin bufa.

—Es que te preocupas por todo el mundo —ella suspira—. Tranquila, no le hemos avisado a tu madre, sabemos que le puede causar una crisis de nervios.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha dicho el médico?

—Pues no mucho, te han mandado a hacer un montón de pruebas de sangre, pero él sospecha que es anemia o alguna deficiencia nutricional o algo así ha dicho, ¿es que no estás comiendo?

—Por supuesto que estoy comiendo, he tenido un par de semanas estresantes, es todo.

—Claudia, puedes mentirme a mí todo lo que quieras, pero al doctor tienes que decirle la verdad, si no estás comiendo a las horas o si te estás saltando comidas o si comes cualquier cosa para ahorrar tiempo en tu día, debes decírselo.

No le digo nada y ella me da una mirada de desaprobación.

—De acuerdo, lo prometo —le digo para tranquilizarla. Gin me abraza con cuidado.

—Casi me muero cuando Artemis me llamó —murmura y se separa, sosteniendo mi rostro—. No vuelvas a asustarme así, no te lo perdonaré.

—Claro, porque fue mi decisión terminar aquí —bromeo para aliviar su triste expresión—. Me encantan los hospitales.

Ella me da una palmada ligera sobre mi hombro.

—Iré por el doctor, quédate tranquila.

—Gin, tengo una intravenosa y una bata de hospital, no voy a ninguna parte.

—Nunca está demás contigo, eres muy terca.

—Solo ve —le hago señas con las manos de que vaya por el médico.

El Dr. Brooks es un señor bastante mayor, con cabello blanco, cejas gruesas del mismo color y una sonrisa de boca cerrada muy al estilo de médico que quiere tranquilizarte.

—Hola, Claudia, soy el Dr. Brooks, ¿cómo te sientes?

—Un poco débil y confundida —confieso.

—Tengo los resultados de tus exámenes —él revisa los papeles sobre un tablero café que tiene en sus manos—. Lo siento, tengo que preguntar por cuestiones legales de privacidad, ¿estás de acuerdo con que te informe de los resultados y tu diagnóstico frente a tu amiga?

—Si.

Gin se para a mi lado y toma mi mano, lo agradezco porque el miedo ha comenzado a fluir en mis venas, ¿y si es algo serio? ¿y si estoy realmente enferma? Nunca en mi vida he sufrido alguna enfermedad seria, ni siquiera resfriados fuertes, la única vez que he estado en el hospital ha sido cuando me operaron de apendicitis y ni siquiera me fue tan mal. Aprieto la mano de Gin y ella me susurra que todo va a estar bien.

—De acuerdo —el doctor ojea sus papeles—. Bueno, Claudia, al parecer yo tenía razón, tu conteo de hierro está muy bajo indicando un cuadro de anemia. No es nada del otro mundo, se puede tratar una vez que encontremos lo que la ha causado —un suspiro de alivio deja mis labios—, y lo hemos encontrado.

—¿Qué lo ha causado? —en mi mente he repasado todas mis escenas comiendo apresurada, o saltándome una comida.

De verdad, debí prestarle más atención a mi cuerpo.

El doctor me sonríe.

—Estás embarazada.

Mi mundo se detiene por completo ahí mismo, me quedo mirando al doctor sin ser capaz de decir nada, de emitir cualquier tipo de respuesta. Gin abre su boca, soltando mi mano en sorpresa.

—Felicitaciones —el doctor habla de nuevo, como si quisiera sacarme del trance en el que estoy.

—Yo no... eso —mis murmullos son incoherentes, todo me da vueltas—… yo estoy tomando la píldora, eso es imposible.

Gin está petrificada a mi lado, el doctor suspira.

—Quisiera decirte que la píldora no falla, pero lamentablemente si existe la posibilidad de un embarazo, en especial si te saltas una dosis o no eres constante.

—Pero yo he sido constante, yo…

Y en ese momento, Artemis abre la puerta y yo ni se cómo respirar.

Artemis se queda ahí parado, una mano en la manilla, la otra con una bolsa de comida. Se ha quitado la corbata y la chaqueta de su traje, ahora solo anda en camisa blanca y pantalones. Sus ojos cafés buscan los míos, y él arruga sus cejas al ver mi expresión que honestamente, no tengo ni idea de cuál sea.

—Gracias a Dios has despertado —el alivio en su rostro se desvanece al no tener respuesta—. ¿Todo bien? —Artemis termina de entrar, poniendo la bolsa sobre la mesita al lado del sofá.

El Dr. Brooks le da una sonrisa y vuelve a mirarme como si preguntara silenciosamente si debe seguir hablando y yo meneo la cabeza.

—Bueno, te dejaré para que descanses —agrega el doctor—. Recomendé que pasarás la noche aquí para darte algunos nutrientes por la vena y poder monitorearte, si mañana te sientes mejor, podrás irte a casa.

—Muchas gracias, doctor.

Artemis se acerca y se inclina sobre mí, besando mi frente.

—No tienes idea de lo mucho que me asusté —susurra antes de separarse.

Y yo aún estoy sin palabras. Es que ni siquiera estoy respirando bien, mis manos han comenzado a sudar sobre mi regazo.

No puedo estar embarazada. Yo me cuidé, yo siempre he sido tan responsable, siempre he tenido claro lo que quiero para mi vida, cuando lo quiero. Un embarazo no planeado no es algo que imaginaría para mí, nunca se me habría cruzado por la mente.

No sé qué siento, ni que pienso, ni que hacer. Me he quedado congelada. De pronto, me invaden unas inmensas ganas de llorar, mis emociones son un desastre en este momento.

—¿Claudia? —la voz preocupada de Artemis a mi lado me hace levantar la mirada y verlo ahí, tan apuesto con su ligera barba alrededor de su definida línea de la mandíbula y sus ojos preciosos que son tan cálidos cuando me mira y no soy capaz de decirle nada.

Gin sale a mi rescate.

—Está un poco atontada desde que despertó —ella miente porque sabe que estoy asimilando todo.

—Oh —Artemis vuelve a la mesita a sacar la comida, organizado las cajas—. Debes estar hambrienta.

Gin y yo nos miramos y ella mueve su boca para decirme algo sin producir sonido alguno.

'Pero ¿qué ha pasado, Clau?' puedo leer sus labios.

'No sé, yo me cuidé' le respondo.

Artemis vuelve a nosotros y yo le sonrío encontrando mi voz.

—Gracias —él pone una caja frente a mí y es arroz blanco con un pollo que se ve jugoso y todo va bien hasta que veo los pedazos de tocino a un lado, alrededor de unos panquecitos gourmet.

Oh no, no tocino.

Aprieto mis labios antes de cubrir mi boca con la mano, meneando la cabeza. Gin parece entender y aparta la caja de mi vista lo más rápido que puede. Artemis nos mira confundido.

—Estoy muy sensible a los olores —explico, cuando ya no siento nauseas—, es por...

—La anemia —termina Gin por mi—. El doctor nos ha dicho que Claudia tiene anemia.

Gin le explica lo que dijo el doctor sin decirle lo del embarazo, obviamente sé que debo decírselo, pero necesito asimilarlo primero, necesito mi tiempo para poder contárselo, es que aún no me lo creo.

El resto de la tarde transcurre borrosamente, respondo y hablo de forma automática, es como si mi cuerpo estuviera ahí pero mi mente se hubiera quedado en esas dos palabras: Estás embarazada.

Al caer la noche, Gin se despide luego de darme un abrazo con fuerza asegurándome que todo estará bien. Yo ya me he rodado para estar acostada de lado en mi camilla, Artemis está sentado en el sofá a unos pasos de mí.

—Descansa —su voz es tan suave en el silencio de la habitación—. Te cuidaré toda la noche.

—Estoy bien.

—Claro —murmura—… tan bien que has terminado en el hospital.

No digo nada y solo lo observo, él está sentado, inclinado hacia delante con sus codos sobre sus rodillas, sus manos unidas frente a él, siempre apuesto. Y entonces pasa... me lo imagino con un bebé, cargando un niño o una niña y se me aprieta el corazón porque es una vista preciosa en mi mente.

Vas a ser papá, Artemis.

¿Cómo puedo decirlo cuando no sé cómo va a reaccionar? No es algo que planeamos, acabamos de empezar nuestra relación, no somos adolescentes, pero aún somos jóvenes, él tiene sus responsabilidades, yo las mías, ¿y si su reacción no es lo que espero? Me aterra que reaccione de mala manera o que me culpe de alguna forma, los dos tuvimos sexo, pero yo le dejé terminar dentro con la seguridad de que me estaba cuidando, él confió en mí de alguna forma, ah, ya ni sé que pienso, mi cabeza es un desastre.

—¿Qué piensas? —la curiosidad en sus ojos es obvia.

—Muchas cosas —suspiro—… gracias por estar aquí.

—No tienes que agradecerme nada, Super-gato siempre será tu héroe personal —me guiñe el ojo y eso me hace sonreír.

—Últimamente has estado super-cursi —bromeo—… ya no quedan rastros del Iceberg.

—Es lo que pasa cuando te acercas mucho al fuego, supongo —me responde juguetón.

—Artemis...

—¿Sí?

Aprieto mis labios y los relajo, escogiendo mis palabras, sin saber si es el momento o no, pero me doy cuenta de que nunca será el momento perfecto, que tengo que decirlo y ya.

—Hay algo que debo decirte —la seriedad en mi voz lo hace tensarse, él separa sus manos.

—¿Qué pasa?

—Yo... eh —lamo mis labios—… estoy embarazada.

Capítulo 35:

"No juegues con algo así, Claudia"

Artemis

¿Qué?

Esa palabra monosílaba da vueltas en mi cabeza, sin detenerse mientras sonrío porque lo primero que se me ocurre pensar es que Claudia está bromeando.

—Muy gracioso, no voy a caer —le respondo, sacudiendo la cabeza—. Pensaste que caería como aquella vez que te operaron de apendicitis y me dijiste que te habían recetado comer cantidades obscenas de helado, te di helado todos los días por una semana después de eso antes de darme cuenta de tu mentira.

Ella sonríe ligeramente ante el recuerdo, pero su rostro no expresa esa alegría en lo absoluto. Ella lame sus labios, poniendo un mechón de su cabello detrás de la oreja y baja la mirada a su regazo donde ha empuñado sus manos.

—No, no hagas eso —le digo, riendo un poco—. Tu actuación es increíble.

—Artemis... —su voz es apenas un susurro.

—No juegues con algo así, Claudia.

Ella levanta la mirada para verme directamente a los ojos, la seriedad de los suyos ahogando cualquier duda de broma. Mi sonrisa se esfuma lentamente, mi pecho apretándose.

—No estoy jugando —su voz es seca, defensiva.

Y abro mi boca para decir algo, pero la cierro sin saber que decir. Mi mente vuelve a ese monosílabo, a esa rueda interminable de incredulidad, de sorpresa porque esto no lo vi venir en lo absoluto. Quiero hablar, quiero tranquilizar su expresión llena de expectativa y de miedo, pero no sé qué decir.

Ella está embarazada...

Sé que es una posibilidad existente porque tuvimos sexo sin protección, no soy idiota, pero pensé que ella se estaba tomando la píldora. Claudia siempre ha sido tan meticulosa y cuidadosa en cada cosa que hace que un embarazo no planeado no suena como ella y me toma completamente desprevenido.

Di algo, Artemis.

Claudia chupa su labio superior dentro de su boca y lo libera lentamente, la tensión en sus hombros, en su lenguaje corporal es muy obvia.

—Lo siento —me dice con una sonrisa triste—. Debí saltarme una dosis de la píldora o qué sé yo, esto es mi culpa, tú confiaste en mí, no tienes…

—Para.

Ella me mira extrañada.

—Solo deja de hablar, porque sé no me va a gustar lo que vas a decir, porque te conozco y sé lo que estás pensando.

Ella se queda callada, sus ojos observándome con cautela. Me pongo de pie, pasando mi mano por la parte de atrás de mi cuello.

—Ambos somos adultos que sabemos lo que hacemos, y al tener sexo sin protección, incluso si estás en la píldora, sabemos que hay un riesgo de embarazo. No hay culpas aquí.

De nuevo, ella no dice nada y aparta la mirada. Es la primera vez que la veo tan decaída, tan vulnerable.

Tiene miedo, está situación probablemente sea tan inesperada para ella como lo es para mí. Mis ojos bajan a su estómago y de pronto, mi pecho se calienta, cualquier sensación de sorpresa siendo reemplazada por calidez.

Claudia está embarazada, mi hijo/a está creciendo dentro de ella, voy a ser, papá.

¿Yo? ¿Siendo el padre de alguien? Pero si soy un desastre. Apenas he restaurado la relación con mi propio padre después de años.

Tener un bebé no estaba en mis planes cercanos, pero si es con ella a quien siempre he amado solo puede ser algo bueno porque para mí, siempre ha sido ella.

—Claudia.

Ella me mira y le doy una sonrisa honesta.

—Todo va a estar bien —le prometo acercándome a ella, la calidez en mi pecho extendiéndose, las emociones revoltosas y descontroladas al asimilar esta noticia por completo—. Sé que no es algo que planeamos, pero... mentiría si no dijera lo mucho que me alegra saber que voy a ser papá —tomo su rostro entre mis manos—. Para mí siempre has sido y siempre serás tú, Claudia.

Sus ojos se llenan de lágrimas, aunque ella lucha contra ellas porque sé que no le gusta llorar, siempre luchando por mantener esa fortaleza que la caracteriza, pero ella tiene que entender que está bien ser vulnerable, que está bien estar asustada.

—Yo —su voz se rompe—… tenía tantos planes, quería superarme, quería ser alguien antes de tener un bebé —me confiesa—, porque... jamás quiero que un niño pase por lo que yo tuve que pasar.

Eso me parte el corazón.

—Y no va a pasar por eso, Claudia, no estás sola —ella cierra los ojos, dos gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas—. Ey, mírame —ella abre los ojos enrojecidos—, no estás sola, estoy aquí, a tu lado, como siempre.

—Tengo mucho miedo, Artemis —sus labios tiemblan al llorar mientras lo dice—. Yo no me esperaba algo así, es un bebé, es una vida, alguien que puedo arruinar si no lo hago bien... y dar a luz es algo que siempre me ha aterrado y…

—Ey, ey —la calmo—… un paso a la vez, ¿Okay? Una cosa a la vez —le digo, limpiando sus lágrimas con mis pulgares—. Estoy aquí y todo va a estar bien. Voy a cuidar de ti y de nuestro bebé, Claudia, ¿confías en mí?

Ella asiente.

—Entonces confía en mi cuando te digo que todo estará bien y que estaré en cada etapa del camino porque te amo como nunca pensé que podía amar a alguien y estoy seguro que amaré a este bebé aún más.

—¿Y si lo hacemos mal? ¿Y si no somos buenos padres? —ella está expresando todos sus miedos y es agradable saber que ella puede abrirse conmigo de esta forma—. ¿Y si algo sale mal? Yo que tengo tantos traumas, tantos miedos, ¿cómo puedo ser responsable por otro ser humano? Yo que ni siquiera puedo decir te amo sin que se me revuelva el estómago al recordar todos esos hombres que se lo dijeron a mi madre.

Me inclino y la beso con suavidad, probando las lágrimas saladas sobre sus labios. Al separarme, le sonrío.

—Yo puedo decirlo por los dos, te amo, Claudia —la miro a los ojos—, y sé que tú también me amas, tonta.

Una ligera sonrisa curva sus labios entre sus lágrimas.

—Más tonto serás tú.

Le devuelvo la sonrisa y beso su frente antes de envolver mis brazos a su alrededor, ella entierra su cara en mi pecho.

—Todo va a estar bien, Claudia —le prometo de nuevo porque sin importar cuantas veces lo diga sé lo mucho que ella lo necesita.

—Aún no puedo creerlo —susurra contra mi pecho.

—Yo tampoco —admito.

—Prométeme que no vamos a cagarla, que independientemente de lo que pase con nuestra relación, esté bebé siempre será nuestra prioridad, que su bienestar estará por encima de todo.

Entiendo su preocupación, ambos tenemos malas experiencias respecto a paternidad, ella con su padre abusivo que las dejó en la calle y yo con mi madre que no paraba de engañar a mi padre y con él que nunca tuvo el valor de dejarla a pesar de todo.

Descanso mi mentón sobre su cabeza.

—Tú eres tú y yo soy yo, Claudia. Nosotros no somos nuestros padres.

Ella suspira y yo sigo.

—Pensemos en los errores de nuestros padres como un ejemplo de lo que no debemos hacer. No digo que seremos perfectos, pero seremos la mejor versión de nosotros mismos por este bebé.

—Supongo que te derretí tanto que accidentalmente creamos un mini-iceberg.

Eso me hace reír un poco, bien, por fin, está haciendo una broma.

—O una mini-fuego.

Nos separamos y ella limpia sus lágrimas, dejando salir una gran bocanada de aire.

—Te odio.

Alzo una ceja.

—¿Por qué?

Ella golpea mi brazo ligeramente.

—Por supuesto que tenías que embarazarme.

—¿Disculpa? No te vi quejándote cuando pasó, bueno, por lo menos no quejándote de mala manera.

Ella se deja caer hacia atrás en la cama, su mirada en el techo y yo me siento a su lado en la camilla.

—Descansa, mañana será otro día.

—Mañana seguiré estando embarazada.

—Lo sé.

Ella gira su cara para verme, su mano buscando la mía.

—No estoy sola.

—No estás sola —le repito, y levanto su mano para besar la parte de atrás de la misma—. Descansa.

Ella cierra sus ojos y me quedo cuidándola hasta que su pecho sube y baja en un ritmo constante indicándome que se ha dormido. Beso su mano de nuevo y salgo de la habitación, sobando mi cuello.

Para mi sorpresa, en la distancia del pasillo del hospital puedo ver a Apolo revisando los números en las puertas de otras habitaciones, probablemente buscando la de Claudia, ¿cómo se ha enterado? Cuando me ve se apresura hacia mí, la preocupación clara en su rostro y mi cerebro aún está un poco desorientado.

—¡Artemis! —me llama—, ¿cómo está? ¿Qué ha pasado?

—Vas a ser tío.

Las palabras dejan mi boca sin ningún tipo de filtro o control, pero, ¿qué me ha pasado? ¿Qué mierdas me ha pasado? Claudia va a matarme.

Apolo se congela y abre la boca en sorpresa.

—¿Qué?

Me aclaro la garganta, pero no puedo decir nada más. El pequeño rostro de Apolo se ilumina.

—¿Voy a ser tío? —la sonrisa que se estira en sus labios es genuina—, no me estás jodiendo, ¿verdad? No, tú no eres de hacer bromas —él se agarra el rostro, sorprendido— … ¿de verdad?

—Ah mierda —me paso los dedos por el cabello—… si Claudia te pregunta yo no te he dicho nada.

—No puedo creerlo, felicidades, Artemis —él me envuelve en un abrazo, su emoción es contagiosa, cuando nos separamos, su sonrisa crece aún más—. Honestamente pensé que Ares sería el primero en hacerme tío.

Arrugo mis cejas.

—Oh, vamos, ambos sabemos cuánto sexo ha tenido ese salvaje —agrega antes de ojear la puerta de la habitación—. ¿Cómo está ella?

—Sorprendida y un poco asustada, y no la culpo, no era algo planeado.

—Las mejores cosas no son planeadas.

—Concuerdo con eso en este caso, pero tu apenas vas a terminar la preparatoria, así nada de embarazos no planeados para ti por ahora.

—Como si yo tuviera sexo —él murmura, no le creo nada—. En fin, ¿puedo verla?

—Está descansando, ha sido un día complicado.

—Me lo imagino —Apolo se agarra la cabeza—… es que no me lo creo, voy a ser tío, apuesto a que seré el tío favorito.

—Tengo unas llamadas perdidas de la casa, ¿llamaste tu?

—No, fue el abuelo, está muy preocupado, le llamaré para decirle que está bien.

—Apolo, no le puedes decir a nadie que Claudia está embarazada, debo consultarlo con ella para ver cómo quiere informarlo, te lo dije a ti por accidente.

—Muchos accidentes últimamente, ¿no? —bromea y yo le doy una mirada asesina—. Ah, ¿muy pronto para bromas?

No le digo nada y vuelvo a la habitación para cuidarla mientras duerme. Nunca he sentido un miedo tan puro, tan profundo como el que sentí cuando se desmayó en mis brazos frente a la empresa. Así que no me despegaré de ella en un buen tiempo y ahora que sé que está embarazada, mi sentido de protección se ha duplicado.

***

—Artemis, estás exagerando.

Claudia cruza sus brazos sobre su pecho, negándose a que la sostenga para ayudarla a caminar cuando baja del auto al llegar a la casa del hospital. El sol mañanero se posa sobre su desordenado cabello rojo, resaltando las pequeñas pecas sobre sus pómulos.

—Puedo caminar perfectamente —me informa al pasarme por un lado y yo suspiro, cerrando la puerta del auto para seguirla.

Al entrar a la casa, el abuelo y su mamá la reciben con un abrazo. Ella les asegura que está bien. Sin embargo, mis ojos caen sobre mi padre que está de pie en el pasillo que lleva al estudio, Apolo a su lado, sus expresiones serias y preocupantes.

¿Qué pasa?

—Claudia —papá la saluda—, me alegra mucho que estés bien, nos diste un buen susto.

Ella le sonríe.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

Y de pronto, veo a alguien inesperado bajar por las escaleras de la casa. Su cabello negro está más largo desde la última vez que lo vi. Me alegra verlo, pero, ¿qué está haciendo aquí? Y entonces recuerdo que este fin de semana es festivo porque es 4 de Julio, y me doy cuenta de que ha pasado un año desde que volví a casa, desde que volví a ella. Mi hermano nos sonríe y se apresura a abrazar a Claudia.

Ares.

—Sé que te emocionaba saber que venía, pero desmayarte es un poco exagerado, ¿no te parece? —Ares le dice, juguetón.

—Idiota —Claudia le golpea el hombro antes de volverlo a abrazar—. No ha pasado mucho, pero me has hecho mucha falta.

Cuando se separan, Ares viene hacia a mí y yo alzo una ceja.

—No voy a abrazarte.

Él pone la mano sobre su pecho.

—Siempre tan frío.

—No ha sido mucho tiempo, Ares, no —igual me abraza y yo hago una mueca.

—Ya deja ese semblante frío —me dice al oído—. Tú y Claudia, ¿eh? Finalmente, te tomó bastante tiempo, idiota.

Apolo no puede guardarse nada, ya le ha contado de Claudia y yo, solo espero que no le haya contado lo del bebé porque definitivamente, lo mataré, después de que Claudia me mate a mí. Me separo de él.

—Ares y Artemis, los necesitamos en el estudio un momento —la voz de papá me recuerda la inquietud que tuve al ver sus expresiones cuando entré.

Busco la mirada de Ares y él luce tan perdido como yo.

Papá se gira y se adentra en el pasillo, Apolo me da una sonrisa de boca cerrada antes de seguirlo. Claudia arruga sus cejas, mirándome. Y yo me encojo de hombros porque no tengo ni idea de que pasa así que me limito a dirigirme al pasillo.

Ares y yo entramos al estudio cerrando la puerta detrás de nosotros. Me confundo aún más al ver a mamá sentada en uno de los sofás, sus ojos hinchados y rojos, pero no tiene lágrimas, es como si las hubiera llorado todas. Apolo y papá se sientan al otro lado de ella y Ares y yo compartimos una mirada antes de sentarnos en el sofá a un lado.

—¿Qué pasa? —pregunto, buscando respuestas en los rostros de mi familia.

—Los hemos reunido aquí, aprovechando que Ares está de visita para que los tres escuchen esto. Pensábamos hacerlo anoche cuando él llegó, pero Artemis pasó la noche en el hospital... así que —papá comienza—… bueno, su madre y yo hemos tomado la decisión de separarnos.

¿Qué?

—Ya hemos comenzado los trámites de divorcio —mi madre habla por primera vez—. Luego del 4 de Julio, me iré a vivir a la casa vacacional que compré hace tiempo, la que está al lado de donde pasa tu río favorito, Apolo —ella le sonríe y los ojos de Apolo se enrojecen, Ares tiene las manos tan empuñadas en su regazo que sus nudillos están blancos.

Y este sentimiento doloroso me toma por sorpresa porque pensé que sentiría alivio porque esto es lo que siempre quisimos, que se dejaran porque ya se habían hecho tanto daño, pero ahora que está pasando, mi pecho arde y puedo ver el dolor disimulado en las expresiones de mis hermanos.

Independientemente de sus errores, son nuestros padres, siempre juntos, supongo que como sus hijos siempre tuvimos la oculta esperanza de que se arreglaran de que siguieran juntos, con nosotros.

Nuestros padres esperan que alguno de nosotros diga algo, pero cuando no pasa, mamá aprieta sus labios recobrando fuerza.

—Sé que... he cometido muchos errores —sus ojos caen sobre mi—… que les hice mucho daño con mi egoísmo y no tengo excusa ni espero que me entiendan. Solo quiero que sepan que siempre los he amado y siempre los amaré y que las puertas de mi casa estarán abiertas para ustedes, que —su voz se rompe—… ustedes siempre serán mis hijos y yo siempre seré su mamá.

Ares bufa, sus ojos rojos.

—¿Ahora quiere ser nuestra mamá?

Apolo baja la mirada, lágrimas rodando por sus mejillas cayendo de su mentón.

—Ares... —le digo para calmarlo.

—No —él sacude la cabeza—. Después de años de toda esta mierda es que te das cuenta de esto —le dice, pero puedo sentir el dolor en su voz porque eso es lo que él hace, enmascarar sus emociones con palabras crudas.

Los ojos ya rojos de mamá se llenan de lágrimas.

—No llores —Ares le exige—. No tienes derecho a llorar, no tienes —su voz es emotiva y ahogada de las emociones que quiere reprimir—… ¿por qué mierda te tomó tanto tiempo? Si te hubieras dado cuenta de todo esto antes, si...

—No podemos vivir de los 'Si hubiera', Ares —le digo, enfocando su atención en mi—. Errores fueron cometidos, personas salieron heridas, es algo que ya pasó, no podemos cambiar el pasado.

Mi voz es más fría de lo que espero, supongo que eso es lo que yo hago, enmascarar mis sentimientos con frialdad. Una sonrisa triste invade mis labios porque Ares y yo somos más parecidos de lo que esperaba.

—Está bien, Artemis —mamá dice limpiando sus lágrimas—. Él tiene todo el derecho de desahogarse. Ares, hijo, puedes insultarme, decirme lo que quieras, lo merezco.

Ares no dice nada y oculta su cara con ambas manos. Mi padre vuelve a hablar.

—Podrán visitarla cuando ustedes quieran y ella podrá venir a verlos aquí cuando ella quiera también. Su madre y yo esperamos mantener una relación civilizada a pesar de que tomemos caminos diferentes.

—Entendemos —digo por mis hermanos que no pueden ni hablar—. Me parece bien que estén manejando esto de una manera tan madura y poco problemática.

Mamá se pone de pie.

—Debo comenzar a empacar —mi pecho se aprieta, pero me esfuerzo por sonreírle—. Lo siento mucho, hijos, de verdad, ojalá encuentren algún día en su corazón la fuerza para perdonarme.

Ella sale del estudio y todos nos quedamos ahí, sin decir nada. Ares masajea su cara en frustración, Apolo intenta detener sus lágrimas y papá solo nos da una sonrisa triste.

—Supongo que también les debo una disculpa, no todo es culpa de su madre, yo decidí seguir con ella a pesar de todo, soy tan culpable por todo como ella por no separarme cuando debí.

—Está bien, papá —le tranquilizo.

Ares se pone de pie y sale del estudio sin decir una palabra. Papá se sienta al lado de Apolo para consolarlo y yo necesito salir de aquí.

Salgo del estudio y subo las escaleras a mi habitación, sintiendo las miradas de las personas en la sala sobre mi pero no los miro. Dentro de mi cuarto, me siento en la cama, me paso la mano por la cara, por el pelo, la imagen de la cara enrojecida de mamá atormentándome. Alguien abre la puerta y Claudia entra, sus ojos preocupados evaluándome mientras cierra la puerta detrás de ella. Yo relajo mis hombros, rindiéndome porque con ella no hay necesidad de enmascarar nada.

Ella se acerca lentamente y se detiene frente a mí.

—¿Estás bien? —la tomo de las caderas y la abrazo, el lado de mi cara contra sobre su estómago, su olor calmándome.

—Voy a ser un buen papá —le prometo porque lo seré—. Voy a intentar lo mejor de mí, Claudia, te lo prometo.

Para que mi bebé no tenga que pasar por nada de lo que yo pasé, o de lo que su madre pasó. Claudia acaricia mi cabeza suavemente.

—Por supuesto que lo serás, Artemis.

Amar a esta mujer y dar lo mejor de mi para criar a mi bebé son mis metas ahora y siempre porque no puedo cambiar el pasado, ni desparecer sus heridas, pero puedo contribuir en un futuro diferente para nosotros.

Capítulo 36:

"Ya soy un desastre"

Claudia

Hospitales.

Los he evitado exitosamente toda mi vida con la excepción de la vez que me operaron de apendicitis y las consultas a las que he acompañado a mi madre. Sin embargo, esos días de evitarlo han llegado a su fin porque ahora que estoy embarazada se convertirán en parte de mi vida, las citas, las ecografías. A pesar de todo esto, me siento más preparada y calmada de lo que pensé.

¿Quién no lo está?

Artemis.

Artemis camina de un lado a otro en el pasillo de espera del ginecólogo, él se pasa la mano por el cabello, se afloja su corbata unas dos veces y yo suspiro.

—Artemis, ¿puedes sentarte? —levanto la mirada y le ofrezco con una sonrisa amable.

Él se detiene frente a mí, su pecho inflándose mientras toma una respiración profunda y luego exhala. Sus lindos ojos café me observan, como si necesitara ver la serenidad en mi rostro para calmarse. No entiendo porque está tan nervioso, quizás verlo así es lo que me mantiene tan tranquila, los dos no podemos ser un desastre de nervios y ahora que lo pienso, siempre he sido mejor a la hora de manejar mis emociones. Artemis solo sabe enmascararlas para no lidiar con ellas o descontrolarse como en este momento.

—Por favor —le digo y él se sienta a mi lado.

—No sé cómo estás tan tranquila.

—Es solo la primera cita —tomo su mano y me giro hacia él—… todo estará bien.

—Yo debería estarte diciendo eso, y mírame, ya soy un desastre.

—No, no lo eres.

Acaricio su mejilla, siento su ligera barba contra mis dedos, sus labios me provocan así que me acerco y lo beso, me encanta poder besarlo cuando quiero, ya no tengo que reprimirme, ni aguantar, ni mucho menos esconder lo mucho que me gusta, lo mucho que él siempre me ha encantado.

Soy libre de agarrar a Artemis Hidalgo de su corbata y besarlo con todas las ganas. Cuando nos separamos, él abre sus ojos con lentitud.

—Debiste calmarme así desde el principio.

—No te acostumbres.

—Claudia Martinez —llama una enfermera desde una puerta entreabierta.

Nos ponemos de pie y caminamos al consultorio de la Dra. Díaz. La enfermera nos guía y pasamos una puerta más para entrar. La Dra. Díaz es una mujer en sus cuarentas de cabello negro y ojos oscuros, ella nos sonríe al vernos, sus ojos se quedan un poco más sobre el hombre a mi lado y no la culpo. Artemis es demasiado atractivo para su propio bien.

—Un placer conocerlos —ella nos da la mano a ambos—. Soy Paula Díaz y estoy muy contenta de que me hayan escogido para esta etapa tan importante de sus vidas, Claudia, ¿no?

Yo asiento y sus ojos caen sobre Artemis.

—Artemis Hidalgo —le responde de manera cordial.

—¿Hidalgo? — a Dra. Díaz levanta sus cejas, sorprendida—, ¿de la empresa Hidalgo?

—Si.

—Oh —ella se enfoca en mí—. Tomen asiento, por favor.

Ella va al otro lado del escritorio y nosotros nos sentamos.

—Bueno —ella revisa los documentos que llené hace un rato—. Primero que nada, felicitaciones por tu embarazo, Claudia, si me guío por la información que has puesto, tienes 8 semanas, vamos hacer unas pruebas de sangre para revisar que tus niveles estén bien ya que vi en tu historial que estuviste en emergencia por una pequeña anemia hace un par de días.

—Si, se desmayó —Artemis agrega.

—¿Cómo te sientes, Claudia?

—Bien —le digo la verdad—, solo tengo nauseas de vez en cuando.

Y me duelen los senos, pero supuse que eso era normal.

—Bueno, vamos a monitorear tus niveles y haremos un ultrasonido para confirmar que todo esté bien —ella se levanta—. Pasemos a la extensión de mi consultorio donde podremos hacer el procedimiento.

Al entrar al lugar, me recuesto en la camilla al lado de la máquina de ultrasonido que contiene una pantalla bastante grande. Artemis se sienta a mi lado y toma mi mano. La Dra. Díaz se prepara con guantes, pone el gel sobre mi bajo vientre y yo tomo una respiración profunda. Mis ojos quedan fijados en la pantalla, esperando verlo todo.

—Ahí está —ella murmura y yo comparto una mirada con Artemis porque yo no veo nada, solo gris y negro en la pantalla.

La Dra. Díaz sonríe y señala el círculo más pequeño que he visto en mi vida, yo entrecierro mis ojos para verlo mejor hasta que ella agranda la imagen.

—Es muy pronto para verlo bien en un ultrasonido, pero como has tenido anemia, quiero asegurarme que todo esté bien —ella comenta al seguir revisando. Artemis está hechizado, sus ojos fijos sobre la pantalla. Eso me hace sonreír antes de volver a mirar la pantalla—. Ahí está el saco de gestación y dentro podemos ver el pequeño embrión formándose.

Una sensación extraña invade mi pecho, y por primera vez desde que recibí la noticia, siento una felicidad absoluta, no puedo amarlo de manera tan rápida, eso no es posible, es como si verlo cambia todo.

Eres un pequeño circulito, bebé.

—Muy bien, todo luce normal —nos dice al terminar y quitarse los guantes.

Volvemos a la otra parte de su consultorio y nos sentamos.

—Te pondré cita para mañana para que te hagan unos exámenes de sangre, por ahora, continúa con las vitaminas que te ha enviado el doctor de emergencias y una muy buena alimentación —me explica con una sonrisa—. Te veré en dos semanas para revisar de nuevo que todo vaya bien, de nuevo, felicitaciones, señora Hidalgo.

Mi sonrisa se congela a mitad de formarse, ¿Sra. Hidalgo?

Artemis y yo ponemos nuestras manos al frente y las sacudimos, hablando al mismo tiempo.

—No…

—No…

Ambos páramos y compartimos una mirada, puedo sentir el calor en mis mejillas.

—No estamos casados —yo aclaro con una sonrisa fingida.

—Oh —la Dra. Díaz se sonroja—. Disculpen de verdad, no debí asumir.

Un silencio incómodo nos rodea así que me pongo de pie para despedirnos de ella y recibir el papel con la cita para mañana, salimos de ahí con rapidez.

***

En el camino a la casa, los nervios comienzan a invadirme. Es increíble cómo no estaba nerviosa en lo absoluto en la cita médica, pero si lo estoy ahora que tenemos que enfrentar lo que considero más difícil e incómodo de toda esta situación por ahora.

Nuestras familias.

Artemis y yo decidimos decirles luego de asegurarnos de que todo estuviera bien con el bebé. Fue una decisión en conjunto, además, que tenemos que aprovechar que Ares está de visita y que la Sra. Hidalgo aún no se ha marchado, es el último día en que la familia Hidalgo estará completa. Todas las razones están ahí, pero eso no me quita el miedo a las diferentes reacciones.

Artemis detiene el auto frente a la casa y nos bajamos, las nubes cubren el cielo, truenos suenan en la distancia, sé que lloverá pronto. Me recuesto contra el carro, cruzo mis brazos y me quedo mirando la casa Hidalgo, he pasado casi toda mi vida en este lugar. Casi puedo vernos a todos de pequeños salir corriendo de la puerta principal con pistolas de agua, atacándonos mutuamente.

—Claudia —la voz de Artemis me saca de mis pensamientos—, ¿estás bien?

Él se para frente a mí, la preocupación clara en esos ojos café.

—Estoy bien.

—Es normal que estés nerviosa, pero no estás sola. Haremos esto juntos, ¿de acuerdo? —él me ofrece su mano y yo la tomo.

No nos toma mucho tiempo reunir a toda la familia en el estudio, Juan Hidalgo se sienta detrás de su escritorio mientras Sofía lo hace en el sofá individual. Mi mamá está en una silla a un lado del escritorio Hidalgo. El abuelo toma asiento en el sofá opuesto al de Sofía, Ares y Apolo entran bromeando sobre algo. Sus sonrisas tan idénticas que no dejan duda que son hermanos. Ellos se quedan de pie detrás del abuelo.

—¿Artemis? —su padre alza una ceja, esperando.

Y todas las miradas caen sobre nosotros dos. Sofía me echa un vistazo de pie a cabeza, la desaprobación clara en su expresión. Por lo que Artemis me contó, pienso que ella está tratando de jugar el papel de madre arrepentida, y aunque tal vez engañe a sus hijos y a su marido, a mi no. Yo sé exactamente la clase de persona que ella es, y aunque todos merecemos segundas oportunidades, no creo que eso sea lo que ella busca, el interés de esta señora por cambiar no es genuino, nunca lo sería. Solo está actuando de esta forma para que, si en algún momento el señor Juan deja de proveerle dinero, pueda obtenerlo a través de sus hijos, sobre todo de Artemis, quien ya tiene sus propios negocios y dinero a parte de la empresa. Y no culpo a los chicos por creerle, es su madre, y la quieren.

—Bueno, la razón por la que estamos aquí, es porque Claudia y yo tenemos algo importante que decirles —Artemis toma mi mano y Sofía hace una mueca.

Mamá sonríe.

Artemis me mira y yo asiento para que continúe porque de ninguna forma puedo ser yo la que lo diga.

—Claudia y yo hemos estado saliendo por un par de meses —Artemis explica.

—Con todo respeto, Artemis —dice el abuelo—, eso ya lo sabíamos, sé que ustedes creen que son buenos escondiendo su relación, pero no lo son.

—Es cierto, hija —mamá está de acuerdo.

—Hay más… —Artemis se aclara la garganta.

Ares luce confundido, pero Apolo está mordiendo sus labios para aguantar una sonrisa, ¿A caso...? Voy a matar a Artemis.

Todos esperan y Artemis aprieta mi mano, lo ojeo de lado y veo lo pálido que está y como traga grueso. Gotas de sudor bajan por su frente, aunque el aire acondicionado está a toda su potencia, creo que, si sigue así, a Artemis le dará algo antes de poder decirlo, y como siempre su nerviosismo me hace ser más fuerte, me hace ser la calmada de la situación. Así que solo lo digo.

—Estoy embarazada.

Simple. Claro. Directo.

Silencio absoluto.

Nadie habla, nadie se mueve, algunos comparten una mirada de sorpresa. Mi valentía parece impulsar a Artemis.

—A pesar de que no fue algo que planeamos, estamos muy felices —él sonríe a la expectativa, observando cada una de las personas a nuestro alrededor.

Sofía se excusa y sale de la habitación.

El abuelo aplaude, y rompe el silencio.

—¡Felicitaciones! —nos dice, sonriendo—. ¡Voy a ser bisabuelo! —pone sus puños en el aire—. Nunca pensé que llegaría a estar vivo para tener un bisnieto o una bisnieta.

—Felicidades, hijo —el Sr. Hidalgo porta una expresión entre la fascinación y el orgullo—. No pensé ser abuelo tan joven.

Observo movimiento con el rabillo del ojo y apenas me da tiempo de girarme cuando Ares me envuelve en un abrazo y me levanta del suelo.

—¡Voy a ser tío! —me repite una y otra vez en el oído y su alegría me hace soltar una risita, cuando me baja, me agarra el rostro con las dos manos y me planta un beso en la frente—. Felicidades, preciosa.

—Gracias, idiota.

Ares sigue para molestar y felicitar a Artemis. Apolo también me da un abrazo.

—Siempre ha sido él, ¿eh? —Apolo bromea cuando se separa.

Mi madre aparece detrás de él y me ofrece sus brazos.

—Mi nena —me susurra antes de abrazarme—. Sé que es inesperado —me dice al oído—, pero me alivia tanto saber que estaré en este mundo para conocer a mi nieto o a mi nieta y que ya no estás sola.

Eso hace que lágrimas llenen mis ojos porque sé a lo que se refiere, los doctores no han sido muy optimistas con el avance de la enfermedad de mamá. Aún recuerdo el crujido de mi corazón cuando nos dijeron que quizás un año más, quizás dos. Su alivio me parte el alma, pero me alegra saber que esto, aunque inesperado, le dé un poco de paz.

Supongo que las cosas inesperadas que nos pasan pueden tener un lado positivo.

Ese pensamiento me invade al verlos a todos sonrientes, felicitándonos, alegres. Esta no era la reacción que me esperaba. La emoción en sus expresiones me hace sentir parte de algo, me hace sentir... en familia. Las lágrimas que mi madre ha comenzado se vuelven más gruesas porque nunca pensé que tendría esto, que tendría tantas personas a mi lado a las que le importara, que se pondrían así de felices por mi hijo/a.

Culpo a las hormonas del embarazo por las lágrimas que se me escapan y que limpio rápidamente.

—¿Ya saben si es niño o niña? —Apolo me pregunta, y todos escuchan a la expectativa.

—Aún no, es muy pronto.

—Seguro es niño —comenta el abuelo—. Por generaciones ningún Hidalgo ha tenido una niña —casi suena como si quisiera una.

—Quizás Clau rompa esa cadena —Ares le anima.

—Una niña Hidalgo —murmura el señor Juan—… interesante.

—¿Han pensado nombres? —Apolo hace otra pregunta.

—Apolo —Ares le agarra el hombro.

—¿Qué?

—No seas intenso.

—Disculpa si quiero saber sobre mi futura sobrina o sobrino.

—Igual seré el tío favorito —Ares le responde con arrogancia.

Apolo bufa.

—¿Tú? —Apolo se gira hacia mí—. Claudia, ¿quién será el favorito?

Yo me hago la loca.

Y entre las discusiones infantiles de Ares y Apolo sobre quien es mejor, las palabras de aliento de mamá, la felicidad del abuelo, la aceptación del señor Juan, y la mirada de amor puro de Artemis, sonrío como nunca antes lo he hecho porque me doy cuenta de que no estoy sola, y que no lo estaré por mucho tiempo. Esa niña defensiva en mí que se crió en las calles me devuelve la sonrisa porque tiene algo que siempre anheló con todo su corazón: una familia.

Capítulo 37:

"Capítulo Final"

Claudia

Artemis y yo enfrentamos nuestra primera pelea en el tercer mes de embarazo.

—Claudia.

—No.

—Ni siquiera me estás escuchando —me dice y agita sus manos en el aire.

Estamos en su habitación, el sol mañanero se cuela por su ventana. Estoy terminando de vestirme para irme a la empresa después de pasar la noche con él.

—Ya te escuché y la respuesta es no.

Artemis quiere que deje mis pasantías en la empresa y que me quede en casa todo el día. Estoy embarazada, pero eso no me hace menos capaz de cumplir con mi trabajo. Además, el contrato es de 6 meses y ya solo me faltan dos, creo que podré manejarlo por dos meses más, aún ni siquiera tengo señales de barriga.

—No entiendo lo que quieres probar haciendo esto, Claudia.

—No estoy tratando de probar nada, solo quiero ser responsable, firmé un contrato de seis meses y ya solo me faltan dos.

—Un contrato en mi compañía, no tienes que terminarlo, yo puedo darlo por cumplido.

—No.

—¡Ah! —él se da la vuelta y se pone las manos en la cabeza, cuando se gira hacia mí, yo cruzo mis manos sobre mi pecho—. ¿Sabes cuantas personas matarían por poder quedarse en casa sin trabajar?

—Oh, lamento no ser del montón.

—Claudia —él aprieta sus labios—… eres tan terca, debí saberlo, quizás solo debí ordenar que te despidieran.

Ah, este hijo de...

—Vete a la mierda.

Me doy la vuelta para irme, pero las náuseas matutinas me llegan de nuevo y con arcadas corro al baño de la habitación y me inclino sobre el inodoro a vomitar. Artemis se

para en el marco de la puerta del baño con los brazos cruzados sobre su pecho. Puedo verlo por el reflejo del espejo del baño cuando me enderezo y voy al lavamanos a lavarme la boca. Le doy una mirada fría.

—Claudia…

—No —yo me giro hacia él—. Escucha, Artemis, entiendo tu preocupación y no es que esté siendo malagradecida con lo de poder quedarme en casa, pero esta es mi vida, y mi decisión es terminar el contrato, mantener mi historial limpio y responsable. Quiero seguir mi trabajo y punto.

Él tuerce los labios.

—¿Quieres montar tu propia empresa de publicidad? Yo podría…

—¡Dios! —me agarro la cara—. Es como hablar con una pared.

Camino hacia él para pasar y él bloquea la puerta.

—Espera, espera, no te vayas así.

Yo tomo una respiración profunda.

—¿Tienes idea de lo idiota que estás siendo esta mañana? ¿Ordenar que me despidan? ¿En serio?

Él se pasa la mano por la cara.

—Lo siento, lo siento, no sé qué me pasa, solo quiero... es que —él pausa y da un paso hacia mí—… solo quiero que estés a salvo, si algo te pasa...

—Artemis, estoy bien —le aseguro—. ¿Crees que haría algo que ponga en riesgo a nuestro bebé?

—No es eso —él suspira y sostiene mi rostro con ambas manos—. Soy idiota, lo siento.

Yo le doy una sonrisa fingida.

—Aprecio la disculpa, pero te has quedado sin mi compañía nocturna por una semana —le aprieto la nariz—. Disfruta dormir solo, idiota.

Le paso por un lado y salgo de ahí.

—Claudia...

Le escucho decir, pero sigo mi camino.

***

Al quinto mes, ya se me nota la barriga y he terminado las pasantías en la empresa. Artemis ya ha dejado su puesto de gerente y se lo ha delegado a su mejor amigo Alex. Es libre de la empresa y puede hacer lo que quiera, supervisa los negocios que él ha montado independiente y le convencí a que tomara un curso de dibujo, que recuperara esa pasión.

También es el mes en el que podemos ir a la consulta para saber el sexo del bebé. La Dra. Díaz estaba muy emocionada y cuando volvemos a la casa de la consulta, todos están esperando por nosotros en la sala. El abuelo, mamá, el señor Hidalgo, Apolo, el único que falta es Ares y está en una videollamada desde la tablet en medio de la sala.

—¿Y bien? —mamá pregunta y yo me lamo los labios.

—¡Es una niña! —les digo con emoción porque sé que, aunque no lo han dicho en voz alta, todos estaban cruzando los dedos por una niña.

—¡Lo sabía! —el abuelo sonríe y choca cinco con Apolo—. ¡Una niña Hidalgo!

—¡Yuuujuuuuu! —se escucha el grito de Ares desde la tablet sobre la mesa de la sala—. Apolo, me debes 20 dólares.

—¿Apostaron? ¿Es en serio? —le reclamo a Apolo.

Él se encoge de hombros.

—Fue idea de Ares.

Me acerco a la pantalla de la tablet para decirle:

—Idiota.

Ares me sonríe.

—Me amas y lo sabes —él me guiñe el ojo y yo volteo los míos y me enderezo.

Mamá me abraza de lado y el señor Juan se acerca a mí con las manos en los bolsillos de sus elegantes pantalones.

—Estás haciendo historia en la familia Hidalgo —me comenta—. Es la primera niña en toda la familia, mis hermanos solo han tenido niños.

—Mi primera nieta —interviene el abuelo—. ¿Ya han comenzado a preparar su habitación?

—¿Usarán uno de los cuartos de arriba? —el señor Hidalgo comienza—. Ah, pero las escaleras serán un problema, ¿no?

—No... no hemos... —Artemis y yo compartimos una mirada.

—¿Vivirán aquí, cierto? —el abuelo pregunta, la preocupación clara en su rostro—. Esta casa es inmensa, además, creo que a los abuelos —señala a mamá y al señor Juan— les gustaría estar cerca de su nieta.

—No lo hemos hablado, abuelo —Artemis le responde y yo lamo mis labios un poco incómoda.

¿Cómo es que no hemos pensado en eso?

Charlamos otro rato con todos antes de subir a la habitación de Artemis. Bostezo y estiro mis brazos en el aire antes de sentarme sobre la cama, estoy tan cansada últimamente, y eso que ya no hago nada, ya terminé las pasantías y han contratado a una chica de servicio para la casa porque por supuesto que Artemis no me dejaría hacer nada. Ya no me quejo de su sobreprotección, con lo cansada que quedo cada día sin hacer nada, no me quiero imaginar cómo sería si aún estuviera a cargo de la casa.

Artemis se afloja la camisa y se la quita, yo me quedo embobada mirándolo. Las hormonas me han vuelto insaciable últimamente. Él se inclina y me da un beso suave, y acaricia mi rostro con gentileza, yo lo agarro del cuello y lo jalo hasta que queda sobre mí en la cama.

—¿Otra vez? —murmura contra mis labios.

—¿Te estás quejando?

—En lo absoluto.

***

Para el noveno mes ya no puedo ni caminar mucho sin que se me hinchen los tobillos y me quedo sin aire haciendo las actividades más básicas. Sin mencionar, mi espalda y lo difícil que es encontrar una posición para dormir.

Artemis y yo hemos decidido quedarnos a vivir en la casa Hidalgo por lo menos durante el primer año de nuestra hija. Queremos que el abuelo, el señor Juan y mamá disfruten de ella lo más que puedan. Ya luego veremos si nos quedamos o nos vamos. No hemos sabido nada de la señora Sofia y no me sorprende, probablemente no quiere saber nada de mí y de mi hija y eso está bien. No quiero a alguien con tanta mala vibra cerca de mi hija.

Artemis está mucho más tranquilo ahora que ya no está en la empresa Hidalgo y que solo tiene que estar pendiente de sus negocios de vez en cuando. Él está disfrutando dibujar como nunca desde que comenzó ese curso de dibujo hace meses. A pesar de que no ha sido mucho tiempo, sus dibujos cada vez son mejores y muy artísticos, supongo que cuando se nace con el talento, no importa cuánto tiempo pase.

Ya hemos preparado el cuarto de nuestra hija con mucho cariño. Estamos en el descanso de primavera así que todos están en casa. Gin y Alex han venido hoy a ayudar con los últimos detalles del cuarto. Apolo y Ares están en la sala armando un gavetero que vino con instrucciones complicadas. Puedo escucharlos desde aquí en el cuarto peleando sobre qué hacer.

Gin está colgando el nombre de mi hija al lado de la cuna con la ayuda de un estresado Alex.

—¡Más a la derecha! ¡Está torcido! —Alex le reclama.

—Así me decías anoche —le replica Gin.

—¡Gin! —le doy una mirada reprochante.

—Bromeo, además, Alex no es un santo —ella se defiende.

Alex y Gin viven para discutir juguetonamente, pero se han hecho buenos amigos gracias a Artemis y a mí. Supongo que siendo nuestros mejores amigos no les quedó opción.

—Alex —le llamo—. ¿Qué ha pasado con Chimmy?

—¿Chimmy? —pregunta Gin—. Oh, la secretaría, ¿no?

—Nada ha pasado, ¿por qué habría de pasar algo? —Alex intenta sonar extrañado.

Artemis tose en su mano.

—Cobarde.

—Te escuché y ya no eres mi jefe así que puedo golpearte.

—Disculpe, Sr. Gerente de la empresa Hidalgo —bromeo.

—No le apoyes, Claudia, necesito alguien en mi equipo.

Yo me pongo de pie usando los brazos de la silla como impulso. Sin embargo, cuando me enderezo siento un líquido caliente bajar por mi entrepierna y caer al suelo. Todos se me quedan viendo en estado de sorpresa.

—Oh —es todo lo que puedo decir—, creo que rompí fuente.

Y de ahí todo se vuelve un caos, Artemis no para de preguntarme si estoy bien una y otra vez. Gin y Alex caminan de un lado a otro. Sostengo mi barriga con una mano y con la otra uso a Artemis de apoyo para salir de la habitación y bajar las escaleras.

Ares y Apolo levantan sus miradas, y Gin siendo la histérica que es les grita.

—¡El bebé!¡Ya viene!

Más caos.

Mamá, el abuelo y el señor Juan salen de la cocina donde han estado preparando la carne para hacer un asado de primavera. Todos quieren hablarme y calmarme a la vez cuando los que están como locos son ellos.

—Estoy bien —les repito una y otra vez.

El camino al hospital es mucho más rápido de lo que espero, y al llegar, me registran en el papeleo y me sientan en una silla de ruedas, aunque puedo caminar.

Quisiera decir que todo el proceso de dar a luz fue maravilloso pero la verdad es que duele demasiado. Pensé que me importaría tener un montón de doctores viéndome ahí, pero en lo menos en lo que piensas es el pudor en esa situación, solo quieres acabar con el dolor y traer a tu hijo al mundo, lo demás es irrelevante.

Artemis sostiene mi mano en todo momento y está tan pálido que creo que cualquiera pensaría que él es el que está dando a luz.

—Vamos, Claudia, vamos, otro empujón —me anima la Dra. Díaz, yo me esfuerzo en pujar sin respirar—. Aguanta, aguanta, eso, bien, bien.

Con lo último de mis fuerzas, lo doy todo para que la bebé salga esta vez. Me quedo sin fuerzas, sin aire hasta me mareo un poco pero todo eso no importa cuando escucho el llanto de mi bebé. La Dra. Díaz lo limpia un poco antes de ponerlo en mis brazos y no puedo contener las lágrimas. Nunca he amado a alguien de esta forma tan instantánea, tan profunda.

Artemis se inclina sobre nosotros, sus ojos enrojecidos y acaricia la pequeña cabeza de la bebé con cuidado como si fuera algo tan preciado que le da miedo tocarla.

—Hola, hola, mi amor —le susurro entre sollozos—. Bienvenida al mundo, Hera Hidalgo.

Artemis besa su frente antes de darme un beso corto. Al separarse, él me mira a los ojos, su mirada carga tanta emoción, tanto amor que por primera vez puedo decirlo sin dudarlo

—Te amo, Artemis.

Ya no tengo miedo, ya esa frase que he escuchado de sus labios todos estos meses, que le he escuchado susurrar a mi barriga no está relacionada con esos malos hombres que

engañaban a mamá. Ahora todo lo que pienso cuando la escucho es en el cálido chico con el que crecí, y en esta hermosa bebé en mis brazos.

Artemis me sonríe.

—Lo sé, preciosa —no lo dice de una forma arrogante sino como que él lo ha sabido todo este tiempo, como si él no necesitará que lo dijera porque sabía lo difícil que era para mi decirlo—. Yo también te amo, Claudia.

Al tercer día nos dan de alta y Hera es el centro de atención de la casa Hidalgo. Todos se pelean por quien la carga, quien le cambia el pañal y quien la duerme. Creo que ser la primera niña Hidalgo es todo un acontecimiento. Lo bueno es que nos ayudan mucho y así Artemis y yo podemos descansar de vez en cuando.

Hera es una bebé preciosa, tiene un poco de cabello café sobre su pequeña cabeza. Las facciones de su rostro son adorables, y sus ojos son azules por ahora, aunque me han dicho que algunos colores de ojos en bebés cambian con el tiempo.

No esperé que los tuviera de ese color, supongo que es algo que heredó de otras generaciones. Según mamá, mi padre tenía ojos azules al igual que la madre de Artemis y también Ares y por supuesto que Ares no perdería la oportunidad para molestar a Artemis con eso de que él es verdadero padre.

—Lo siento, hermano —Ares le dice a Artemis dramáticamente—. Traté de resistirme, pero Claudia tiene una determinación, ella…

Artemis le abofetea la parte de atrás de la cabeza.

—Respeta, Ares.

Ares nos da una gran sonrisa.

—Siempre tan serio —Ares sacude la cabeza antes de inclinarse sobre la cuna para cargar a Hera—. Hola de nuevo, preciosa, ¿quién va a ser una rompecorazones como su tío? ¿quién?

Apolo voltea los ojos.

—¿Cómo no le dices algo como que será inteligente o que se yo? ¿rompecorazones como su tío? ¿en serio?

Artemis suspira y sienta a mi lado en la cama. Yo aún estoy un poco adolorida.

—¿Necesitas algo? —sacudo mi cabeza.

Nos sentamos a observar a todos pelearse por cargar a Hera.

***

4 de julio…

Por primera vez en meses, Artemis y yo estamos solos.

Hera se quedó en casa con sus abuelos, quienes estaban más que contentos con cuidarla. Creo que es el primer 4 de Julio que pasamos él y yo juntos así solos desde aquel que pasamos cuando éramos adolescentes, cuando tuve que rechazarlo por culpa de su madre.

Hemos venido a una playa preciosa y solitaria a unas horas de casa. Estamos sentados en la arena, la luna preciosa en el oscuro cielo, se refleja sobre el mar. Hay un malecón a un lado que se adentra en la playa y donde se ven algunas personas. El viento mueve mi cabello hacia atrás, y le echo un vistazo al hombre a mi lado.

—Es precioso aquí —le digo honestamente y reposo mi cabeza de lado sobre su hombro y me doy cuenta de que está temblando. Me enderezo—. ¿Tienes frío?

Artemis menea su cabeza.

—No.

Yo arrugo mis cejas.

—Estás temblando.

Él no me mira y señala el malecón. De pronto, fuegos artificiales comienzan a salir de él, volando sobre el mar hasta explotar en miles de colores. Abro mi boca en sorpresa porque absolutamente impresionante. Me pongo de pie para acercarme más a la orilla y disfrutar el espectáculo. Por supuesto que Artemis prepararía algo como esto. Lo siento seguirme.

—Es precioso —le digo al girarme para verlo—. Me encanta es... —dejo de hablar al verlo inclinado de una rodilla en la arena frente a mí.

Me cubro la boca en sorpresa porque esto no me lo esperaba para nada.

—Claudia —él comienza—, no soy bueno con las palabras, pero hoy bajo estos fuegos artificiales, haré mi mayor esfuerzo. Crecí contigo, fuiste mi amiga, mi apoyo y mi primer amor.

El recuerdo de él sacándome la lengua cuando se peleaba conmigo de niño vino a mi mente.

—Superamos muchas cosas juntos —él continúa.

Recordé todas las veces que me ayudó cuando caminaba sonámbula y con mi miedo a la oscuridad, las veces que limpié las heridas de sus nudillos cuando se metía en peleas, como me defendía cuando se metían conmigo en la escuela. La tranquilidad de sus ojos café mientras me decía: estoy creando un espacio para ti.

—Nuestro camino no fue fácil y los obstáculos fueron muchos, pero hemos estado juntos por un poco más de un año y hemos recibido a nuestra preciosa Hera —él dice emotivo—, y no tengo duda de que eres la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida, la mujer con la que quiero formar un hogar. Para mí, siempre has sido tú.

Gruesas lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Así que este Iceberg, Super-gato y hombre enamorado hasta los huesos, te hace una pregunta hoy 4 de Julio, ¿te casarías conmigo?

Él levanta su mano con la cajita del anillo. Yo bajo la mano de mi boca y sonrío a través de las lágrimas.

—Si, por supuesto que sí.

Me inclino sobre él y lo abrazo. Los fuegos artificiales siguen resonando en el cielo nocturno, iluminándonos. Cuando me separo, él desliza el anillo en mi dedo y me besa.

Es un beso lleno de emoción, de amor, de promesas. Él se detiene y descansa su frente sobre la mía. Sus ojos indagan los míos.

—No me rechazaras esta vez, ¿eh? —él bromea.

Yo acaricio su rostro, rozando su ligera barba y lo beso con todas las ganas como respuesta.

Epílogo:

10 años después…

Claudia

Mis lentes oscuros me escudan del implacable sol de las playas de Carolina del sur, disfruto sentir el calor sobre mi piel. El sonido de las calmadas olas llegando a la orilla es tan relajante. Estoy tirada en la arena bronceándome un poco. Necesitaba estas vacaciones.

Manejar mi propia empresa de publicidad más todas las fundaciones que abrí con la ayuda de Artemis me agota y no me deja mucho tiempo libre. Sin embargo, siempre me aseguro de pasar tiempo suficiente con mi familia, en especial con mis hijos y mi esposo. Y las vacaciones de verano son sagradas.

—¡Mamá! —Hades, mi hijo menor, corre hacia mí con las manos arenosas llenas de conchas, su cabello pelirrojo mojado se pega alrededor de su pequeña cara, la luz del sol hace que sus ojos miel se vean más claros y las pecas sobre sus pómulos resalten—. He encontrado un montón esta vez.

Su hermana mayor viene detrás de él con los brazos cruzados sobre su pecho con una expresión de fastidio, a veces siento que actúa como una mini-adulta. Yo me apoyo en los codos para levantarme un poco y sonreírle.

—Guao, son muchas —le digo, a él le gusta coleccionar cosas de los lugares a donde vamos. Su cuarto está repleto de diferentes cosas de países que hemos visitado—. Tienes que escoger las que más te gusten para tu colección.

—Como si ya no tuviera suficientes cosas en su cuarto —su hermana replica y yo la miro.

—Hera…

—Es verdad, mamá, ya no se puede abrir la puerta completa.

—Estás exagerando.

—Le pedí su opinión, mamá y como siempre está de amargada —acusa Hades.

¿Me pregunto a quién salió?

—¿A quién le dices amargada?

Y así empieza una discusión. Yo los calmo y tenemos la usual conversación sobre el respeto y la tolerancia entre hermanos. Hera suspira.

—Lo siento, volcán —ella le llama así por el color del cabello de Hades.

—Está bien —él responde, pero el puchero que hace es adorable y podría convencer a cualquiera, incluso a la malhumorada de su hermana.

Hera se inclina sobre él y alborota su cabello de forma amigable.

—Bien, te ayudaré a escoger las mejores —ella le dice.

—¿Las mejores? —el puchero se esfuma y la alegría se extiende por su rostro.

Hades es precioso, ambos lo son, mis bebés, mis niños. Los veo volver a la orilla del mar y encontrarse con su padre en el camino.

Mi esposo acaba de salir del agua y los años le han caído muy bien, ¿cómo es que se pone más bueno con los años? Eso no es normal. Él sigue ejercitándose todos los días, el agua cae por los músculos de su pecho y abdomen definidos al igual que sus brazos. Esa ligera barba que me encanta aún acompaña su perfilada mandíbula. Él sacude su cabeza para secar un poco su cabello antes de pasar su mano por él, y yo me muerdo el labio inferior. Creo que estaré lamiendo esos abdominales más tarde cuando los niños se duerman.

Artemis llega a mí, me da un beso y se sienta a mi lado.

—Tu expresión cuando me miras y estás pensado cosas sexuales es muy obvia, Claudia.

Yo sonrío.

—¿Te estás quejando?

—Para nada —él acerca su boca a mi oído—. De hecho, estaba pensando que ahora cuando se duerman los niños...

Nuestras mentes están en el mismo objetivo como siempre.

Con todas nuestras responsabilidades, su empresa, la mía, los niños, las fundaciones a veces se nos pasa el tiempo sin tener intimidad y no nos damos cuenta hasta que estamos que nos devoramos de las ganas. Supongo que esto es ser adulto.

—Es tarde, tenemos que volver al hotel, y alistarnos para bajar al show de fuegos artificiales —Artemis me dice, acariciando mi espalda desnuda.

Mi traje baño es de dos piezas, no me importa mostrar la cicatriz de la cesárea de Hades ya que no lo pude tener natural como a Hera, o la de apendicitis, tampoco mis estrías por los embarazos, agradezco a mi madre por enseñarme a quererme tanto como soy.

Que en paz descanse mi viejita hermosa, ella falleció hace unos años. Vivió mucho más de lo que los doctores esperaban y creo que ella recibió mucha fuerza cuando Hera nació y luego Hades, sus nietos fueron su fortaleza y sus ganas de vivir hasta que ya no pudo más. Me consuela saber que ella disfrutó de sus últimos años con sus nietos y que fue tan feliz.

Espero ser una buena madre como tú, mamá. Aunque cometiste errores, me diste tanto amor, me enseñaste a fomentar mi amor propio y mi valor. Espero no defraudarte.

—¿En qué piensas? —Artemis pasa su brazo por encima de mi hombro para abrazarme de lado.

—En mamá.

Él besa el lado de mi cabeza, pero yo me sacudo la tristeza, no hemos venido a las tradicionales vacaciones Hidalgo para esto. Hace cinco años nació la tradición de venir a estas playas para celebrar el 4 de Julio. Hidalgos de todas partes del país viajaban aquí para reunirnos y vernos por lo menos una vez al año. Fue idea del abuelo, en un intento de acercar a sus hijos, y su descendencia, y ha funcionado.

Llamamos a los niños y volvemos al hotel para bañarnos y cambiarnos. Luchamos para que Hades no se quede dormido en el sofá después de bañarse, es tradición que estemos juntos en el show de fuegos artificiales. Bajamos a la playa donde será el espectáculo y nos sentamos en sillas desplegables. Hades se sienta en mis piernas y Hera se queda detrás de su padre y lo abraza desde atrás para apoyarse.

Los fuegos artificiales comienzan frente a nosotros.

—¡Guao! —Hades exclama y me mira para asegurarse que no me lo esté perdiendo.

—Impresionante, ¿no? —él asiente una y otra vez.

Yo me giro para mirar al hombre de mi vida, el reflejo de los coloridos fuegos artificiales sobre su atractivo rostro, como si sintiera mi mirada él también me mira y en ese momento volvemos a ser esos nerviosos adolescentes de aquel cuatro de julio hace tantos años.

Artemis toma mi mano y la levanta para besarla.

—Feliz cuatro de Julio, Fuego —me susurra.

—Feliz cuatro de Julio, Iceberg.

Jamás pensé que ser tan feliz era posible, que él y yo nos encontraríamos de nuevo y que seríamos capaces de retomar esos sentimientos de toda la vida. Aprieto su mano con emoción porque esta vez no la soltaré.

Sin importar las heridas y el tiempo que tome, todos tenemos la capacidad de amar y ser amados con todas las ganas. Y aunque la vida te envuelva en un sube y baja a su antojo, tarde o temprano encontrarás a esa persona que sostenga tu mano en las buenas y en las malas, esa persona que pueda ver ***a través de ti.***

FIN